



¿Cómo que
a qué huelen
las nubes?

Nina Peña Pitarch

¿Cómo que a qué huelen las nubes?

Nina Peña Pitarch

Primera edición: **Abril 2016**

© Del texto:

Nina Peña Pitarch

De la portada:

Francisco Zorrilla Martínez

De la presente edición:

ACEN Editorial

www.aceneditorial.es

info@aceneditorial.es



ISBN: **978-84-944940-7-9**

DL: **CS 96-2016**

AGRADECIMIENTOS

A toda mi familia; marido, padres, suegros, hermanos, cuñados, sobrinos... por no decirme nunca que esto era una locura, por creer en mí y apoyarme, por formar parte de mi vida.

A mis hijos, por su apoyo y su paciencia conmigo. Os quiero... Ahora tenéis un hermanito de papel.

A Fanny por ser mi “mecenaz”.

A Rosa por ser mi primera lectora y por su apoyo” logístico”.

A Fran y a Designes Comunicación por su hermosa portada.

A mis chicas “Suffers” por su alegría, sus palabras de aliento, por los problemas compartidos y por cada cosa que me han aportado sin saberlo.

A todas las mujeres de mi vida por su inspiración.

Índice

- Capítulo 1. Esperanza. ¿A qué huelen las nubes?
- Capítulo 2. María. Postres buenos muy fríos.
- Capítulo 3. Esperanza. Mujer de cuarenta.
- Capítulo 4. Fe. Penélope, con su bolso de piel marrón...
- Capítulo 5. María. ¡Qué viene el lobo!
- Capítulo 6. Pity. Domingo de resaca
- Capítulo 7. María. Canciones
- Capítulo 8. Fe. Sartre y Beauvoir.
- Capítulo 9. Espe. Y busqué entre tus cartas amarillas
- Capítulo 10. María. Madre amantísima.
- Capítulo 11. Pity. Chimeneas y copas de vino.
- Capítulo 12. María. Ay amor ya no me quieras tanto.
- Capítulo 13. Fe. Toallas amarillas
- Capítulo 14. Espe. ¿Resurrección?
- Capítulo 15. Pity. Vivir lo nuestro.
- Capítulo 16. María. Bajonazo
- Capítulo 17. Espe. Soledades y silencios
- Capítulo 18. Fe. Soledades y silencios
- Capítulo 19. Espe. Cuando la pena cae sobre mí...
- Capítulo 20. María. La vida en sus ojos.
- Capítulo 21. Fe. Dos son compañía, tres multitud
- Capítulo 22. Pity. Dioses y hombres.
- Capítulo 23. Espe. Secretos que contar.
- Capítulo 24. Fe. Yo no soy esa, que tú te imaginas...
- Capítulo 25. Pity. Día de reencuentros
- Capítulo 26. Fe... día de verdades...
- Capítulo 27. Pity... día de reflexiones...
- Capítulo 28. Espe... y de despedidas.
- Capítulo 29. Pity. Luto oficial.
- Capítulo 30. Fe. Ojos grises.
- Capítulo 31. Espe. Comienza el viaje.
- Capítulo 32. María. Llegamos a Glasgow.

Capítulo 33. Comienza la verdadera aventura.
Capítulo 34. Pity. El conocimiento de lo oculto.
Capítulo 35. Espe. Amanecer en las Highlands
Capítulo 36. Fe. Sí... pero no... ¿o sí?
Capítulo 37. María. Intentando conocer la realidad.
Capítulo 38. María. Día de comienzos.
Capítulo 39. Espe. Los acantilados de Sky.
Capítulo 40. María. Llega el momento de la despedida.
Capítulo 41. Espe. Volvemos a casa... algunas.
Capítulo 42. Fe. Una nueva vida.
Capítulo 43. Pity. Islandia capital Reykjavik
Capítulo 44. María. Súper Por y chicles de canela.
Capítulo 45. Pity. Viva la vida.
Capítulo 46. Espe. Tarde se secretos y confesiones.
Capítulo 47. Fe. Hands Fasting
Capítulo 48. El nacimiento de un libro.

¿Cómo que a qué huelen las nubes?

Nina Peña Pitarch

Primera edición: **Abril 2016**

© Del texto:

Nina Peña Pitarch

De la portada:

Francisco Zorrilla Martínez

De la presente edición:

ACEN Editorial

www.aceneditorial.es

info@aceneditorial.es



ISBN: **978-84-944940-7-9**

DL: **CS 96-2016**

¿Cómo que a qué huelen las nubes?

Nina Peña Pitarch

Esperanza. ¿A qué huelen las nubes?

¿A quién narices se le podía ocurrir una pregunta semejante?

Es una de esas preguntas tipo incontestable que suenan bien en según qué contexto y que todo el mundo termina por utilizar en plan cachondeo para no decir absolutamente nada.

El quid de la cuestión no es si alguien en realidad sabe a qué huelen, sino el porqué y con qué intención han hecho esa pregunta en un anuncio de compresas.

Se supone que es una forma de decir que si usas esa marca determinada de compresas, la regla pasa odoríferamente desapercibida para propios y extraños, sobre todo para extraños, y comparar la suavidad de la compresa o la de un sexo femenino con una nube hasta parece acogedor y delicado, pero la cuestión sigue siendo la misma: ¿Qué intenciones se esconden tras algo tan inocente como una nubecilla?

Me imagino al señor ejecutivo de publicidad de una gran multinacional, que nunca ha tenido la regla, intentando ponerse en el lugar de cientos de miles de millones de mujeres con regla en uno de esos días, y sacando toda su imaginación para llegar a entender tan solo una ínfima parte de lo que durante años ha estado evitando tomar en serio cuando era su mujer la que tenía una de aquellas noches de dolor de ovarios, de sed insaciable, de cambios de humor, de falta de libido, de dolor de cabeza o riñones, de depresión, de síndrome premenstrual y él se daba la vuelta en la cama o se iba al baño a aliviarse solito.

Doy por sentado que la persona a la que se le ocurrió la frase es hombre.

Una mujer con dos ovarios nunca hubiera escrito una frase semejante.

Me pregunto si el tipo hizo como Mel Gibson en aquella peli donde era publicista y se calzaba unas medias, se pintaba las uñas y se bañaba en perlas

de sales perfumadas para probar el producto.

No me imagino a un tipo poniéndose una compresa, pero quién sabe... igual tras ver la película decidió valorar los productos por él mismo, aunque lo dudo porque entonces el eslogan no sería tan jodidamente absurdo, la verdad.

Lo que más me preocupa es la intención, lo que quiso decir con la frasecilla.

No sé si es el reflejo de la tontería que los hombres presuponen en las mujeres de cualquier época y edad o que tal vez quisiera dárselas de profundo, lo que me da aún más asco.

No sé.

Hay frases que parecen profundas pero que esconden un gran desconocimiento, incluso tal vez fue alguien célebre quien las dijo por primera vez y si levantara la cabeza se cortarían las venas al verse convertido en un eslogan para ejecutivos pseudo metafísicos que intentan hacernos creer que hay una profundidad inexpugnable en su trabajo y no solo una estrategia de marketing.

Es como la famosa frase del árbol en medio del bosque.

Si un árbol cae en medio del bosque y no hay nadie que lo oiga, ¿hace ruido al caer? Joder, yo diría que ruido, lo que es ruido, hace el mismo, pero si ese ruido no lo oye nadie, ¿no es como si no lo hiciera?

Frases que ya se usan en cualquier contexto y de cualquier manera posible... hasta en las puertas de los baños públicos hay frases que en su momento fueron la ostia.

“Busque, compare y si encuentra algo mejor, cómprelo”

“El algodón no engaña”

Frases y más frases.

Palabras y más palabras.

No dejo de preguntarme si de verdad la publicidad nos cree absolutamente gilipollas.

A las mujeres digo.

Solo hay que ver los anuncios...

Compresas, tampones, detergentes, suavizantes, míster proper, quitamanchas, fregasuelos, anticales y la madre que lo parió todo.

No me vale que ahora salgan macizorros fregando los platos o pasando la fregona porque ni siquiera lo hacen de forma natural.

O sea, en vez de enfocar una actitud ecuánime, los tíos buenorros de las propagandas o bien nos están haciendo un favor o bien nos toman el pelo, pero nunca se les ve hacer algo con la misma naturalidad con la que nosotras llevamos años haciéndolas.

Como ese chico universitario que vive con dos jovencitas y que de pronto recibe la visita de su madre. Las dos chicas, despavoridas, huyen a limpiar el cuarto de baño para que la madre del chico lo encuentre limpio y fragante, pero resulta que son unas guarras que no saben ni con qué limpiarlo y es el chaval quien acaba recomendando el producto antical ante el regocijo de la mami.

O ese mayordomo buenorro que hace la prueba del algodón a unas baldosas tan brillantes que no parecen de este planeta mientras la tipa, desde una chaise longue, contempla su esfuerzo o lo exhibe delante de sus amigas con pinta de ricachonas y cara de estar a punto de comérselo enterito y follárselo entre azulejos y algodones.

Me llama la atención uno de un complejo vitamínico para niños. “El niño no me come”, y la madre, desesperadita, descubre un producto que no sé si es para abrir el apetito o para suplir carencias vitamínicas, la cuestión es que cuando la madre, arrodillada delante de ese niño con cara de Dolorosa, le da una chuche con tal de que la criaturita le coma algo, el niño coge la chuche y se la pira corriendo, sin hacer ni puñetero caso a su madre que, de rodillas, lo mira alejarse con una cara de pena y preocupación digna de un Oscar.

Cómo un crío de cinco años logra doblegar a una mujer adulta hecha y derecha, cómo muestra semejante poder ante esa madre arrodillada en el suelo y cómo, una vez más, se muestra a las mujeres como abnegadas madres en un rol tan antiguo, trasnochado y patriarcal, es algo que me saca de las casillas.

Joder, una cosa es preocuparse y otra perder la vida y hasta la dignidad.

Por no hablar de los anuncios de desodorantes.

Los desodorantes femeninos nos convierten en seres angelicales, frescos, llenos de luz y vitalidad... y los desodorantes masculinos nos convierten en tontas estúpidas que caemos del cielo para follarnos al tío más enclenque de la tierra que, sin embargo, usa Axe, un olor que ni los ángeles pueden resistir. “Hasta los ángeles caerán” es el eslogan.

Y a nosotras nos preguntan a qué huelen las nubes.

¿Se puede saber a quién se le ocurrió semejante estupidez?

No me imagino esa pregunta en otro contexto.

No puedo imaginarme una propaganda de cuchillas de afeitar que diga: ¿Qué tacto tienen las nubes?

Los afeitados se comparan con carreras de coches, con velocidades, con deslizamientos y van ligados siempre al limpio color azul.

Nosotras nos vemos arrastradas en un baile ridículo de color rojo, perseguidas

por la mujer de rojo con un carrito lleno de compresas y neceseres de lunares.
Ellos corren.

Nosotras huimos.

Me pregunto de qué.

Mi jefe acaba de entrar en la oficina pulcramente vestido y afeitado, con un café en la mano y el maletín del ordenador portátil en la otra.

Me pregunto, si a los tíos les dolieran los testículos una vez al mes tal como a mí me duelen los ovarios, tendrían ese aspecto siempre tan immaculado y fuerte y esa actitud tan espontánea.

Es mi teoría de la patada en los huevos.

Una vez al mes, cada veintiocho días más o menos, un pie invisible pero divino, les da una patada a los tíos en sus partes, de tal forma que estén un par de días con dolorcillo de testículos.

Serían ellos los que nos dirían por la noche en la cama “ahora no, que me duelen los testículos”, serían ellos los que preguntarían si alguien lleva epidifen y se disculparían con la frase de “es que me ha bajado la patada en los huevos”, o se sentirían tristes, súper hormonados, hinchados, poco atractivos y nos sorprenderían con un “es que me tiene que bajar la patada y estoy más depre...”

Me pregunto si existirían las guerras si ellos tuvieran que cambiarse las compresas en las trincheras.

Andrés parece ideal: joven, emprendedor, ejecutivo, guapo, simpático e inteligente.

Pero es hombre, que se le va a hacer, nadie es perfecto, como en la peli.

Con esto de la crisis el pobre se pasa el rato viendo cosas por internet, pero no me quejo porque yo hago lo mismo.

Yo me cuelgo de Facebook, la secretaria de Twitter y la otra comercial se descargan películas para poder verlas a la hora de la comida.

Y todo con cargo a la empresa. ¡Venga el mega, la giga y el megagiga!

¡Qué les den!

Nos merecemos ese plus.

Nosotras no vamos a restaurantes caros ni de putas cuando tenemos una convención, así que al menos nos queda el derecho a la pataleta y a la descarga libre.

La pataleta la montaremos esta tarde cuando nos vayamos a tomar el té de las cinco fingiendo un peritaje inexistente, y la descarga libre imagino que será, con el buen criterio de Lola, una peli del festival de Sundance.

Algo hay que hacer para matar las dos horas y media de comida en las que nos encerramos a cal y canto en la oficina.

No vale la pena ir a casa porque solo en el autobús se pierde una hora para ir y una hora para volver, así que recurrimos al túper o a la tapa en el bar de la esquina si estamos a primeros de mes.

A veces nos vamos a comer a algún sitio baratito.

Un menú de 7 euros con verduras a la plancha y salmón asado con patatitas redondas y fritas, pero caseras.

A veces un wok japonés o un kebab, según el estado de nuestra depresión anticrisis, pero siempre barato y siempre a principios de mes. A partir de día 10 como que ya va doliendo y seguimos con el túper de toda la vida.

El contento dura del día 1 al día 10.

Yo hoy llevo ensalada.

Como siempre.

Es increíble la cantidad y variedad de mis ensaladas.

De pasta, de frutas, de atún, de verduras de colores, de legumbres, de cuscús... imaginación al poder.

Cualquier tipo de ensalada que no lleve carne porque me he dado cuenta de que la carne me engorda y me estriñe, así que he renunciado a la pechuga de pollo y al filete de ternera asado que le daba cierta armonía a las ensaladas de lechuga, esas de toda la vida, aunque reconozco que lo de la ternera puede ser otro daño colateral de la crisis y no de mi estreñimiento.

De todas formas, solo como verdura y algo de pescado y ni por esas pierdo un puto gramo.

Miro a Lola y a Lolita, no es coña, se llaman Dolores las dos, las veo comer más o menos como yo y alucino porque están muchísimo más delgadas.

Cierto que mientras yo me quedo con algo de hambre ellas se sienten saciadas, pero eso no es excusa para que yo no pierda nada de peso comiendo casi igual que ellas.

Esta tarde me compraré tortitas de maíz para matar el gusanillo y ahora soportaré no almorzar un trozo de pastel de verdura, aunque desde la hora que me levanto, 7 de la mañana, hasta la hora de comer, 2 del mediodía, el hambre me haga tener vahídos y un cortado resulte a todas luces insuficiente para mi estómago.

Al menos la cafeína me aguanta la tensión como para no caerme redonda al suelo.

¡Joder qué hambre!

Ya he probado los cereales, esos que anuncian en la tele, las barritas para picar entre horas, las de fibra, las de muesli, las de cereales y fruta, las de fruta y chocolate, las tortitas de arroz, las integrales... y me sigo muriendo de hambre.

Tal vez sea porque compro las baratas.

A lo mejor si me gastara 4 euros en unas barritas de esas de marca se me cerraba el estómago de una puta vez, pero prefiero guardarme ese dinero para tabaco, la verdad, así que de momento, y si no me toca la lotería, cortado y cigarrillo a media mañana va a ser lo único que tome.

Y gracias.

Ya estamos pensando decirles a los jefazos de Barcelona que nos cambien la máquina de agua y nos pongan una con agua caliente para poder hacernos los cafés sin salir de aquí.

Pero, como no está el horno para bollos, de momento nos callamos por si acaso.

En un momento seguro que hay reunión con Andrés, el jefe, así que me salgo a la calle para fumar un cigarro.

Antes, pese a la ley antitabaco, fumábamos escondidos los cuatro en el despacho pero ahora ya no tengo cojones para hacerlo, sobre todo porque todos han dejado de fumar excepto yo, y aunque me digan que no pasa nada, que a ellos no les molesta, como me molesta a mí que ellos no fumen, pues me voy fuera exiliada a drogarme y a alimentar mi cáncer.

Solo me faltaría dejar de fumar. Sí hombre, para engordar más.

¿A qué huelen las nubes?

Hay que joderse con la puta preguntita esa.

Hace años que dejaron de hacer el anuncio y a mí me ha dado hoy por pensar en eso.

Pero es que esas cosas, esas frases y eslóganes son como perennes.

La gilipollez no muere nunca. Se transforma.

Y encima deja secuelas.

Hemos pasado del “me gusta ser mujer” al olor de las nubes y a la mujer de rojo.

Recuerdo cuando yo era jovencita que anunciaban los primeros tampones como si fueran casi un milagro de la ciencia, aparte de que te permitían hacer cosas que jamás habías pensado que tú pudieras hacer, sobre todo montar a caballo.

También aquello se hizo célebre.

Hasta tal punto que se inventó un chiste en el que un niño pedía unos tampones a los reyes magos porque así podía hacer de todo, a cada cosa más divertida e impensable.

Otra muestra de cómo esa publicidad original e irreal cuela en el inconsciente colectivo de la gente.

Cuando llegan a hacer chistes con tu frase, macho, te has coronado.

Por machista o retrograda que sea la publicidad, si hacen un chiste con tu frase, has triunfado como la coca-cola.

Cuando yo era una cría había frases que intentaban ser modernas y políticamente correctas a la par que feministas.

A mí me encantaba Carmen Maura diciendo eso de “Nena, tú vales mucho” aunque hoy le quitaría de delante el “nena”.

No cabe duda que hoy en día las mujeres estamos mejor valoradas que antes y no solo “porque nosotras lo valemos” sino porque tenemos un poder adquisitivo y una independencia económica que hace 40 años no tenían nuestras madres, pero me pregunto si eso también es real o es un truco más del marketing.

¿Somos un sector de población que interesa a ciertos fabricantes o somos mujeres?

La liberación femenina en el año 2000, ¿es de verdad liberación? ¿Nos hemos liberado e independizado y por eso les interesamos o tan solo queremos ser el reflejo de lo que ellos suponen que somos?

¿Qué fue primero, la gallina o el huevo?

En los 70 ponerse pantalones, comenzar a trabajar, votar y fumar como carreteros ya era ser una mujer liberada y moderna, y a la vista está que en los 70 las mujeres no estaban liberadas ni mucho menos.

Ahora en el 2010, ¿estamos más liberadas que antes?

Ayer, cuando salí de la oficina decidí pasar por Mercadona para comprar un par de cosas que me hacían falta en la cocina.

Cuando subí al autobús para volver a casa después de doce horas fuera, salgo a las 8.30 y regreso a las 20.30, llevaba encima: la agenda, la carpeta de los peritajes, el bolso, la mochilita de la comida, la bolsa del portátil y las dos bolsas de Mercadona.

A esa hora de la noche el autobús estaba lleno de mujeres que como yo volvían a casa.

Secretarias, comerciales de seguros, comerciales de inmobiliarias, asistentes, estudiantes de peluquería, cuatro niños con carpetas de academias y dos con

libros de autoescuela.

Me tocó quedarme de pie, aguantando las bolsas de la compra entre las piernas y sujetando todo lo demás con una sola mano mientras con la otra intentaba agarrarme a cualquier cosa que impidiera mi caída en el primer frenazo.

De pronto sonó mi móvil.

Puto invento.

Me faltaba llevar móvil. Para que puedan joderme en cualquier parte.

Casi ni recuerdo qué trucos de prestidigitación tuve que hacer para localizar mi móvil dentro del enorme bolso, y cuando me lo puse en la oreja resultó que era mi marido quejándose de que el niño había hecho no sé qué trastada.

Exploté.

¡Me cago en la puta liberación femenina!

Ese es el derecho a la pataleta, poder cagarte con todo en un momento dado y que los demás te miren como si te comprendieran porque, coño, tienes toda la razón del mundo.

Y esa es la frase que más me ha liberado hasta hoy.

Vamos, ni un grito orgásmico me ha hecho sentir más libre.

Saber, vamos, tener cristalinamente claro que la liberación femenina no existe por más que seamos un sector de población a tener en cuenta en las estrategias de marketing de las multinacionales.

Esas mujeres liberadas, delgadas y bien vestidas para las que siempre es primavera en el Corte inglés, esas mujeres ejecutivas que después de estar al mando de una oficina con cinco tíos llegan a casa y aún les da tiempo de hacer champiñones rellenos mientras sus maridos bañan a los niños, esas mujeres que se van al gimnasio antes de ir al trabajo y lucen tan frescas, esas mujeres que siempre huelen a perfume lujoso, que usan cremas tan caras como mi compra de fin de semana, esas mujeres liberales y liberadas, esas mujeres que cenan con alargadas copas de vino y tienen uno o dos orgasmos diarios, esas mujeres que nunca tienen dolor de ovarios ni de cabeza, que no tienen que lavar calzoncillos ni cambiar pañales, esas mujeres que quieren que seamos, no son las mujeres que somos, pero tal vez sí son las que muchas querrían ser, y eso también vende.

No nos hemos liberado de nada, sino que además hemos asumido todos los roles masculinos que también los esclavizan a ellos.

Triunfadoras, folladoras, guapas, perfectas, agresivas, seguras de sí mismas, independientes, activas, realizadas... hace 100 años nos hubieran tildado de

lesbianas por tener esas cualidades que eran exclusivamente masculinas entonces, pero que, sin embargo, ahora nos pertenecen.

Lo curioso es que al mismo tiempo se exige de nosotras que sigamos siendo madres, esposas, hijas, que seamos delicadas, afectivas, sumisas, emotivas y se nos sigue agrupando en dos tipos, o putas o santas, sin término medio.

Si te cabreas, estas mal follada.

Si estás deprimida, eres una sentimental.

Si eres dura, eres una zorra.

Si tienes un mal día, una inútil.

Si triunfas, a saber a quién se la has chupado.

Si no triunfas, pero lo intentas, eres una trepa.

Si eres agresiva, eres tortillera.

Si eres segura de ti misma, una zorra orgullosa.

Si no estás segura de ti misma, te falta agresividad para ese trabajo.

Si eres activa, estás histérica.

Si no eres demasiado activa sino de temperamento tranquilo, te falta iniciativa.

Si eres afectiva, pareces débil, y si no lo eres, es porque no tienes corazón.

Si te follas al jefe o a un compañero, eres un putón y si no lo haces, eres una reprimida.

Ya vale, ¿no?

Desde luego la publicidad no es el mundo real.

Aunque se empeñen en hacernos creer que sí, que hay gente que vive así, de esa forma... pues qué suerte.

Yo de momento voy a terminarme el cigarrito y entraré en el baño a cambiarme el tampax.

María. Postres fríos muy buenos.

Todo fue por un error.

Como no creo en las casualidades no me queda más remedio que aceptar que a veces existe ese tipo de errores afortunados.

Yo juraría que introduje en Google postres fríos muy buenos y en 0,16 segundos lo que tenía ante mí eran pósters de tíos muy buenos, que desde luego no es lo mismo.

Yo, que me pensaba que a mi edad ya no tenía hormonas en mi cuerpo, resulta que sí las tenía y además unas hormonas muy revolucionadas.

Me saltó la vena romántica que hacía años tenía enterrada en algún lugar muy profundo y oculto de mi inconsciente, y con ella un nuevo mundo se abrió para mí.

El mundo de los foros de internet.

Puede que la culpa sea de la crisis que me llevó a hacer algo casi impensable para mí en aquellos primeros meses de recesión económica: buscar en la red, desde el ordenador de la oficina una información innecesaria que no tenía nada que ver con mi trabajo, algo tan estúpido y tan tonto como recetas de cocina para hacer un postre ese fin de semana.

Mi hermana Espe iba a cumplir los 40 y había invitado a la familia a comer el domingo la típica paella y como se supone que yo soy la repostera de las cuatro hermanas quería superarme.

Una tontería como cualquier otra.

Esa tonta costumbre que tengo de hacer siempre lo que la gente espera y no lo que de verdad quiero hacer, porque si de verdad hubiera hecho lo que me apetecía me hubiera reservado una estancia en el SPA para mí sola durante todo el fin de semana, perdiendo de vista a mi marido, a mis dos hijos, a mi jefe y a las cifras negativas de ventas de ese mes.

Si me hubieran dicho entonces que eso era solo el principio de lo que me esperaba en los siguientes dos años creo que me hubiera cortado las venas... o como poco me hubiera reservado el SPA de verdad.

Sea como fuere descubrí un nuevo mundo aquel viernes y eso me ha compensado hasta ahora.

Ese tipo de amores imposibles, de sueños, esa especie de mitomanía

erotómana, me ha salvado la vida.

Sí, sobre todo porque, desde entonces, en estos dos años lo he perdido casi todo menos esa facilidad para soñar y las incontables amigas que he hecho en varios idiomas gracias a los traductores y, lo que no deja de ser curioso, también me descubrí a mí misma.

Como si hubiera soltado lastre.

Volvió a mí la soñadora que siempre fui en secreto y la escritora que siempre quise ser en público pero que se conformaba con crear postres y recetas para la familia o en vender pisos y tomar café con las compañeras de trabajo.

Me consta que soy muy tradicional.

Se me puede acusar de serlo, la verdad.

Fui tan típica en todo que hasta me asusto al recordarlo.

Casada de blanco por la iglesia, dos hijos, niño y niña, trabajo de cara al público en una inmobiliaria de barrio de clase media, con un apartamento en la playa para las vacaciones de verano y Semana Santa, dos coches, un perro y una hipoteca.

Todo muy normal. Todo muy típico.

No he sacado los pies fuera del tiesto en toda mi vida y mis ideas de originalidad, como escribir, se han ido diluyendo con los años y con las necesidades típicas del día a día.

Una vida gris.

Una línea recta inmutable.

Como si alguien la hubiera trazado para mí desde antes de que yo naciera.

Cierto que hay cosas que influyen en ello: ser la hermana mayor, ir a un colegio de monjas, tener el mismo novio desde los quince años, haber estudiado jardines de infancia, ser madre a los veintipocos... vamos lo típico.

Ahora me pregunto qué hubiera sido de mi vida si de verdad hubiera hecho lo que quería hacer y no me hubiera dejado arrastrar por lo que los demás eligieron para mí.

¿Qué hubiera pasado si me hubiera rebelado con la misma energía con la que ahora lo he hecho?

Pero eso es algo que ya nunca sabré.

Cuando estoy en el foro hablando de hombres y sueños, de libros o viajes, de filosofía o simplemente de trucos para depilarme las piernas y veo a las compañeras hablar de temas y de formas de vida que para mí eran desconocidas, me pregunto en dónde he estado yo, en qué cueva he estado escondida que no me he enterado de nada.

En el foro hay abogadas, pintoras, administrativas, promotoras, comerciales, amas de casa, trabajadoras de fábricas, estudiantes en oposiciones, filólogas inglesas que nos traducen entrevistas, narraciones y fanfics, publicistas, informáticas, dos doctoras y hasta una cantante de ópera y tres aspirantes a escritoras de best seller, que somos las que hacemos relatos y escribimos frases hermosas que luego van a parar a los fondos de pantalla.

Todas en una edad entre veintipocos y cuarenta y tantos.

Y creo que yo soy la más típica de todas, la más tradicional.

Cierto que la vida de la mayoría de mujeres se parece, pero ver de cerca otras vidas, otras formas de pensar y actuar, otras existencias tan distintas a la mía, me ha hecho ver otros caminos, ver el mundo más globalizado y mucho, muchísimo más amplio.

Esas chicas tienen otras vidas muy diferentes y, sin embargo, tal vez estamos más cerca de lo que pensamos, incluso más cerca que la gente que tengo alrededor y no solo a nivel mental. Podría coger un avión y en tres horas tomar café con alguna de ellas en Londres, el mundo ya no es tan grande aunque sea mucho más ancho, de hecho, para según qué cosas parece un pueblo, así que nada sería de extrañar.

Cuando me inscribí en el foro nunca puse mi procedencia ni más datos míos que la edad y me gusta mantener esa confidencialidad, esa especie de anonimato que es lo que mejor funciona y que te da una sensación de libertad que tal vez no se tenga en la vida real.

Por no hablar de las guarrerías que he llegado a escribir en los relatos del foro.

Eso también fue otro error afortunado.

Se me junto todo, la verdad.

Mi descubrimiento llegó a la vez que un libro que me dejó mi hermana, uno que se le coló entre “El alquimista”, “La sombra del viento” y “El último Catón”.

“El tutor” Mi primer libro erótico a los casi cuarenta años.

Mi moderna y superindependiente hermana leyendo un libro de esos.

No se lo he devuelto.

La pobre se habrá vuelto loca buscándolo sin saber que me lo prestó sin querer, porque ese es un libro de los que se leen más de una vez, al menos yo.

Tanta sensualidad, tanto sexo del bueno, tanto orgasmo y ese hombre imposible de conocer en la vida real, que solo existen en las novelas, de esos que dudas que existan...

Mi sino son los hombres que no parecen existir.

Hombres perfectos que ni conozco ni conoceré jamás, bellos, auténticos.

La parte buena es que nunca llegarán a decepcionarme.

La parte mala es que no te calientan los pies en la cama durante el invierno.

Pero compensa.

Los sueños compensan y a mí hasta me sacan de la mediocridad en la que se ha sumido mi vida.

Si no hubiera sido por esos sueños y por ese libro, jamás hubiera vuelto a escribir, jamás me habría planteado siquiera el que se pudieran hacer las cosas que una sueña con hacer y, aunque parezca mentira, hasta la crisis me ha ayudado a convertirme en la persona que siempre quise ser.

Cuando cerró la inmobiliaria me despacharon con un cheque de unos pocos miles de euros, de repente me vi por primera vez en mi vida con dinerillo en el banco, tiempo libre, cobrando el paro y sin niños ni marido en casa hasta llegar la noche.

Gloria bendita.

Tenía todo el día para no hacer nada y para retomar mi vida.

Me lo tomé al pie de la letra y en estos dos años he escrito cuatro libros eróticos, he hecho cinco cursillos de INEM y estoy a punto de firmar el divorcio exprés.

Creo que he hecho más cosas en estos dos años que en los veinte anteriores, si no contamos que he tenido dos hijos de carne y hueso, no en formato libro.

Estos dos años han sido como una catarsis, como si me hubiera puesto a prueba o como si por fin hubiera decidido yo mi propia vida, aunque eso signifique romper con todo lo anterior.

Y ha sido duro, son tantas cosas las que he vivido.

Tantos recuerdos, tantas cosas descubiertas, hechas por primera vez, tan entrañables vivencias y tan lejanas ya en el tiempo.

Esta casa, esta habitación en concreto desde donde me conecto a Internet y desde donde hablo con mis amigas, es la habitación que un día fue el cuarto de los juguetes y luego el cuarto de estudio de mis hijos. Aún cuelgan de sus paredes las orlas del colegio y algunos trabajos manuales que hicieron de pequeños como el significativo caminar del avance del tiempo.

Sigo teniendo horas de sobra para mí misma, para mis lecturas, mis libros, pero ya comienzo a preocuparme a medida que se acerca el fin de mi cobro por desempleo y las cosas no mejoran a nivel laboral.

El divorcio es una locura con una hipoteca y sin trabajo, una excentricidad o

una aventura difícil, pero también es absolutamente necesario.

Es triste que a dos personas que una vez se quisieron solo les queden en común las deudas.

En fin, voy a preparar un postre que este fin de semana hay paella, el cumpleaños de mi hermana Esperanza.

En el fondo puede que no hayan cambiado tanto las cosas.

Esperanza. Mujer de cuarenta...

¡Joder qué mal me están sentando los cuarenta! y eso que aún no los he cumplido.

Y qué mal me está sentando tener tanto tiempo libre en la oficina porque no dejo de pensar. Y de tener hambre.

Cuando estás ocupada casi ni la notas, pero cuando estás aburrida como una ostra, llamando clientes que ya no quieren comprar ningún piso y clientes que más que nunca quieren vender su piso, el hambre no te da tregua porque no hay forma de engañarla.

Un hambre tenaz y cabezona que no te abandona ni siquiera sabiendo que solo llevas para comer un túper lleno de lechuga y poco más. Venga la lechuga, se me va a hacer cara de conejo, tanto verde... igual me pillo media tapita del bar para acompañar.

Joder es que tengo hambre... un hambre que te cagas.

Menos mal que la delegada anterior tuvo la feliz idea de comprar una neverita para la oficina y no se la llevó cuando la cambiaron de delegación. Eso es la gloria.

Hasta helados podemos poner en el único cajón del congelador, por no hablar de la coca-cola zero fresquita, el té helado y el avituallamiento de las comidas, cosas que vamos comprando y que dejamos en la nevera para otros días.

Nos ha dado por los quesos.

Queso fresco, queso curado, Cheddar, Emmenthal, Camembert, Roquefort... el lunes cada una llegó con un tipo de queso distinto y ahora hay una variedad de quesos en esa neverita que ni en el Corte Inglés.

Mejor me compro unas sardinillas, así como pescado, proteína, aunque sea en conserva.

¿Engordará mucho medio bocadillito de sardinillas en aceite de girasol, un túper de ensalada de lechuga y un poquito de queso?

No sé por qué me preocupo por las calorías de esta comida si el domingo me voy a pasar todo por el forro.

Es mi cumple y hay paella familiar, así que seguro que mi hermana me prepara uno de esos pasteles suyos que están de muerte. Me extraña que no me haya

llamado para decírmelo, aunque tampoco hace falta porque ella es la repostera oficial y ya damos por hecho que lo hace.

Aunque el cumpleaños no sea suyo. Ella siempre hace las tartas y siempre sorprende, a cada cual más buena.

Joder, no debería pensar en tartas.

Me paso la vida intentando no comer, pero sueño ya con la tarta que hará María para el domingo.

Es que decir María es pensar inmediatamente en tartas de cumpleaños, pasteles o helados tradicionales aquellos que hacían nuestras abuelas cuando no existían de otro tipo.

Dulce Nombre de María. ¿Será por llamarse así que le gusta la repostería?

Desde a luego a mi madre hay para matarla.

Ella y su religiosidad.

Al menos no nos puso Angustias o Dolores, como a estas dos, Lola y Lolita, pero aun así... ¡joder qué

nombres!: Dulce nombre de María, Esperanza, Fe y Piedad.

La verdad es que con buen criterio nos lo hemos ido acertando o cambiando, a saber: María, Espe, Faith y Pity.

Lo de la traducción, aunque suene moderno es para la galería, porque nosotras, excepto a Pity que la llamamos así porque como era la pequeña parecía que le quedara bien, a la otra la llamamos Fe, más que nada para que se joda y se le bajen los humos, a no ser que la queramos molestar de verdad y entonces la llamamos Marifé, que eso sí que es algo que no nos perdona.

Cuando está sentada en la mesa a medio poner, junto al creído de su marido, a mí es que me sale del alma gritarle desde la cocina “Marifé, levántate y pon la mesa, jodía” y hasta acento andaluz me sale. No lo puedo evitar.

Sé que soy un tanto vulgar y ordinaria, pero qué se le va a hacer.

La mayor, María, es la soñadora romántica que quería escribir, Faith es la creída y la presumida, Pity es la moderna, alegre y siempre joven y yo soy, bueno... yo no sé lo qué cojones soy, bueno sí lo sé, la feminista filósofa malhablada.

Mi padre decía que tenía el libro de mujercitas en casa.

Pero ahora ya estamos rozando los cuarenta y él no puede vernos.

Al menos no se llevará ninguna decepción.

Se murió creyendo que siempre íbamos a ser las cuatro niñas delicadas que iban a un colegio de monjas con sus uniformes a cuadros y sus coletas, sus

niñas estudiosas. Nos vio a mi hermana y a mí casándonos de blanco por la iglesia y menos mal que se murió después, porque Faith se casó por lo civil, Pyti vive independizada acostándose con quien le da la gana y sin rendir cuentas a nadie y María está a puntito de la ruina económica y del divorcio.

A mi madre casi le dio un síncope con todo esto, pero como no tenía donde llorar ni a quien dar la paliza, terminó por hacerse a la idea y ahora solo nos critica con sus hermanas y amigas más íntimas hasta que puede pillarnos por banda y echarnos en cara que somos unas locas indecentes.

Pues menos mal.

Si fuéramos tan decentes como ella aún no sabríamos lo que es vivir.

Me pregunto a veces si ella lo sabe.

Es lo malo de hacerse mayor, que pierdes perspectiva de la realidad, aunque creo que ella nunca la tuvo.

Yo espero no perderla, al menos no tanto como por lo visto la ha perdido ella que vive en su mundo y no deja entrar a nadie ni a nada del exterior porque todo le resulta amenazante.

No sé qué pensaría de mí, la única bien casada, con trabajo, marido, niño, sin penurias económicas y sin sueños imposibles, si de verdad se hubiera preocupado por conocerme tal como soy.

¿Qué pensaría si me viera fumándome el porrito de todas las noches, leyendo los libros eróticos para cuarentonas que se han puesto tan de moda y que en el fondo me revientan, borracha en fiestas, en mítines políticos o leyendo libros subversivos que ella no sabe ni que se puedan llegar a escribir?

Ella, que no ha tenido más sueño que visitar el Vaticano y su único ídolo es el Papa, que lo más subido de tono y subversivo que ha leído son las novelas de Corín Tellado, lo más que ha bebido es agua del Carmen y que cree que la derecha es la mano con la que se escribe bien.

Hay que joderse.

Esa es mi señora madre y que me aspen si entiendo por qué he pasado de querer comprar sardinas para comer a pensar en ella.

Cómo no sea por el sabor de las sardinas en Viernes Santo no veo la relación.

Y es que mi madre es sacrificada para todo.

Ella no podía hacer como el resto de gente y comer un arroz con bacalao y tortas de tomate o de espinacas, como es típico aquí cenar en Viernes Santo.

No. Ella asaba sardinas para cenar y para comer hacía sopas de ajo, que aunque ahora me encantan en aquellos días de mi niñez eran una especie de tortura que llegaba con la cuaresma.

Ella no le encuentra sentido al arroz con bogavante que hace mi hermana Fe o al “Empedrao” de arroz con habichuelas y bacalao que hago yo.

Ella si ha de abstenerse, se abstiene y si ha de ayunar, ayuna. Pero de verdad, ¿eh?

A ella tonterías las justitas o menos.

Incluso hoy día sigue siendo así y se niega a comer nada que no sean sus famosas sopas de ajo, que según ella sirven para cuaresma, para el dolor de estómago, para templar los nervios y para equilibrar la economía familiar, con lo cual hay que hacerlas una vez a la semana, preferiblemente los viernes, en los cuales hace ayuno todo el año.

Eso ya es ley. Una ley inmutable que rige el universo.

Lo que mi madre dice siempre va a misa, tenga base científica o no, tiene sus manías y sus recuas de consejos o refranes que siempre intenta imponernos.

Vayan unos ejemplos:

Los viernes hay que ayunar todo el año y rezar el “Viernes Santo, Viernes Santo”; si pones a un bebé delante de la nevera, aunque vaya vestido y arropado, se resfría; si tienes la regla y te bañas, te desangras; si sales a la calle un día de viento, se te caen las tejas en la cabeza aunque no haya ni una teja en toda la ciudad; si te miras en un espejo de noche, ves al demonio; si barres el suelo por la noche después de cenar, salen hormigas; si te cae sal al suelo, te da mala suerte; si te muerdes las uñas, se te caen los dedos; si las chicas leen mucho, se quedan ciegas; si estás enferma, hay que poner sábanas blancas y tomar caldo de gallina; si hablas con chicos, la gente hablara mal de ti; si te asomas a la ventana por la noche, te mueres de pulmonía; si no vas a casa directamente después del colegio, te cogerá un hombre malo; si no rezas por la noche, te sale en sueños el demonio (lo del demonio es flipante); si haces la cama con sábanas limpias la víspera de Todos los Santos, invitas a descansar a una ánima; y si haces guarradas, aunque sea con tu marido, irás al infierno.

Con el demonio.

Mi madre tenía y tiene supersticiones para casi todo.

Y lo peor es que dicen que yo soy la que más se parece a ella.

Y no por supersticiones sino por cabezota.

A mi manera, por lo visto, también creo que mi palabra es la ley, por eso soy la feminista coñazo y la filósofa malhablada.

¡Ay Dios que hambre!

Ni pensar en mi madre me quita el apetito, hay que joderse.

Fe. Penélope, con su bolso de piel marrón...

No creo absolutamente nada de lo que dicen, y pese a ello, cada día vengo a la delegación y me enfrento a las mismas caras, a las mismas risitas estúpidas y a los mismos cotilleos de cada día como si lo creyera.

No sé por qué me ha tocado a mí cargar con el San Benito de ser la funcionaria guapa y tonta de la delegación.

O sea, siempre estoy sonriendo, soy amable con la gente, eficiente y además, no es porque lo diga yo, soy la más mona de todas, lo que me granjea la simpatía de los contribuyentes y las envidias de estas funcionarias chatas y aburridas que tengo por compañeras.

No lo pueden evitar. Me tienen envidia.

Siempre he sido la guapa, la más mona ya entre mis hermanas, entre las compañeras de clase, entre las amigas y ahora en el trabajo.

Habría sido modelo de no ser por vivir en una ciudad pequeña, lejos de toda civilización y en una época en que ser modelo no era pertenecer a ese alto standing que es ahora, con lo cual si decías que querías ser modelo equivalía poco menos a decir que querías ser prostituta de lujo.

Era la idea que había en esta capital de provincias donde creo que no ha llegado aún la modernidad y mucho menos el glamour de un mundo que siempre me ha fascinado.

Podría haber sido modelo, pero soy funcionaria.

De hacienda.

Y según dicen las malas lenguas mi marido me es infiel con una de mis compañeras, aunque no he podido enterarme a ciencia cierta con quien de todas.

Imagino que esto, como casi todo aquí, va lento y es engorroso.

Si fueran tan eficientes como yo, sabrían perfectamente que la única que puede ser candidata a arrodillarse frente a la silla de mi marido es Penélope.

La única que tiene un cierto grado de clase, o sea, la única que lleva los zapatos de tacón a conjunto con el bolso y la única que no me mira como hacen todas las demás.

Como si yo no lo supiera o como si me importara.

Les encantaría verme destruida, o sea, verme deshecha, notar mis ojeras y mis nervios, ver cómo me voy consumiendo en los celos, o incluso ver si soy

capaz de montar una escenita de esas que tanto les gusta ver en la tele basura que hacen en las sobremesas y por las noches.

Estas chicas son tan amarillentas como sus dientes y tienen una vida tan aburrida que necesitan meterse en la de los demás.

Claro que comprendo que sientan cierta fascinación por mi matrimonio.

Sin falsas modestias.

Somos la pareja ideal, o sea, jóvenes, guapos, con dinero, sin hijos, luego libres, viajamos todos los veranos, esquiamos cada semana Santa y el resto de invierno tenemos nuestras propias escapadas románticas y nuestras cenas con amigos, que realmente son increíbles, cultos e interesantes.

Mi marido siempre estuvo muy bien relacionado, estudió en Oxford, tiene Másters en Estados Unidos y es socio de una empresa familiar en expansión, aparte de ser uno de los directivos de la delegación.

Y está más bueno que cualquiera de sus aburridos y calvos maridos.

Cualquiera de ellas estaría encantada de tener una aventura con él por más que hablen y digan.

No está demasiado cuadrado pero luce un cuerpo de infarto, fibrado, marcado, con esa tabletita de chocolate y esa especie de V en el vientre.

Está tremendísimo.

Mi cuñada dice que somos la pareja perfecta, como Brangelina... exagerada.

La verdad es que si siempre he notado miradas de envidia o admiración cuando caminamos juntos por la calle, ahora es un horror porque se han multiplicado y eso, quieras o no, hace hablar a la gente.

Si lo ven tomando café con alguien ya es una aventura, así que no pienso preocuparme por lo que puedan decir esas del trabajo.

Además, no tienen forma de saberlo. ¿Cómo lo saben? ¿Qué pueden llegar a saber esas personas de mi vida privada?

Yo no tengo amigas en la oficina, tengo compañeras, así que solo tomo café con ellas en la media hora del desayuno, ni salgo a cenar ni les cuento mi vida. A veces me da la impresión de que ni siquiera vivimos en el mismo planeta o en la misma dimensión.

Dicen que soy una borde, pero ¿y ellas? ¿No son bordes fijándose en mí, difamándome y haciéndome el vacío?

Bueno, o sea, el vacío total tampoco, porque son un atajo de hipócritas y jamás me dan a entender nada lo suficientemente claro como para que pueda defenderme o hacerme sentir mal, prefieren hacerme creer que somos buenas compañeras.

¿Qué narices van a saber ellas de la realidad de mi vida?

Lo que realmente ocurre es que en el fondo me da cierto miedo a que puedan tener razón.

Tampoco sería la primera vez que mi marido tiene una aventura, ni la primera vez que yo soy consciente de ello.

Y lo que más me ha dolido siempre es que esas chicas con las que se ha acostado no valen ni la mitad que yo.

Chicas dependientes, inseguras, bajitas, sin clase, con contratos basura, estudiantes de oposiciones y becarias. Chicas que solo pretenden trepar, subirse agarradas de la pernera de un pantalón caro y que no me llegan ni a la suela del zapato.

No importa.

Pese a todo, su esposa soy yo, y ni quiere ni puede separarse de mí, además tenemos ese trato desde hace mucho tiempo, somos un matrimonio liberal, abierto, una pareja cool.

Una aventura más no va a cambiar mi vida ni la suya por más que hablen, critiquen y digan.

Hay cosas que están por encima de un polvo.

Y yo soy una de ellas.

María. ¡Que viene el lobo!

Yo en mi infancia solía soñar con lobos, según me han contado.

Me despertaba gritando y buscando un lobo que me perseguía en sueños.

Mis padres entonces optaban por meterme en su cama, tal como yo he hecho con mi hija. Esa seguridad y ese calor de la cama de los papis es algo de lo que solo se puede abusar durante un corto espacio de tiempo y las noches de pesadillas mías se convertían en un auténtico suplicio para ellos.

Me sentaba entre los dos e insistía en que me contaran un cuento que borrara los miedos.

Tal vez de ahí nació mi pasión por las historias.

Tal vez contar e imaginar vidas ajenas me consuela de mis miedos reales.

Normalmente comenzaban ellos a contarme, pero en sus frustrados intentos por acortar la narración yo los corregía, y a partir de entonces era yo la que terminaba por contarles el cuento a ellos con mi vocecita infantil para que se durmieran.

Luego, tranquilizada por la historia, por su presencia y por los ronquidos de mi padre me dormía yo también.

A veces ese lobo se me sigue apareciendo en sueños y ahora ya no tengo a nadie que me arroje ni historias que contar.

Pity. Domingo de resaca.

Mañana hay comida familiar.

Es un auténtico coñazo.

Más que nada porque los domingos suelo estar agotada del viernes y del sábado, que son los días realmente fuertes en la peluquería y hasta yo tengo que ponerme manos a la obra con las clientas.

Además, aguantar las chorradas de mis hermanas y de mi madre me da grima.

Pero bueno, también nos vemos pocas veces así que soportaré estoicamente la paella, la conversación y los maridos.

Al menos la tarta de María valdrá la pena, si es que la resaca no me hace vomitar en cuanto la vea.

Yo, es que no sé si se han dado cuenta, pero tengo vida aparte de ellas, una vida muy diferente a la suya.

Y odio las comidas familiares, sobre todo los domingos de resaca.

Son lo peor.

No hay nada como una buena resaca para que te inviten a comer. Y no hay como tener una comida familiar al día siguiente como para ese sábado pillar, muy inoportunamente, la cogorza del siglo, la mejor del año.

La cuestión es pasarlo mal, cuanto más mal mejor.

Dios, además estoy tan cansada.

No sé si será la astenia primaveral, la mala vida que llevo, el trabajo, la puta crisis que me tiene estresada o pensar que mañana tengo una comilona y esta noche ningún plan.

Algo de todo eso tiene que ser, o todo a la vez.

Tal vez sea pensar en Pau.

Intento no pensar en él, pero me resulta bastante complicado, por no decir imposible.

Con Pau las cosas eran muy distintas, tenían sentido.

Ahora ya no hay nada que lo tenga por más que lo intento.

Y mira que intento buscárselo, pero no lo consigo.

Parece mentira: yo, la moderna e independiente Pity sollozando por un hombre, desesperada, nostálgica, al borde de caer totalmente en las drogas y el alcoholismo, llora que llora por los rincones como la Zarzamora, destruida, deprimida...

Tiene que ser un mal endémico familiar.

Pasarlas putas por culpa de un tío es algo que a las mujeres de mi familia al parecer les encanta, no sé qué tendremos en la cabeza, pero así es.

Por eso quería ser la independiente, la moderna, la única que no se iba a casar de las cuatro. Cuando lo hablábamos, ellas hasta me lo aconsejaban así, con conocimiento de causa: “tírate a quien quieras, pero no te cases, las mujeres salimos perdiendo en el matrimonio, los tíos solo valen para una cosa y alguno ni eso”

Pero Pau no era un tío.

Pau era un dios y eso ellas tal vez no lo entiendan.

Me cuesta creer que María, al borde del divorcio, con dos hijos mayores y un marido algo más que cuarentón, pueda ver a alguien como a un dios, me cuesta creer que ella pudiera sentir el deseo que yo sentía, la obsesión, el dolor, la posesión total, la entrega más feroz, la avidez absoluta de otro cuerpo, la lujuria.

Lo de Pau no era normal y lo mío con él aún menos.

Por eso estoy como estoy, porque el resacón de Pau me ha dejado sin fuerzas para nada.

Hay que salir a la calle y continuar como si por dentro no estuviera muriéndome, como si no sintiera que cada día es una enorme prueba de fondo en la que cada vez me voy quedando más atrás y que en realidad hay muy pocas cosas que me importen aparte de él.

Hay que seguir, me dicen todos, mis amigas, mis compañeras, hasta mis hermanas que seguramente mañana me mirarán con ojitos de “pobrecita” e intentarán consolarme en un diálogo sin palabras.

Sobre todo, por favor, que sea sin palabras.

Que se quede todo en miradas, en silencios, en ausencias.

Que no digan su nombre, que nadie le ponga nombre a esto porque este monstruo que he creado, al que alimento cada día, que duerme en el vacío de mi cama y que ha nacido de mí, si ellas le ponen nombre, quedará para siempre marcado como hijo mío y de las putas circunstancias.

Que no me digan que tengo depresión, que no me aconsejen ir al psicólogo, que no me molesten diciendo que tengo que salir más... que me dejen en paz.

Que se conformen con mirarme, sonreír y ponerme el plato delante. Tan solo sonreír y por Dios que no me pregunten cómo estoy, porque no podré soportarlo.

Odio que me digan lo que tengo que hacer para superar la ruptura con Pau.

Sobre todo odio que me digan que he de olvidarlo.

¿Y si no quiero olvidarlo?

¿Y si quiero seguir así? Martirizándome, llorando, recordándolo, viendo sus fotos, oliendo su ropa, leyendo sus libros y poniéndome su camisa.

Estoy de luto me han dicho.

Dicen que una ruptura es como llevar luto.

Que he de ir acostumbrándome poco a poco a vivir sin él, a la ausencia y a los recuerdos.

Todo requiere un tiempo de duelo y esta es mi forma de llevar ese duelo.

Parece lógico.

Cuando una persona se va y sabes que no va a volver, da lo mismo que se haya ido o se haya muerto.

No está ni estará nunca más, así que poco importa el cómo.

Lo que jode es el porqué.

Y eso es algo que todavía no puedo afrontar.

Esta noche, como todos los sábados de estos últimos dos meses, me sentaré con la copa en la mano y medio gramo de farla para que me ayude a soportar el vacío.

Me pondré un par de películas lacrimógenas y cuando no pueda más, espero caer rendida hasta la mañana siguiente.

Lo malo es que el día siguiente será domingo.

Domingo de resaca y paella.

Al menos saldré de casa, aunque ir hasta casa de mi madre no sea precisamente lo que me vaya a sacar del decaimiento y del agobio.

María. Canciones.

Hoy pienso en algo muy sencillo: en una canción.

A veces parece que las canciones dejan de ser de quien las canta para pertenecer a quien las escucha.

No es solo lo que se canta, lo que se dice, ni la melodía o la voz, sino las sensaciones que todo eso produce en los demás.

Es increíble como de pronto la mente vaga por espacios infinitos, por paisajes alegres o tristes, por lugares desconocidos.

Siempre una voz te transporta, te acaricia dulce en los oídos y hasta puede hacerte soñar hacia lugares desconocidos si te dejas llevar.

¿Quién no ha llorado alguna vez escuchando una canción?

Yo lo hice muchas veces, aún lo hago.

Hay melodías que traen tantos recuerdos, tantos instantes fugaces, lejanos en el tiempo, etéreos, que ya solo viven en la memoria, a veces en mis sueños.

De pronto suena una música y vuelvo a ellos.

No es que viva en el pasado, tan solo recuerdo.

Es agradable tenerlos porque en cualquier momento me toman y vuelvo a ellos, a lo que una vez fui.

Aún puedo notar los latidos de mi corazón con aquel primer beso, los nervios de una cita, el olor del aire en invierno, alguna tarde de fiesta o playa, algún lugar hermoso donde una vez estuve y al que nunca he vuelto, algún dolor que me hizo daño y que ahora, con el paso del tiempo, veo en su dimensión real y ya no lo siento.

Hay muchas cosas que regresan con una canción y no voy a cometer el error de nombrar alguna ni de decir un tema concreto, porque los recuerdos, como sus canciones, vienen de pronto y te acarician, dulces como un beso.

La música y los recuerdos son como un tándem indisoluble, una ecuación que nunca da cero, como un matrimonio largo y denso.

Cada canción tiene su recuerdo y no puede haber un recuerdo sin su tema perfecto.

Hoy he oído una de esas melodías, por eso tal vez, aunque estoy recordando no estoy triste.

Han vuelto mis años de felicidad por un momento, mis años perdidos, a veces truculentos o enredados, llenos de vida, de aprendizaje, de sentimientos nuevos, viviendo de una forma tan intensa como solo se vive durante algún

tiempo.

Es la magia de la memoria, la magia de lo que quedó lejos y vuelve en cada nota mientras yo lo estoy escuchando.

Así, de pronto, sonó una canción y me trajo un recuerdo.

Es como leer un libro viejo, reconocer el aroma del papel y la tinta, reconocer en cada página las letras y el estilo, anteponerse a las situaciones, notar el sentimiento, acortar cada mal momento, leer tranquilamente porque ya se sabe el final, sentir que ese dolor que creímos que nos mataría duele mucho menos, y aquel amor que nos juramos que sería eterno, ese, se lo llevó el viento...

Hay tanto que recordar.

A veces valdría la pena vivir tan solo de recuerdos, aunque parezca estar anclada en el pasado, y eso que no soy de las que piensan que cualquier tiempo pasado fuera mejor, pero sí que fue tan hermoso...

Una tiene la vida llena de esos momentos, y si en cada uno de ellos, en esos precisos instantes vive una melodía, será que en eso consiste convertirla en eterna.

Fe. Sartre y Beauvoir.

Me pregunto qué pasaría si por una vez fuera yo la que tuviera una aventura. Bueno, hasta ahora ha sido él quien las ha tenido y no es que hayan sido polvos ocasionales sino aventuras con principio y final, de esas que duran un par de meses y que aunque no llevan a ningún sitio, van minando el matrimonio.

Lo hemos hablado y en teoría si no lo hago es porque no quiero.

Somos muy modernos.

Tenemos una relación abierta.

No creemos en la infidelidad.

Las personas no somos propiedad privada unas de otras así que esa exclusividad sexual no es más que una carga cultural impuesta.

Seguramente a Jaume, mi marido, le conviene pensar así.

Yo ya no lo tengo muy claro.

Al principio le creía. Le creía de verdad, incluso me parecía una relación distinta e importante, por encima de convencionalismos e imposiciones culturales.

Amor libre y esas cosas.

Como Sartre y Beauvoir.

Pero ahora ya no lo tengo tan claro porque el único que lo practica es él.

Yo me quedo con cara de tonta, escuchando los cuchicheos de la oficina, las miradas divertidas o lastimosas de quien, o bien se ríe de mí, o de quien siente lástima por la cornuda, como si fuera obligado que ellas supieran tanto, como si les importara o como si pudieran entenderlo.

¿Acaso lo comprenderían?

Si el resto del mundo que nos rodea supiera a qué acuerdo hemos llegado mi marido y yo dentro de nuestro matrimonio ¿lo comprenderían?

Por supuesto que no, pero aun así, tengo que soportar verlo juzgado por personas que no saben ni sabrán nada de mi vida, que ni siquiera me conocen y a quienes no les importa ni mi forma de vivir ni mi forma de pensar.

Lo único que me molesta es que creo que yo no soy como él en ese aspecto, por más que haya claudicado a su forma de vida y a sus conceptos filosóficos sobre el amor el sexo y la pareja.

Para entenderlo y liberarme de una vez debo tener una aventura.

Quiero tener una aventura.

Quiero probar eso a lo que se supone que tengo derecho, eso que pactamos desde el primer día de nuestro compromiso y que yo aún no he puesto en práctica.

¿Pero con quién?

Ese es el problema. Con quién.

Por más que busco y miro en el repertorio de posibles amantes no me convence nadie.

No me conformo con poco, la verdad.

Cualquier otro hombre estaría por debajo de mi marido, así que saldría perdiendo.

En eso no soy como él. Soy más selectiva y exigente.

Él se acuesta con cualquiera, yo no.

A mí me gustan los hombres especiales, por eso me enamoré de él. Los demás como que no tienen esa aura, esa especie de carisma que los pone en un plano diferente, esa fortaleza y esa mirada turquesa que es una debilidad para mí.

Intento buscar a mi alrededor y ver qué hombres podrían valerme para eso, pero no encuentro a nadie que valga la pena.

Soy complicada.

No me vale cualquiera de los amigos buenorros del gimnasio, ni los de toda la vida, ni los compañeros de trabajo, ni los conocidos casuales.

Igual que no me valen Brad Pitt o George Clooney para soñar.

Hasta para eso soy complicada.

Hay cosas que no me valen, cosas que necesito ver en un hombre para que me atraiga y eso conlleva que lo que les gusta a muchas a mí no me es suficiente y lo que muchas ven bello o masculino, a mí no me diga absolutamente nada.

Así no hay forma de tener una aventura.

No hay hombres aquí como Jaume.

Tengo frente a mí, al lado del café, un libro de Simone de Beauvoir que Jaume me regaló en una de las múltiples ocasiones en que la fortaleza de nuestro acuerdo se vio amenazado por un ataque repentino e inexplicable de cuernos.

Sartre no era precisamente un hombre atractivo y, sin embargo, ella estaba completamente enamorada, subyugada por él. Su relación, aún mucho más libre que la nuestra, tenía en común la aceptación de sus aventuras, incluyendo una aventura con su propia hermana, lo que ya tiene narices.

No me imagino a Jaume con una de mis hermanas, la verdad.

Creo que ella se sentía atraída, no solo porque entre ellos hubiera amor y sexo

de calidad, sino intelectualmente, lo que puede ser una dependencia mucho peor aún.

Algo similar a lo que me pasó con Jaume al principio. Que me deslumbró.

Tiene tanto mundo, tantas cosas vividas, tantas experiencias, tanta inteligencia y sabiduría... todo ello envuelto en un cuerpo perfecto que crea adicción.

Soy adicta a mi marido, lo reconozco.

Por eso no me vale nadie para tener la aventura que me he propuesto tener.

Por más que busco y comparo no veo nada que valga la pena, por más que esté abierta a sugerencias, a conocer gente y predispuesta al coqueteo, no es suficiente.

Y mira que cuando aún no éramos novios yo tuve un montón de buenos amantes, o sea, me podía acostar con quien me diera la gana porque nunca he tenido ningún problema en encontrar un tío a mi medida, los hubo de toda clase y condición. Lo único que me daba rabia era despertarme en habitaciones extrañas, en camas ajenas que no ofrecían nada más que un rastro de sudor semen y soledad, esa provisionalidad y esa confianza forzada, esa sensación de vacío casi absoluto del buen sexo ocasional que por otro lado es su mayor aliciente, no sé, creo que por eso me he vuelto tan pejillera con los hombres, porque la mayoría de ellos, al mirarlos, me parece que no tienen mucho más que ofrecerme.

Suena el teléfono.

Odio que me interrumpen cuando estoy pensando.

Pensar no se me da tan bien como a él, por eso necesito silencio y un buen tazón de café para pensar con claridad.

- Faith, soy yo. Tengo una estupenda noticia. Mi amigo James viene a Barcelona a una conferencia y le he invitado a pasar unos días con nosotros, podrás conocerlo por fin.

- Eso es estupendo, ¿cuándo llega?

- En tres días. Dile a Sonia que prepare la habitación grande.

- Lo haré. ¿Hay que ir a comprar algo especial?

- No, creo que no a no ser que a ti te apetezca algo en concreto. Te va a encantar James ya lo verás. Un beso, nos vemos esta noche.

Bien. Perfecto. Un invitado.

Como si no tuviera bastantes líos en la cabeza ya.

Bueno, ¿quién sabe? A lo mejor me saca un poco de la rutina y es divertido.

En su época de estudiantes James y Jaume eran una especie de hooligans que iban de fiesta en fiesta borrachos de cerveza. No sé cómo lograron terminar la

carrera y menos aún cómo recuerdan algo de entonces, incluyendo sus estudios.

Desde aquella época son los mejores amigos, aunque siempre me he preguntado cómo no lo he conocido hasta ahora que va a venir.

Creo recordar que he visto algunas fotos tuyas de hace diez años y parece majo, bastante atractivo y simpático, aunque seguramente habrá cambiado, como todos.

Igual ahora es calvo, gordo y se ha reconvertido en un pedante inglés de esos conservadores, aunque dudo que un hooligan pueda haber cambiado tanto.

Puede ser divertido.

Espe. Y busqué entre tus cartas amarillas.

Esta casa siempre me trae demasiados recuerdos y no todos son buenos.

Bueno, ni tampoco malos. Imagino que como a todo el mundo le ocurre con la casa donde nació.

El barrio se ha ido degradando físicamente muy poco a poco, casi imperceptiblemente las casas han ido envejeciendo y se han quedado trasnochadas por completo. Muchas de ellas eran antiguas cuando yo era pequeña y ahora son un clásico a restaurar, otras eran nuevas en los años 70, con lo cual tienen una estética infame, rentable y útil en su época pero de dudoso gusto estético. Cuando yo era niña esta era la zona de labradores adinerados pero muy austeros. Ahora está lleno de inmigrantes que lo tienen muy bien cuidado y no han abierto ningún negocio, ni chinos ni locutorios ni nada.

Eso es toda una suerte.

El ayuntamiento, en un intento de devolverle a la vida y de vender plazas de parking, lo ha hecho zona peatonal con farolas artesanales, maceteros de flores y parterres enormes de pensamientos y alegrías rojas, amarillas, moradas o blancas

Aún conserva parte de su rango abolengo, pero ya no queda ni uno solo de aquellos portalones enormes por donde entraban los últimos carros cargados de hierbas para los animales de las jaulas, arrastrados por los últimos burros o asnos de la ciudad.

Las mujeres, entonces jóvenes, ahora tienen la misma edad que mi madre y van languideciendo lentamente. La panadería hace años que cerró, y la tiendecita de ultramarinos de la siñe Virginia es ahora un garaje para cuatro coches alquilado por 160 euros al mes.

Las mujeres que eran mayores cuando yo era niña ya murieron hace años y las casas fueron vendidas o reformadas por los hijos para poder vivir en ellas, aunque aún quedan unas cuantas que serían magníficas, sobre todo por las fachadas de un dudoso y decadente estilo modernista y esos balcones de hierro fundido por los que se cuelgan los cobertores durante las fiestas y las misas de la Virgen que da nombre a la calle.

Sin darme cuenta, por deformación personal, busco en los balcones letreros de “se vende” pero no hay ni uno.

La crisis ha parado por completo las ventas y quienes tenían pensado vender casa para comprar un bungalow ahora se felicitan por no haberlo hecho.

Han tenido vista dicen.

Lo que han tenido es mala suerte, o se pasaron en el precio de venta, por eso ahora no están ahogados en una hipoteca millonaria, porque no nos engañemos, todos esos que se felicitan por no haber vendido la casa de la abuela, o la suya, para comprar la villa de su vida, no es que no creyeran que esto era Suiza, como casi todos los que ahora se ven con el agua al cuello. Ellos no eran más listos que los demás y la única diferencia es que pidieron demasiadas pelotas y no lo compró nadie, que si no, estarían rechinando los dientes como casi todos.

Hubo un tiempo en que atábamos los perros con longanizas y si no te comprabas una villa eras poco menos que un pobretón, y otra cosa puede que no, pero pobre, nadie quiere aparentar serlo.

Cuando yo era pequeña, en este barrio había una cierta camaradería o una especie de lealtad entre las personas que no eran adineradas, como si hubiera cierta conciencia de clase, cierta dignidad en la pobreza.

En la tienda de Virginia, a final de mes, había una larga lista de fiados que ella apuntaba parsimoniosamente en un cuaderno de tapas verdes con su letra de convento, mojando la punta del lápiz con la lengua, y nadie se avergonzaba por ello, aunque tampoco a nadie le gustaba que se supiera.

Pero es que tampoco se sabía. Muchas familias no llegaban a fin de mes, pero nadie las miraba por encima del hombro ni se cuchicheaba alegrándose de su desgracia. Imagino que los ricos sí podrían hacerlo, pero no las personas de esa misma clase social.

Nosotras nunca vimos el nombre de nuestra madre apuntado ahí porque ella pertenecía a la parte adinerada, a la de las chicas no ricas, pero sí con posibles, que tenían criada y las niñas íbamos a un colegio de pago. Pero aun así recuerdo que yo nunca miré a nadie creyéndome más, ella, sin embargo... creo que sí.

Ahora está más mal visto que entonces no aparentar tener dinero.

Un tipo puede ser un muerto de hambre, no tener oficio ni beneficio, pero el banco le soltaba 40 kilos para una villa y se creía con derecho a mear más alto, a mirar por encima del hombro a quienes no se hipotecaban como él y no se compraban una villa en la playa o un Audi.

Lo jodido de la crisis, al igual que el capitalismo exacerbado que la ha creado, es que ha eliminado la humanidad.

Somos números, apariencias, villas, coches, somos fachadas de vidas perfectas, ropas impecables, exteriores que no dejan pasar la miseria que llevamos por dentro.

Sepulcros blanqueados.

El olor de la casa donde nací me golpea en la cara como un bofetón y desde la cocina veo que se asoman mi madre y María, con el delantal puesto y una sonrisa en la cara.

Mi marido entra detrás, como si lo llevara a rastras, y como siempre me preguntan por la niña, como si no supieran que ella prefiere dormir la mona hasta las dos de la tarde y que si decide venir a comer no será hasta que no esté la paella en la mesa.

Joder, tiene 18 años, ¿cómo la voy a obligar a que venga si no me apetece ni a mí?

¿Para qué? ¿Para comer un plato de arroz o para escuchar los mismos consejos y complejos de la familia?

Joder, si es que somos penosos. A veces creo que ya no tenemos nada en común.

En esta casa, donde habitan los recuerdos de las niñas que fuimos, no hay ni un rastro de las mujeres en que nos hemos convertido.

Ya no queda más que el olor a rancio, a madera, a humedad y la voz cansina y cansada de mi madre que treinta años después sigue diciendo las mismas frases gastadas, los mismos consejos inútiles y las mismas arengas morales que ya nadie escucha porque hemos perdido la capacidad de fingir que la escuchamos.

Jordi se sienta a leer el “Público” en el sillón orejero que fue de mi padre.

Cuando llegue Jaume se pondrá frente a él a leer “El País”.

Tampoco tienen nada en común, aunque luego se intercambien los periódicos.

Mi marido es sindicalista, abogado, de los que se pagó la carrera trabajando y salía de niño a la calle con su padre en las manifestaciones de la transición.

Jaume es de buena familia, como se suele decir. Un pequeño burgués.

Llegó a la democracia sin ver todo lo que Jordi sí vio, aunque tampoco es que se pueda decir que es conservador. No sé. Es un tipo raro.

Lo único que tienen en común es el fútbol, cosa bastante extraña porque Jaume parece estar siempre por encima de esas cosas tan terrenales.

Cuando llego a la cocina mi madre está al frente de la paella y la tarta de María está en la nevera.

Todo en orden aparente.

Le doy dos besos a cada una y mi marido repite la operación casi mecánicamente, sin embargo, me doy cuenta de que mira a mi hermana como si notara algo extraño en ella o como si la viera realmente por primera vez. Me hace una señal de esas que solo yo entiendo.

Ha llorado.

Eso es lo que él ha visto.

No entiendo cómo yo soy la que no lo ha querido ver.

Por supuesto no están ni mis sobrinos ni mi cuñado, pero hay algo que me impide preguntar por ellos, como si supiera que eso le va a hacer daño, pero mi obligación, como hermana, es hacerlo.

Por mis sobrinos al menos. De mi cuñado puedo prescindir para no echar sal en sus heridas.

La respuesta será la misma que si me lo hubieran preguntado a mí.

De hecho, es la misma cuando ella luego también me pregunta por mi hija.

- Durmiendo, ya sabes, se van de fiesta y se acuestan tarde.

- Esos niños no están bien educados. ¿Qué significa eso de no comer los domingos con la familia? Ni siquiera en el cumpleaños de su madre.

- Son jóvenes mamá.

Sí, son jóvenes, como nosotras lo fuimos una vez.

Por eso no les obligamos a hacer lo que no es absolutamente necesario y obligatorio, no les obligamos a la hipocresía ni a conservar apariencias, no les obligamos a comer sin ganas ni a hacer lo que no les nace del alma, tal como tú nos obligaste a hacer.

Por eso nosotras estamos aquí y ellos están durmiendo la mona.

Porque ellos son jóvenes y nosotras lo fuimos, porque nos acordamos de aquellos nefastos domingos de paella y de aquellas normas inquebrantables que era nuestra vida, llena de leyes, de complejos, de destinos y augurios aciagos que comienzan a cumplirse para alguna de nosotras.

María se da la vuelta y abre la lavadora comenzando a sacar las sábanas de la cama de mi madre.

Aprovecha los domingos para cambiar las sábanas y lavar la ropa de toda la semana, así nosotras la tendemos mientras hacemos la comida y antes de irnos la tiene recogida, doblada y a veces hasta planchada.

Es otro de los ritos del domingo.

Veo que mi hermana lo pone todo en el cesto y luego llena otra lavadora con ropa oscura.

Sin decir nada se lo pone en la cadera y como si fuera una gitana llevando un

churumbel, toma el camino del tejado mientras mi madre coge la espumadera y mueve el sofrito.

Su cara es inexpresiva.

Tras la primera observación sobre lo mal educados que están nuestros hijos se queda callada haciendo que el silencio sea un poco más incómodo, como si así sus frases siempre hirientes pudieran golpearnos la conciencia.

No sabe que ya la hemos superado, calado, descubierto. La hemos pillado desde hace años y ya no nos impresiona con sus morritos arrugados y su cabeza alta.

Esa mujer cree que sus frases son lapidarias como las del concilio Vaticano.

Sin pensarlo la dejo con su sofrito y me lanzo escaleras arriba tras mi hermana.

Cuando llego ya ha tendido la sábana grande y esta se mueve con el aire, que huele casi a primavera.

Tomo del cesto unas bragas blancas y enormes de algodón y las tiendo a un lado en otro hilo distinto.

-¿Cómo estás?

La primera sorprendida con la pregunta soy yo.

Lo he hecho sin pensar.

- Bien.

- Pues no lo parece.

- Pues lo estoy.

Sé que no le voy a sacar ni una puta palabra más.

Cuando María se cierra no hay Cristo que la abra.

No puedo evitarlo. Es mi hermana.

Vale que nos hayamos distanciado, que cada una lleve su vida, que no tenemos mucho de qué hablar y que tal vez a mí no me tienen porque importar sus intimidades, pero es mi hermana joder.

Esa casa me lo recuerda.

Si no quiere que no me conteste, pero yo tengo la obligación de recordarle que no está sola.

- Si necesitas lo que sea, hablar, tomar un café...

¿Me atreveré a decírselo? Me atrevo.

- Si necesitas algo de pelas...

- No necesito nada, gracias.

- ¿Luis sigue en el pueblo?

- Sí.

Seguimos tendiendo en silencio, unas prendas al lado de otras en perfecto orden, la ropa interior en el hilo de en medio, entre sábanas y toallas, para que así no la vean los vecinos.

Esas rancias costumbres me matan y mira que las tengo arraigadas.

Jordi dice que tengo costumbres victorianas, que me dan vergüenza cosas como esas, que los vecinos vean mis bragas, que cualquier día le pongo flecos a las patas de las sillas.

Pues sí, me da vergüenza que vean mis bragas, tal como a mi madre y a mis hermanas.

¿Qué pasa?

Una no puede más que asumir la educación que ha recibido y, aunque ya he revertido muchas de sus prácticas, hay cosas que simplemente las llevas tan metidas en el inconsciente que no puedes evitar hacerlas sin darte cuenta, como tender la ropa interior en el hilo de en medio.

Por no hablar de un calcetín con un tomate... eso sí que me da vergüenza.

A Fe ya no le ocurre porque tiene secadora pero yo aún lo hago porque tiendo en el patio de luces de la vecindad, y desde un 5º como que se me ve todo lo que tiendo.

Me compraré una secadora con las comisiones del mes que viene, si es que llegamos a escriturar.

En el mismo silencio abandonamos el tejado y comenzamos la retirada tal como lo haríamos si esa casa fuera una trinchera.

Una de tantas trincheras de quienes hemos vivido en una especie de guerra fría.

La habitación que fue de mis padres está abierta.

Sin duda María ha subido a limpiarla antes por eso huele como a fregasuelos SPA de Mercadona.

No puedo evitar entrar.

Esa habitación siempre ha ejercido un extraño poder sobre mí.

Creo que es por el cuadro del Sagrado Corazón y de la Inmaculada Concepción que hay en el cabezal de la cama, o por el gigante rosario de cuentas de madera oscuras y gruesas, que cuelga a un lado de la pared sobre la cómoda.

No sé por qué será, pero me fascina esta habitación.

Tal vez porque simplemente es la habitación de mis padres y fui concebida y parida en esa cama.

Como cada una de mis hermanas excepto Pity, que ya nació en la clínica.

La enorme cómoda de caoba con su espejo ovalado y su secreter con pequeños cajones laterales es una obra de arte.

Nunca he visto a mi madre sentada escribiendo, ni leyendo siquiera, así que no me la imagino sentada frente a ese mueble. No sé por qué me suena a antigüedad, como si ese mueble tuviera más años y más secretos que los aparentes y vulgares secretos y años de cualquier mueble viejo.

No puedo evitarlo. La curiosidad me mata.

Tiro de los cajoncitos y se abren con facilidad. En el interior no hay apenas nada.

Recuerdos infantiles, postales y fotos de familiares, nosotras vestidas de primera comunión, recordatorios de bautizos, mi padre vestido de soldado, fotos de sobrinos también de comunión y unas cartas amarillentas que sin duda son lo más interesante de todo.

Me encantaría leerlas pero me parece una enorme falta de educación. ¿Cómo voy a leer unas cartas que no son mías?

Miro el remite de Escocia y de hace muchísimos años.

Desde bajo oigo el ruido de la gente que va llegando y la voz de mi madre llamándome.

Dejo las cartas en el mismo lugar donde estaban con un gesto de penitencia y al remover las fotos para dejarlas encima, en el mismo orden aparente que lo encontré, veo que el soldado no es mi padre, y que no es la única foto de ese mismo señor.

Me inclino a pensar que es un familiar que no conozco, alguien que salió del núcleo de la familia lejana, que emigró a otro país y no he visto jamás, hasta que encuentro una con una dedicatoria demasiado cariñosa para ser la de un simple amigo de la familia.

Lo guardo todo ya sin orden, intentando contestar a mi madre que me sigue llamando desde la planta inferior, y que no se note que me he quedado a cuadros.

A cuadros escoceses.

María. Madre amantísima.

Cada vez soporto menos estas reuniones familiares, aunque reconozco que me han alegrado un poco y al menos he salido de mi encierro voluntario.

Mi madre ha intentado que me quede un rato más con ella. “Total, ¿qué tienes que hacer?, ¿irte a casa a llorar?”

Mi madre es así, no le importa nada hurgar en las heridas.

Dura y fría como la roca se cree estar más allá del bien y el mal pudiendo dar sus opiniones y sus decretos tal como le vengan en gana, sin importar que a mí me puedan sentar como un tiro.

Vale que no quiero ni necesito compasión, pero tampoco soporto que me trate como si ella no tuviera alma y yo demasiada.

Desalmada. Esa es la palabra.

Inhumana, cruel. Esa es mi madre.

Aun así me siento obligada a aguantarla, a soportar lo que sea que tenga que soportar.

Llego la primera porque no tengo vida social, padezco insomnio y a las 6 ya estoy despierta, no salgo a tomar ni un mísero aperitivo porque no me quedan amigas, ni quiero gastar dinero y tampoco hay nada mejor que hacer, así que, aunque no quiera, siempre llego antes que las demás, con lo cual me toca siempre cumplir con cosas que no quiero, odiándome por odiar lo que sí hago, aunque lo odie.

Soy una especie de borrega que se ha dejado arrastrar toda su vida, que tiembla por dentro ante una orden, que me siento con obligaciones que nadie más que yo siente, que me remuerde la conciencia si no hago lo que los demás me dicen que haga, como si lo justo y necesario siempre dependiera de los deseos de otras personas, pero no míos.

Es como sentirme obligada por algo o alguien y al mismo tiempo abrigada siempre una enorme deuda, una especie de ansiedad que me lleva a creer que no lo hago bien, que me van a sorprender en una falta, que en cualquier momento me van a echar en cara un fallo en mi conducta, en mis actos, en mis pensamientos y me van a sorprender cometiendo un grave delito. No sé cuál pero grave.

Como si pendiera sobre mí una espada de Damocles, siempre dispuesta a caer con todo su peso.

Es una sensación que odio.

Y de la que no me he podido desprender en toda mi vida.

Espero que algún día caiga de una vez y me pille de lleno, desprevenida y harta de esperarla.

A ver si así descanso de una vez y pago esa enorme deuda imposible de pagar que llevo intentando amortizar desde el día que nací.

Dios mío, es que si pudiera la abofetearía.

Si fuera al psicólogo seguramente me diría que odio a mi madre y que no superé el complejo de Edipo, por eso me siento como si me faltara algo y por eso me lleno de rabia cuando voy a verla.

Pero es que tengo que ir a verla, soy su hija, tengo la obligación de ir a verla ¿no?

No quiero ni pensar que cayera enferma y tuviéramos que cuidarla.

Me falta el aire cuando pienso eso.

Mis hermanas se podrían escaquear porque pueden pagar una chica que la cuide, pero yo no me lo puedo permitir, es más, estando en el paro, cobrando una mierda de 426 euros, seguramente me propondrían que fuera yo quien la cuidara.

“Para pagarle a otra a ti te hace más falta.”

Casi que puedo oírlas decir esa frase.

¿Y cómo iba a decir que no? Si mi casa es de él, si no tengo trabajo, si no he hecho nada en esta vida más que limpiar mierda ajena.

Yo, la escritora, la que sueña con escribir un best seller, la que escribe relatos eróticos en los foros y sonrío cuando personas que no conozco me valoran por mis actos y por mi trabajo y no por el partido que pueden sacar de mí o por los convencionalismos a los que me siento obligada.

Yo, que solo tengo un graduado escolar, que si pude trabajar en una oficina y de comercial en una inmobiliaria es porque en pleno boom cualquiera podía vender pisos porque se vendían solos.

Ahora tengo 41 años y no tengo nada más que eso, años.

Ni casa, ni trabajo, ni ahorros, ni estudios, ni marido, ni hijos, casi ni sueños e ilusiones. Nada.

Poco a poco he ido dejándolo todo.

El día que deje de escribir y de entrar en el foro para estar con mis amigas, ese día me muero.

Antes de terminar amargada y dura como mi madre me tiro al agua de la escollera más profunda del puerto.

Antes de perder el alma, antes de perder mi sensibilidad y amortajarme el corazón, como ella ha hecho toda su vida, me cuelgo del palo más alto que encuentre.

Hoy, por un momento, casi me sorprende.

Se le ha ocurrido preguntarme por los niños y por mi marido antes de que llegara Espe, cuando estábamos aún las dos solas.

Entre una madre y una hija que está en trámites de un divorcio doloroso y punzante como este, podría ser que hubiera momentos de intimidad, de confesiones, de consejos y abrazos.

¿Alguien sabe cuánto tiempo hace que no me abraza nadie?

Me he abierto. No lo he podido evitar.

Por un segundo creí que podía confiar en mi madre, que podía abrir mi corazón y contarle lo que nunca le he contado a nadie, confiar, desahogarme, abandonarme, sentirme arropada.

Le he comenzado a contar, por encima, tanteando el terreno, dudando de si ese milagro podía estar realizándose delante de mí en esos momentos, intentando no entrar en intimidades que pudieran ofender su pudor o su catolicismo inmisericorde, pasando como rozando el fondo de los problemas, sin profundizar.

Una especie de respeto o contención me impedían contarle más.

Hubiera bastado una palabra para que me pusiera a llorar como una niña y abrazar ese regazo que una vez me acunó y contarle todo, pero no hubo ninguna palabra, ningún gesto, ninguna sensación de estar hablando con una madre.

Su cara, implacable y severa como siempre, no expresaba nada, ni invitaba a las confidencias.

- Ay hija, ¿sabes qué te digo? Que cada palo aguante su vela, yo ya he pasado lo mío con vosotras y con vuestro padre... cada uno se sabe lo suyo. ¿Ya has cortado las judías verdes?

Por supuesto aún no había cortado las judías verdes.

Aún no he cortado nada.

Cuando Espe ha llegado acababa de darme una llorera en el baño, a escondidas.

Luego, cuando en el tejado me ha preguntado, no he podido decirle nada a ella tampoco.

Tal vez ella podría haberme escuchado, es mi hermana, su preocupación, su tono de voz parecía sincero, pero nunca lo sabré porque el momento ya ha pasado y no le he dicho nada.

Estoy bien y no necesito nada.

Y eso es verdad, no necesito nada, de nadie.

Las únicas que me apoyan son mis amigas del foro, justo unas personas que ni me conocen, que no saben ni mi verdadero nombre sino un nik.

¿No es curioso que en la era de la comunicación no podamos hablar con quienes nos rodean?

Siento más confianza con esas desconocidas que con mis hermanas, y puedo hablar con ellas a corazón abierto, sin miedos, sin sentirme juzgada y sin que importe nada salvo mis sentimientos y mi verdadera forma de ser o pensar, aunque a veces ni yo misma sé quién soy ni sé lo que pienso.

Mañana lunes comienza otra semana.

Mis hijos volverán a las clases, de hecho, en unas horas resucitarán, saldrán de esa habitación, me mirarán como a la desconocida que soy y se comerán el plato de paella para merendar, mientras cada uno estará en un ordenador distinto, conectados a internet y a su rollo, como suelen decirme.

Yo mañana tampoco tengo nada que hacer, salvo limpiar una casa que no es mía y de la que ya me estoy despidiendo poco a poco.

Al menos me quedan mis relatos y mis sueños imposibles.

Abro el portátil y un bello paisaje marítimo me saluda mientras voy abriendo el Word.

Es mi momento, mi único momento.

Solo en momentos así soy yo.

Pity. Chimeneas y copas de vino tinto.

Si Pau estuviera aquí, estaríamos en la cama.

No importaba que fueran las 6 de la tarde o las 6 de la mañana, nos encantaba estar en la cama, sobre todo los domingos.

Dejar que el sol llegara hasta nosotros y nos acariciara como si tuviera manos y dedos de carne y hueso mientras las sábanas siempre blancas o crema, fueran absorbiendo el calor de nuestros cuerpos.

Era una especie de ceremonia solemne y privada.

Meternos en la cama para todo, para leer, para desayunar, para pelear, para hablar, para matar el tiempo estando a solas, abrazados, notando las pieles, los roces, los órganos, las respiraciones, y no tener la intención de movernos ni siquiera para respirar profundo.

Simplemente notarnos.

Acurrucados, adormilados, abandonados uno a los brazos del otro en una dejadez laxa que no era improductiva ni aburrida, sino un recorrido lento de nuestros cuerpos, un conocimiento mutuo adquirido en la lentitud de los gestos sin prisa y de las caricias sin pretensiones.

Estaríamos en la cama.

Desnudos, entre sábanas recién puestas, como cada fin de semana, y recién duchados, con un perfume ligero a jabón, crema y desodorante Dove, a limpio y a ligero, a nuestro verdadero olor que poco a poco iría surgiendo puro entre los restos de los olores de la ducha, del suavizante de las sábanas de hilo y la colcha de piqué color blanco con arabescos.

Abrazados sin movernos y sin decir ni una sola palabra.

En un diálogo sin voces que en tan poco tiempo ya habíamos aprendido y que sustituía a las palabras vulgares y usadas de nuestra vida diaria. Un diálogo hecho de gestos, caricias, miradas, respiraciones y silencios.

No importaba absolutamente nada.

Nuestra cama era nuestra isla.

Náufragos de una vida destartalada que no había tenido sentido antes, llenábamos las horas amarrados el uno al otro y abandonábamos voluntariamente las costumbres anteriores y las frases hechas, mil veces usadas y utilizadas por personas que no pertenecían a nuestro mundo, inventando otras nuevas que únicamente nosotros podíamos utilizar y entender.

Puedo verlo con sus bóxers blancos y dos tazas en la mano, mostrando impunemente su cuerpo y acercándose a la cama con una sonrisa mientras me pregunta por el libro que tengo entre las manos y que he estado leyendo con la cabeza apoyada en su estómago plano y duro, caliente como toda su piel antes de que se levantara a hacer café.

A veces me parecía estar en un anuncio o en una película, donde todo es perfecto, blanco y fresco, donde la luz inunda hasta los rincones más ocultos de habitaciones vivas y cuerpos hermosos, donde el viento mueve siempre las cortinas y los cabellos en una primavera y verano constantes, o donde la lluvia golpea los cristales, mientras al cobijo y al amor del fuego dos personas caminan en calcetines gruesos de lana sobre una cama con edredones nórdicos de plumas, llevando solo unas camisas de algodón azules o rosas sobre el gris del ambiente y de la luz tenue que entra por las persianas alzadas.

Tengo obsesión por las chimeneas. Hay una en el comedor y otra en mi habitación, aunque en realidad son la misma que se comunica por los dos lados. Esta no es una zona fría precisamente, pero me di un capricho mucho antes de conocerle, como si hubiera sabido que algún día encendería esa chimenea para estar con él desnuda a todas horas, llevando sus camisas y calcetines, para ver los reflejos rojos de las llamas sobre su piel y la habitación iluminada con un resplandor de ensueño mientras me duermo entre sus brazos.

Ese fuego me había acompañado toda la vida.

Pero solo con él lo convertí en fuego sagrado.

Pau era mi dios.

Ahora yo ando como sacrificada en el altar donde tantas veces me ofrecí a él para que me tomara, un altar frío y solitario donde ya no está y al que nunca volverá.

Porque se fue para no volver. Y no volverá.

Me quedan de él dos CD,s y tres libros edición bolsillo que compró en un aeropuerto hace años y que no le importaron lo suficiente como para meterlos en la maleta.

Y un millón de recuerdos que me impiden respirar, que me impiden seguir viviendo, que me impiden seguir con la vida que llevaba antes de él.

Ahora cada rincón de la casa me lo recuerda y su imagen está presa entre los claroscuros de las sombras de mi dormitorio, donde ya no he vuelto a dormir desde que se fue. Cada mueble, cada taza, cada plato, cada almohada, cada recoveco o cada esquina, llevan impresa una marca indeleble de su ausencia y

de sus gestos.

A veces llega alguna carta a su nombre y no me atrevo a abrirla, pero tampoco sé dónde enviársela, así que la dejo durmiendo el sueño de los justos en la repisa de la chimenea, junto a una foto suya y mía que no me atrevo a levantar y que sigue desde entonces colgada boca abajo.

Como yo, colgada boca abajo, con el mundo del revés y desprendida de todo aquello que un día me importó o significó algo para mí.

La chimenea cumplió y cumple todos los ritos: desde tomar vino en copas desnudos frente a ella, hasta encenderla para dormir tirada en la alfombra que algunas veces había sido testigo y soporte de noches de amor, locura y sexo salvaje.

Ahora que estoy sola y no hace tanto frío, porque es casi primavera, no la enciendo y, sin embargo, sigue llameando en mi pensamiento y en mi memoria. Sola frente a ella, sentada en la dichosa alfombra, me acuerdo de él asfixiándome en los recuerdos, tocándome tal como él lo hacía, recordando sus manos, su piel, su cuerpo, su boca, su sexo.

Pero él no está y no son sus manos las que me acarician.

Desde entonces no he tocado a nadie ni nadie me ha tocado.

Pensar en tener sexo con alguien que no sea él me repugna y me entristece a partes iguales, pero mis manos no son suficientes y me parecen extrañas, como si ni siquiera fueran mías.

Mis manos son irreconocibles e inútiles en cualquier cuerpo que no sea el suyo.

Mis manos son enemigas mías porque guardan el tacto de una piel que jamás volveré a tocar y no quieren olvidar, no quieren deshacerse de esa memoria que guardan celosamente y que me está aislando de cualquier otro roce, de cualquier otro contacto

Todo mi cuerpo es ahora un extraño que guarda afanosamente los recuerdos de otro cuerpo que ni me pertenece ni volveré a sentir, un cuerpo que amé, un cuerpo que adoré y que no puedo ni quiero olvidar.

Y no importa que yo misma me haya convertido en una extraña para mí y que no me reconozca ni en el espejo, poco me importa que no tenga fuerzas para recorrer con mis manos aquello que él abandonó.

Mi cuerpo tampoco me pertenece desde entonces. Abandonado por él se mantiene en pie, camina, come, llora, trabaja, habla, pero ya no soy yo quien lo hace, sino el residuo de lo que él dejó, la cáscara de alguien que por dentro está muerto, el envoltorio de alguien que una vez vivió entre esta piel.

Dejo de tocarme y vuelvo a pensar en él, en lo que estará haciendo ahora, en el lugar donde ha ido a parar tras huir de mí, y es curioso porque no puedo imaginarlo, no logro verlo en otra ciudad, en otra casa, en otra cama que no sea la mía.

Ni siquiera tengo fuerzas, o imaginación, para verlo en otros brazos y pensarlo; curiosamente no me produce celos ni ningún tipo de sentimiento de posesión traicionado, sino que simplemente creer que pueda estar con alguien solo aumenta el vacío y arrasa la poca vitalidad que aún queda en mí, dejándome completamente anestesiada por dentro, sin matar el dolor que siento, sin añadirle resentimiento ni rabia, pero impidiéndome sentir otra cosa que el más negro y profundo vacío.

Tal vez con el paso del tiempo logre verlo de otra forma, logre desengañarme de una vez de él y perder toda esperanza, pero por el momento soy incapaz.

Aún estoy en la fase del dolor ciego, del abismo abierto ante mis pies, no he cruzado la línea del desengaño y ni siquiera he llegado al principio del olvido, así que solo puedo pensar en él y recordarlo una y otra vez, sin llegar a imaginar su vida sin mí al igual que no logro ver mi vida sin él.

Todos los días me levanto, desayuno, trabajo, a veces hasta río, camino, escribo, leo y duermo. Todo de mala manera y sin ganas, como si las acciones que antes me permitían sentirme viva ahora solo fueran un teatro de lo absurdo, mis metas, mis sueños, todo aquello por lo que llevo más de diez años luchando ya han perdido toda su importancia y su brillo, ya no tienen sentido y no hay forma de recuperarlo, porque ni siquiera puedo intentar hacer creer que mi vida de ahora sea la misma que la de antes de conocerle.

Ya ni siquiera puedo soñar en volver a tener aquella paz, o soñar en volver a ser la que fui antes de Pau, en un solo año él me ha cambiado tanto que ni me reconozco y no sé cómo reconstruirme, no sé cómo crearme a mí misma de nuevo.

Sentada frente a la chimenea, con una copa de vino tinto en la mano pienso en Pau y en este dolor del que no puedo ni quiero desprenderme.

No quiero olvidarle, ¿cómo olvidarle?, ¿cómo olvidar tantas y tantas cosas? Tantas sensaciones y vivencias, tanto amor, tanta vida, tanta alegría, tanta paz.

La imagen de mi hermana, sola entre nosotras, con los ojos aún rojos e hinchados de haber estado llorando toda una noche, se interpone entre la imagen de Pau y no puedo evitar pensar en que tal vez ella está pasando por algo similar, en su vacío, en sus miedos y su desencanto.

Pasamos por su lado y le preguntamos qué tal está con un roce casual que

pretende ser cariñoso y la respuesta es “bien”, tan bien como puedo estarlo yo. Casi que prefiero que Pau me haya dejado ahora, cuando todo parecía perfecto y era bello, antes de tener una boda, una vida, dos hijos y una hipoteca, prefiero que lo nuestro haya muerto joven y el cadáver de nuestro amor sea bonito, prefiero haber vivido deprisa y no dejar que el tedio y el aburrimiento mataran de muerte natural algo tan intenso.

Yo sé que lloro por él, pero mi hermana llora por sí misma.

Yo sé que lo nuestro fue único, bello, fuerte, lleno de urgencias y de deseos, sé que no llegamos al estadio de cansarnos, de molestarnos, de convertirnos en dos extraños unidos por la indiferencia, sin nada más en común que un pasado, una hipoteca y dos hijos universitarios. Nuestro amor murió trágica y solemnemente sin llegar a marchitarse antes, en pleno apogeo, con toda su trágica intensidad, y no de muerte lenta, en plena decadencia y ocaso de sentimientos.

El dolor es proporcional al placer, el deseo proporcional a la muerte, una dualidad que se ha mantenido a lo largo de este último año y sigue inmisericorde, esa pauta en todo cuanto ha acontecido en mi vida.

Siempre he tenido que pagar un alto precio por ser feliz, por vivir, y con Pau la vida se está cobrando todos y cada uno de los bellos momentos.

Me pregunto si mi hermana también estará pagando esos plazos, al igual que yo.

También a mí me han preguntado qué tal estoy y la respuesta ha sido la misma: bien, estoy bien, y ahí se ha quedado toda la conversación.

El mismo gesto casual, el mismo roce en el brazo que pretende ser una especie de caricia, la misma mirada que me hace dudar de que su intención sea sincera, la rabia de que me compadezcan, como si fuera una mujer débil que no puede superar una ruptura, la forma en que hacen la pregunta como si en el fondo no se atrevieran o creyeran que no tienen derecho a preguntarme por mi vida.

¿Qué les voy a decir? ¿Qué les puede decir María?

Bien, estoy bien.

Y nada más. En el fondo ni ella ni yo queremos contar nada, nos guardamos mucho de decir que por dentro estamos destruidas y no sabemos recomponernos, nos reprimimos la sinceridad y soportamos las miradas de comprensión de quienes no tienen ni idea de por lo que estamos pasando, ni idea de la sensación de pérdida y de vacío absoluto, intentando ahogar las penas en una copa de vino cada noche y ante una soledad que arrasa con todos

los restos de humanidad que aún nos queda en el cuerpo aislándonos hasta de nosotras mismas.

Yo estoy sola, y poco importa que María aún tenga a sus dos hijos en casa, porque está sola y lo sabe, en el fondo tal vez aún lo esté más que yo y sienta mucho más ese desamparo estando rodeada de personas.

Estamos solas, lo sabemos y no nos importa. Si lo que queremos no podemos tenerlo, preferimos estar solas. Si no está Pau, prefiero estar sola, y seguramente María preferirá estar así de sola antes de seguir en la cama con un hombre que ya es un extraño.

La soledad a mí no me asusta, pero no soporto la sensación de la nada que me llena, y si tuviera que fingir a todas horas, como seguramente tiene que hacer ella, aún podría soportarlo menos.

Me levanto del suelo y voy hasta la cocina a llenarme la copa de nuevo. En la nevera vacía quedan dos yogures de la marca favorita de Pau que ya hace un mes que han caducado y que no me atrevo a tirar a la basura. La botella está medio vacía y me entra el pánico de pensar que se terminará antes de que pueda dormirme.

Me gustaría colgarme de las drogas, de los tranquilizantes y las pastillas que me ofrezcan las mayores horas de sueño posibles, o de la farla y las pastillas que me anestesien lo suficiente como para no pensar en él y permitirme continuar en movimiento. Ir, venir, hacer, deshacer, colgada de coca todo el día, hablando sin parar, riendo, con la inquietud y el ajetreo de mi trabajo y de mi vida social que es casi infinita y que no me acepta deprimida o con los ojos llorosos.

Me gustaría volver a ser la mujer vital y animada que podía con todo, que no paraba, que controlaba un negocio próspero, que se había hecho a sí misma, tal como dijeron en el gremio de peluqueros cuando me dieron la estatuilla de empresaria del año.

Volver a ser la misma que antes de Pau, aunque para ello tuviera que esnifarme hasta la cal de las paredes y tomarme media farmacia, pero no tengo valor para hacerlo.

No sé convertir mi vida en un drama grandioso, no sé hacer locuras, ni sé perder el control de esa forma. No puedo pretender ser una dama despechada que hunde su vida a mayor gloria de su amor y su desdicha, no puedo convertirme en protagonista de mi propia tragedia y hacer contemplar al mundo cuán bajo se puede llegar a caer por amor, cuánto duele el desengaño, no puedo volverme loca y coleccionar gatos, ni vestirme con el traje de novia

que nunca tuve ni tendré, no puedo inventar manías, ni puedo permitirme excentricidades, no puedo liarme la manta a la cabeza y desesperarme, volverme loca de dolor, hablar a solas con él, tener arranques de furia injustificados, no puedo convertir mi vida en una opereta magnífica y trágica que el mundo contemple alucinado e incrédulo. No puedo evitar ser mediocre, ser tan normal y corriente como cualquiera y vivir esto a solas, calladamente, intentando ser alguien que ya no sabe ni quién es y que no trata ni siquiera de averiguarlo.

No puedo evitar levantarme cada mañana y querer sentir el sol en mi cara, pese a que su cálida caricia me haga pensar en sus caricias, no puedo evitar caminar hasta la playa para recordar, en el gris y azul del mar, el color de sus ojos y sentirme más cerca de él, no puedo evitar cerrar los míos y pensar, pensar, simplemente pensar.

No puedo evitar querer vivir. Pese a que la vida sin él sea una burda imitación y sepa que no es suficiente.

María. Ay amor ya no me quieras tanto...

Me asusté cuando oí la puerta.

Principalmente porque sabía que los críos hacía rato que se habían ido al instituto y la universidad y que no eran, por lo tanto, ninguno de ellos dos.

Solo podía ser Luis.

Hacía tres semanas que no lo tenía rondando por la casa, ni por ningún sitio, hasta el punto de haberme acostumbrado a no verle, y aunque sabía que tarde o temprano volvería del pueblo, no pensé que su presencia fuera a molestarme de semejante forma.

Lo nuestro no ha sido nunca normal, y deduzco que no lo será jamás.

En los últimos tiempos no habíamos tenido broncas monumentales, sino más bien esos desasosiegos sordos y ese rencor ahogado de quienes están hartos, pero siguen y siguen tragando porque no hay más remedio que tragar y apechugar con las decisiones que un día, veinticinco años atrás, habíamos tomado.

Lo nuestro se había reducido a ignorarnos, a enfadarnos mutuamente, a molestarnos y prescindir totalmente del diálogo, pero mientras trabajábamos y solo nos veíamos las cuatro horas al día que hay entre la llegada a casa después de la jornada laboral y la hora de dormir, pudimos aguantarlo.

Podríamos haber estado así toda la santa vida, pero la crisis nos jodió.

Cuando yo ya llevaba un añito de felicidad completa en el paro, escribiendo mis novelas y viviendo más o menos tranquila, llegó el cierre de su fábrica y de repente me encuentro que he de pasar las 24 horas del día encerrada en casa con un extraño.

La crisis económica nos trajo a casa una crisis matrimonial.

Yo solo le dije un día que nos teníamos que separar y él me dio la razón.

Hizo las maletas y se largó al pueblo con sus padres, así, sin más.

Me dio tres semanas de vacaciones de nuevo, en las que no he podido parar de llorar y preguntarme por todo lo humano y lo divino sin encontrar respuesta a absolutamente nada.

Yo fui la que quiso divorciarse, yo fui la que le planteé esa separación y no sé por qué me tuvo que joder tanto el hecho de que él aceptara tan fácilmente, que

no presentara lucha, que no quisiera intentar arreglarlo, que se rindiera sin una sola palabra y sin un solo gesto que pudiera representar un intento de reconciliación.

Cierto que yo no hubiera cedido porque mi decisión era firme, llevaba meses pensando en ello, pero mi vanidad al menos se hubiera visto colmada y no sentiría que su indiferencia es un insulto a todos los años que he tenido que callar y trabajar por reconstruir un amor que ya había sido muerto y enterrado por su parte.

Aunque se hubiera puesto a llorar y se hubiera rebajado o hubiera cedido a cualquier tipo de acuerdo entre nosotros, no me habría parecido tan cobarde como en el momento que aceptó todo lo que le dije sin un solo pestañeo y se largó poniendo tierra por medio.

Ahora me pregunto para qué habrá vuelto.

Lo miro entrar en la cocina y veo que me mira como si yo fuera una extraña y eso es un dolor que me lacera.

Yo no soy una extraña, soy la madre de sus hijos, la que lleva veinte años acostándose con él, la que ha soportado sus enfermedades, sus tensiones, las interminables tardes de fútbol, la que ha aguantado a su puñetera familia y se ha quedado a dormir con su madre en el hospital, la que le ha planchado todas sus camisas y lavado todos sus calzoncillos, la que comparte la misma cama, la que una vez amó.

Pero soy una extraña y no sé por qué, si ya no le quiero, me duele ver en lo que me ha convertido.

Él no es un extraño para mí, aunque desde que dejó de trabajar me di cuenta de que apenas lo conozco, de que no sé quién es en realidad y no sé si alguna vez supe verlo a él, o solo vi en él lo que yo quería ver.

Pero no es del todo un extraño.

Conozco sus manías, sus ronquidos, reconozco su voz y su perfume, reconozco el color de sus ojos en los ojos de mis hijos y conozco perfectamente su forma de pensar y de moverse, su forma de dormir, de hacer el amor, de comer, de sentarse en el sofá, su música favorita, sus películas favoritas, su plato favorito, su pantalón preferido y hasta la forma de rascarse los huevos y eructar en el sofá cuando cree que nadie le mira.

Lo conozco como si lo hubiera parido.

Y, sin embargo, es como si ahora lo viera por primera vez.

En la puerta de la cocina, mirándome extrañado como si él tampoco se pudiera creer que yo estuviera ahí.

¿Qué le digo? ¿Qué se le puede decir al hombre con el que has estado viviendo casi toda tu vida, al que una vez amaste, al padre de tus hijos y que ahora no es nada para ti salvo una molestia y un futuro problema?

- Hola.

Joder, y eso que quiero ser escritora. Pico de oro.

- Hola.

Doy un sorbo al café y me doy cuenta de que está más amargo que de costumbre. No me he acordado de ponerle azúcar, pero así está más bueno.

Negro, fuerte y amargo. Como mi puta vida.

- ¿Quieres un café?

- Vale.

Se sienta delante de mí y yo hago la intención de levantarme para coger la cafetera y servirle una taza, pero en ese preciso instante me doy cuenta de que no tengo por qué levantarme, dejar de hacer lo que estoy haciendo para ponerle a él un café.

Cierto que mi amabilidad innata me obliga, pero algo se rebela por dentro.

Le hago una indicación con la cabeza señalando la cafetera.

- Está recién hecho.

Solo cuando se levanta y coge la cafetera, me levanto yo para acercarle una taza y el azucarero.

Eso es amabilidad, no servilismo como hasta ahora he hecho toda mi vida.

Se sirve y nos volvemos a sentar.

Da un sorbo después de estar media hora removiendo y deja caer la bomba que ha venido a soltar.

- Voy a irme a vivir al apartamento de la playa.

- Ni de coña.

Suspira. Seguramente ya sabía que no se lo iba a poner fácil y por eso suelta un bufido de exasperación. Sí que tiene poca paciencia.

- ¿Vas a intentar amargarme la vida?

- No, pero al apartamento no te vas. Si alguien ha de irse seré yo.

- Prefiero irme yo, si no te importa.

- Pues mira, me importa.

¿Cómo no me va a importar? El apartamento es mío, MÍO. Y no voy a dejar que él se vaya a vivir allí mientras yo me consumo en esta puta casa, oscura, decadente, gris, sin más horizonte que una hilera de pisos y una avenida con palmeritas enanas delante.

No me da la gana.

De repente me viene la imagen, largamente acariciada, de verme sentada escribiendo frente al mar, sentada en la terraza con mi portátil, me veo en la habitación blanca de estilo ibicenco con dosel, que es mi mayor logro decorador, y sé que es ahí donde quiero estar, donde quiero recomenzar, donde voy a vivir cuando esto termine.

Le doy un argumento que no puede ignorar.

- Esta casa te la compraron a ti tus padres, no puedes dejarla así como así.

- Pero los niños tienen que vivir en la ciudad, tienen que vivir aquí, con su madre.

Vaya, ese es un argumento que yo tampoco puedo ignorar.

Pienso en mis hijos, en las pruebas de selectividad de la niña, en la universidad del niño, en los traslados diarios que van a tener que hacer desde el apartamento al campus, en el coche nuevo, en el seguro, en las dietas y en las letras de hipoteca que aún quedan pendientes.

Con 426 euros del paro no tengo ni para empezar por más que este señor me pase una paga mensual para alimentación.

No importa.

Antes me meto a puta que me quedo encerrada en estas cuatro paredes.

- No importa, los niños igual van a estar conmigo, igual tienen que coger el coche para ir a la universidad, de hecho, el año que viene irán juntos –sonríe sin querer- tendremos dos hijos universitarios.

Veo que él también sonríe sin querer.

- Sí.

- Déjame irme a mí, por favor.

No llego a suplicarle, por lo menos con la voz, aunque sé que mi mirada es de súplica.

No soportaría quedarme en esa casa, llena de recuerdos, de momentos felices, de vivencias. No soportaría pisar el pasillo por donde mis hijos jugaban al fútbol, ni la cocina donde yo los tenía jugando mientras escribía poemas, el comedor donde celebramos todos sus cumpleaños de la niñez, la cama en la que fueron concebidos, el techo que cobijó sus sueños y el suelo en el que dieron sus primeros pasos.

Mis hijos han roto con su niñez, pero yo, que soy su madre, no puedo romper con ella, siguen siendo mis niños y esta casa tiene demasiado de todo eso como para no hundirme si me quedo aquí sola casi todo el tiempo, recordando, reviviendo.

Si he de comenzar de nuevo quiero que sea en otro lugar.

Esta casa siempre será la casa donde nacieron y si vive aquí su padre siempre será suya, pero yo me comienzo a sentir como una ocupa.

De hecho, ahora que lo pienso, ya comienzo a asfixiarme.

- Me gustaría poder decirte que sí, pero ¿qué pasará con la hipoteca? Tú no puedes hacerte cargo de las letras.

- Podré.

- No. No podrás, ¿cómo pasarás el mes con 100 euros?

Hice un cálculo rápido, cien euros me quedarían si no pagara ni luz ni agua ni teléfono, así que ni siquiera cien euros. Joder, no podré tener ni internet.

- Ese es mi problema.

- Si me voy yo a la playa me hago cargo de todo, tú aquí no tendrías que pagar nada.

- Ya te he dicho que eso es mi problema, además tú también estás en el paro.

- Sí, pero cobro más que tú y aún me queda más de un año.

Nos quedamos callados de nuevo y damos casi a la vez un nuevo sorbo de café.

Lo jodido no es comenzar de nuevo, sino el no tener los medios para hacerlo, la pelea que va a haber por las posesiones, el gran esfuerzo en que se va a convertir mi vida si de verdad me voy a al apartamento de la playa y tengo que hacer frente a esos gastos que no me puedo permitir.

Mi marido lo sabe y se cree que puede convencerme. Tal vez sería más sensato hacerlo tal como lo propone en lugar de tratar de hacer cosas imposibles, pero soy cabezona y la imagen de mí misma sentada frente al mar es lo único que ahora me importa.

- Si te vas tú a la playa quiero que me quites de la hipoteca.

- Perfecto.

Yo quiero hasta quitarlo de mi vida, así que me parece razonable.

- Si te embargan por no pagar que te embarguen a ti sola.

- Perfecto. Puedes estar tranquilo por eso, si me hundo me hundiré yo exclusivamente, no te preocupes que el banco no te quitara la casa que te compraron tus papis.

- Entonces de acuerdo, te quedas con el apartamento de la playa... ¿Y yo con qué?

- Esta casa está a nombre de los dos y también tienes la casita del pueblo, puedes quedarte con eso.

- Sabes que no es justo, en esta casa tú no pusiste ni un duro.

- En esta casa he pagado dos reformas y la casita del pueblo la compramos

con mis ahorros de soltera, ¿o ya no te acuerdas?

Luis baja la cabeza sonriendo.

- Las casas no valían lo mismo hace veinte años, ¿verdad?

- No desde luego, en los noventa no valían lo mismo que ahora. La casa del pueblo se ha revalorizado mucho y yo no creo que vuelva a poner un pie allí. ¿Cuánto nos costó?

- Tres millones de pesetas, y dos de reformas.

- Ya ves, ahora la podrías vender por veinte millones, 120.000 euros, o quizás más incluso.

- No la pienso vender.

- Haz lo que quieras, yo me conformo con el apartamento, creo que sales ganando.

Se encogió de hombros, económicamente sale ganando desde luego, pero el peso que me estoy quitando yo de encima no tiene precio, como la propaganda de Mastercard.

A esto se ha reducido veintiún años de matrimonio y cuatro de relaciones, a números, cafés y silencios incómodos.

No puedo evitarlo. Este es el final de verdad y una lagrimita puñetera se me escapa sin querer.

Yo es que no soy de despedidas ni de finales tristes, no lo puedo evitar.

- No llores. Esto tenía que terminar, más vale así y ahora, no es necesario hacernos daño.

Mira, si algo no soporto es la condescendencia, pero le dejo hablar. Lo menos que puedo hacer es dejar que hable ya que fui yo quien primero habló de separarnos y la que le puso entre la espada y la pared sin que él me diera motivos suficientes como para querer un divorcio.

Por eso nadie se explica qué nos pasa, porque no comprenden que simplemente se acabó el amor y eso no les parece un pretexto suficiente como para romper una familia. Mi madre me echa a mí la culpa en exclusiva, a mi romanticismo y a mis pajaritos en la cabeza. Que qué tiene que ver el amor en el matrimonio, me preguntó toda seria. Joder, pues lo tiene que ver todo.

- ¿Sabes? Has sido la esposa perfecta y eres la madre perfecta, así que no llores, esto tenía que suceder.

Una frase de dudoso gusto, otra lagrimita y un gesto de cariño olvidado. Me la seca con su pulgar como si después de ser yo quien lo deja a él, quien ha tomado esta decisión, fuera quien necesitara consuelo.

Sin querer me viene un bolero a la cabeza “Ay amor ya no me quieras tanto...”

pero yo ya no le quiero aunque deje que me consuele y que crea lo contrario. No sé por qué lloro, por tristeza en general. Esto es triste, aunque ya no le quiera, y no soporto las situaciones tristes.

Y me pregunto en qué consiste ser la esposa perfecta, imagino que habrá querido decirme algo bonito el muy idiota, pero a mí me duele como un insulto aunque también le deje creer lo contrario.

- Estoy bien, de verdad...

Me aparto el flequillo de la cara y le miro sonriendo.

- Dame unos días y te vacío el piso.

- Habrá que hablar con los niños.

- Y que buscar un abogado.

- Será fácil, ya tenemos un acuerdo, no tiene por qué ser duro pasar por esto, intentaremos hacerlo bien. Tenemos que mirar por ellos más que por nosotros.

Más frases hechas, cómodas. De las de toda la vida.

Mi ex es un necio. Mi ex.

- Ya no son unos críos, lo entenderán perfectamente, además ya lo saben y no lo llevan mal, de hecho ni les preocupa, ya sabes como son... adolescentes egoístas.

Sonreímos los dos de nuevo.

No sé cómo me había imaginado este momento, pero desde luego no de esta forma.

Hemos sido siempre un matrimonio ejemplar de puertas para afuera. Hasta para divorciarnos.

- De acuerdo. Déjame que coja unas pocas cosas que me hacen falta y me vuelvo al pueblo.

- Yo me tengo que ir. He quedado con unas amigas para tomar café.

Mentirosa. No he quedado con nadie, de hecho, en tres semanas casi que ni he salido de esta casa, por eso creo que tengo esa sensación de asfixia que me oprime el pecho, pero es que no soportaría quedarme aquí viendo como hace un inventario de nuestra vida en común y comienza a llevarse todo aquello que cree que le pertenece.

Prefiero dejarlo a solas y que se lleve lo que quiera, total tenemos gustos tan distintos que no creo ni que toque mis libros o mis CD,s... y de todo lo demás puedo prescindir tranquilamente.

- Voy a vestirme.

La habitación aún está en penumbra, con la cama desecha, así que como soy una mujer bien domesticada, lo primero que hago es hacer la cama y abrir las

ventanas de par en par. Desde el cuarto oigo sus pisadas en el salón, paseándose de un lado a otro, nervioso y silencioso, a la vez que demostrando su presencia, lo cual me pone nerviosa a mí.

Saco los vaqueros y una camisa a cuadros y lo dejo todo junto al portátil, donde leo los mensajes de buenos días que me han enviado mis amigas, como si me infundieran ánimos para continuar. Tomo conciencia de todas las personas desconocidas que han estado estas tres semanas ayudándome con sus palabras y consuelo, todas esas chicas del foro que han comprendido perfectamente mi decisión y no me plantean preguntas absurdas como hace mi madre, mujeres que se valoran a sí mismas y que me han enseñado a valorarme a mí, que han logrado darme los arrestos suficientes como para que, cuando he tomado una determinación importante, no me arrepienta de ella y siga adelante, todas esas chicas que sé que van a estar ahí, no sé ni cómo ni por qué, pero sé que están conmigo más de lo que alguna vez estuvo nadie.

Es como si me dieran fuerzas para no desmoronarme, para no seguir llorando, para no ser cobarde y ser de nuevo yo misma, sea al precio que sea.

Comienzo a vestirme y veo que mi imagen ante el espejo es más o menos la de siempre, por fuera no se nota ni uno de los cambios que se han realizado por dentro, así que, ni corta ni perezosa, cambio la camisa a cuadros por un jersey negro escotado de mi hija, que tenía recién planchado encima de la tabla de planchar, y me voy hasta su cuarto para buscar unas botas negras de tacón alto.

Una canción de Bebe viene a mi cabeza: “Hoy se ha puesto tacones para hacer sonar sus pasos, hoy sabe que su vida nunca más será un fracaso”

Vuelvo a sonreír cuando pienso que en el momento en que él me hablaba lo que me venía a la cabeza era un bolero de esos que te dejan con ganas de suicidarte. Yo es que siempre he sido muy propensa a los boleros, cuanto más tristes y más desgarrados mejor, de esos boleros que te dejan con ganas de beber cianuro, cortarte las venas en canal y tirarte por la ventana, todo a la vez. Boleros de esos que si tienes pareja te dan ganas de que te deje solo para poder cantarlos. Mi vida es un enorme bolero, o lo ha sido, por eso me encanta acordarme ahora de la otra canción, es como una señal, como un presentimiento.

Cuando me miro al espejo no parezco la misma, tengo unos diez años menos y me dan ganas de saltar, de salir a la calle y hacer una locura, de pasear y pasear y no volver hasta la noche, de hacer cosas que nunca haya hecho antes, de liarme la manta a la cabeza y salir a comerme el mundo. Joder, estoy pletórica y buenísima, estoy como un tren, ¡si me puedo poner hasta la ropa de

mi hija! Estoy hecha un bombón, por detrás no aparento más de veinte años... Joder, ¿qué hacía yo vestida de maruja y con un cincuentón pitopáusico? Me cago en la puta cuánto tiempo perdido.

Me vuelvo a mirar en el espejo y sé que mi imagen de ahora no es ni de coña la que todo el mundo tiene de mí, pero sí me doy cuenta de que esa imagen sí que es la que yo aún guardo de mí misma y la que quiero reencontrar. Una mujer segura, una mujer nueva, sensual, que camina fuerte haciendo sonar los tacones, una superviviente, una mujer que no ha renunciado a sus sueños, ni a sus ambiciones, que la vida no ha logrado tumbar, una mujer inteligente y viva, me cago en la puta, VIVA.

La cara de Luis cuando salgo es un poema y me doy el gustazo de fijarme en su expresión idiotizada.

Si esperaba verme derrotada, como antes durante el café, se ha llevado una sorpresa mayúscula.

- Joder, qué bien te está sentando el divorcio chica.

Conozco esa expresión. Llevo muchos años sabiendo que tras esa mirada se esconde una sesión de sexo intenso aunque últimamente no hubiera sexo de ningún modo, ni intenso ni de baja intensidad.

Si pudiera me follaba en el sofá, y eso me da una sensación de triunfo que hacía años que no sentía.

- Me la piro. – Así, hablando como mi hermana Espe, a lo bruto- Tengo hora en la peluquería de Pity.

Mentirosa. Otra vez, dos mentiras seguidas y me siento de puta madre.

- Dale saludos de mi parte.

- Lo haré -cojo las llaves de encima de la mesa y me cuelgo el bolso en la esquina del codo, como si fuera a desfilas por la Cibeles Fashion Week.

- Imagino que cuando vuelva ya no estarás, así que ya me llamarás cuando tengas claro lo del abogado, o ya te llamaré yo a ti cuando haya vaciado el piso.

- Bien.

- Bien.

- Hasta luego.

- Hasta luego.

Y así termina mi matrimonio, con dos mentiras, una gran sensación de triunfo y un hasta luego de lo más educado.

Para ser escritora y agente comercial mira que puedo ser parca en palabras. Hasta luego, simplemente, pero claro, no le voy a hacer un discurso, ¿verdad?

De lo que me he dado cuenta es que digo más palabrotas... en fin, a tomar por culo.

Fe. Toallas amarillas.

Aquí hay gato encerrado.

No sé, pero tengo la sensación de que entre James y Jaume hay algo que va más allá de la amistad y de una visita para recuperar el tiempo perdido de su amistad juvenil.

Tampoco es que haga tanto tiempo que no se ven, de hecho han coincidido en varias conferencias por Europa, de esas que Jaume puede permitirse de vez en cuando cogiéndose los días de asuntos propios en la delegación. ¿Quién se los va a negar si es él uno de los que más manda?

Una o dos veces al año tiene que viajar él solo a uno de esos simposios económicos que siempre van bien en su trabajo y a los que yo, por supuesto no voy.

No voy porque ni me hacen falta para mi labor diaria, ni tengo esa facilidad para conseguir días libres y porque tampoco los soporto. No soy tan intelectual ni quiero serlo. Aunque trabaje en hacienda, lo cierto es que las cifras siempre me han mareado y como que me dan una pereza terrible.

Soy de letras, como se suele decir y prefiero leer que contar.

Por eso tampoco se me da bien pensar. No sé. O sea, una tía que trabaja en una delegación de hacienda y ha aprobado unas oposiciones, tendría que ser inteligente ¿no? Sin embargo, reconozco que aprobar aquellos exámenes y conseguir la plaza ha sido hasta ahora mi único reto, y tal vez ni siquiera lo hubiera conseguido sin el amparo de Jaume que me ayudó a estudiar y a prepararme los temarios.

En fin, que no sé lo que hay entre esos dos, pero parece que se llevan algo entre manos.

Para empezar, Jaume me ha obligado a tomarme tres días de asuntos propios, él no puede porque tiene una conferencia en Madrid el mes próximo, y además me ha ampliado el crédito de la tarjeta para que recorramos la ciudad y nos acerquemos a Barcelona este fin de semana, hagamos compras, comamos en restaurantes modernos, de esos de diseño tan divinos, sin importar el coste y nos demos unos días de asueto para conocernos y hacernos amigos.

¿No es extraño?

Me ha dicho que si nos vamos el jueves, para el sábado ya podemos estar aquí y entonces él ya estará libre todo el fin de semana. El lunes también lo tengo

de moscoso, así que, como aquel que no quiere, me he juntado con unas mini vacaciones de cinco días recorriendo Barcelona como una turista con un desconocido, que está de muy buen ver, y con el beneplácito de mi marido.

¿No es extraño?

James llegó hace tan solo dos días. Fimos a recogerle al aeropuerto y desde lejos se veía la enorme ciudad que por lo visto le tentaba tanto como para proponernos ir a pasar allí el fin de semana. Montjuic estaba, como siempre, preciosa a lo lejos, y yo, como siempre me ocurre, me sumergí en los recuerdos tan variados y buenos que tengo de Barcelona. No se me ocurrió decir que no cuando me propuso acompañar a James y tomarme unos días libres.

Ay Dios, no quiero ni pensar en lo verde que me van a poner las envidiosas de la delegación, pero me da igual.

No quiero ni pensar tampoco en que esos dos días Jaume los va a utilizar para estar con la nueva amante de turno que se supone que tiene, o sea: Penélope. Ya es casi oficial, para que luego digan que no tengo buen ojo.

Tampoco quiero ni pensar en esa mirada verde grisácea de James y en la forma que me mira, porque entonces me acuerdo de que hace tan solo unos pocos días me propuse hacer frente al convenio de libertad sexual al que mi marido y yo nos comprometimos cuando decidimos vivir juntos, pero no revueltos a todas horas, y que yo aún no he practicado.

No he podido dejar de pensar que aquí ocurre algo y que tiene que ver con eso, como si todo esto no fuera más que un plan urdido por ellos, y su visita tuviera muy poco de casual.

¿No es extraño?

Ha sido pensar yo en pasar a la acción y que él tenga una nueva “follamiga” para que James, que no ha venido a España en diez años, que no pudo ni venir a nuestra boda, se presente así por sorpresa, como si esto lo manejara todo una mano invisible y mágica.

Lo cierto es que James es un hombre encantador, tan guapo como Jaume o más, con ese aire distinto y cosmopolita que tienen los turistas y los extranjeros, culto, vanguardista, algo bohemio para ser economista y con unas extrañas costumbres que a mí me dejan un tanto perpleja.

No sé; me da que soy un poco provinciana cuando miro a los demás hacer cosas que pueden ser normales y que yo en ellos las veo diferentes, o sea, como que me sorprende su forma de comer, de doblar las servilletas, me alucina las cosas que dejan en los platos, como si nunca tuvieran el hambre

canalla que nos sacude al resto de los mortales. Me encanta mirar las marcas de sus dentífricos y de sus ropas, comprobar cómo se peinan o se visten con ese aire distinto y casual, ver como tienen esa facilidad para hacer y deshacer maletas, para instalarse en un sitio como si este fuera un lugar definitivo y no provisional, la capacidad de amoldarse a costumbres, idiomas, hoteles, desayunos continentales, repostería local, horarios de aeropuertos y a taxis amarillos, negros, blancos... una infinita lista de cosas que a los que vivimos en un lugar fijo y somos más o menos sedentarios, nos dejan un poco desconcertados.

Por lo menos a mí.

Yo soy de las que tarda días en hacer las maletas. Las dejo abiertas sobre el arcón que hay a los pies de la cama y las voy llenando a plazos, ya sea con ropa o con cosas que ni siquiera voy a utilizar. Lo de no llevar ciertas cosas de aseo como líquidos, colonias, jabones y toda esa paranoia terrorista a mí me ha facilitado tanto las cosas que hasta me remuerde la conciencia. Lo supercómodo que es para mí comprar los perfumes en el avión y el resto de cosas al llegar a destino, es algo por lo que les estoy muy agradecida.

De hecho, solo vamos a estar dos días y una noche fuera y yo tengo una maleta así de grande para llenar, o sea, voy a meter cosas que no me va a dar tiempo real para usar, pero bueno, no importa, así tendré más donde elegir cuando vaya a vestirme. Como nunca sé lo que me va a apetecer ponerme al día siguiente, lo haré según la inspiración del momento.

Es extraño, ¿no? Llevo dos trajes de noche que no sé por qué he metido en la maleta. No son espectaculares, de hecho, parecen más bien de cóctel porque son cortos, pero yo sé que son de noche, y eso me ha llenado de confusión.

Me he puesto a mirar lo que hay en la maleta y todo es ropa nueva, cara, sugestiva y atrayente, esa ropa que no me pongo nunca para ir a la oficina, y que tampoco es la más indicada para hacer de turista. ¿Dónde están los vaqueros y las camisetas juveniles? ¿Por qué mi subconsciente ha metido esa ropa en la maleta?

Vuelvo a sacar varias cosas y a dejarlas en su sitio. Como una penitencia atrapo los vaqueros y un par de camisetas y las introduzco al lado del único traje de noche que me he permitido a mí misma llevar. ¿Dónde está la bolsa de los zapatos? Desde luego lo que no me permito son zapatillas deportivas, me llevaré las sandalias cerradas de piel que me quedan monísimas con esos vaqueros tan largos, casi como si fuera descalza, con un aire hippie que me encanta. La camisa ancha de florecitas y el bonete de hilo quedarán ideal, un

conjunto inocente, casual y muy indie, como si tuviera veinte años y me fuera al FIB, solo espero que haga buen tiempo y pueda ponérmelo.

Desde la habitación oigo los pasos de James y noto el olor que ha dejado en la ducha. Un aroma a jabón y perfume exclusivo que se vende solo en Londres y vale una pasta.

Lo veo pasar por el pasillo con una toalla enrollada a la cintura y me quedo alucinada con la imagen y el color blanco de su piel tostada por los baños de solárium del gimnasio. Y por esos músculos tipo tableta de chocolate que recorren su abdomen.

No lo miraría si no se hubiera quedado quieto en el quicio de la puerta comprobando el color rojo que me sube hasta la cara, sin poder hacer nada por esconderlo de él y de su mirada inquisidora.

- ¿Preparando la maleta?

- Sí.

- Creo que te sobra la mitad de la ropa.

Alucinante. ¿Cómo me he de tomar esa frase? ¿Como que de verdad estoy poniendo demasiada ropa en la maleta o como que no me va a hacer falta por otro motivo?

Y lo que es peor, ¿por qué narices creo que hay otro sentido en esa verdad tan inmutable como es el que yo siempre llevo demasiada ropa en las maletas?

Sonríe y está encantador. Ay Dios mío, este tío tiene más peligro que un mono con dos pistolas... o algo así dice mi hermana Espe sobre algunos tíos.

Ella siempre los llama tíos, no hombres, tengo que preguntarle el porqué, ella sabrá, por algo es la filósofa feminista de la familia.

- Necesito ir a cortarme el pelo, ¿podrías recomendarme alguna peluquería de confianza, que sea buena?

- La de mi hermana.

Por un momento pienso que es ideal. Este tío es de los que a mi hermana Pity le encantan, de hecho, tiene una personalidad parecida a la de Pau.

¿Quién sabe? Un clavo saca a otro clavo ¿Y si la invitara a cenar esta noche con nosotros?

No. Jaume se enfadaría y además ella no querría venir, por no pensar que durante una décima de segundo he sentido una punzada de celos inoportunos e inadecuados.

- ¿Tu hermana tiene una peluquería?

- No, tiene tres, de hecho, es una cadena de peluquerías y está pensando en poner una academia.

- Una mujer con iniciativa empresarial, eso está muy bien.

Mierda. Me molesta que diga eso y me giro para que no me vea la cara de circunstancias.

Le he dicho eso en un tono de orgullo familiar, para que no crea que vengo de una familia de paletos, y me hace sentir como si yo fuera la última mona, una funcionaria gris y quejumbrosa, sin decisión ni ambiciones propias.

Bueno, a lo mejor es así.

- Sois cuatro hermanas, ¿verdad?

Se acerca sin darse cuenta de la zozobra que está empezando a crear en mí con esa toallita ajustada a sus caderas.

¿No es extraño?

Ese es el sueño de cualquier mujer que quiera serle infiel a su marido.

Pillar por banda a un tipo así con una toalla en su cintura.

Solamente una toalla.

Y yo lo tengo delante de mí. Y también tengo el permiso de mi marido para acostarme con quien quiera, igual que hace él.

Se me tiene que notar, tiene que notar que estoy pensando en eso porque su sonrisa es de todo menos inocente.

Se acerca un poco más y la toalla se balancea rodeando sus muslos.

La toalla no es lo único que se balancea.

- Sí, cuatro hermanas. - Saco un hilo de voz para contestarle pero me cuesta tanto esfuerzo que sé que no podré soportar una conversación de más de cinco frases.

- Sería un placer conocerlas.

- Tal vez te dé tiempo a hacerlo si te quedas lo suficiente.

- Me quedaré. De momento me conformaré con conocer la peluquería si eres tan amable.

Esa sonrisa inocente que traía el primer día se ha evaporado como el vaho de la ducha y a su paso ha dejado un reguero insano de humedad.

Gotitas de humedad en el espejo.

En los azulejos.

Entre mis muslos.

James me excita y se tiene que notar a la legua porque otra cosa no sé, pero como actriz no me podría ganar la vida jamás.

Me giro en redondo y contraataco. No sé si James está poniéndose borde conmigo o es algo que yo creo ver, aun así, me pongo las manos en las caderas y me giro para mirarlo a la cara por primera vez desde que ha entrado en mi

habitación.

Le recorro el cuerpo con los ojos y veo como reacciona ante mi mirada casi inmediatamente.

- Si te vistes podremos irnos.

Veo como sonrío encantadoramente. Una sonrisa que puedo interpretar como quiera, pero que solo sé interpretar de una forma

- Como deseos.

Cuando se da la vuelta y se va me dan ganas de ir tras él, tirar la toalla al suelo y dejar que me empotre contra la pared del pasillo.

Lo único que me corta es Jaume.

Sé que nuestro acuerdo está ahí para hacer uso de él cuando quiera, al igual que él está haciendo su uso personal en este preciso instante, pero James es su mejor amigo y eso puede ser, como poco, complicado.

Espe. ¿Resurrección?

¡Joder qué hambre!

Por más que lo intento no hay forma de hacer que se me pase el hambre.

Menos mal que mi hermana ha venido de visita y hemos tenido excusa para tomarnos unos cafés.

Lo bueno que está teniendo la crisis esta es que tenemos tiempo hasta para aburrirnos y el delegado se pasa el día haciendo un vía crucis por los bancos, intentando que les den las hipotecas a los pocos pisos que podemos vender.

Al momento de entrar ya la habíamos enviado al bar de la esquina a por cuatro cortados.

Hora de relax y de cotilleo.

Hace meses que no se pasa por aquí.

Antes, cuando se quedó en el paro, y cuando trabajaba, se pasaba a charlar un ratito, tampoco demasiado, pero al menos nos veíamos más a menudo.

Ahora pasan semanas sin saber la una de la otra, como si no fuéramos hermanas.

Cierto que cada una lleva su vida y siempre estamos ocupadas en nuestras cosas, en nuestros trabajos... la vida, que nos separa. Simplemente.

Nos hemos ido acercando hasta la mesa de Lola, que es la que más espacio tiene y la que está más cerca de la de recepción, para que Lolita pueda seguir contestando las llamadas de teléfono de la centralita. En un santiamén la tenemos rodando con su silla hasta alcanzarnos, y se ha formado un aquelarre en medio de la oficina que da miedo.

Ya ves, cuatro tías, tres cuarentonas y una veinteañera, con tiempo por delante, la sangre alterada por la primavera y con ganas de cachondeo o ganas de que la animen, porque mi hermana seguro que ha venido para que le demos un empujón moral, algo de lo que Lola y Lolita son maestras consumadas.

El primer tema en atacar es la crisis y el futuro incierto de nuestra propia empresa, el cachondeo que nos llevamos con la desesperación de los directivos que no paran de reunirse y buscar formas alternativas de ventas.

Ya hemos superado las jornadas de puertas abiertas, las ofertas de incluir muebles con el piso, la de incluir un coche nuevo de no sé qué marca con la que habían firmado un convenio en la hipoteca, se han acabado los stands en

las fiestas y las reuniones para actualizar las plantillas informáticas.

Lejos han quedado los días de vino y rosas, los stands monumentales en Valencia, Madrid y en el Meeting Point donde triunfábamos como la coca-cola y donde servían canapés de caviar, cava catalán, que era un escándalo, y jamones de jabugo a porrillo. Se han acabado las cenas de empresa, las comilonas de directivos, las tarjetas de crédito y los vicios, o las putas de lujo a cargo de la empresa. Se han acabado los cursillos de ventas, de informática, de marketing y los viajes a la central en primera clase para asistir a reuniones de delegados y de comerciales.

Ahora estamos en las webs de 2ª mano porque los pisos están escriturados desde hace un año a nombre de la empresa, y tiramos flyers por cualquier parte con tal de que sepan que nos estamos muriendo de muerte lenta.

Se acabó la buena vida y ahora viene el rechinar de dientes.

Y lo malo es que no es culpa del jefe, al menos no es toda su culpa.

Mi teoría es que la culpa es de los mandos intermedios, de quienes han estado haciéndole comprar terrenos y terrenos que no valían lo que costaban, gente que le ha recomendado comprar, invertir en obra externa como la llaman, directivos que se han llevado comisiones millonarias por ventas que no eran las correctas y en los lugares incorrectos.

Como diría mi padre, quien mucho abarca poco aprieta.

Si este hombre, desde un banco de las Ramblas hace cincuenta años, montó un emporio, no sé cómo ha podido perder la perspectiva de este negocio y ha delegado responsabilidades en personas que no sé si de verdad han sabido valorar ese esfuerzo y se han tomado la empresa en serio.

Da caché, eso es verdad. La promotora más fuerte de Cataluña, con ramificaciones en la comunidad valenciana, delegaciones en más de 50 pueblos y ciudades, con obras fabulosas en las principales capitales. Trabajar para ellos da una especie de orgullo porque sabes la fortaleza de la empresa y lo bien que siempre ha cumplido con los trabajadores de a pie.

Yo recuerdo que María, que trabajaba también en una inmobiliaria, alucinó cuando le dije que nos pagaban la gasolina, teníamos dietas y cursos de ventas y perfeccionamiento en Barcelona con todos los gastos pagados, comidas en hoteles taxis, alojamiento y desayuno. Era la empresa de nuestros sueños, se trabaja a gusto, te puedes esforzar por la empresa porque ves que responden y creo que nunca he tenido tan buenas compañeras como Lola, Lolita y Andrés.

Joder, si somos los cuatro como una familia.

Ahora vamos al grito de maricón el último y ya no vendemos ni un piso

propio, sino que nuestra mayor urgencia es no escriturar los pisos que fuimos comprando de obra externa como inversión.

Vamos, que el mes pasado Lola y yo vendimos uno cada una y por poco nos llama el jefe en persona para darnos las gracias.

Apurada está la cosa.

Ahora el barco se hunde y todo son manotazos en el agua para intentar flotar.

Cada vez tienen peores ideas para hacer que la empresa soporte esto, pero a mí me da que no lo van a lograr, que se va a hundir como tantas y tantas promotoras.

Lola y yo estamos más que cabreadas, porque lo último que se les ha ocurrido es mandarnos a los restaurantes caros para que nos pongamos en plan azafatas y entreguemos en mano flyers promocionales de nuestras obras para que inviertan en ellas.

¿Para que inviertan? Es flipante, ¿cómo van a invertir en ladrillo en esta época, y más en pisos que valen una pequeña fortuna y están en el quinto coño, porque alguien les aconsejó que compraran el terreno que estaba al lado del nuevo Corte Inglés, pero omitió que detrás de una carretera nacional de tres carriles?

María se ríe cuando Lola le hace esa explicación. Es la primera vez que la veo reírse desde hace dos meses.

- Sí, sí, tú ríete, pero al jefe no le hace ni puta gracia.

Le suelta Lola con esa voz de cazallera y fumadora de puros que es un encanto.

- Y ahora pretenden que vayamos como putas por rastrojo dándoles flyers a los ricachones... yo no sé cómo mierda les pagan a los de marketing, si hay para darles dos ostias... esto es todo desesperación y locura. Se vuelven locas, han perdido el norte.

Lola tiene la gran virtud de hablar de los directivos de la empresa como si fueran mujeres, sé que no es muy feminista, pero a mí me da la impresión de que lo hace para menoscabar su poder en la empresa. Sus apodosos son siempre femeninos y sus maneras aún más. Curiosamente funciona. Desde que “las” vemos “desesperadas” por las ventas ya no nos causan tanto respeto, y eso que se enfadan con más facilidad que antes.

- Da pena ver como se pierde la dignidad de esa forma, están todas histéricas...

María se sigue riendo de oírla hablar así y me alegra verla de esa forma.

Joder, no sé por qué nos hemos distanciado tanto.

No tendría que haber permitido que eso ocurriera.

- Te veo muy bien.

No puedo evitar cambiar de tema. Seguramente si ha venido hasta la oficina es porque querría contarme algo. Aquel domingo en casa de mamá no quiso decirme absolutamente nada, pero hoy la veo diferente.

- Bueno, estoy resucitando, vengo de firmar los papeles del divorcio, del divorcio exprés...

- Eso es estupendo. ¿Quieres que vayamos a tomarnos otro café?

Lo que quiere en realidad decir, ¿quieres que vayamos a hablar a otra parte?

- No, no más café porfa, ya tengo mi ración de cafeína por esta mañana.

Pero tiene algo diferente además de eso, aunque no me lo quiera contar. Desde la ropa, esas botas con unos tacones que antes para ella eran de infarto, ese jersey escotado a flores tan primaveral y juvenil, joder ¡si mi hermana está comenzando a vivir de nuevo!

- He pasado por la peluquería de Pity y no estaba.

- Joder. Está hecha polvo y se habrá quedado en casa, como si la viera.

- Sí que lleváis una temporadita tonta, sí. -Interviene Lola que sabe todos los tejemanejes familiares.

- Bueno, me tengo que ir. Quiero comprar unas pocas cosas.

Pero suena a excusa, lo que quiere es huir de la conversación personal y de las confesiones.

La veo marcharse y me queda una ligera duda sobre esa resurrección.

Veo como se aleja por la acera y sé que aún está huyendo de sus sentimientos y que prefiere quedarse con ellos a solas, que aún no ha llegado el tiempo en que pueda hablar de ellos con completa libertad y sinceridad, sin esconderse cosas a sí misma.

La veo marcharse y sé que, de haber estado las dos solas, tal vez se hubiera atrevido a decirme algo, pero también sé que debo respetar su silencio y me hago cargo de que tal vez haya una gran falta de confianza entre las dos.

Ya no somos aquellas niñas que se hacían confidencias y que se lo contaban todo, ahora, las intimidades, la distancia de nuestras vidas y de aquel tiempo, parecen haber hecho mella en la confianza que una vez hubo entre nosotras.

Ni siquiera recordaba lo de Pau. Hay que estar aislada del mundo para no haberse dado cuenta de lo mal que lo está pasando Pity aunque yo, que me doy cuenta de lo mal que lo están pasando las dos, tampoco me veo con fuerzas para cargar con parte de sus dramas, sobre todo porque creo que me mandarían a la mierda si intentara sonsacarles algo de todo lo que quieren callar.

No me atrevo. Si ellas quisieran yo estaría allí, pero ellas no se atreven y no cuentan más que lo justo, dan únicamente la información necesaria, aquella que forma parte de su biografía pero no de sus sentimientos.

Sin duda no somos las mismas y ya no queda la confianza de antaño.

Podríamos volver atrás y tratar de recuperar algo de lo que fuimos, pero no sé si seríamos capaces de hacerlo y, peor aún, si todas tenemos ganas de recuperarnos las unas para las otras.

La veo marcharse por la acera y me da la impresión de que hoy es uno de esos días en que no quiere volver a casa, y las compras o el venir a verme, no son más que excusas para que no se le caiga el techo encima, una forma de intentar recuperarse y comenzar a vivir.

Por detrás parece una jovencita y me hace gracia verla, como si en el fondo fuera una extraña y la viera por primera vez, como si ella no fuera la misma que hace varios domingos estaba con los ojos llorosos sentada muda ante una paella y una tarta, como si algo estuviera cambiando en ella o hubiera cambiado ya.

La veo marcharse y se me ocurre pensar que es una mujer valiente, más de lo que ella misma cree.

Un tipo la mira y hasta se gira para ver su retaguardia. Ella se ha dado cuenta pero en lugar de apresurar el paso y bajar la cabeza, como hubiera hecho antes, hace un mohín con la boca y mueve las caderas al son de sus tacones.

Joder, sí señor, esa es mi hermana y esa su resurrección.

Pity. Vivir lo nuestro.

No he tenido fuerzas ni para levantarme de la cama. Bueno, del sofá.

Sé que lo estoy haciendo mal y no puedo evitarlo, necesito unas vacaciones de mí misma, de todo y de todos.

Pensar en ir a la peluquería se me hacía tan insoportable y agotador como pensar en escalar el Everest.

He llamado y les he dicho que tenía anginas, que no me encuentro bien y que me tomo unos días libres.

La puñetera de mi encargada, Charo, que lleva desde el principio conmigo y es quien siempre me cubre las espaldas, no se ha tragado la excusa, pero ha sido diplomática y ha intentado hacerme creer que sí.

Hasta hace un rato no me ha llamado para decirme que todo había ido bien en las tres pelus y que mañana por la mañana, a primera hora, hará el ingreso de la recaudación, que ha sido sustancioso.

Se nota que ya es casi primavera, me dice. Las mujeres están locas por cortarse el pelo y cambiar de look.

Supongo que eso es bueno para mi negocio, aunque a mí ya me da igual, la verdad, de hecho, me estoy planteando lo de la academia de peluquería porque ya no le veo la gracia por ningún lado.

¿Para qué? ¿Para trabajar más y más horas? ¿Para no tener ni tiempo de vivir? ¿Para no tener vida privada? ¿Para ganar más dinero que curiosamente no tengo tiempo de disfrutar?

A veces creo que si no hubiera estado tan metida en mi vida profesional las cosas con Pau hubieran sido distintas, hubiera tenido más tiempo para él y para vivir lo nuestro.

Vivir lo nuestro, como la canción de Marc Anthony, qué chula.

Ahora me arrepiento de todos los momentos que no pude estar con él, las veces que lo sacrifiqué por atender mi negocio, y todos los planes que alguna vez él hizo para los dos y que no pude corresponder con mi presencia, a pesar de que insistía e insistía hasta hacerme enfadar.

Él era bohemio, tenía un espíritu libre que chocaba de lleno con el mío, que siempre ha pretendido controlarlo todo y tener cualquier situación bajo dominio.

Mientras yo era una loca desesperada del control en mi propia vida, pudo más

o menos aguantarme, pero cuando quise controlarlo a él, no lo soportó.

No aguantó las malas caras, los malos modos y los enfados sin motivos. Ya era imposible soportar mis ataques de celos, mis inseguridades y mi insolencia.

¡Dios mío cómo lo amaba! Y no me daba cuenta de que ese amor era para él como una losa que lo iba hundiendo poco a poco, que lo asfixiaba y que le hacía imposible hasta pensar con claridad.

Creo que le cargué con mis complejos, con mis fracasos, con mis triunfos, con mis excesos, con mis inseguridades y con mi autoridad; y él, que había nacido en el país de los glaciares, donde todo es blanco y puro, donde la aurora boreal le acariciaba la cara mientras dormía y la libertad se respiraba a pleno pulmón, que había vivido en Barcelona, en el barrio más liberal y moderno, en el barrio más pródigo y bohemio de todos, a mi lado y en esta ciudad, se asfixiaba.

Su madre era una barcelonesa de familia burguesa que un día se lió la manta en la cabeza y se fue a Ibiza a vivir la vida loca. Su padre era un guía islandés y había llegado a la misma conclusión que su madre con varios meses y muchos kilómetros de distancia, así que se encontraron los dos en una comuna hippie a finales de los 60.

Él era el resultado de una mezcla explosiva, una amalgama de culturas milenarias y antiguas que se habían unido, por obra y gracia del LSD y la marihuana, en el lugar más moderno de la Europa sesentera, el lugar más libre, despreocupado y bohemio del mundo.

Le pusieron Pau porque en catalán significa Paz, algo por lo que ellos luchaban en aquel entonces, que era su ideal de vida y como en pocos idiomas se le puede poner paz a un chico, creyeron que era una señal de buen augurio, de buen karma.

El día en que nació había no sé qué alienación estelar y la luna alcanzaba el punto más cercano con la tierra en su órbita, lo que quedó reflejado en una especie de antojo con forma de media luna en su nalga izquierda, que sus alucinados padres vieron como una señal de suerte cósmica.

Pau era para ellos como un dios celta, tan rubio y tan fuerte. Creyeron que no se podía haber tomado la naturaleza tantas molestias con él si no fuera por un motivo concreto, y que había una causa planetaria para que su nacimiento se produjera.

El que una catalana y un islandés se conocieran ya era de por sí, en aquella época, bastante extraño.

El único motivo es que nació para joderme a mí la vida.

Podrá ser por un millón de cosas más, incluso podría descubrir la vacuna contra el sida, o la Atlántida, o la vida en Marte, o ganar el premio Nobel de medicina o química, pero para mí Pau habrá nacido para joderme la vida.

Porque me la ha jodido, o me la jodí yo sola, ya no lo sé, porque cuanto más pienso más culpable me siento y más cosas veo que me hacen pensar que la jodí yo sola, de forma consciente, con premeditación y alevosía.

Hasta con nocturnidad si hace falta, con todos los agravantes de delito que se le puedan añadir, porque dejar escapar a Pau, dejar que se fuera, perderle por mi propia forma de ser, por mi carácter, mis estupideces y mi ignorancia, eso, eso es un delito.

Un delito de sangre por el que deberían colgarme del palo más alto que pillaran.

¿Cómo no lo vi? ¿Cómo no me di cuenta de que se alejaba, de que íbamos poco a poco abriendo una brecha cada vez más ancha, profunda e insalvable para los dos?

¿Cómo pretendí que fuera como los demás cuando era perfecto? ¿Por qué narices quise que entrara en un cliché en el que no cabía de ninguna forma? ¿Por qué no lo envié todo a la mierda y me largué con él a Islandia?

Veía las señales, notaba como se iba asfixiando en esta ciudad, con mis amistades, con los pelotas del gremio de peluqueros, con las tontas de mis empleadas y con mi familia tradicional y tan normal que, en palabras tuyas, era lo único bueno que salvaba de todo, excepto a dos de los tres cuñados y a la suegra.

Mis hermanas le caían muy bien, quizá porque él no tenía más familia. Espe en concreto le encantaba, su espíritu contestatario y libre, su boca malhablada y su vena filósofa tan parecida a la de su madre. Las demás le daban un poco igual, aunque con Faith tenía un rollo muy extraño y liberal.

¿Cómo no me di cuenta de que le faltaba el aire, de que se ahogaba y de que cada vez me evitaba más y más?

Dios, debió verme como una provinciana ambiciosa, queriendo ser un pez gordo en una pecera pequeña, le tuve que parecer tan ridícula con mis ambiciones, con mi afán de superación, de aspiraciones realmente banales, pretensiones y sueños de aldeana venida a más, tuve que parecerle fría y calculadora fuera de esa cama en la que ahora no puedo dormir sin él.

Pau tenía mundo, cultura, había viajado, vivido mil experiencias, conocido infinidad de personas de distintas nacionalidades haciendo de guía por los glaciares y recorriendo playas infinitas de arena volcánica... y yo quise

tenerlo en la palma de mi mano, como si no supiera que no sobreviviría en ella.

Algo tenía que morir, o Pau o nuestro amor.

Y Pau decidió por mí, matando lo nuestro para poder seguir viviendo él.

Lo que me apena no es que no quisiera sacrificarse por nosotros, sino la realidad de saber que no valía la pena ese sacrificio.

Si se hubiera sacrificado habría muerto el Pau del que me enamoré y habría significado de todos modos la muerte.

No había salida. Yo cerré todas las salidas posibles.

Necesito pensar más, o no pensar tanto.

Qué hago, ¿pienso o no pienso?

Dos meses. Hace dos meses que estoy metida en este lío, en este sin vivir del que no veo la escapatoria ni la solución.

Solo sé que lo que hasta ahora me confortaba ya no me vale y que todo ha perdido su color, su gracia, su razón de ser, todo es de color gris, ya no blanco tal como a mí me gustaba, tal como lo era todo cuando él estaba aquí.

Definitivamente, Pau nació para joderme la vida.

Ya nada es lo mismo, y lo que es peor, yo tampoco soy la misma.

Pau, mi dios, mi Loki, mi vikingo, mi guía, mi luz, mi aurora boreal, mi glacial, mi volcán...

Tendría que haberme ido con él. Mandar todo a la mierda y vivir lo nuestro a plenitud, saber que cuando me pidió que me fuera con él no tendría más oportunidades y que lo iba a perder irremediabilmente.

Tendría que haber sabido que la vida sin él no era vida, tendría que haber sabido que me arrepentiría siempre y que no va a haber ni una sola noche que no lo eche de menos hasta el dolor y que no me arrepienta de no haber salido con él por esa puerta.

La gente dice que soy una mujer valiente, emprendedora, llevo trabajando desde que terminé los estudios de peluquería, hace quince años que abrí mi primer salón de estética y nueve desde que abrí el último, dicen que soy una mujer hecha a sí misma en los discursos de premios empresariales, y que soy osada, innovadora, intrépida, fuerte y excelente persona.

Pero la verdad es que soy una mierda.

No tengo valor para tomar las riendas de mi vida y soy tan cobarde que he dejado escapar al hombre que amo, solo por no atreverme a salir de mi cascarón cómodo y lujoso, de mi puñetera cueva, de mi mundo pequeñito y controlado, en donde yo soy alguien y creo estar protegida por ese entorno que

sí puedo controlar.

Es mejor que no me queje, es algo que yo misma me he buscado y con lo que tendré que vivir todos los días.

Por esta noche, al menos, estoy sobreviviendo.

Quiero parar de pensar de una vez.

La copa se vacía tan pronto y la noche es tan larga.

Si Pau estuviera aquí podría dormir la noche entera en esa cama vacía que aún guarda su perfume, porque no he cambiado las sábanas en dos meses, y a la que solo me acerco para recordarle antes de volver a esta alfombra, a este sofá a volverme loca un poco más, a no dormir, a desesperarme, a echarle de menos hasta que duele.

“Echándote de menos, cada día más”

Actualizo mi muro y no sé por qué, comienza a crecer la esperanza de que lo lea y que sepa lo que siento.

María. Bajonazo.

Me había animado bastante, la verdad.

La conversación con Luis de días atrás, la mañana tomando café con Espe y sus compañeras, junto a las amigas virtuales, me habían subido la moral, por eso esta mañana me he puesto guapa de nuevo y he salido al centro a comprarme ropa, y al mercado central para dar una vuelta y respirar primavera, aunque estuviéramos a finales de Febrero.

Es una sensación de libertad tremenda.

Podría haber pasado por la pelu para ver a Pity pero no me apetecía contagiarme de su tristeza, sé que justo eso es bastante contagioso y, aunque me sienta con fuerzas, la verdad es que enfrentarme a mi hermana, no sabía si podía hacerlo.

Una cosa es pasarlo una misma y otra es ver esos ojos tristes, en medio de una peluquería llena de gente, y mirarle a la cara sin saber qué decirle, porque en el fondo sé que no soy, desde mi situación, buena consejera para nadie.

Me sentía pletórica esta mañana. Decadentemente frívola.

Voy caminando con varias bolsas de ropa, haciendo una locura porque la pasta no me llega, pero como hay crisis han prolongado las rebajas de Enero y si buscas bien, siempre hay cosillas asequibles y tiendas Outlet que surgen como setas por las calles del centro, donde ponen la ropa de la temporada pasada en percheros a la entrada del local, y ofertas irresistibles que hasta mi paupérrimo bolsillo se puede permitir.

Joder, es una sensación buenísima.

Como si la vida, de pronto, volviera a cobrar sentido y fuera mejor.

Caminaba por las calles tan feliz, con esa especie de sensación de felicidad por dentro que se te refleja en la cara y que sale despedida por todo tu cuerpo como si fuera un rayo de luz interior, algo que ya creía que había perdido para siempre.

Se me notaba desbordante, lo sé.

Lo sé porque yo misma no me reconocía en el espejo.

Me había pasado semanas enteras llorando, incubando mi tristeza y alimentándola como a una larva o a una crisálida, y ahora el resultado es este: Una María diferente, distinta, que vuelve a sentirse bien y hasta con cierto grado de paz interior.

Me he reconciliado con la vida.

Tengo 42 años, dos hijos ya mayores y estoy en pleno divorcio, pero no era tan feliz desde hacía años, ni he sentido tanta paz en toda mi vida.

Va a ser cierto eso de que a las mujeres nos sientan bien los divorcios.

Pienso en Pity y me surge una especie de conmoción sensible por ella, pero claro, lo de ella es la ruptura de una relación en pleno apogeo, no es ni de lejos un divorcio tras veinte años de convivencia... entiendo que se sienta mal y yo comience a sentirme bien.

Ella ha perdido a su amor, yo me he librado de un tío pesado.

Como que no es lo mismo.

Tal vez por sentirme tan bien no vi llegar la bomba.

No me la esperaba.

Caminaba tan tranquila por el mercado intentando comprar lo menos posible para no volver cargada a casa, y para no salirme del presupuesto, cuando de pronto he visto a Águeda.

Águeda es la tía más maruja que me he tirado a la cara en toda mi vida, y para más, es del pueblo de Luis, con lo cual está perfectamente al día de nuestro divorcio.

La primera sensación ha sido de victoria, lo reconozco.

He pensado que seguro que Luis se entera de que me ha visto y de lo bien que estaba, me la he imaginado hablándole de mí, de lo guapa, delgada y mona que estoy, lo que he rejuvenecido y lo bien que parezco sentirme.

Un “hija que bien te veo” ha sido esperanzador en ese sentido, y su mirada, de arriba abajo, me lo ha confirmado.

No sé por qué hay gente que siente la felicidad ajena como una especie de insulto. En fin.

La verdad es que debería habérmela visto venir, tanta sonrisa y tanta tontería no podía esconder nada bueno.

La tipa ha dado unos pocos rodeos y luego me ha soltado un “Chica que disgusto nos hemos llevado de verlo ahí con la chica esa”

Así, sin anestesia ni paños calientes.

¿Que qué?

Mi mente ha hecho un cálculo rápido del único significado posible de sus palabras, y sin querer me he acordado de todos los actores del Olimpo Hollywoodiense que tengo en poses provocativas en el disco duro de mi ordenador, pidiéndole al cosmos que, desde donde estén, me envíen un poco de su buen hacer interpretativo, porque yo iba a hacer el papel de mi vida en

ese momento.

Candidata a los Oscar de este año, vamos.

- Pues sí hija, ¿qué le vamos a hacer?

Espero que eso le tire lo suficiente de la lengua y se ponga a cantar como un jilguero.

- Pues no me lo explico, con lo mona que tú eres y después de tantos años... la verdad es que no sé qué vamos a hacer este verano en fiestas, imagínate que papelón para los amigos, en lugar de estar tú como siempre estará la tía esa, no sé... yo creo que no me voy a llevar muy bien con ella, me parece una falta de lealtad, con lo que te queremos todos a ti Mari.

Odio que me llamen Mari.

Y odio a las marujas.

Y esta continúa haciendo sangre.

- Lo malo es que se veía venir... esas visitas nocturnas de los viernes, todos sabíamos que ahí pasaba algo, pero claro, que vamos a decir nosotros... hazte cargo.

Me hago cargo.

- Dice mi Aurelio que eso ya llevaba mucho tiempo, que eran compañeros de la fábrica, fíjate. – Me pone unos estúpidos pucheros que no aguantan. Pobrecita, lo mal que lo debes estar pasando...

No soporto más.

- ¿Tú me ves pinta de estar pasándolo mal? Pues ahora vas y lo cascás por todo el pueblo. Estoy de puta madre.

- Mejor, mejor... ya lo creo. Tu suegra sí que lo lleva mal. Eso de ser la comidilla de todo el mundo y dar que hablar...

Sigue charlando y charlando, como si a mí me importara una mierda mi suegra. Ya estoy harta de fingir. Estoy harta de esa gentuza que se mete en mi vida y trata de juzgarla o entenderla, estoy hasta las narices de los cotilleos y las frases hechas, de las mentiras, de la vida que he llevado, de lo ciega que he estado, de todo vamos.

- ¿Sabes qué te digo? Que le den.

- Pues sí.

- Y a ti también, que te den.

- ¿Qué?

Me subo las gafas de sol para que me vea bien la cara y me pongo a dos centímetros de la suya.

- Que os den por culo, a ti, a él, al pueblo y a la madre que os parió a todos.

- ¿Será posible? ¿Pero tú que te has creído?

- Y tú, ¿qué coño te has creído tú? ¿que tengo que aguantar tus marujadas, tu falsa compasión y toda esa gilipollez que llevas encima, pueblerina de cojones? No te creas... si te lo estoy poniendo fácil, cuando lleguen las fiestas ya no pensarás en mí con tanto cariño y podrás lamer el culo de la zorra esa que se ha tirado a mi exmarido, EXMARIDO, ya que solo sabéis abrir la boca para soltar mierda y para hacer la pelota.

Doy un paso atrás y veo sus ojos desorbitados, alucinados.

Me encanta esa sensación.

No espero ni a que conteste, sé que no tiene valor ni vocabulario para hacerlo, así que me doy la vuelta y me la piro a paso rápido, sabiendo que tengo sus ojos clavados en el cogote.

-Pero Mari... no te enfades mujer.

Le hago una peineta con el dedo anular sin mirar atrás, sin ni siquiera girarme a ver su cara flipada, y mira que me habría gustado verla.

Desde luego que ya está bien, de lo que una se tiene que enterar por medios tan arcaicos y vulgares.

Y desde luego que al cosmos ya le vale, para una vez que le pido un favor.

Espe. Soledades y silencios.

Reconozco que siempre he sido un poco obsesiva, aunque tampoco sé si esa es la palabra concreta. Me suelo obsesionar con una idea, soy de las que no para de darle vueltas una y otra vez a las cosas y no se detiene hasta sacar conclusiones, o hasta descubrir por completo el sentido oculto de las cosas.

Por eso no había dejado de pensar en aquellas cartas que encontré por casualidad aquel domingo catastrófico de paella.

Desde luego no podía esperar una invitación de mi madre para ir hasta casa y leerlas, así que mi mente comenzó a urdir un plan maestro y no paró hasta hacerlo perfecto, plausible y, por supuesto, hasta me convencí a mí misma de que tenía el derecho legítimo de saber más sobre todo aquel misterio...

Solo tenía que esperar a que mi madre se fuera de casa, y aunque sale poco, yo sé sus costumbres tan fijas y tan inmutables de memoria, porque es una persona de ideas y hábitos fijos, una persona de las que nunca sorprenden ni hace nada que no esté planeado de antemano.

Y una de sus costumbres de más abolengo es ir al mercado los viernes.

Desde que éramos pequeñas, de toda la vida, vamos.

Así que ese viernes a las diez de la mañana me planté en el bar de enfrente vigilando la puerta de casa de mi madre como si fuera Sherlock Holmes y esperé a que ella saliera de camino a las compras.

Me sentía poco menos que miserable por utilizar semejante treta, pero es que a mi madre no le puedes ir con la verdad por delante. Eso jamás.

Ya de niña, cuando ella adivinaba, porque siempre adivinaba, que le estábamos mintiendo, nos decía aquello de “dime la verdad, mira que a una madre es pecado decirle mentiras, tú dime la verdad que yo no te pego” y confiada por sus palabras le decías la pura y simple verdad, tras lo cual te calaba una ostia de proporciones bíblicas, o sea, de las que tiran para atrás. Así que ya sé de sobra que no puedo ir y decirle absolutamente nada del tema, porque esta abuela es aún capaz de soplarne un par de ostias y echarme de casa.

Además, esa inquietud y esa sensación de que algo estaba mal, de que algo iba a pasar, esa ansiedad y esa obsesión por las cartas, me decían en mi fuero interno que no era normal, como si yo detectara en esos papeles una especie de alarma, cierta prevención, algo así como si detectara las ondas que

preceden a un terremoto unos minutos antes de que este se produjera.

Dejé pasar un buen rato para asegurarme de que no volvía y me fumé un cigarrillo antes de levantarme, pagar y comenzar a caminar en dirección a la que fue mi casa.

Ya en la puerta podía notar la presencia de algo que no sabía identificar, pero me daba la sensación de no estar sola, como si alguien invisible caminara a mi lado y guiara mis pasos y mis acciones.

Joder, yo es que me sugestiono enseguida y no sé por qué si estoy en casa de mi madre con ella ausente me da la impresión de ser una ladrona... bueno, justo hoy lo voy a ser, así que tal vez sea eso, el saber que voy a robarle un secreto, una parte de su pasado que siempre ha estado en silencio y que ella ha ocultado en soledad.

Soy tan estúpida y tengo tanto miedo que, aun sabiendo que estoy sola, camino sin hacer ruido, como si tuviera pavor a que ella pudiera descubrirme, tal como hacía cuando yo era pequeña e intentaba ocultarle cualquier cosa.

Inmediatamente llego hasta la habitación que fuera de mis padres y que se ha transformado de repente en la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. El cuarto está en desuso desde que ella decidió dormir y vivir en la habitación de la planta baja, nuestro antiguo saloncito de costura, para no tener que subir y bajar escaleras, y veo que ya no huele a SPA de Mercadona, aunque sigue perfectamente limpia y pulcra. Una especie de mala conciencia me hace pensar qué coño haría si mi madre diera la vuelta y regresara antes de tiempo, sorprendiéndome en su casa sabiendo que ella todos los viernes se va.

Mi mente traza el plan de descolgarme por la ventana de la calle, de tirarme tejado abajo, de saltar a casa de la vecina, que también es una casa vieja de esas que se comunica por el tejado con la nuestra, no sé, de hacer cualquier cosa menos enfrentarme a ella y a su mirada severa, glacial de reprobación y sospecha, porque sé seguro que sospecharía, no sabría de qué ni por qué, pero sospecharía de mí hijo.

Lo cierto es que cuando veo las cartas pienso que estoy colgada, que me he vuelto loca dándoles tanta importancia como para hacer todo esto que estoy haciendo.

Probablemente sea todo bastante pueril e inocente, mi madre no es una mujer de secretos apasionados y deliciosamente obscenos como el resto de los mortales, vamos, que tiene que existir una explicación de lo más lógica para que existan esas cartas.

Con sigilo voy abriendo el cajoncito del secreter donde han estado escondidas

durante todos estos años y compruebo que todo está tal y como lo dejé, las cartas, las fotos... Joder, no tengo estómago para los misterios, me comienza a entrar un dolor de barriga y me dan una especie de aires que me dejan enganchada. Otra cosa no sé, pero Matahari desde luego no fui en otra vida. Si seré idiota que acabo de caer en la cuenta de que sigo haciendo las cosas despacito y sin hacer ni un solo ruido, a pesar de saber que estoy sola, completamente sola en la casa.

Lo primero que hago es mirar las fechas de los matasellos.

Invariablemente son de los 70, aunque en algún caso no puedo saber exactamente la fecha y hay un par que son de principios de los 80 y otras de finales de los 60.

Hay en total alrededor de 20 cartas, con lo cual deduzco que me va a ser imposible leerlas todas en el poco tiempo del que dispongo.

Me encantan las cartas antiguas, esa especie de esquelas, esos sobrecitos pequeños con las hojas de una sola línea dobladas por la mitad como si quisieran ser las páginas de un libro y esa tinta que se va volviendo violeta entre el amarillo del papel.

Y esa letra.

Parece mentira, pero cada generación posee un estilo de letra completamente identificativo y que no tiene nada que ver con el de generaciones posteriores o anteriores. Es algo que se nota en publicidad, en el cine, en los rótulos, en los periódicos y panfletos que han pertenecido a distintas épocas. Y las letras de nuestros mayores son picudas, trabajadas, concienzudas y forzadas, como si las hubieran aprendido tan solo un poco, sin llegar a tomarles la familiaridad necesaria para poder escribir con ligereza, esa lentitud del trazo, esa presión del papel, y esa falta de imaginación o espontaneidad en los rasgos, tan caligráfica y al mismo tiempo tan poco ordenada.

Esas cartas, esas esquelas antiguas me traen un sabor desconocido y a la vez familiar, de lugares y hechos acontecidos mucho antes de que yo naciera, pero que me resultan familiares, como si los hubiera heredado en una memoria genética, íntima y congénita que me ha sido transmitida por vía materna.

Las cartas, en principio, no son nada del otro mundo, son cartas de amor, sí, pero de un amor lejano, del que se guarda un buen recuerdo. No es un amor arrebatador ni loco, no hay ni una sola referencia sexual; dirigidas con mucho respeto, no hay ni una palabra más alta que otra y son un recuento de vivencias, de días, de recuerdos, aunque hacia el final de cada carta se destila una melancolía y un dolor más allá de lo humanamente posible.

El tal Angus era un poeta.

Tenía alma de poeta al menos, aunque descubro, extrañada, unos versos de Burns que me hubieran hecho sonreír por su belleza si no pensara que van dirigidos a mi madre.

Es uno de sus poemas más famosos, el que inspiró “El guardián entre el centeno” y me pregunto si ambos se tomaron al pie de la letra la estrofa central del poema.

No puedo dejar de leer. Sé que no me queda mucho más tiempo y recorro las líneas con avidez, queriendo saber más, queriendo desvelar completamente ese secreto que por un lado me sorprende, pero que no llega a escandalizarme. Mi madre tuvo un amante. Quién lo diría.

Por un lado me hace gracia porque eso me la convierte en humana, con sus fallos, sus debilidades, sus sueños y sus sentimientos. Me resulta llamativo que ella, tan fría, tan recta, tan religiosa y tan glacial, se dejara llevar por la pasión y el romance hasta el punto de cometer adulterio.

De hecho, me hace pensar que no siempre fue así, que hubo un tiempo en que aprovechó su vida y vivió a plenitud, que fue capaz de saltar valientemente por encima de las normas establecidas y entregarse a un hombre que por lo visto también la amaba.

Evito pensar en mi padre muerto muchos años atrás, pero me doy cuenta de que al mismo tiempo no veo esa infidelidad como una traición hacia él. Tal vez es que soy muy liberal, o tal vez entiendo que a veces el amor poco o nada tiene que ver con el matrimonio y menos en una época donde el divorcio ni existía y una mujer separada era un lastre social. Me entristece saber que mi madre vivió con un hombre al que no quería de verdad y sacrificó su amor por convencionalismos sociales.

Sin duda me dejó llevar por el romanticismo al pensar así.

De repente encuentro dos palabras que provocan un cataclismo en mí: “mis hijas”

No tendrían nada de especial si pensara que ese hombre podía estar casado en su país, pero el contexto de las cartas me dice lo contrario.

No está casado, no tiene hijos y cuando pone “mis hijas” se está refiriendo a nosotras.

De repente me ahogo.

Tengo que dejar de leer, pero en lugar de eso vuelvo a comenzar esa carta desde el principio.

Abro de nuevo el papel y releo hasta darme cuenta de que no lo he entendido

mal: “mis hijas”. Veo que él le cuenta las veces que las recuerda, lo niñas que eran cuando se marchó, le pide por favor que no deje de mandarle fotos nuestras y que le mantenga informado de cualquier cosa, dice que nos echa de menos, que le encantaría poder abrazarnos de nuevo, estar aquí y vernos crecer, habla de la soledad y del silencio que apenas puede soportar... nosotras somos esas niñas por las que siente nostalgia, a las que le gustaría conocer y poder tratar como tal.

Tengo que salir de aquí.

Tengo que poner tierra por medio y largarme antes de que me desmaye por falta de riego cerebral.

Tengo que irme antes de que se me haga tarde y ella vuelva, porque no quiero ni pensar en mirar a mi madre a la cara, no quiero ni pensar en mostrarle esas cartas y pedirle una explicación.

Doblo la carta y la introduzco en el sobre de mala manera.

Dejo las cuatro o cinco cartas que he leído en el mismo sitio y cojo las restantes, junto con dos fotos, para llevármelas sin ningún disimulo, sin importarme que ella pueda darse cuenta, porque sé que no me pediría explicaciones y si me las pidiera, tendría que responderme ella a mí, no yo a ella.

Envalentonada, lo guardo todo y cierro el cajoncito como si no hubiera pasado nada, sintiendo como comienzo a enfadarme y a perder la calma.

En ese mismo momento escucho la puerta de la calle.

Me va a pillar.

Curiosamente el valor que tenía un segundo antes desaparece por arte de magia y me veo como cuando era niña, teniéndole miedo, acojonada por completo, sabiendo que no hay ni una sola explicación para mi presencia en aquella casa y en aquella planta. Tengo miedo de que me pregunte y sé que lo va a hacer, tengo miedo de que se me note todo lo que pienso porque yo no sé mentir, y si me lo pregunta soy capaz de soltarle todo a bocajarro, sin rodeos, soy capaz de preguntarle por qué nos ha ocultado toda la vida que no somos hijas de la persona que creímos que era nuestro padre.

Sé que no tengo derecho a juzgar nada sin terminar de leer todo lo que llevo escondido en el bolso, y dudo que alguna vez pueda preguntarle algo cara a cara, así que cobardemente comienzo a bajar las escaleras mientras me llega una inspiración divina, cósmica, noto como si desde la otra parte del mundo alguien me inspirara para ser la actriz que jamás en mi vida he sido y fingir con una naturalidad pasmosa que soy yo quien la está buscando.

Grito desde el piso superior.

- ¿Mamá?

- ¿Espe? ¿Eres tú?

- He venido a verte, pero no estabas, he subido al tejado por si estabas tendiendo la ropa.

- Yo ya no subo nunca hija – oigo sus pasos acercándose - No te creerás lo que me ha pasado... cuando he llegado al mercado me he dado cuenta de que no llevaba el monedero... no sé dónde tengo la cabeza.

Me intimida llegar al final de las escaleras porque sé que la encontraré frente a frente, y no sé si me siento preparada para enfrentarme a su mirada severa, su porte de doña perfecta, su estiramiento y su frialdad.

Durante un segundo nuestras miradas se encuentran y yo sé que lo sabe.

Y ella sabe que yo lo sé.

Su sexto sentido nunca le ha fallado y adivina todo lo que acabo de hacer como si lo hubiera visto. Lo noto en la pequeña sensación de pánico que acude a sus ojos durante un segundo, en el inaudible temblor de su voz con la última frase que me ha dicho, en la mirada que, por primera vez en toda su vida, esquiva la mía, en el temblor imperceptible de su bolso de mano, en la sacudida inapreciable que da todo su cuerpecito cansado y viejo ante mi presencia y mi mirada, que no sé por qué se enfrenta a sus ojos, por primera vez en mi vida, con una determinación y una ferocidad velada de la que nunca he sido capaz hasta hoy.

Suena la alarma de mi móvil y recibo un mensaje de la oficina.

La inspiración cósmica no me ha abandonado y mi madre se queda callada mientras yo mantengo una conversación con el hombre invisible.

- Sí, claro, puedo ir... lo que pasa es que estoy un poco lejos y tardaré un poquito, sí... vale... bueno... de acuerdo - la miro y sonrío - si es tan urgente. Adeeeu...

Se da la vuelta y toma el camino de la cocina permitiéndome respirar y cerrar mis alucinados ojos.

Esta mujer me conoce como si me hubiera parido y sabe perfectamente cuando miento, joder, si ella es experta en mentiras. Lleva 40 años mintiendo.

Cierro el móvil con una mano, sabiendo que me he reconciliado para siempre con el maldito invento crea estrés.

- Lo siento, una urgencia en la oficina... yo que había venido a tomar un café...

- Qué pena hija, para una vez que vienes a verme.

Le planto dos besos y le prometo volver o llamar cuando tenga otro rato libre. Salgo corriendo de casa, atropellándome al hablar para despedirme, intentando salir por la puerta y sujetarme el bolso, todo a la vez con la característica torpeza mía aumentada al mil por cien tras el secreto que tengo que guardar sin que se me note, disimulando los nervios, las ganas de llorar, de gritar, de decirle a la cara que lo sé todo, que no es la perfecta, santa y virtuosa mujer que nos ha hecho creer siempre, que nos ha intentado castrar mentalmente desde que éramos unas crías obligadas a regirse por un código moral victoriano entre ella y las monjas, que nos han convertido en pecadoras y zorras, que nos han impedido vivir con libertad y sin complejos para tapar sus propias miserias y ruindades, notando paso a paso, suspiro a suspiro, cómo el contenido no leído de las cartas queman mi bolso y mi espíritu.

Por el camino llamo a la oficina y me invento cualquier excusa para no volver esta tarde, aunque sé que mañana ni la recordaré, ni tendré fuerzas para enfrentarme al trabajo.

Se me da tan mal mentir que sé que no me creen, pero tampoco me importa.

Cuando lo tengo todo bajo control, me doy cuenta de que soy yo quien está descontrolada y con ganas de montar la marimorena, de liarme la manta a la cabeza, de montar un pollo a nivel mundial, de jaleo, de desorden, de rasgarme las vestiduras y escandalizarme como una farisea, de blasfemar en arameo y pasarme todo por el forro de los cojones de una puta vez en mi vida.

Ni corta ni perezosa me meto en el primer bar donde hay letreros insanos de menús por 6 euros y pido un whisky.

- Escocés. Sin hielo. Doble.

Acabo tomándome tres y agarrando media kurda en tiempo récord, tanto que me dan ganas de volver a hacer la ruta del bacalao que dejé colgada a principios de los noventa.

Solo entonces tengo cojones a sacar la carta y volver a leerla desde el principio.

No me he equivocado.

No he exagerado tampoco, de hecho, aún no he tenido ni tiempo de reaccionar por fuera, aunque por dentro estoy en plena ebullición.

Me pregunto cuáles de las cuatro somos sus hijas y cuáles no, me pregunto si yo estoy entre ellas y sonrío porque eso explicaría muchas cosas.

Me pregunto si mi padre lo sabía.

Y sobre todo me pregunto cómo mi madre ha tenido las narices de vivir con algo así toda su puta vida y fingir ser perfecta.

Me termino el tercer whisky y con algo más de escocés en la sangre de mis venas me marché a casa corriendo.

De pronto necesito soledad y silencio para leer todas esas misivas incendiarias que me han puesto la vida del revés.

Soledad y silencio.

Fe. Las mujeres que hay en mí.

Me pregunto qué o quién soy.

No me lo pregunto como una cuestión trascendental del tipo “Quiénes somos, de dónde venimos o qué sentido tiene la vida”

No soy ni he sido nunca tan intelectual.

O sea, me lo pregunto simplemente porque he llegado a un momento en mi vida en que la idea que tenía de mí misma se ha ido difuminando por los bordes, como en una acuarela de las que pintaba cuando era niña, y lo que va quedando, ese centro, ese pleno color, es como una mancha sin forma concreta, sin sentido, amorfo e irreconocible como centro de mi propio yo.

La imagen que doy al exterior, o sea, la que he dado toda mi vida, son esas pinceladas de color que, una sobre otra, han dado forma a lo que los demás veían de mí, o a lo que yo quería que los demás vieran de mí misma, y así, dando esas pinceladas maestras, he ido difuminando el núcleo de mi ser, camuflándolo, borrándolo, expandiéndolo o empequeñeciéndolo, hasta ser lo que yo creía que debía ser por momentos.

Le he ido dando forma a ese centro y le he convertido en un adorno bello, en una forma sugestiva, en algo que está por el simple hecho de estar y de la forma en que yo misma quería estar ante los demás.

Los demás.

Esa masa ingente que me rodea y que se deja llevar por las formas que muestro, sin permitirse ni un momento intentar ver un poco más allá, intentar ver ese núcleo que, si se detuvieran a pensar o si de verdad les importara como persona, llegarían a ver sin ningún tipo de impedimento entre las miles y miles de pinceladas que lo rodean.

Por eso me pregunto quién o qué soy yo.

Y sobre todo si de verdad le importo a alguien lo suficiente como para pretender descubrirme.

Soy la hermana presumida, la Liz Taylor de “Mujercitas”, o sea, la que se ponía una pinza en la nariz para dormir.

Soy la funcionaria cabrona, la estirada de turno, la borde, la que viste trajes de Adolfo Domínguez para trabajar porque son los más baratos de mi guardarropa. La que guarda en un armario modelos exclusivos que valen más

que mi propio sueldo o el de mis compañeras.

Soy la esposa de un directivo de hacienda, y socio de una empresa familiar que cada año reparte dividendos millonarios y hace regulaciones de plantilla.

Soy la esposa de un hombre que ha tenido doce amantes distintas en los últimos tres años y que me ha empujado a los brazos de su mejor amigo solo para no sentirse culpable.

Soy la anfitriona perfecta, tan hospitalaria que hasta calienta la cama de sus invitados.

Soy la mujer que va de compras por Barcelona y por la milla de oro 4 veces al año, y gasta en un día tres veces su sueldo.

Soy la que va al gimnasio cada tarde, la que nunca va a Mercadona personalmente, la que tiene más tarjetas de crédito usadas de toda España, la que aprobó unas oposiciones porque su marido le sopló la mitad de las preguntas, la que no quiere tener hijos, la que usa marca exclusiva hasta en el papel higiénico, la de la dieta constante, la de rouge Chanel y los perfumes exclusivos londinenses, la que por no ir a mercadillos no va ni a Camden, la que se lo limpia con un papelito de fumar.

Soy la que nunca ha cogido una borrachera, la que nunca se ha perdido por la noche en un pueblo desconocido y en una carretera comarcal, la que no se apabulla en cenas de once cubiertos, la de la grifería de oro, la de la casa de diseño en el ático más caro de toda la ciudad, la que tiene ocupado todo su día en miles de cosas sin sentido que intentan darle sentido a su vida.

Soy la que nunca se ha bañado desnuda en el mar, la que nunca ha follado en el asiento trasero de un coche, sino en suntuosas camas de hotel, la que nunca ha saltado dentro de los charcos de lluvia, la que nunca se ha drogado, la que nunca ha visto amanecer o atardecer sobre el mar, la que nunca se ha enfadado, la que nunca frunce el ceño, ni olvida una crema hidratante, la que nunca ha dicho una palabrota en toda su vida hasta hoy, hasta hace un minuto exactamente, la que nunca le ha dado a nadie una buena ostia por más que se lo mereciera (segunda palabrota en mi vida), la que nunca grita, la que nunca espera nada, la que siempre ha estado en la vida de los demás como un adorno perfecto, como algo que sirve para embellecer sus vidas.

Soy una mujer florero.

Espe. Cuando la pena cae sobre mí...

Es curioso como la mente juega con un montón de recuerdos, ya sean buenos o malos, y en tan solo un segundo volvemos a sentir como entonces.

Yo hoy, aún no sé por qué, he recordado una imagen de esas que en la niñez me llenaba de miedo.

Era siempre verano. Uno de tantos veranos eternos donde todo parece nuevo, hermoso, y cada mañana es el presagio de una nueva aventura.

Han vuelto los recuerdos de aquella casa grande donde pasábamos los meses de calor, y su aroma, su silencio, su ruido... toda ella me he llenado.

En las noches, la brisa solía llegar fresca hasta nosotros trayendo el aroma a salitre, a mar, a humedad, a la tierra mojada del rocío nocturno, a las hojas de los naranjos y a sus dulces flores de azahar tardías.

Éramos una muchedumbre de enanos insolente que, en el camino que serpenteaba por delante de nuestras casas, solíamos sentarnos a contar historias de muertos, aparecidos, engendros de distinto tipo y chistes verdes.

Yo era por entonces una soñadora romántica, tal como por lo visto sigo siendo, y aunque me divertían esas historias, lo que más me gustaba era tumbarme sobre la yerba del camino a contar las estrellas, a investigar ovnis, y de paso, controlar algún movimiento estelar para, en el caso de ver alguna estrella fugaz, pedir un deseo sin perder ni un segundo.

La oscuridad predominaba en ese trayecto de camino en el que no había ninguna casa que lo iluminara con las bombillas exteriores que se enroscaban en junio y se desenroscaban en septiembre para el verano siguiente. Creo que por eso era el trozo de camino que más nos gustaba. Si se seguía, llevaba hasta una carretera asfaltada, donde comenzaba la urbanidad en forma de villas nuevas, bien iluminadas, con farolas al borde de las piscinas.

Nosotros quedábamos un poco más lejos.

Durante el día nada hacía presagiar el monstruo que cada noche aparecía en el otro extremo del camino. En realidad, tampoco era un monstruo. Parecía un gigante carro de leña portado, cómo no, por un gigante de dimensiones no humanas y que venía a por mí.

La leña parecía moverse con los embistes de los animales que arrastraban el pesado carro y que nunca distinguí.

Me quedaba quieta, observaba sus movimientos y lo veía acercarse muy

lentamente, pero de forma firme.

Sabía que tarde o temprano el gigante daría fuerte a las riendas y me alcanzaría, pero yo lo esperaba para verlo realmente, para asegurarme de que, en efecto, era un carro gigante de leña y no el árbol que por las mañanas se veía desde el extremo, justo donde comenzaba a serpentear la yerba del camino.

Podía decirse que eran imaginaciones infantiles, pero yo sé que era la noche.

Esa noche, con o sin luna, que hace que todo parezca diferente, todo asusta más y las dimensiones se exageran hasta el punto de volverse contra una misma.

Como estas mismas noches: todo parece peor, más oscuro, los problemas se agrandan por momentos y aún veo el carro de leña viniendo a por mí tal como entonces.

En la mañana, el carro se convertía en árbol y se iban con él los miedos, las imaginaciones y ese extraño cosquilleo en el estómago, ese vértigo que no sabía entonces que fuera miedo al abismo, a ver las cosas de una altura distinta.

Mañana cuando despierte volveré a ser como siempre, como antes, como cada mañana, otra vez nueva con nuevos propósitos y nuevas ilusiones, pero la noche, la noche me oscurece y me da ganas de correr, de huir de la oscuridad: todo es más oscuro, más negro y confundido.

Como si ese enorme carro de leña aún no hubiera dejado de perseguirme.

María. La vida en sus ojos.

No soy la misma de hace unos meses.

Cualquiera que me ha conocido antes lo puede asegurar, y soy consciente de que nunca volveré a ser como fui antes.

No sé bien si se trata de una metamorfosis o de una vuelta a la vida, de volver a nacer gracias a unos sentimientos que me han hecho ver las cosas desde otro prisma, desde otra altura.

Ahora reconozco cosas que antes tapaba para no ver. Veo todo tal como es, incluso lo que me duele o lo que hace que reniegue tanto de ese pasado que una vez creí completamente feliz y normal.

Veó mis deseos más ocultos, los que nunca se cumplieron, mis falsas alegrías, mis frustraciones y cada una de mis metas inalcanzadas. Ahora me paseo poniendo luz a cada momento vivido y sé cierto que algunos no he querido vivirlos. Veo mis risas o mis llantos y sé que no eran verdaderos, que lo que creía sentir era lo que sentían los demás, pero no yo misma.

He vuelto a vivir la rebeldía de mis 16 años.

Me doy cuenta de que me he convertido en lo que entonces no quería ser y lo que nunca quise.

Aspiraba a algo, a ser alguien, y lo que para muchas mujeres es lo más importante de sus vidas, por lo mismo que dan su vida, por ese amor tan universal que supone ser madre, yo me siento fracasada.

No es que me arrepienta de serlo. Esas personas son lo más importante y lo que más quiero en este mundo, pero ¿y mi vida?

Tal vez soy muy egoísta, tal vez no soy una buena madre, o simplemente no tengo vocación para ello por más que se diga que esto es instintivo.

¿Por qué ser padre no se considera un instinto?

¿Por qué no se habla del instinto paternal, dejando así que caiga un poco de responsabilidad también sobre ellos?

Me pregunto por qué la independencia de los hombres no es un insulto a su paternidad y, sin embargo, a que una mujer intente hacer su vida, ser ella misma por encima de todo y conseguir que sus hijos no sean su cadena, se le suele llamar ser mala madre.

Me pregunto qué es en realidad ser mala madre y creo que sería no dar suficiente amor, no amarlos con esa entrega absoluta con la que se supone se

deben querer a los hijos.

Si es así, yo no lo seré, pero no puedo dejar de ser yo misma, buscar mi camino, mi propia identidad.

Soy madre, pero no dejo de ser persona y no puedo dejar de ser ni una cosa ni otra, pero puedo ser ambas perfectamente.

Ahora que pienso en mi maternidad recuerdo también a mi madre.

Parece que eso va unido, ser madre y ser hija es algo indisoluble.

Ahora tiene setenta y tantos años, sigue yendo a misa cada día, sigue siendo aquella mujer intransigente y severa, jamás salió de esta ciudad, jamás hizo nada por lo que el futuro la recuerde, salvo tenernos a nosotras que somos su semilla en la tierra, lo que perdurará cuando ella se haya ido, y así ve su misión cumplida, completamente realizada su vida, y me parece muy bien, pero para ella, no para mí.

Tal vez tengo demasiadas ambiciones, o mis metas sean muy altas, e incluso nunca las alcance, pero tengo derecho al menos a intentarlo, y si me equivoco, si fracaso en esto también, al menos lo haré por mí misma, no con los errores de los demás. Si luego me arrepiento de algo, me arrepentiré de lo que hice, y siempre será mejor que la cobardía y el dolor de saber que nunca hice nada por mí misma.

Puedo arrepentirme de lo que he hecho, pero será mejor que arrepentirme de lo que dejé por hacer.

Necesito ser yo misma de nuevo, necesito saber cuáles son mis fuerzas, medirlas, y sentir que puedo andar sola, que aún me queda mucho por vivir.

Algún día mis hijos lo entenderán porque espero seguir adelante con ellos siempre, enseñándoles la vida tal como la entiendo ahora, tal como es, y no como los demás quieren que sea.

Quiero enseñarles a ser ellos mismos, a respetarse y quererse, a no doblegarse ante nada, a que no supediten su vida a la vida de los demás y ante todo, a que jamás pierdan de vista sus ideas y sus metas.

Creo que en eso consiste también ser buena madre, no en renunciar a una vida por otra.

Mi marido, bueno, mi exmarido, siempre fue tan áspero que casi nunca me hizo ningún gesto amoroso, es más, los síntomas del embarazo los sentía como una afrenta personal. Odiaba los vómitos y los mareos, incluso más que yo, y si me encontraba tan mal como para acostarme a descansar, decía que siempre estaba igual, que parecía la única preñada del mundo.

Siempre dije que cuando me bajaba a mí la regla, a él le dolían los ovarios,

porque no sé cómo lo hace para estar siempre más enfermo que yo.

Nunca me acompañó al médico porque decía que eso eran cosas de mujeres, se enfadaba cuando no quería hacer el amor con él, y cuando comencé a engordar, mi enorme barriga, mi cara y mis piernas hinchadas le daban tanto asco que se mudó a otra habitación zanjando así el tema.

Ahora le daba impresión la cicatriz de las cesáreas, el pecho caído por los meses de lactancia, y decía que tengo cinco kilos de más, como si eso fuera un crimen. Lo cierto es que ya no me importa, su desdén y su falta de cariño ya no me duelen, e incluso le agradezco la falta de detalles porque así tengo mucho menos que agradecerle.

Él, siempre tan correcto, tan impoluto, tan amigable y cordial con los demás, es en realidad un hombre frío, una persona que no me ha demostrado nunca sus sentimientos, y sinceramente le agradezco que fueran tan escasos porque así no me sentiré atada por la gratitud del amor recibido.

No dudo que mis hijos son fruto del amor, al menos yo así lo sentía, pero eso ya se terminó, ya no existe, y si dudo de que alguna vez existiera, es porque empiezo a creer que esa falta de pasión, ese no hacer las cosas sintiéndolas realmente con todas sus consecuencias, buenas o malas, no es un comportamiento correcto para el amor, pese a la corrección de la que hace gala con sus gestos pasivos.

Él me amó por costumbre, porque yo le resultaba cómoda después de tanto tiempo, sin pretensiones, sin nada mejor que pensar o hacer, salvo lo que él me dijera.

Me dominó sin que ninguno de los dos lo supiéramos y por esa costumbre, por esa tradición, por seguir siempre el camino correcto y hacer lo que hacen todos los demás, le dimos forma a un matrimonio que ahora se estaba condenado al fracaso.

Noto como si me hubiera cercado, como si mi vida, mi alma, mis pensamientos, o mis sentimientos, estuvieran cercados por una valla.

Esa valla era él.

A una señal suya era su madre, su criada, su puta, su adorno, su amante fiel, su mujer, su complemento femenino, su escucha, sus ojos, o sus oídos, y así, teniéndome para todo, midiendo mis pasos, es como ha creído tenerme, pero es así como me ha perdido.

Cuando le he echado en cara mi idea de que me ha quitado la libertad, de que ya no soy yo, de que no soy la misma que fui, contestaba que era completamente libre de hacer lo que quisiera, que podía irme o quedarme,

pero porque creía que no podía hacer otra cosa que quedarme. Esa libertad era una farsa, eran cinco metros de cuerda que me había dado para que girara a su alrededor.

Mi libertad no consiste en sentirme libre físicamente, en hacer lo que quiera esté bien o mal, en hacer o deshacer, ir o venir, quitar o poner.

Mi libertad es mi pensamiento, mi forma de ser yo misma, es sentirme libre por dentro, no por fuera, pero no me sentía así, no podía pensar más que por él y estar de acuerdo con las cosas que hacía o deshacía, tal vez sin querer o sin darse cuenta, pero en las que yo ya no entraba.

Él me cambió, pero tan solo ahora me doy cuenta de ello y empiezo a ser yo de nuevo, a volar tan alto como siempre quise hacer.

Lo que no entiendo es por qué no fue sincero, por qué no me dijo la verdad. Él nunca hubiera tomado la decisión que yo tomé pese a tener a otra persona en su vida, y llego a pensar que me dejó hablar, me dejó hacer, me dejó llevar la iniciativa de todo esto para hacerme sentir triunfadora, mientras él, en realidad, obtenía fácilmente lo que quería.

Quiero pensar que si es eso, me ha considerado mucho más valiente de lo que pensé que me consideraba, pero también lo convierte a él en un cobarde.

Lo que no dudo es lo que siento por mis hijos, que sin duda son lo mejor de mi vida, pero también soy consciente de que los querría igual fueran fruto de cualquier otro sentimiento, o con cualquier otro padre, porque ante todo son hijos míos.

Simplemente me gustaría que las cosas hubieran sido distintas, que yo no sintiera equivocada mi vida, o que me hubiera conformado con la que tenía, pero no es así y eso me plantea dudas en todo, en cada paso dado o por dar, pero al mismo tiempo comienzo a darle importancia a lo que realmente la tiene, y me doy cuenta de que lo más importante son ellos y la fuerza que estos sentimientos y pensamientos nuevos me han dado.

Ahora sé que comenzaré una nueva vida, sé que todo puede cambiar excepto lo verdadero, lo que realmente se sienta de forma sincera, y así, no puedo renunciar a ser yo ni a tener a mis hijos al lado

A veces me veo abocada a un monólogo, a unos pensamientos que jamás antes existían en mí porque veía la vida desde fuera, como si no formara parte de ella.

Hay días que me levanto triste y creo tener motivos para ello, otros que me levanto alegre y por más que busco no encuentro ni una sola razón para estarlo.

Tal vez, pese a la tristeza se puede ser feliz, así, sin más.

Puede ser que la felicidad esté dentro de nosotros mismos y solo tengamos que encontrarla.

O puede que solo sean esos momentos fugaces que tienes la sensación de que vas a recordarlos siempre.

Es todo tan contradictorio, tan complicado.

Ahora, cuando intento recordar momentos felices de mi vida, voy directamente al nacimiento de mis hijos.

Luego, si intento ir más allá, los fotogramas de mi vida quedan quietos en mi mente por un segundo, como si fueran diapositivas del pasado.

Lo más curioso es que en esos momentos felices existe la niñez, bien la mía o la de ellos.

Mis momentos cumbre no son realmente míos, sino que se basan en la plenitud que otras personas me hicieron sentir, y ellos dos son los que más me han llenado, los que más me han dado, los únicos que, sin saberlo, sin ser conscientes de ello, me dan más felicidad.

Ellos llenan mis días de sonrisas, de palabras, limpian las nubes de mis pensamientos dejando un resplandor inmenso.

Ha sido tan hermoso ver la vida a través de sus ojos, descubrir en ellos toda la inocencia que yo ya perdí, la ilusión y la capacidad de sorprenderme, la emoción de crecer y descubrir, la claridad que con el tiempo se va oscureciendo, tantas y tantas cosas que con la edad se van y que con ellos he vuelto a vivir.

Fe. Dos son compañía y tres son multitud.

Es lunes y mi último día libre.

El sol entra a raudales por las ventanas abiertas de par en par y dejo que el aire frío de la mañana me dé en la cara mientras el resto del cuerpo sigue embutido bajo el nórdico de plumas con un calorcito que me hechiza y me deja con los miembros completamente laxos, sin fuerzas, inermes.

Sus caras, sus gestos, sus distintas personalidades me vuelven a la cabeza y dan vueltas en mi mente sin que pueda hacer nada por evitarlo. Por más que cierro los ojos están ahí, como unos fantasmas que no descansan ni me dejan descansar.

Jaume se ha ido hace rato a la oficina y James se acaba de dar una ducha mientras yo ni siquiera me he movido de la cama porque me ha faltado valor para mirarlos a la cara.

Quiero levantarme, pero lo escucho secarse, caminar, cerrar los grifos tras lavarse los dientes y abrir la puerta para volver a la habitación.

Sé que se ha quedado quieto en el quicio de la puerta mirándome en silencio y yo me finjo dormida, aunque me consta que él no se cree mi actuación y sin duda sonrío con sorna.

Pero ni aun así abro los ojos.

Estoy mejor sin enfrentarlos. Por el momento, porque no me puedo quedar aquí metida toda la vida por más que sea lo que de verdad me apetezca.

Solo cuando me doy cuenta de que se ha ido me atrevo a levantarme y caminar descalza hasta el baño, donde no queda ni rastro de que ha sido usado por él. Imagino que es otra costumbre de vivir en hoteles, en habitaciones mercenarias, impersonales y pasajeras donde la norma es que no quede de ti ni una sola señal de que has pernoctado, soñado, comido, cenado, o follado entre sus cuatro paredes.

Más o menos como ha hecho aquí, en mi casa.

Enfrentarme a mí misma en el espejo es tan doloroso como enfrentarme a ellos y me doy cuenta de que esquivo mi propia mirada mientras estoy sentada en el wc.

Tiene que ser grave la cosa porque no logro levantar la cabeza, no sé, como que no me apetece ver las huellas de la noche pasada, y de las tres últimas noches, en las ojeras que envuelven mis ojos o en la mirada aviesa que

seguramente buscará en mí todo lo que he dejado atrás en tan solo tres días.

Y no me arrepiento. No tengo cojones a arrepentirme de nada, ¿no es extraño? No me arrepiento, pero tampoco quiero enfrentar nada, no quiero olvidarlo, pero por otro lado querría no tener que desafiar a mi conciencia. No quiero preguntarme si está bien o mal, si es bueno o malo, si es correcto o incorrecto, si es tan solo una experiencia más o es algo que me va a dejar huella y va a modificar mi placentera vida.

La pregunta real es ¿me ha gustado?

Pues sí. Me ha gustado. De hecho, me ha encantado.

Jaume ha tardado años en mostrar su cara real, en poner las cartas boca arriba y mostrarme en qué se basaba la verdadera amistad que le unía a James, algo que tal vez no podría hacer con alguien a quien conociera menos o con quien tuviera menos confianza, porque si no ¿cómo se explica que quieras compartir a tu mujer con otro hombre? Tiene que haber una especie de vínculo ¿no? Algo que los une más allá de la familiaridad o el compañerismo, más allá del sexo puro y duro, no sé, como una intimidad y una confidencialidad que va más lejos de todo, incluso que de ellos mismos.

Me martiricé en Barcelona pensando en que me había echado a los lobos, que me lo había dejado a huevo para que yo tuviera esa primera experiencia extramatrimonial, que según él comenzaba a hacerme falta para sentirme bien y en igualdad de condiciones dentro de nuestro compromiso, pero aun así, aun sabiendo que lo que pudiera pasar entre James y yo estaba planeado de antemano por él, me dejé llevar porque de verdad me apetecía, de verdad quise hacerlo, probar, desquitarme de sus doce amantes y follar como una loca con su mejor amigo ya que me lo ponía tan fácil y tan cómodo. El muy sinvergüenza me conoce lo suficiente como para saber que un hombre como James me pone, que es mi tipo, mi prototipo de hombre, atractivo y arrebatador, vamos. Y él... joder... él se superó intentando seducirme, intentando volverme loca, era un reclamo constante, una tentación que nunca cejaba. Sabía cuando sonreír como un amigo, mostrarse informal y sin pretensiones de ningún tipo, dando por hecho que todo iba a pasar entre nosotros, pero sin sentirse halagado o importante por ello. No sé, como si fuera una casualidad o un juego, no había en él ni una sola señal cargante o fastidiosa, ni un gesto que me hiciera pensar que era un baboso que va a lo que va, sino que, por el contrario, lo que tenía que pasar y pasó, era algo más que íbamos a compartir desde la libertad y desde la confianza, como si surgiera natural y espontáneamente entre los dos.

Queríamos hacerlo y lo hicimos, y ni un solo instante pensamos en Jaume o en las repercusiones que esto podía ocasionarnos, así como tampoco pensamos, al menos yo, que quisiera unirse a la fiesta.

No puedo dejar de recordarlo, de rememorarlo una y otra vez. James me ha dejado conmocionada, la verdad, y lo que es peor, ayer, cuando se nos unió Jaume, hubiera pagado una fortuna para que no lo hiciera, para que me dejara sola con él, para repetir una y otra vez todo lo que sucedió en aquel hotel de Barcelona. ¿No es extraño? Prefería estar con otro hombre que no era mi marido, prefería estar solamente con él, y me molestó su presencia hasta el punto de no hacerle ni caso, de ignorar sus deseos o sus apetitos y centrarme solo en aquel extraño que me había hecho alucinar la noche anterior.

Pienso en él y palpito, me excito al recordar las sensaciones, casi puedo notarlo hundiéndose en mí, y pienso solo en él, no en los dos. Lo deseo de nuevo, y Jaume no está en casa.

La tentación de saber que lo tengo al alcance de la mano me acelera el corazón, pero no sé si me atrevería a ir a buscarlo, no sé si puedo caminar hasta su habitación y meterme en su cama para pedirle, en un gesto sin palabras, que me dé un poco más de lo que me ha estado dando todo el fin de semana.

Creo que no me atrevo a mirarme al espejo porque, si fuera por mí, estaría retozando con él en lugar de hacerme tantas preguntas y de pensar tanto. No sé, como que tal vez debería pensar menos y actuar más. ¿No se dice que los tíos piensan con la polla? ¿Por qué no voy a pensar yo con la vagina? Sé que mi marido no se va a enfadar, de hecho, eso forma parte de nuestro acuerdo, sé que cuento con su beneplácito, pero también sé que si lo vuelvo a hacer no podré parar hasta que se vaya. No me conformo con dos noches a dúo y una a trío, quiero más y lo quiero ya.

Y no quiero que Jaume interfiera, no quiero que se nos una, quiero estar solo con James, así como él está solo con Penélope o con quien coño sea la de turno.

Me ha molestado que él se crea con derecho a estar presente entre nosotros, ¿no se supone que es mi aventura? Que lo hagamos en casa o sea su mejor amigo no le da derecho a inmiscuirse, a imponerme su presencia, a obligarme a aceptarlo a él también.

Noto la tentación creciendo en mí, imparable.

Me ducho rápidamente sin mojarme el pelo y me doy un poco de crema hidratante antes de ponerme un camisoncito color crema que no intenta ser

seductor. No quiero que tenga la idea de que intento ser sugerente, además ya no tengo nada que esconderle para seguir tentándole, ni quiero que me vea patéticamente desesperada por volver a acostarme con él.

Cuando entro en su habitación me doy cuenta de que he pasado de no querer ni mirarlo a buscarlo, de no poder enfrentar mi cara en el espejo a vestirme para él, de pensar a actuar, y me siento de maravilla.

James lleva solo los pantalones del pijama y sostiene un cuadro que pinté a los dieciséis años, en mi época impresionista.

- ¿Lo has pintado tú?

Asiento mientras me acerco y me quedo mirando el cuadro mientras me vienen a la cabeza recuerdos de aquella época. Se me tiene que notar en la mirada porque James me sale con una especie de pregunta a quemarropa que me deja perpleja.

- Tú no eres feliz.

- ¿Por qué no iba a serlo? –Me río ante su cara seria y dudosa-. Tengo todo lo que cualquier mujer desea, ¿no? O sea, una casa de lujo, un trabajo perfecto, un marido rico...

- ¿Por qué te empeñas en eso? Tú no eres así, una vez tuviste sueños -mueve el cuadro en sus enormes manos-. No eres la mujer que crees ser, ni en la que quieres convertirte, o en la que dejas que él te convierta.

- No sabes lo que dices.

- Claro que lo sé... sé que no eres feliz.

- No sé por qué dices eso.

Me arrepiento de haber entrado en su cuarto, me arrepiento de haber colgado ese cuadro en esa habitación, me arrepiento de desearlo, me arrepiento de haberme acostado con él, me arrepiento hasta de haber nacido, pero sobre todo me arrepiento de no haberme dado cuenta antes de que tiene la razón, de que hasta un extraño que hace cuatro días que me conoce sabe que no soy feliz y que nunca lo seré, por más que crea lo contrario, por más que intente demostrar que lo soy, por más que llene mi vida de objetos de valor, de trajes de noche, de dinero, de belleza, de armonía y de placidez.

- Vete a la mierda.

Le escupo esas palabras en la cara y noto que me estoy ahogando, que me falta el aire, pero cuando me toca y me abraza vuelvo a respirar.

- Manda a la mierda a tu marido, no a mí.

Me empuja contra la pared y al instante está dentro de mí, empujando, empotrándome contra la pared, volviéndome loca, volviéndose loco,

apretados en un abrazo adúltero que sabe a gloria.

Le pido que me folle, que no pare, que me impida pensar en otra cosa que no sea su polla, su cuerpo, su boca, sus manos que me sujetan por las nalgas y que me mueven contra él. Oigo que un cuadro cae al suelo, pero no me importa, aunque es curioso que por una milésima de segundo lo encuentre muy significativo.

Mi marido guardó y colgó todos mis cuadros en esa habitación cuando nos casamos, era como una especie de galería de arte para invitados. Rembrandt, Van Gogh, Monet, todos los cuadros que pinté cuando tenía dieciséis años y que ya son como una especie de reliquia de la niña que fui, de la soñadora, de la pintora que una vez quise ser.

No sé si de verdad son tan buenos como él me dice o es que quiere ocultarlos. No sé si es para que lo vean los invitados ilustres y poder fardar ante ellos del arte natural de su esposa o es que son tan malos que no quiere que nadie los vea en el salón, aunque lo cierto es que en el salón no quedarían a juego con la decoración. Sea como sea, el cuadro cae al suelo y ni él, ni mucho menos yo, nos preocupamos de recogerlo. Los girasoles boca abajo y yo montada sobre sus caderas.

Es extraño, ¿no? Pero me da la impresión de que las dos cosas son correctas y están en su sitio.

Pity. Dioses y hombres.

Pau follaba como un dios.

Sé que puede parecer un poco bruto, dicho así de pronto, pero es cierto.

Mi hermana dice que cuando una es capaz de decir las cosas tal como son, sin usar eufemismos, sin darle ni una sola vuelta al tema y sin importarle ni un pelín lo que puedan pensar los demás, hasta el punto de pasarse por el arco de triunfo cualquier otra cosa que no sea la más pura verdad, es porque comienza a ser ella misma.

Para ser completamente sincera y en honor a esa verdad que parece que estoy recuperando, debo decir que Pau era un dios haciendo el amor, porque es cierto que a veces se hace el amor y a veces solo se echa un polvo, depende de las circunstancias, del momento y de los sentimientos que aderecen el instante. Pero con él esa línea que divide el sexo del amor era tan finísima, tan delicada, tan tenue y tan exquisita que parecía no existir.

El follaba como si amara y eso es explosivo, adictivo, incontrolable para alguien como yo que adora tenerlo todo bajo control y ansía ser amada de cualquier forma.

Eran los únicos instantes que me permitía olvidar, dejaba salir a pasear a la zorra que llevo dentro y a la romántica que siempre he sido en secreto, porque solo con él podía mostrar ese lado de mí. No tenía que controlar nada porque él se hacía cargo, tomaba el mando y el gobierno de ese instante y me lo devolvía puro, intenso, completamente nuevo y sin mancha, como si me hiciera renacer.

Dios mío, era una sensación que sé que no volveré a sentir jamás y eso es lo que me mata. Saber que nunca podré volver a ser la mujer que fui con él, que no recuperaré la libertad ni la magia de esos instantes y que me quedaré aquí, frente a esta chimenea de diseño, o en las peluquerías que son los símbolos de mi éxito ante el mundo y de mi derrota personal.

Pau besaba como nadie, con besos húmedos, eróticos, su boca era para mí como una golosina cuando la ponía a un centímetro de la mía para tentarme, dulce y sabrosa, su lengua inquieta y suave, tersa y cálida, buscaba la mía en un baile único, en una especie de juego impúdico que era un presagio de cómo iba a ser lo demás, lo que siempre llegaba a continuación de sus besos, lo que

prometía con cada uno de ellos.

Su boca se deslizaba por mi piel, avanzando muy poco a poco, elevándome hasta perder el sentido de la realidad y no ser consciente de nada que no fuera las sensaciones, las humedades, los deseos, nada que no fuera la dura necesidad de sentirlo más, de que me diera más, de que se deslizara mucho más.

Podía imaginar mi cuerpo, verme rodeada por él, envuelta en una presencia que siempre iba más lejos que su piel, siempre más allá de sus gestos y sus roces, notar la esencia de nuestro propio ser en la punta de los dedos, en el cuerpo y en la boca.

Caricias, besos, orgasmos que eran mucho más que simples caricias besos y orgasmos.

Era una danza sagrada, una exaltación, una locura.

Poco importaba que estuviéramos sobre esta alfombra al pie de la chimenea encendida o que me empotrara contra la pared sin previo aviso.

La necesidad urgente y letal, la avidez insoportable, el deseo más insufrible, el hambre mortal de nuestros cuerpos no se saciaba por más que lo intentáramos, por más que nos devoráramos en una vorágine de amor descontrolado.

Poco importaba que me tomara entre sus brazos para llevarme a la cama de la forma más dulce, o que me pusiera a cuatro patas en el suelo, poco importaba que fuera lo más romántico o lo más tosco, porque la necesidad de tenerlo dentro, de sentirlo dentro, bombeando, empujando, apretando, impulsando una y otra vez su sexo en el mío, era una urgencia vital, algo que me salvaba la vida y me apartaba de la fatalidad de mi destino.

Ahora no siento nada, estoy anestesiada y no puedo sentir más que una especie de vacío y frío por dentro que intento llenar desesperadamente y no sé con qué.

Creo que estoy comenzando a aprender a vivir sin él, pero que es algo a la vez muy peligroso porque puedo darme cuenta de que la vida sin él no vale la pena, de que vivir así no es vivir.

Me gustaría tener el valor suficiente para enfrentarme a mí misma, ahora que he dejado de llorar un poco y de autocondolarme, para poder preguntarme si de verdad ha valido la pena echar todo por la borda y aferrarme a este tipo de vida, preguntarme si me gusta vivir como vivo, si de verdad quiero seguir haciendo lo mismo toda mi vida, si quiero vivir sin él.

Pero no tengo las respuestas, ni el valor, como para contestarme y enfrentarme a esa verdad de la que llevo meses huyendo.

Hoy he recibido una postal suya desde Islandia.

Las playas de oscura arena volcánica encierran un mar y un cielo como jamás he visto, y desde un trozo de papel se puede respirar la libertad, notar parte de esa esencia que es él, como si fuera parte de ese paisaje que le pertenece.

Leo el remite e intento pronunciar las palabras de la dirección donde vive, pero no me salen. Solo puedo repetir mentalmente sus palabras escritas como un mantra, como una oración sagrada que va tirando de mí hacia él.

Te espero, me dice.

Te quiero, me dice.

No ha dado por finalizado lo nuestro, como si creyera que alguna vez podré saltar por encima de todos los convencionalismos y las circunstancias que rodean mi vida y volver a estar con él.

Ni siquiera me planteo que sea él quien renuncie a todo y regrese porque sé que él jamás sobreviviría en un medio tan hostil para su forma de entender la vida, sin embargo, yo no he conocido otra cosa y no sé si sería capaz de vivir de otro modo.

Él se puso a prueba conmigo, pero yo no me atrevo a ponerme a prueba por él. Pau vino para un mes de vacaciones y se quedó casi un año.

Yo no soy capaz ni de plantearme un mínimo cambio.

Sin embargo, me espera, como si en el fondo supiera que puedo ser capaz de hacer una locura, de replantearme la vida, de buscarle en esa dirección de la postal y quedarme a su lado para siempre tal como me propuso.

Y yo, que creía que le conocía mejor que nadie, me doy cuenta de que es un soñador.

Me fijo en su letra y logro imaginarlo sentado escribiendo, logro ver su pelo oscuro brillando rojizo bajo el sol islandés en una mezcla de sangre celta y vikinga, que eran en él un misterio y una herencia de valor incalculable.

Él decía que tenía una falta de pigmentación en su piel, en su pelo y en sus ojos, por eso pasaba de los ojos verdes a los grises, del pelo oscuro a los mechones rojos y al rubio que fue de niño, de la blanca palidez al moreno, con una facilidad pasmosa que a mí me asombraba y que yo sabía que no era sino una característica de los genes celtas que inundan su sangre.

Pau era, en secreto, un guerrero que no podía permanecer hibernado en un pueblo del Mediterráneo; su fuerza, su mayor impulso, su verdadero valor, provenía de aquellos glaciares, de la tierra oscura de aquellas playas; su fogosidad, del interior de aquellos volcanes; y su belleza, de la serena perfección de sus cielos, tan cercanos que dan la impresión de poder tocarlos

con los dedos.

Pau no podía permanecer quieto, encerrado entre los muros de una ciudad, salvo por un tiempo concreto, un tiempo que me regaló a mí y que guardo como un tesoro en mi memoria, porque sé que es irrepetible, fugaz, maravilloso.

Y yo no tengo el valor que él tuvo para hacer lo que tenía que hacer, no tengo el valor de reconocer que sin él todo esto pierde el significado, me falta coraje para reconocer que no seré feliz ni un solo día y que posiblemente me arrepentiré toda la vida de haberlo dejado ir.

Pero no puedo cambiar.

No puedo.

Tengo que continuar, dejo que los días se deslicen unos tras otros, salgo, trabajo, hablo, río, pero no soy yo quien lo hace sino otra persona, alguien que ya no es la misma que unos meses atrás, alguien que por más que lo intenta no le encuentra sentido a todo aquello que una vez fue importante, alguien que empieza a ahogarse, a extinguirse, a dejar de ser.

Me voy diluyendo poco a poco en la nada más absoluta y sí, me he acostumbrado en más de dos meses a vivir sin él, a llenar mis días de acciones, conversaciones, personas y vivencias que cuando llega la noche son completamente inútiles, y que hasta llego a odiar porque son las cosas que me alejaron de él cuando aún estaba aquí.

Pero no puedo cambiar.

Tengo miedo a cambiar.

No puedo.

Espe. Secretos que contar.

A mí no me importa que mi madre tuviera un amante, de hecho, lo comprendo y no la juzgo, pero lo que no me cabe en la cabeza es por qué nos ha ocultado toda la vida que no somos hijas de nuestro padre.

Vale, no se puede una día de paella cualquiera, a la hora de los postres, cuando están tus hijas reunidas en casa y despistadas, soltar: “niñas vuestro padre no es vuestro padre, sino que fue un escocés buenorro que venía a pasar los veranos aquí, en la playa”

Vale que tampoco pudiera decirlo cuando mi padre vivía, bueno, mi otro padre.

Pero debería haber encontrado el modo de hacerlo, la ocasión, el momento oportuno.

Ahora, eso que ella no se atrevió a hacer, me está quemando a mí.

¿Qué hago? ¿Se lo digo a mis hermanas o me callo como una puta?

Eso me está jodiendo la vida. Tengo un secreto que no es mío y que, sin embargo, me pertenece, ¿qué puedo hacer, decirlo o callarme?

Eso me pasa por maruja, por meter las narices donde no me llaman, por querer buscar respuestas a preguntas que nadie ha hecho.

Y si lo digo, ¿cómo puede modificar eso nuestras vidas? De hecho, no creo que las modifique en nada, solo nuestra mente o nuestra percepción de la realidad puede que cambie, pero no creo que a estas alturas nos vayamos las cuatro tras los pasos de un padre biológico ausente que tal vez no se acuerde ni de que existimos.

Eso solo pasa en las películas y esto es la vida real.

Lo malo de todo esto ya no es solo que nosotras hayamos crecido equivocadas de padre y sin ser conscientes de nuestra verdadera filiación, sino la forma absurda y estúpida en que mi madre tiró ese amor por la borda.

Ahora que he leído todas las cartas sé que ese hombre la quería más de lo que nunca la quiso mi padre.

¡Joder qué líos de padre!, tendré que empezar a llamarlos por su nombre.

Angus la quiso como nunca la quiso Albert.

Ahora comprendo las broncas, las indirectas, las amarguras, las lágrimas, las equivocaciones, las miradas ofendidas, el rencor sordo y silencioso, la tensión acumulada, la ansiedad y los silencios incómodos.

Durante años y años.

Tal vez mi padre lo sabía o tal vez no, pero esa falta de cariño, de complicidad entre ellos, de intimidad, era tan obvia y tan patente que posiblemente, aunque no supiera hasta qué punto mi madre le era infiel, tenía claro que le era desleal.

¿Se acordará aún de él? ¿Pensará en él al caer la noche, cuando se dice que son las peores horas del desamor?

No lo sé ni lo sabré nunca, pero tengo que tomar una decisión que no me siento con fuerzas de tomar.

Volveré el viernes a casa de mi madre y dejaré las cartas en su sitio, como si aquí no hubiera pasado nada, y puede que tal vez me lleve este secreto a la tumba, o tal vez quede desvelado de todas formas cuando ella muera y tengamos que revisar entre sus cosas. Si ella no nos lo ha dicho imagino que tendría sus motivos, así que voy a respetarlos y guardaré un respetuoso silencio sobre la tumba de ese amor imposible y tan intenso. Si algún día se tiene que saber se sabrá, si tiene que ser así, será de todas formas, pero no quiero ser yo quien doblegue al destino ni quien se meta en medio de algo tan grande que tal vez nosotras no podamos entender.

Es una pena que no sepan la verdad y que no nos embarquemos en la aventura de buscar a nuestro padre biológico como ocurre en las pelis...

Joder, cómo puedo pensar en algo tan frívolo con lo que tengo en la conciencia.

Puede que a ellas les gustara saberlo, tal vez no tengo derecho a callarme una cosa semejante. Pero ¿cómo lo hago?, ¿reúno a mis hermanas una tarde a tomar café en mi casa y les dejo que lean las cartas? No me imagino a la recta y perfecta Fe encajando un golpe así, o a María, que se le está desmoronando la vida en estos momentos y que comienza a levantar la cabeza, teniendo que encajar otra bofetada del destino. Pity tal vez fuera la que más podría soportarlo porque su mentalidad moderna y pragmática le ayudaría, pero al mismo tiempo creo que le terminaría de hundir ver el ejemplo de lo que es tener un amor en la otra parte del mundo, el renunciar a vivir a plenitud una relación solo por cobardía, porque yo sé, aunque ella no me lo dirá nunca, que cuando Pau se fue le propuso irse con él a Islandia y ella no tuvo el valor de seguirle. Mi hermana no es capaz de volverse loca por un hombre de esa manera, ella es de las que aguantan la tormenta aferrada a todo y de las que por más que sufran no lo cuentan para no mostrar debilidad. Una pena que pretenda ser tan fuerte porque el dolor y el silencio son menos dolorosos si lo

compartes.

Sea como sea, soy la propietaria de un secreto que es demasiado grande para callarlo, pero no es mi secreto, sino el de mi madre, y no sé si tengo derecho a desvelarlo o debo dejar que el destino haga de las suyas.

No puedo evitar preguntarme por qué no nos lo ha dicho, por qué lo ha ocultado tantos y tantos años, 42 años callando, conviviendo con mi padre sin quererlo, soñando con otro hombre que estaba lejos, pero no lo suficiente como para no ir a buscarlo, ¿jamás tuvo la tentación de liarse la manta a la cabeza y salir a por él? Tenía su dirección, podía haber ido a verle, estar juntos y no pasarse la vida amargada en reuniones de iglesia, sin salir de casa más que para ir a misa y alguna vez a Lourdes o Fátima, sin ver lo ancho y bello que es el mundo y lo hermoso que puede ser vivir, con totalidad y sin reservas, una historia tan importante, porque para ella tuvo que ser muy importante, si no, no se explica cómo repitió tantas veces como para concebir cuatro hijas con él.

A veces me he llegado a plantear si mi padre era estéril o algo así y por eso repitió una y otra vez, no sé, cosas más raras han pasado. Tal vez en lugar de adoptar decidieron que fueran hijas de ella aunque no fuera la inseminación artificial precisamente el método elegido. Ya no sé ni lo que digo. Me da tantas vueltas la cabeza, pienso tantas y tantas barbaridades... ¿Cómo se conocieron? ¿Le escribía ella cartas de amor también? ¿Dónde se veían a escondidas? ¿Qué hacía con nosotras cuando éramos pequeñas para poder verse con él? ¿Ha intentado vernos durante estos años, o acaso ni siquiera han vuelto desde el 82?

Todo son preguntas. Mi madre tiene las respuestas, pero no puedo ir y decirle nada, no puedo hundirla de esa manera, por más que tenga el derecho a saber.

Joder, tengo el derecho de saber más sobre mi padre verdadero y tengo derecho a oírlo de su boca.

Quiero que me cuente toda la verdad, todo aquello que no se puede adivinar solo con leer las cartas, quiero oírle decir que lo quiso y que no fue una simple aventura, porque entonces sí que me jodería y dejaría de comprender cómo ha querido guardar para ella un secreto que no le pertenece en exclusiva, y además comenzaría a pensar si alguna vez quiso a alguien, porque desde luego no ha parecido querer a nadie en toda su vida.

Ni siquiera a nosotras, sus hijas.

No sé si somos para ella hijas del pecado o hijas del amor de su vida, tal vez no se marchó con él precisamente por nosotras, o tal vez luego se arrepintió de

no haberse ido y comenzamos a ser un lastre para ella, aquello que le había impedido volar tras él... Tal vez, simplemente, no le gustaba cambiar y no quiso irse por más que él le rogara en las cartas, tal vez fue cobarde, simplemente, tuvo miedo. Miedo a que aquel amor que había durado años, que había sido tan intenso y tan hermoso no soportara una convivencia y una rutina, ella sabía muy bien, al vivir con mi padre, lo que es un día a día desafortunado y una convivencia forzada al entendimiento y prefirió, románticamente, guardar un buen recuerdo de él sin mancharlo con las necesidades y los automatismos cotidianos. Podrían ser tantas cosas, hago tantas conjeturas, y me vienen tantas ideas estúpidas a la cabeza.

Seguiré pensando, tal vez con los días pueda tomar una determinación, me quedaré las cartas de momento, las volveré a leer cien veces más porque aún no me creo todo esto, aún me da la impresión de que es un sueño.

Fe. Yo no soy esa, que tú te imaginas...

James ha alargado su estancia una semana más.

Lo de Jaume con Penélope ya es un secreto a voces y soy la comidilla de la oficina. Unos dicen que lo merezco por borde, otros dicen que una cosa así, tan humillante, no se la merece nadie.

No tienen ni idea de que yo soy más que consciente del tema, que cuenta con mi beneplácito para tirarse a quien le dé la gana, no saben que eso es un acuerdo al que habíamos llegado años atrás: libertad sexual, sin preguntas y sin condiciones, liberales y modernos, relaciones abiertas que se las llama ahora y que parece que se están poniendo de moda.

No tienen ni idea de que he expulsado a mi marido de mi cama y duermo con James, no tienen ni idea del enorme cambio que ha dado mi vida desde que yo he puesto en práctica lo que mi marido lleva años haciendo. Mira si están alucinados que dicen que llevo muy bien los cuernos, que se me ve hasta más contenta y menos borde... eso es que voy bien folladita a la oficina todos los días.

Es curioso cómo puedo llegar a enterarme de todo lo que hablan de mí, de lo fácil que es sorprender los cotilleos, las charlas en los baños, a la hora del café, cuando sorprendo una conversación a mitad y se callan cuando yo aparezco, las miradas y los ojitos de compasión. Si ellos supieran la risa que me dan, lo ridículos que son, lo fantasmas y lo gilipollas que pueden llegar a ser.

Antes me cargaban, ahora me dan risa.

¿Tanto he cambiado en un mes y medio? Pues sí, he cambiado.

Y se me nota una barbaridad, yo me noto distinta, menos estirada, como que me da igual irme de compras, o me la trae al paio la cena de compromiso que tenemos el sábado próximo con los socios de Jaume y con su familia, de hecho, creo que no voy a ir, creo que prefiero quedarme en casa, con James, retozando en cualquier rincón, viviendo la aventura de mi vida con él.

Creo que a mi marido le ha salido el tiro por la culata y lo sabe.

Solo hay que ver la cara que puso cuando James me regaló un lienzo y una paleta de colores... fue un poema, y me preguntó dónde pensaba ponerme a pintar, porque no puedo ponerme a esparcir pintura por nuestro perfecto, inmaculado, minimalista, supermoderno y exclusivo ático.

Pintaré en la terraza. Le pondré periódicos al caballete, bueno, al suelo, cuando vaya a recogerlo a casa de mi madre que aún lo guarda, o de momento a la mesa, y pintaré por primera vez en más de quince años.

James dice que le encantaría verme pintar desnuda, que sería supererótico.

Este tío también ha visto demasiadas películas.

Sea como sea estoy pletórica, no sé, como que parezco otra persona.

Es extraño, ¿no? O sea, debería sentir remordimientos, sentirme mal, sentirme poco menos que un zorrón verbenero, pero no logro sentirme así.

Mi hermana, que es la superfeminista, me diría que no puedo sentir remordimientos por algo que no creo que esté mal y de lo que no me arrepiento, o sea, que en el fondo creo que lo que hago es bueno, correcto, que lo necesitaba de hecho, y por eso ni me duele ni ha cambiado a mal el concepto que tenía de mí misma, al contrario, por fin me siento bien, por fin me he quitado una especie de peso, o sea, que me hacía falta ponerme el mundo por montera y desquitarme de todas las aventuras de mi marido.

Joder, y lo que me estoy desquitando... tanto que creo que él no lo lleva bien, que tiene cierto resentimiento, por James, por haberle expulsado de nuestro trío, por pasármelo en grande cada noche, por dejarlo a un lado mientras nos escucha, mientras oye mis gritos y los golpes del cabecero de la cama en la pared del dormitorio, del que le hemos echado casi a patadas.

Creo que no soy como él se imaginaba que era y esto no está ocurriendo según sus planes.

Que le den, él lo ha querido así.

James se acerca por detrás y me da un beso en el cuello, mi marido nos observa desde el sofá.

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío y yo sé que me estoy vengando de él. Por sus infidelidades disfrazadas de liberalismo y por cambiarme de personalidad, por convertirme en una mujer que creo que en el fondo no soy.

Le doy las buenas noches con un beso y noto su frialdad, su mirada es dura y severa, pero no son celos lo que brillan en el fondo de sus ojos, sino la creencia de que alguien está haciendo un uso indebido de una propiedad privada suya.

Y yo no quiero ser propiedad privada de nadie.

Pity. Día de reencuentros...

Hacía años que no me paraba a ver el mar.

He venido miles veces, con o sin Pau, a solas o con amigas, me he bañado de día y de noche, con bañador, en topless y desnuda, pero creo que nunca me he parado a mirar el mar hasta hoy.

Esta primavera perfecta, este sol radiante a estas horas de la mañana, le dan un brillo al agua que la convierte en plata. Azul y plata. Como los ojos de Pau.

Una brisa suave me acaricia mientras camino descalza por la arena aún limpia, sin rastros de bañistas, llana, como si acabaran de pasarle un rastrillo gigante de esos que se usan en verano para limpiarla.

Un fin de semana entero para descansar junto a mis hermanas en el apartamento de María, ayudándola con la mudanza de sus cosas, limpiando a fondo los rincones dormidos del invierno que se han ido llenando de pelusas e intentando olvidar por unos días el fracaso de mi vida y de la suya, rehaciendo, recolocando, tirando los recuerdos que aún habrá de su exmarido, vaciando las botellas medio vacías, quitando el polvo de las paredes y de los muebles, abriendo todas las ventanas para que entre esta luz del Mediterráneo y depure los recuerdos.

Puede que no parezca un descanso, pero lo es.

Un descanso de mí misma.

Ayudarla a ella tal vez me ayude a mí.

Dicen que las mujeres campeamos las crisis personales cortándonos el pelo y cambiando los muebles de sitio. A ver si es verdad.

Ya me he aprendido la dirección de Pau de memoria aunque no sepa pronunciar el islandés, no hago más que mirar su letra y beber, o esnifarme otra raya cuando no aguanto más la presión de la sangre en mis venas, no hago otra cosa que imaginar cómo sería mi vida si hubiera tomado la decisión de irme con él y dejar todo esto, que de repente se ha convertido en la muestra de mi fracaso personal, en lugar de aquel triunfo profesional ya tan lejano.

Ya no lloro tanto, al menos por fuera, por dentro no he dejado de hacerlo ni un solo segundo desde que se fue, pero parece que al menos comienzo a controlar mis lagrimales.

Intento hacerme a la idea de que tengo que ir al apartamento, pero hay algo que tira de mí hacia el mar. Desde la orilla se puede ver perfectamente la terraza

donde mi hermana se sienta a desayunar los días de verano y veo que hay tres personitas asomadas a ella oteando el horizonte, haciéndome señales con una mano. Sonrío sin querer al comprobar que de nuevo soy la que llega tarde, al igual que María es la que siempre llega primero. Es una ley de la física.

Pasearía un poco más por la orilla si ellas no me hubiesen visto, pero ya no hay forma de esquivarlas.

Me hago a la idea de que para mí este fin de semana va a ser un descanso, mental que no físico, desde luego, y con aire de alegre penitencia me encamino por la arena hacia el paseo marítimo para llegar a los bloques de viviendas, en primerísima línea de playa como hubieran dicho las dos comerciales de la familia.

Cuando llego el aroma del café inunda la casa y me da un abrazo de bienvenida.

Han cambiado, yo he cambiado... es como un aire nuevo el que recorre la vivienda y que mueve las cortinas, acaricia las paredes e impregna todo con un olor a salitre, café, mar y encierro, pero sobre todo, que mece las mechas rubias de Fe asomada aún al balcón y que María evita con un pañuelo atado a la cabeza como una motera, renacida en ese ambiente luminoso, casi contenta, irradiando desde dentro una jovialidad que yo no recordaba que poseía, con veinte años menos en la cara y diez en el cuerpo, abandonando para siempre ya la imagen de hermana mayor y futura maruja amargada que tenía en los últimos tiempos.

Creo que no somos las mismas, algo ha sucedido, o está sucediendo, como para que nos hayamos reunido por primera vez en años las cuatro solas, las cuatro hermanas juntas de nuevo, como cuando éramos niñas o jóvenes y vivíamos en la misma casa, cuando escuchábamos las mismas canciones o nos gustaban casi las mismas cosas, cuando el mundo no nos había separado ni enseñado la cara oculta de la vida, como cuando aún éramos las mujercitas que nuestro padre creía tener en casa.

Las cajas con sus pertenencias están desparramadas por el suelo: ropa, música y libros. Lo único que ha querido salvar del naufragio.

Lo único que valía la pena salvar según ella misma dice.

De mis sobrinos no hay nada, ellos se prepararán su propia mudanza. Están comenzando a hacer las maletas, pero como saben que van a vivir a caballo entre la playa y la ciudad no quieren precipitarse, por lo menos hasta que acabe el curso y los exámenes.

Pregunto por la selectividad de las niñas y por los estudios del niño... a su

manera mis sobrinos también están estresados, pero su stress durará lo que dura un suspiro y lo olvidaran todo en cuanto tengan los resultados finales en la mano. Van creciendo poco a poco, demasiado deprisa para mis hermanas, muy lentamente para ellos que no ven el momento de terminar la carrera, cuando apenas la han comenzado, pero que aprovechan aun así las opciones de diversión que conlleva el ser universitario.

Qué vida tan distinta a la que tuvieron sus madres.

Espe es la única que parece taciturna en medio del sol que reverbera en las paredes blancas.

Voy tomándome el café mientras María nos pregunta por donde comenzar. Hay tanto que hacer que no sabe por dónde.

Fe sigue mirando el mar, pero en vez de ver en él los ojos de un hombre que se ha ido como me ocurre a mí, ella ve una paleta de colores grises azules y verdes, una gama de tonos, una luz que se va perdiendo y que cambia el aspecto del paisaje, un segundo de inspiración, un momento fugaz e irrepetible que se marcha irremediamente a medida que el sol va subiendo en el horizonte.

Si hubiese nacido en otra época, mi hermana hubiera sido impresionista. Sin duda. Se hubiera levantado de la cama con los primeros rayos de luz en su cara y se hubiera puesto a pintar un amanecer fugaz, como Monet, intentando captar la belleza de un instante que no va a volver a repetirse jamás, aunque el sol siga saliendo cada día sobre el mismo mar. Creo que por dentro siente la pérdida de ese instante y de muchos instantes, de muchos amaneceres y soles y mares que no ha pintado, de todo aquello que ha ido dejando por el camino, de los sueños que no se han cumplido, de las realidades que no son como imaginamos que serían.

No lo dice, por supuesto, pero sus ojos son lo suficientemente explícitos como para que las demás lo adivinemos.

Tal vez no nos hemos alejado tanto como para olvidar que somos hermanas y como para no recordar nuestra verdadera forma de ser. No la forma que los años y las preocupaciones diarias nos han ido imponiendo, sino esa verdadera forma de ser que era nuestra antes de que la vida nos cambiara, nos alejara a unas de las otras y tapara con un manto grueso de polvo los sueños y caracteres de lo que una vez fuimos cuando éramos jóvenes y vivíamos juntas, cuando éramos las “mujercitas” del libro que nuestro padre creía tener en casa y que seguramente le hubieran decepcionado.

Comenzamos con una batida de recuerdos rancios de mi excuñado, algún

MARCA abandonado, unas jarras de publicidad de cerveza que eran sus favoritas, tres revistas porno y ropa de verano que María coloca en una caja para dejarla en el piso de la ciudad cuando vaya por ahí. En teoría ya no va a volver, pero sabe que, aunque sea por una simpleza, por algo que se haya olvidado o por ayudar a sus hijos, aún le quedan un par de visitas a lo que ha sido su hogar durante veinte años.

Otras atajamos por la cocina para poder guardar la compra hecha para todo el fin de semana, aunque esta noche ya hayamos planeado salir a cenar al bar de la esquina. Hacemos más café, ponemos música y a mí me dan ganas de probar la farla que llevo en el bolso, pero me resisto a ir enfarlopada delante de mis hermanas, creo que puedo aguantar sin ir anestesiada en estos momentos y que podré aguantar dos días sin meterme nada de mierda en el cuerpo. Pienso en la peluquería que hoy sábado por la mañana estará a tope de gente, pienso en Charo y en su tono de voz al decirme que no me preocupara por nada, que me fuera a la playa, que me hacía falta un fin de semana completo para mí en un lugar que no fuera esta ciudad, al lado de mis hermanas, que ella se hacía cargo de todo. A su manera me ha estado cuidando estos meses y creo que solo en este momento, con la bayeta en la mano limpiando azulejos mientras oigo cantar a María, me doy cuenta.

Se ha traído música antigua, o mejor dicho, nos está poniendo discos recopilatorios de música italiana de los años setenta, la que sonaba cuando éramos pequeñas en los veranos cálidos de la niñez que pasamos en la villa de nuestros abuelos.

Solo es cuestión de tiempo que Fe se saque un pendrive con música britpop, y me sorprende que no lo haya hecho ya. Sin embargo, las oigo canturrear a las dos en la habitación de mi hermana mientras le dan la vuelta al colchón.

La que sigue sería es Espe. Aunque no tanto como para que sea preocupante.

Yo sigo limpiando azulejos, me dejo llevar por las voces rasgadas de los cantantes italianos de aquella época y cuando quiero darme cuenta la pequeña cocina del pequeño apartamento está ya lista como para comer sopas en el suelo.

-Somos dos, así se adelanta mucho... además ya son las doce...

El tiempo pasa deprisa, no solo en ese instante y en ese lugar, sino a lo largo de toda una vida.

Tal como han pasado los minutos y las horas, han pasado también los meses y los años.

Los recuerdos se difuminan, las verdades se van velando poco a poco y

reaparecen otras que estuvieron ocultas, las palabras que pronunciamos en lo que creímos que eran los momentos cumbre de nuestra vida ahora parecen ridículas y sin sentido, los silencios que guardamos son más elocuentes al recordarlos que antes cuando los callamos, los colores han ido perdiendo el brillo y el tono original, todo matizado en un pincel de tiempo abstracto que da vueltas y brochazos sobre temas arrinconados en nuestras mentes. Los sabores no son tan intensos, los olores no son tan auténticos, las luces son mucho más tenues, las sombras mucho más oscuras, el tacto de los dedos mucho más brusco, áspero y contaminado, los poros de nuestra piel no absorben la libertad que un día soñamos ni nuestros labios besan labios que amamos, nuestro cuerpo sucumbe muy lentamente a la batalla de los años perdidos, a las noches de insomnio, a las lágrimas que no vertimos, a las risas que no reímos de verdad a carcajadas.

Han pasado los meses y los años y ninguna cumple con las expectativas que imaginó un día. Ninguna se reconoce en el espejo por las mañanas, nuestro rostro comienza a parecerse al de nuestras hermanas poco a poco, como si con los años volviéramos a acercarnos tal como hacíamos en la niñez cuando nuestra madre nos vestía igual. Unas a otras vamos descubriéndonos rasgos físicos y de carácter que creímos olvidados o que se han ido metamorfoseando con los años, como si el tiempo girara en redondo y quisiera que volviéramos a ser las cuatro hermanas que vestían el mismo uniforme para ir a la misma escuela de monjas y a las que su madre les ponía el mismo lazo azul marino en el pelo.

Los años que nos separaban de una niñez a una adolescencia, de una etapa adulta a otra, ya no son los saltos generacionales que una vez parecieron ser, la horquilla de años que somos mayores o menores unas de otras es tan imperceptible ahora que parecemos más hermanas que nunca, tan parecidos ya los rasgos, tan similares los gestos, tan semejantes las voces, tan idéntica la mirada verde de nuestros ojos, tan cercana la edad madura, aunque digan que los cuarenta son los nuevos treinta.

Han pasado los meses y los años y ninguna de nosotras es como una vez soñó que sería.

Espe tal vez, pero no las demás, no las que estamos riendo ahora, no las tres que lloramos anoche.

El presentimiento de que está a punto de sucederme una catástrofe comienza a tomar forma ante la cara seria de mi hermana, que apenas ha abierto la boca en todo el día. Y yo creyendo que mi ruina personal tenía el nombre de Pau por

bandera.

Solo cuando ya estaba la casa casi limpia, solo cuando nos sentamos a media tarde a tomarnos un café y nos vio demasiado cansadas para armar gresca, sacó unas cartas amarillas y nos dijo en pocas palabras algo que iba a cambiar nuestra vida para siempre... una vez más.

Fe. ... día de verdades...

Frente a mí están dos de mis hermanas, y Pity creo que se ha ido al baño a meterse una raya porque no ha podido soportar la idea de no ser quien hasta ahora creía ser.

No es para menos, a mí me dan ganas de gritar, de meterme dos whiskys entre pecho y espalda como hizo Espe la mañana que se enteró de todo, de decirle a mi hermana que me haga un tirito para ver si me sube la adrenalina o me baja, me dan ganas de bajarme a la playa y caminar y caminar hasta el puto pueblo y encerrarme en casa, pero pensar que James estará allí me aleja del hogar.

Tengo en la mano la carta que Espe se ha traído para enseñarnos.

Lo que venía siendo un día redondo, un fin de semana perfecto, se ha transformado en una especie de pesadilla, en un sueño, como si estuviera dentro de un cuadro de Dalí o El Bosco.

Pienso en la paleta de colores que me ha regalado James, en el lienzo en blanco que aún no sé cómo llenar, y creo que podría plasmar en él la oscuridad que se cierne sobre mí, negro sobre negro, tinieblas y vacío.

Nos quedamos en silencio las tres y yo vuelvo a leer la carta.

Todo un fin de semana que parecía que fuera a ser precioso, casi como un rencuentro de hermanas, que a mí en particular creo que me hacía falta, y basta un segundo para que sea borrado de un plumazo por nuestra madre.

Siempre nuestra madre y su magnífica forma de jodernos la vida.

Desde que puedo recordar ha sido ella quien ha parecido empeñada en robarnos cualquier sueño, a veces creo que hasta yo, si he hecho lo que he hecho, ha sido por demostrarle que no era la persona que ella juzgaba que era, no sé, no lo puedo explicar.

Es como una sensación de que siempre he estado en deuda con ella, de que siempre le he debido algo, de que necesitaba justificar mi existencia o de que ella me juzgaba por cualquier cosa que hiciera. Como si no fuera lo bastante buena.

Cientos de detalles, retazos de conversaciones, miradas veladas, significados ocultos en sus palabras que quedan ahora al descubierto.

Las veces que ha criticado a mis hermanas por esto o por aquello, por tener dinero, por no tenerlo, por tener hijos, por no tenerlos, por educarlos mal, por ser demasiado rectas, por ser demasiado permisivas, por ir de viaje, por no

salir de casa, por montar un negocio o por no montarlo, por ser fuertes o por ser débiles, lo que valía para una era un error en la otra, siempre así, desde jovencitas, criticando que nos llevaríamos tan bien porque creía que íbamos en contra de ella, criticando que nos hubiéramos distanciado porque no parecíamos hermanas... siempre lo hemos hecho todo mal.

Nunca hemos sido más que una decepción, no importa que yo me haya casado con un hombre rico, o que Pity sea una mujer con negocio propio e independiente, así como tampoco le ha importado una mierda que Espe y María fueran las perfectas amas de casa, madres y trabajadoras en una buena oficina. Nunca hemos cumplido sus expectativas.

Hubiera dado igual que fuéramos putas, o yonkis, o barrenderas, o ladronas, o verduleras, o periodistas, o médicos, lo que sea que fuéramos.

Solo hemos sido una decepción, un error, y ahora, por primera vez en mi vida, creo saber por qué.

Porque sacrificó su amor por nosotras, porque somos las culpables de que no se fuera con él, porque aguantó un matrimonio sin amor para mantener una respetabilidad que creía haber perdido en un lecho ajeno.

Pero yo no me siento culpable de ello, no siento que tenga que pagar deuda alguna, porque yo no tengo la culpa de que ella fuera una cobarde y de que pensara que tenía que sacrificarse por los convencionalismos que cree tan importantes.

¿Por qué no se fue con él?

No sé si esa pregunta me la he hecho yo o ha venido de fuera.

Pyti se sienta a mi lado y vuelve a preguntar.

- Si lo quería ¿por qué no se fue con él?

Nos quedamos en silencio sabiendo que no es eso lo que quiere preguntarnos en realidad, y la contestación de Espe es lapidaria, cruda, rozando lo cruel.

- ¿Por qué no te fuiste con Pau?

Guardamos otro silencio pensativo, pero no incómodo.

Cientos de detalles y de cosas que nos van llegando a la cabeza sin que nos demos cuenta. Curiosamente no hablamos del hombre que creímos que era nuestro padre, lo ignoramos a propósito para no liarnos más, para no tener que cambiar nuestros sentimientos, para no indagar más en el alcance de su mentira, de esa gran mentira que ha sido nuestra vida.

Espe gira la cabeza, mira el horizonte del mar desde la altura del apartamento y guarda un sonoro silencio. Ella lleva semanas pensando en todo aquello que para nosotras es nuevo, pero las conversaciones ayudan a la reflexión,

tenemos ciertas ideas de lo que pasó, pero nos cuesta creer que tengamos que añadir una nueva desilusión, un nuevo trauma, una nueva herida a nuestra existencia.

- ¡Joder, me cago en la puta!...- María nos sorprende rompiendo el silencio con esos tacos tan extraños en ella- Yo hubiera ido tras él.

- ¿Y dejar a tus hijas?

- ¿Quién dice que las hubiera dejado? No somos hijas de nuestro padre, no tenía nada que perder salvo su fama de mujer perfecta y honrada. ¿Crees que a estas alturas de la vida no se habrá arrepentido mil veces de no haber huido con él? ¿Crees que podrá haber olvidado a ese hombre? No me imagino a mi madre enamorada y teniendo un lío con otro tipo, pero una vez puestas, ¿crees que no se habrá arrepentido?

- No lo sé. Si se ha arrepentido de no huir con él, si cree que fue un error no irse, hemos estado ahí nosotras para recordárselo siempre y si, por el contrario, se arrepintió de acostarse con él y vivir años y años de infidelidad, también estamos ahí como recordatorio. Piense lo que piense nosotras hemos estado ahí como prueba de un amor perdido o de una vergüenza que siempre ha ocultado.

- Eso es lo que me ha jodido desde el principio, no saber si soy hija del amor o de la vergüenza. Qué romántico, ¿verdad? Parece una puta telenovela venezolana.

Logramos sonreír ante la comparación de Espe, que siempre tiene esas salidas, esos giros de conversación.

- Soy una cobarde, como ella.

Me giro a mirar a Pity, que a mi lado se hunde en el asiento.

- Tendrías que cambiar de camello, eso no te ha sentado bien.

- No me he metido nada, iba a hacerlo, pero no lo he hecho - Levanta cabeza y me mira- Estoy hasta las narices de ir anestesiada por la vida, o le echo cojones a esto o me hundo, y no pienso hundirme, no me da la gana. – Nos mira alucinada y sé que no hay quien pare su reflexión en voz alta- Yo no soy mi madre, puedo tener miedo, puedo no ser la tía más decidida del planeta, pero sé cuándo estoy cometiendo un error, cuando lo he cometido, y joder, últimamente no he hecho otra cosa más que errores, uno detrás de otro, en cadena, así que voy a coger el toro por los cuernos.

- ¿Y cómo va a ser eso?

- Ni puta idea.

Reímos por primera vez desde que hemos leído esas cartas.

-No, de verdad, no tengo ni idea de cómo se coge el toro por los cuernos, pero sé que lo voy a hacer...

Nos mira esperando que le digamos que está como una cabra, pero en toda la vida me ha parecido más cuerda ni más segura de sí misma que en ese instante, ni siquiera cuando era la empresaria modelo que recibía galardones por su excelente gestión de empresas y su innovación comercial.

Le paso un brazo por los hombros y le planto un besazo en la sien. Jopé mi hermanita, la dulce y pequeña Pity, la que lleva meses llorando por un hombre al que dejó partir, la que tomó la comunión conmigo para que mis padres se ahorraran un banquete, la que jugaba conmigo a la comba y a la goma, la que me ayudaba a colgar los pósters de Miguel Bosé y Pecos, la que comenzó a fumar para parecerse a mí, la pequeña de la casa, la niña de nuestros ojitos, la empresaria que triunfaba para suplir carencias, la que me acompañaba al médico cuando mi madre no quería acompañarme, la que vino conmigo cuando me recetaron las primera píldoras anticonceptivas a los dieciocho años y ella era una cría de dieciséis, la que quería ser cantante, la que trepaba conmigo a los naranjos, la que se levantaba a la misma hora que yo para abrir los regalos del árbol de navidad, la que me robaba la ropa nueva, la que compartía secretos y fumaba conmigo a escondidas en el patio del colegio, la dulce y pequeña Pyti.

Mis hermanas nos miran desde el sillón de enfrente y sonríen.

- ¿Creéis que él lo sabía?

La mención al hombre que creímos que era nuestro padre es casi obligada.

- Ni idea, vete a saber.

Nos volvemos a quedar calladas porque ha salido el tema en el que ninguna quería pensar, el tema de nuestro padre, o al menos del padre que conocimos.

Esa es otra de las cuestiones.

Cuando mi padre murió fue como si me quedara un vacío enorme que me costó mucho tiempo llenar, aún ahora, años después, no puedo acordarme de él sin echarme a llorar, sin echarlo de menos, porque lo supiera o no, para él siempre fuimos sus hijas.

Lo supiera o no, puedo pensar que nos quiso de todas formas.

- ¡Joder, esto es una mierda!

María vuelve a mirar el mar y sus ojos procuran esconder lo mismo que los de las demás, una lagrimita traicionera al pensar en aquel hombre que ahora resulta que no es nada nuestro, pero luego, inmediatamente, mientras la lágrima que ha intentado esconder corre por su mejilla, nos sorprende con una

nueva y rotunda idea.

- A mí me da igual, Albert era nuestro padre aunque no llevemos su sangre, es el único padre que he conocido así que no voy a cambiarlo.

Creo que tiene razón.

- Tenemos dos padres, uno biológico y otro adoptivo, no tienen por qué pelear entre ellos, no tienen por qué cambiar tanto las cosas. No podemos dejar de tener sentimientos filiales solo por saber que no somos hijas suyas, yo no he conocido a otro padre más que a él, no quiero dejar de pensar en él como mi padre.

- ¿No quieres saber más?

- No lo sé, no sé si quiero saber más sobre Angus, me da igual. Yo no voy a cambiar, mi vida no va a cambiar por eso.

- Pero tu mundo alrededor sí, las cosas no son blancas o negras, se están difuminando, se están borrando, yo ya no paro de pensar en detalles que cuando era cría no entendía y que ahora comprendo. Las camas separadas, esa indiferencia, esa rabia contenida, esa especie de rencor que siempre ha habido entre ellos.- Espe nos mira a las tres una por una- Pensadlo y veréis. Ostias, pero si no se soportaban.

- Eso es cierto, no se aguantaban.

- Y siempre quiso tenernos dominadas, amedrentadas, no sé, como si quisiera tener un poder absoluto.

- Y tanto, tengo 42 años y aún no puedo hablarle con confianza.

- A mí siempre me ha dado la impresión de que no le caíamos bien.

Nos quedamos mirando a Pity.

- ¿Cómo que no le caíamos bien?

- No sé explicarlo, yo no soy madre, pero me da la impresión de que un hijo no te puede caer bien ni mal, lo aceptas, lo entiendes, lo conoces desde que nace ¿no? y sabes como es desde siempre... ¿Cómo puedes sentir antipatía hacía él? ¿Cómo puedes pensar en tu hijo como un simple extraño que te cae mal? ¿Porque te decepciona quizá? No lo sé, pero vosotras, si vuestros hijos os decepcionaran, si no fueran quienes creéis que son ¿los trataríais con esa frialdad y con ese desprecio?

- No creo que nos desprecie.

- Pero tampoco nos aprecia, somos unas extrañas para ella.

- Y creo que consiguió convertirnos en extrañas entre nosotras.

- Tal vez es que cree que no mereció la pena sacrificarse por nosotras, no sé, si renunció a irse con Angus por vivir con nosotras tal vez crea que no valió la

pena.

- ¿Pero quién habla de sacrificio? El era nuestro verdadero padre y lo sabía, le pedía fotos nuestras, le decía que nos cuidara, venía a vernos a escondidas cada vez que podía... ¿Quién dice que se sacrificó por nosotras? Se dedicó a amargarles la vida a esos dos hombres, a nuestro padre por vivir con él sin quererle y a Angus por no permitirle vivir su paternidad de una forma natural, hacerle renunciar a nosotras y a ella.

- ¿Por qué?

- Por cobardía.

- Por egoísmo. – Espe giró su cara y nos miró una a una- Porque es una zorra egoísta y le ha importado una puta mierda todo lo que no fuera su comodidad. ¿Ella largarse con un hombre a otro lugar, a otro país, en el norte, con tanto frío, por más que le quisiera? Por Dios, qué faena... renunciar a su posición social, a su buena vida, exponerse a ser la comidilla de sus amigas de iglesia, ¿criar ella sola a sus hijas? ni de coña, vamos, ni pensarlo... estaba mejor aquí, con un hombre que también la quería, un inspector de aduanas que ganaba una pasta gansa y le daba todos los caprichos, una casa enorme, una criada para sus hijas, y podía seguir siendo la doña perfecta de siempre. ¿Ella viviendo en Escocia? ¿En un pisito de ladrillos rojos y sin los veranos en la playa, sin los colegios de monjas, sin ponerse mantilla y peineta para las procesiones? ¿Ella yéndose a vivir con un marinero? Por favor...

Espe tiene toda la razón, se nota que ella no ha parado de pensar en todo esto desde hace semanas y que ha reflexionado mucho sobre cada detalle posible.

Pensar que pudiera haber sido cobarde no sé si es mejor o peor que pensar que fuera egoísta, pero las dos cosas son bastante posibles en ella.

- Yo no me siento capaz de juzgarla, no cuando yo misma he hecho algo muy parecido. No puedo juzgar lo que hizo...

Quizá sea mejor aceptar esa nueva realidad y no buscarle los cinco pies al gato. En el fondo puede ser así de fácil. Aceptarlo.

- Me pregunto cómo era, o sea, yo cuando pienso en un hombre capaz de volverme loca me viene a la mente la cara de Pau... no sé a vosotras.

Espe registra en su bolso y saca una especie de cartulina amarillo oscuro.

- Este es vuestro padre. - Nos quedamos flipadas.

- Dios, para la época era guapo ¿no? No me extraña que se liara la manta a la cabeza.

Desde la foto, un hombre vestido como en los años setenta nos mira sonriendo, y nosotras le devolvemos la sonrisa sin darnos cuenta.

No sé si nos parecemos a él, no se ve bien el color de los ojos, pero sí son perfectamente visibles el resto de sus rasgos. Nos miramos como buscando algo de él en nuestras caras, buscamos un parecido, algo en común.

Pero no nos parecemos a él, o por lo menos eso creemos a simple vista.

Nos parecemos a nosotras mismas, solo a nosotras, como se pueden parecer las hermanas entre sí.

No importa que tengamos otro padre o que descubramos que nuestra madre nos ha estado engañando durante más de 40 años. Mis ojos son sus ojos y mi sangre es su sangre, no la de ella o la de él solamente, sino la nuestra.

Y eso es algo que no va a cambiar.

Pity... día de reflexiones...

La verdad es que me siento como si me hubiera quitado un peso de encima cuando pienso en Pau, no sé explicarlo.

Ahora que ellas saben completa mi historia, y que yo sé la suya, las verdaderas razones de María para divorciarse, o las de Fe para acostarse con el mejor amigo de su marido, o con los dos, me siento más libre, como si ya no tuviera nada que ocultarle al mundo, o como si me diera igual demostrar los sentimientos.

Por ese lado me siento liberada, porque puedo ser yo misma frente a ellas y sé que no juzgan nada de mí, al igual que yo no me atrevo a juzgar nada de ellas por escandalosa que pueda parecer su conducta, o incomprensibles que puedan aparentar ser sus decisiones.

La conversación del amanecer ha ido sobre cómo entender lo que mi madre hizo, cómo lograr enjuiciar sus actos dentro de lo que conocemos de ella y valorar las repercusiones que su decisión ha tenido en nuestras vidas, o las que van a tener de ahora en adelante. Toda la noche hablando como en los viejos tiempos.

Yo no puedo decir ni una sola palabra sobre el tema, y eso que me he preguntado cien veces por qué lo hizo, por qué lo dejó marchar.

Lo único que sé es que yo he hecho lo mismo que ella y que ver como ha sido su vida tras tomar su decisión, me corroe, porque me da la impresión de que a mí me va a pasar lo mismo, no sé, es difícil de explicar, pero tengo la sensación de que expulsando a Pau de mi vida he expulsado cualquier tipo de felicidad futura.

Al irse él se llevó la esperanza de una vida mejor, completa, colmada de momentos irrepetibles, de vivencias especiales.

Agradezco a mis hermanas que ni una sola vez me hablaran de futuras relaciones o de que llegaría a olvidarlo.

Tenían razón cuando me decían que lograría acostumbrarme a vivir sin él, pero que tenía que valorar si de verdad merecía la pena vivir así.

No estoy segura del todo, pero creo que no, que no vale la pena.

¿Le mereció la pena a mi madre vivir así, sin él?

¿Mereció la pena una vida de tranquilidad y pasividad, llena de momentos

falsos, de creencias estúpidas, de rencores, de cavilaciones y remordimientos? La imagino recordándole, tal como yo lo recuerdo, teniendo que soportar la presencia de mi padre a quien no soportaba, ahora puedo reconocerlo, teniendo que dormir con él, acostarse con él cada noche, viendo en nosotras al hombre que sí que quiso, pero al que renunció por cobardía o por egoísmo, como dice Espe. Sin vivir a plenitud, sin ser o sin hacer de verdad lo que ella hubiera querido.

Y sé que no quiero que se repita en mí todo eso.

No quiero ver pasar los años, ni enfrascarme en mi trabajo para seguir creciendo a nivel empresarial y obtener premios, no quiero estar sola por las noches, no quiero pensar en lo que podría haber sido, y ni siquiera puedo imaginarme con otro hombre que no sea él.

Tengo que tomar una decisión, ¿pero cuál?

Espe nos empuja a la calle.

- Vamos a desayunar, ¡AHORA!

Me ha pillado con cara de tonta, sabe que estoy pensando en Pau, pero no me lo dice, sino que me empuja a vivir con un grito que se le escapa justo antes de una sonrisa.

Que bruta es. Mira que puede ser bruta la tía.

Espe se pone enferma mientras le pide un croissant al camarero: entre la cena de ayer y el desayuno de hoy se le va la dieta a hacer puñetas.

Yo me pido un café que me espabile y me acuerdo del gramito que llevo en el bolso. Como una penitencia voy hasta el baño, abro la bolsita blanca atada con un hierrecito verde que me ha dado la gitana y la echo enterita en el váter. Otro peso que me he quitado de encima.

A este paso, en unos días voy a poder levantar la cabeza para mirarme de frente, para ver mi verdad, para decidir qué coño quiero hacer con mi vida tras 36 años de hacer solo lo que he creído que está bien o lo que los demás han querido.

Los demás, esa masa de gente que ni conozco pero que dictan mi comportamiento a seguir, esas buenas costumbres sociales, esa cultura general que nos une y que dice lo que está bien y lo que está mal, ese sentido común que impide que hagamos locuras y que vivamos bajo nuestras propias reglas.

La diferencia es una decisión, un momento, un latido, una premonición, un sueño.

Y yo no tengo valor para hacer caso a los latidos de mi corazón como una heroína de novela, pero tampoco puedo quedarme sin hacer nada, como hizo

mi madre.

Yo soy una peluquera de una ciudad pequeña, de una capital de provincia que sueña con vivir otra vida, con salir de la monotonía, que quiere, pero no sabe cómo ser feliz, que no sé en realidad lo que quiero, aunque creo que ya comienzo a tener claro lo que no quiero.

Y no quiero vivir a medias, no quiero arrepentirme de lo que no he hecho, no quiero pensar que dejé escapar oportunidades ni amor, no quiero vivir la vida de los demás sino la mía, no quiero hacer caso de lo que me dicen que está bien o mal sino comprobarlo por mí misma, no quiero dejar pasar el tiempo, no quiero vivir sin Pau, no quiero vivir otra vida más que la mía y no quiero ver en mí reflejados los mismos errores que cometieron los demás.

Quiero vivir, respirar a pleno pulmón, ¿pero cómo? ¿Puedo renunciar a todo lo que me ha costado tantos y tantos años conseguir? ¿Puedo inventar una nueva vida? ¿Puedo sacar valor para decir en voz alta que lo voy a mandar todo a la mierda?

- Vaya mierda.

La voz de Espe me saca de mis pensamientos.

- Jordi me ha enviado un mensaje, me pregunta que a qué hora llego y si hoy puedo ir a casa antes -sonríe-. Es que no pueden vivir sin mí.

- ¿Ves? Yo ya no tengo ese problema.

- No me tientes.

-Pobre Jordi, pero si tu marido es un trozo de pan, anda que puedes quejarte.

- La verdad es que no.

- Además os lleváis igual que el primer día.

Espe es la única que sigue con su novio de toda la vida, la única que no tiene pensado divorciarse y la única a la que no le hace falta acostarse con desconocidos porque va sobradita, según dice. Y le creo, porque se nota la gran complicidad e intimidad que hay entre ellos pese a que tengan sus cosas, como imagino que todos los matrimonios tienen.

- Bueno, menos mal que hay una normalita en la familia.

¿Y por qué? ¿Por qué lo de Espe es lo normal? ¿Porque así está establecido por la sociedad? Entonces dónde quedamos las otra tres... qué somos ¿anormales tal vez?

Creo que lo he dicho en voz alta por la cara que ponen mis hermanas mientras mojan los churros y los croissants en el café con leche.

Todas hemos pasado del chocolate.

- Tal vez, no sé... no sé qué es lo normal, yo sé lo que he hecho, sé que he

hecho lo que de verdad he querido, no sé si bien o mal. Soy feliz así, ¿está mal ser feliz?

- ¿Quisiste casarte con Jordi?

- Quise estar con él. Si me casé por la iglesia fue por mamá y por convencionalismos, pero no me importa, eso es un detalle sin importancia, por mí habría ido a vivir con él sin casarnos, eso me da igual, yo quería estar con él y él conmigo, la forma o el modo es lo de menos - Me mira toda seria sabiendo que va a joderme viva- Me habría ido con él hasta el fin del mundo, por eso soy feliz, porque pese a que no todo es un camino de rosas, estoy donde quiero estar y con quien quiero estar.

- Eso ha sido un golpe bajo y lo sabes.

- No. Te lo has tomado tú como un golpe bajo. Eso es la realidad.

Las otras callan y asienten, parecen saber más de la vida que yo, tal vez por eso María eligió separarse meses antes de saber que su marido le plantaba los cuernos, porque no estaba ni donde, ni con quien quería, tal vez por eso Fe se acuesta con ese tal James y se ha convertido en una narcisista pija, porque lo que tiene no le vale ni cubre sus necesidades de calor humano, de calor de verdad, no de sexo descontrolado o polvos contra una pared por eróticos que sean.

Creo que las hermanas Fortuny están en plena encrucijada, al menos dos de ellas todavía.

“Me habría ido con él al fin del mundo, por eso soy feliz, porque estoy donde quiero estar y con quien quiero estar”

Espe irrumpe de pronto en mis pensamientos con una frase que, ahora lo sé, habría de cambiar nuestras vidas para siempre.

-Otro mensaje de Jordi, que volvamos a casa ya... es urgente... mamá está en el hospital.

Espe... y de despedidas.

Creo que volamos con los coches más que corrimos, pero Fe, de nuevo interrumpió mis pensamientos con un gesto brusco, pidiéndole a su marido, una vez en las puertas del hospital, que recogiera el coche y que se largara a casa, que quería estar a solas.

A solas con sus hermanas fue exactamente lo que dijo.

Me temblaban las manos, no podía dejar de fumar, de respirar como si me faltara el aire, de ver sus ojos al final de las escaleras dos semanas atrás, cuando salí de su casa como una ladrona con un secreto que ella hubiera preferido llevarse a la tumba. Los remordimientos me asaltaron. Las críticas, las palabras y pensamientos sobre ella de las últimas 24 horas me volvían todos a la cabeza, uno por uno taladrándome y hundiéndome en la puta miseria. Me sentí injusta y miserable, ruin e indigna. Creo que no lloraba por vergüenza, porque no podía llorar después de haber dicho y pensado todo aquello sobre su egoísmo, sobre su rectitud y moral tan estricta, sobre su cobardía. Sé que pensé en Angus por un momento, pero todavía hoy no sé exactamente por qué.

Jordi había sido muy diestro y no nos dijo en ningún momento el alcance real de aquel ictus hasta que no llegamos al hospital y, en lugar de ir a las plantas de la UCI, nos acompañó hasta una unidad de día.

Un lugar donde se esperaba que los pacientes estuvieran solo eso, un día.

En la puerta estaban las dos hermanas de mi madre que fueron las que la encontraron. Habían ido a buscarla esa mañana porque el día antes no se encontraba muy bien y falló en su encuentro semanal de cinquillo en la parroquia. Cuando llegaron y no contestó no tuvieron más remedio que usar la llave que tienen cada una de casa de la otra para ocasiones de esas extrañas.

No recuerdo bien que hicimos, no recuerdo casi nada de aquellos momentos la verdad, solo sé que de repente me vi frente a mi madre en una cama hospitalaria, llena de sondas y tubos por la boca, sabiendo que no le quedaba más vida que lo que su corazón pudiera soportar.

El cuerpo es una máquina y ese cerebro inundado de sangre aún seguía enviando estímulos para que no parara, para que siguiera latiendo un poco más, pero era un esfuerzo vano porque en cualquier momento la sangre

paralizaría por completo esos apremios de impulso y dejaría de latir para siempre, era cuestión de horas, de minutos.

Con la cabeza a un lado, respirando afanosamente, permanecía con los ojos completamente cerrados, aún tensa, como si su cuerpo siguiera funcionando a pesar de que cualquier esfuerzo era ya completamente inútil.

La enfermera nos informó de su estado y nos señaló que comenzaba a sufrir apneas y que en cualquiera de esas apneas dejaría de respirar, cualquiera de esas cortas y dificultosas respiraciones podía ser la última, pero que no nos preocupáramos porque ella no sentía, no tenía ningún dolor ni era consciente de nada, aunque su respiración hiciera un ruido de locomotora averiada.

Oí a María que comenzaba a llorar junto con mis tías como un trío de plañideras que me puso la carne de gallina, pero no pude articular ni una palabra.

Nos quedamos las cuatro en la habitación mientras Jordi intentaba convencer a las hermanas de mi madre para que se fueran a casa a descansar, pero no querían irse, como si temieran que justo cuando ellas se fueran, su hermana se marcharía también.

Una de ellas se acercó y se puso a mi lado en silencio, un silencio que pronto rompió con palabras que podría haberse ahorrado.

- Tendríais que haber estado aquí, ¿qué hacíais las cuatro en la playa?

Joder, eso es un accidente cardiovascular, ACCIDENTE, no enfermedad.

Su cara era la típica cara que pondría mi madre, esa de “no me vengas con excusas”, pero no era ni el momento ni el lugar para rebelarme y para decirle a una mujer de 70 años que su mirada de rectitud y perfección me la traía floja desde hacía dos semanas, no podía decirle a ella que estaba hasta las narices de no ser digna de ellas ni de su familia, de no ser la mujer perfecta que ellas tres habían sido, aunque por dentro estuvieran amargadas y llenas de rencor por la vida, con esa actitud cítrica y esos labios arrugados, ese ceño fruncido de quien juzga siempre bajo su punto de vista y sin intentar comprender nada que no entrara en su cabecita cuadrada y dura.

No podía decirle que mi madre no era la mujer virtuosa que ella misma creía, ni que guardaba secretos que no le pertenecían a ella sino a nosotras cuatro, no podía decirle que en esos momentos, mientras agonizaba, intentaba reconciliarme con la madre que alguna vez mostró algún sentimiento o algún gesto de cariño, con la que se inclinaba sobre mí para ayudarme a hacer los deberes o para tocar mi frente con sus labios buscando las décimas de fiebre, con aquella mujer que nos llevaba a la playa y que no se movía de debajo de

una sombrilla porque era demasiado blanca para tomar el sol, ni con aquella mujer que me arropaba cada noche o que cantaba canciones de extrañas tonadas que parecían extranjeras mientras sonreía completamente absorta en sus pensamientos. No podía decirle que intentaba perdonarle por las veces que sentí que yo no era suficiente y que se asfixiaba a mi lado o al de mis hermanas, que intentaba perdonar las tardes de broncas, de hostilidad, de desafecto, así como también intentaba hacerme perdonar por no haberla comprendido nunca hasta ahora, por juzgarla tan duramente hasta que he sabido el porqué de todo y comienzo a entender.

Creo que comienzo a entender, pese a que tampoco va a importar ya.

Me callé y la dejé hablar, ¿para qué llevarle la contraria? ¿para qué dar explicaciones que ella jamás entendería?

- ¿Sabías que estaba mala?

Pues no. No lo sabía, pero tampoco le contesté a eso.

- Hace unos meses tuvo un achuchón.

- Lo sé –eso sí que lo sabía, fue por Navidad. Le hicieron unas pruebas que según nos dijo le habían salido bien y ya no se habló más del tema.

Por Navidad, su última Navidad.

- Ha dejado un sobre a tu nombre en la mesilla de noche, mira si ella sabía que no estaba bien, mira si sabía que se iba a morir...

Rompió a llorar y se largó sin decirme nada más, dejándome con la mierda en la boca y con un sentimiento de ser la tía más cabrona del mundo, la hija más desnaturalizada que haya parido madre, la zorra con el corazón más duro de todo el planeta tierra.

Pero no me dio tiempo de pensar en mí ni un momento más.

De pronto todo sucedió muy rápido. Dio un último suspiro y ya no soltó el aire, su cabeza se desplomó a un lado y las alarmas a las que estaba conectada comenzaron a sonar, su mano cayó de la mía y supe, sin ningún género de dudas, que mi madre había muerto.

Luego todo fue realmente duro: los empujones de las enfermeras para pasar, los gritos de que saliéramos de ahí porque eso nos iba a impresionar, la reanimación y el vacío. El vacío más grande que jamás he sentido.

Cuando todo terminó salieron todos los enfermeros y médicos, unos con la cabeza baja para evitar vernos, otros dándonos el pésame, y mi madre, tumbada en la cama, comenzaba a tener el color amarillo de la cera, el ángulo de la nariz completamente afilado y los ojos ya cerrados para siempre.

Jordi se encargó de todo, habló con los médicos para ver qué hacíamos con el

cadáver, llamó a los de la funeraria, llamó a mi cuñado, a los niños y luego me abrazó.

Simplemente. Me sujetó en esos momentos tan duros y crueles mientras mis hermanas permanecían solas en un rincón de la habitación.

Tuvimos que esperar a que la llevaran al tanatorio y tras los trámites necesarios tomamos el camino de casa.

Yo no me lo podía creer. Todo había sido tan rápido que me parecía un sueño, una pesadilla de la que no podía despertarme por más que lo intentara.

Habíamos llegado en el momento justo para verla morir delante de nosotras, para poder decirle adiós. A veces pienso lo contrario, que ella aguantó tantas horas en ese estado solo para poder despedirse de nosotras, como si necesitara vernos una última vez o como si quisiera comprobar que sus hijas volvían a ser las hermanas que ella no pudo o no supo unir.

Sabía que me faltaba una cosa por hacer, pero no lograba saber el qué hasta que llegué a casa de Fe y nos dijo que no quería bajar, que no podía soportar estar en su casa con su marido y con James, que prefería irse a casa de mamá, que necesitaba ir allí y estar sola, completamente sola, a no ser que quisiéramos hacerle compañía.

Entonces me acordé del sobre.

Encendí otro cigarrillo mientras enfilábamos en dirección a la casa donde nacimos. No era demasiado tarde y una vecina que había visto salir a la ambulancia nos preguntó por ella, con lo cual no tuvimos más remedio que decir en voz alta por primera vez que había muerto.

Ha muerto, fue lo que dijo Fe.

No dijo que ha faltado, que ha fallecido o que ha acabado. Ella había muerto, sin ambages, sin medias tintas, sabiendo que con esa palabra decía todo lo contrario a vivir, sabiendo que ella había sucumbido, agonizado, perecido, fenecido y faltado la mayor parte de su vida, toda aquella vida que no se atrevió a vivir de verdad.

El sobre estaba tal como me habían dicho en la mesilla, apoyado en la lamparita de noche. En el cajón había varias cajas de pastillas que no se había tomado y que por lo visto sí compraba para hacernos creer que se medicaba tras lo de las Navidades pasadas. Junto a todo eso estaban los informes de médicos y pruebas que, aunque ella nos dijera que le habían salido bien, rezaban todo lo contrario.

Lo de mi madre no había sido un accidente sino casi un suicidio, y no era de unas pocas semanas, sino de más de un año atrás, de cuando supo por un bufete

de abogados que él había muerto.

Cuando supo que Angus había muerto encontró la forma de estar con él.

Se había dejado morir, simplemente.

El que hubiera dejado una carta era bastante significativo.

- ¿No abres el sobre?

- Me da miedo.

- ¿Tú, miedo? Tú no has tenido miedo en la vida. Abre el sobre de una puta vez.

El sobre era uno de esos enormes de correos tipo paquete postal, estaba abultado y se notaba que tenía peso, que dentro esa mujer había dejado pliegues y pliegues de papel, sin embargo, cuando lo abrí solo encontré otro sobre más pequeño con el membrete de una firma de abogados en Inverness, Escocia, y un folio con su letra redondita y trémula.

“Tú ya lo sabes todo. Cuéntaselo a tus hermanas y llevadme con él”

Su última orden para nosotras, su último pensamiento para él.

Así de simple, así de jodido.

Pity. Luto oficial.

Aquella casa se había vuelto de pronto en una especie de trampa para todas nosotras, que ya no encontramos el valor de abandonarla o de dejar que Fe pasara ella sola la noche ahí.

Nos quedamos todas juntas alrededor de su cama, como si veláramos a nuestra madre, pese a que en esos momentos dormía en una nevera frigorífica a la espera de que le lleváramos a la funeraria la ropa con la que debía ser vestida para su última recepción de visitas, algo de lo que también se ocupó Jordi.

Nunca había imaginado la muerte de esa manera.

En la de mi padre no tuve que ocuparme de ninguno de esos detalles tan

extremadamente irreales como elegir traje, elegir ataúd, elegir coronas y todas aquellas cosas que nunca pensé que pudiera lograr hacer con la cabeza despejada y con cierta frialdad.

En aquel entonces yo me pasaba los días sumergida entre las nebulosas de la farla y mis negocios, insensibilizada por mi ritmo de vida a cualquier otra cosa, tan solo tuve que llorarle y dejarme llevar por las decisiones que ya habían tomado mi madre, mis tías y mis hermanas mayores, sin darme cuenta de toda la parafernalia mortuoria precisa en estos casos.

Me preguntaba cómo tenían valor para decidir, cómo podían mantener la cabeza fría en esos momentos mientras yo me dedicaba a llorar sin parar y a doblar mi dosis habitual de coca, esa que me permitía sentir menos, pensar menos y fumar todavía más.

No me daba cuenta de que estaba comenzando a dejarme llevar por las falsas sensaciones de bienestar y de olvido que me proporcionaba la droga, cualquier tipo de droga, pastillas para dormir, para despertar y, aunque no de forma diaria, mi medio gramito de coca por las tardes entre semana que se convertía en más de dos los sábados y viernes. Una espiral de autodestrucción por la que me deslizaba sin darme cuenta pero que me permitía ir por la vida sin ser yo, sin acordarme de vivir, quitándome la angustia existencial que parecía hundirme en la miseria sin que por fuera se notara ni uno de los muchos detalles que anunciaban a bombo y platillo mi caída en picado. No fue hasta mucho después, cuando aquella caída entró en barrena una mañana de domingo en el hospital con varios valiums sublinguales, que comencé a pensar que me estaba equivocando de vida, que debía replantearme todo porque nada de lo que estaba haciendo era soportable, y fue varios meses después de eso cuando conocí a Pau.

Él no me desenganchó de todo por más que lo intentara, pero me convirtió en adicta a él, otro tipo de droga completamente distinta que me introducía por vía vaginal, bucal y cutánea.

Entre una muerte y otra habían pasado siete años de los que yo solo recuerdo la sensación de nebulosa, de resaca, de sequedad bucal y triunfo empresarial que todavía no me explico cómo pudo obtener una yonki como yo, salvo si tengo en cuenta que mi trabajo también era, por decirlo así, otro tipo de droga. Hacía unas horas había vaciado mi último saquito en el váter de un bar renunciando a seguir viviendo de esa forma y en esos momentos, en casa de mi madre, me daban ganas de robarle el coche a mi hermana y marcharme corriendo a por otro para no tener que vivir todo lo que me estaba tocando

vivir y que yo veía como algo completamente surrealista, sacado de una película, de un dramón de estos barriobajeros, tanta muerte y tanta destrucción, tanta soledad y tanta mierda. Todavía no sé por qué no lo hice, pero sí recuerdo que pensé que si superaba lo que quedaba de día, esa noche y los dos días siguientes, habría salido de todo, habría limpiado mi organismo y mi cerebro de esa dependencia que era el no querer sentir y que me llevaba a buscar cualquier método posible por conseguirlo.

Porque yo no era adicta a la coca ni a las pastillas, sino adicta a la nada, a cualquier cosa que me permitiera no pensar, o pensar en otras cosas que me permitieran diluirme, fundirme en el vacío más absoluto y dejar que la corriente de la vida manejara mi cuerpo a su antojo: si querían darme premios, si quería abrir otro local, si caminaba cada día hasta los mismos lugares y tomaba las mismas decisiones, si me querían follar hasta la madrugada, era algo que hacía mi cuerpo, pero de lo que intentaba no ser del todo consciente, como si mi alma, por decirlo así, se mantuviera al margen de la inercia de la vida, ajena a su propia existencia, espectadora de un cuerpo sin voluntad que se dejaba llevar por miles de cosas sin importancia real, por miles de cosas que no servían para alimentarle, ni para nutrir de savia y energía el lapso de tiempo que va desde el nacimiento a la muerte.

Hasta que llegó Pau y me puso a sentir, con toda la carga de dolor y de miedo que eso supone en mí.

Y hasta ahora, que mi madre ya no está, que ha desaparecido para siempre esa especie de cordón umbilical que me ha mantenido unida a ella y a la angustia de no saber para qué coño estoy aquí, para qué coño vivo.

Mis hermanas hicieron café y nos sentamos en el comedor vacío mientras escuchábamos los leves ronquidos de Jordi en el piso superior, que descansaba agotado tras uno de los días más complicados de su matrimonio, un montón de llamadas difíciles a familiares y jefes, y completamente impactado por la carta de aquellos abogados escoceses en donde nos hablaban del testamento de nuestro verdadero padre.

Cada una sumida en sus pensamientos con la taza en las manos, soportando el silencio y la angustia, esperando que nos entrara el sueño tras dos días sin dormir y tras la intensidad de las últimas 24 horas en la playa, que ya parecían lejanas, irreales ante tanta y tan brusca realidad.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Ni puta idea.

Creo que esas fueron las únicas palabras que dijimos en dos horas.

Fe se durmió en el sofá por unos instantes y se despertó hablando de no sé qué historia sobre unos ojos verdes, azules o grises, luego alguien preparó otro café y volvimos a quedarnos quietas, dejando pasar el tiempo, reflexionando cada una acerca de todo lo que estaba ocurriendo, de todo lo que habíamos pensado de aquella mujer un día antes, cuando nos enteramos de su verdadera historia y dejamos que nos afectara tanto como para criticarla sin parar y hacer de ella el blanco de nuestras obsesiones y conflictos, de nuestros errores, de nuestras amarguras y rencores. Como si por culpa de ella, y de un hecho que nunca conocimos, hubiéramos arrastrado un trauma del que le echábamos la culpa totalmente a ella, a la forma en que vivió y nos crió, a la forma severa en que hizo de nosotras unas mujeres problemáticas, inadaptadas y psicológicamente dañadas.

Creo que le echábamos la culpa de todo creyendo que si ella hubiera sido feliz, nuestra herencia por vía materna hubiera sido la felicidad también, y que negándose a serlo nos había impuesto la tristeza y el infortunio, como una carga más del destino que ella misma había elegido vivir.

Porque cada una elige su destino, ya no me cabe duda, y esa decisión repercute en cada persona que nos rodea y es lo que de verdad legamos cuando ya no queda de nosotros más que el recuerdo.

Sin embargo, por más que su legado sea un montón de cartas donde se muestra el alcance de su tragedia y su desdicha, la decisión de mi propio destino es algo que solo puedo tomar yo. Puede que condicionada por mi forma de ser y mi fatalidad personal heredada de decisiones anteriores que no pude evitar, pero mía, al fin y al cabo.

Solo yo puedo tomar la decisión de cómo vivir, si es que me atrevo a hacerlo.

Ya de madrugada, tras horas de silencio y lágrimas, tuvimos que armarnos de valor y registrar el armario de mi madre en busca de ropa.

Espe extendió uno de sus vestidos favoritos.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Ni puta idea.

- Tenemos que tomar una decisión. Quiere que la llevemos con él, dónde quiera que sea, y eso implica que tenemos que pensar fríamente en lo que vamos a hacer.

- ¿Cómo qué?

- Como en el entierro, por ejemplo, si decidimos que la llevamos con Angus debemos incinerarla, no podemos recorrer medio país con un ataúd en el maletero.

-Me cago en la puta, ¿has de ser tan bruta?

- Joder, es lo que hay, ¿qué culpa tengo yo?

- No quiero ni pensar en lo que van a decir las tías cuando lo sepan.

Huy, eso era un detalle que se nos había escapado por completo, aunque la verdad, tras tantas horas de café y silencio se nos había escapado ese y otros cientos de detalles similares.

- No tienen por qué enterarse.

- Decimos que esa fue su última voluntad y punto pelota.

- ¿Viajar póstumamente? Eso no se lo cree ni Dios, ¿y si no lo hacemos? Es decir, si no la llevamos con él...

- Eso no lo podemos hacer...

- A ver, una cosa... nos hemos pasado dos días hablando de que ella renunció a vivir su vida por culpa de, entre otras cosas, el escándalo social que implicaba en su época tener un amante y dejar a un marido, ¿vamos a hacer lo mismo que ella justo ahora cuando ha rectificado?

- Entonces, ¿eres partidaria de cruzar medio mundo con las cenizas de mamá?

- Lo soy.

- Yo también.

- Bueno pues no se hable más, la incineramos y en cuanto podamos la llevamos con Angus. ¿Estamos todas de acuerdo?

Lo estábamos, por una vez habíamos tomado una decisión juntas, y no era una decisión fácil precisamente.

Me sentía poco menos que una ladrona buscando entre sus cosas, abriendo las libretas del banco, mirando pólizas de seguro hasta dar con la de decesos, eligiendo zapatos y ropa, como si estuviéramos preparándonos para una fiesta en lugar de para un entierro.

La llegada de mis tías fue apoteósica y nos evitó tener que decidir sobre pequeños detalles. Creo que en el fondo queríamos dejarle hacer a ellas para compensarles el disgusto que se iban a llevar con la incineración y el viaje de su hermana, algo que por supuesto no verían con buenos ojos.

Ellas dos eligieron por fin el vestido, los zapatos, nos acompañaron a elegir el ataúd, las flores y el horario de la misa, todos esos detalles que yo me moría por perder de vista y que me empujaban a irme corriendo de aquel lugar en busca de un poco de olvido.

Lloraron, prepararon más café y se quedaron en casa de su hermana como centro logístico del acontecimiento mientras nosotras nos ocupábamos de nuestros propios asuntos, como por ejemplo avisar en nuestros trabajos,

darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

Luego todo pasó como una exhalación, el día entero en el tanatorio, los pésames de familiares, amigos y compañeros de trabajo, otra noche casi sin dormir, pero cada una en su casa, excepto Fe que se vino a la mía, y al otro día la misa previa al crematorio.

En unas horas mi madre se había reducido a una urna que nadie quería guardar en su casa, mis tías no nos hablaban, Fe volvió a su hogar con su amante y su marido y yo por fin pude dormir por primera vez en 7 años, y desde que se fue Pau, sin tomar una puta pastilla, completamente agotada y drogada esta vez por las circunstancias.

Sin embargo, la vida, y con ella la aventura, no había hecho más que volver a empezar.

Fe. Ojos grises.

No recuerdo ni cómo fui capaz de dormirme en aquel sofá, medio tirada a los pies de Pity que tomaba café con la mirada perdida y que sin duda estaba pensando en largarse y meterse un par de rayas, las mismas de las que esa mañana se había deshecho en un ataque de cordura que la muerte de mi madre estuvo a punto de tirar por la borda. Creo que si yo no hubiera dicho que no quería ir a mi casa y la hubiéramos dejado sola en la suya, habría caído en la tentación de doparse nuevamente, porque la verdad, a veces doparse es la única forma de soportar lo que nos toca vivir.

Yo la entiendo, aunque no lo haya hecho en mi vida.

No sé, como si cada uno eligiera la forma en que quiere dormir su conciencia. Para Pity eran las drogas, para mí el lujo, el sexo y la buena vida, para María escribir y para Espe posiblemente sumergirse en encontrar una filosofía que le permitiera hallar razones para todo, explicaciones a la conducta humana que ella sola no encontraba.

Para mis tías y para mi madre creo que fue la religión: es muy cómodo que otros te digan lo que has de hacer, lo que está bien o mal, permitido o prohibido, lo bueno o lo malo, o sea, dejar las decisiones importantes de tu vida en manos de una corriente que las lleve y las empuje, que hundan tu voluntad, que sacrifiquen tus pecados en nombre de un bien que no es tangible, pero que sirve para no tener que pensar, o para evitar tener que sentir.

La tristeza pasa, el sacrificio eleva el espíritu, la adversidad es una especie de prueba que se tiene que superar con la ayuda de Dios, y la rectitud, el honor y una vida virtuosa es la recompensa por sufrir en silencio, por hacer lo correcto, aunque duela, por regir nuestra vida con las leyes de Dios y de la Santa madre Iglesia.

Salvo que ella al final se quiso ir con él.

Tras años y años de renunciar a todo, se dejó morir cuando supo que él había muerto, y quiso que la lleváramos donde él estuviera.

Sacrificó su vida, renunció a su amor, se acobardó ante el qué dirán, pero pensando en el final que veía cercano, en el último momento decidió que si no pudo estar con él en la vida lo haría en la muerte.

No sé cómo pude dormirme pensando en todo eso, pero lo hice.

Las cartas de mi padre que aún no había leído y la tensión de las últimas

horas, unidas al cansancio y la intensidad de todos esos momentos juntos, hicieron que me quedara dormida en un sueño ligero y corto pero cargado de significados.

Mi mente viajó en el tiempo y me vi a mí misma y a Pity en un parque, jugando con unos columpios a pesar de que en mi sueño ya no tenía edad de jugar a eso. Mi madre estaba sentada en una silla de la cafetería en forma de glorieta antigua de aquel enorme parque lleno de árboles y palomas, un lugar al que nosotras íbamos en contadas ocasiones porque estaba lejos de nuestra casa y lleno de gente.

A su lado había un hombre desconocido, hablaba con ella y la tomaba de la mano sin perderselos de vista. Junto a mí, a mi lado en los columpios, había un muchacho unos pocos años mayor que yo con unos increíbles ojos verdes o azules que se iban volviendo grises poco a poco. Me gustaba aquel chico, por lo menos en el sueño, aunque tampoco tenía edad para que me gustara nadie. Luego el sueño terminó y solo pude recordar aquellos ojos, verdes azules y grises. Supe sin ninguna duda que aquellos ojos

los había visto mil veces en mi memoria, que no habían dejado de perseguirme jamás, que los había buscado desde entonces sin hallarlos nunca, que jamás nadie me había mirado de esa forma ni había sido capaz de ver en mí y que, si quería ser feliz, debía seguir buscándolos, debía perseguir mis sueños.

Me desperté atolondrada, contándoles ese sueño a mis hermanas que seguramente no entendían cómo podía llegar a ser tan zorra como para soñar una cosa así en circunstancias como esas.

Cuando tras dos días de ausencia volví a casa tuve que enfrentarme a las miradas de Jaume y James que habían sentido casi como un insulto el que yo me escudara en la muerte de mi madre y en todos aquellos luctuosos acontecimientos para evitar estar con ellos a solas. Los miré a la cara buscando en ellos la expresión de aquellos ojos grises con los que había soñado, de los cuales no me podía desprender, y solo encontré vacío, egoísmo, y una seguridad basada en los años de dominio matrimonial y de dependencia psíquica.

Y en ese preciso instante, supe que lo iba a mandar todo a la mierda.

Los intentos de ambos por “consolarme” fueron inútiles, yo estaba más allá del consuelo que ellos pretendían darme, así que me metí en la habitación, atranqué la puerta y comencé a pintar sin que Jaume pudiera hacer nada por evitarlo.

Pinté toda la tarde, media noche, sin parar, sin descansar, sin salir a comer ni

cenar, ni a beber agua, sin un solo síntoma de cansancio ni fatiga, hasta que terminé con el cuadro y me encontré de frente con la mirada que, inconscientemente, había buscado toda mi vida.

Me quedé horas y horas mirando ese cuadro, esos ojos, hasta que la locura me dio tregua y el cansancio se apoderó por completo de mí.

Es extraño, ¿no? O sea, tras todo aquello lo único que me consoló fue pintar aquellos ojos, recordar la expresión de limpieza y naturalidad que había en ellos, la pulcritud y sinceridad de esa mirada, el color ambiguo y precioso, tan distinto y tan especial, el color de un sueño, de una imagen que había vivido siempre en mí y que había olvidado, tal vez conscientemente, para retornar en el momento preciso y necesario.

No sé si el hombre que tomaba de la mano a mi madre podía ser Angus, si eso era un recuerdo o una imaginación, si eso había ocurrido de verdad y mi mente de niña había reprimido aquel recuerdo, o simplemente era un espejismo formado por las horas de vigilia y el conocimiento de todo aquello que me había sido velado durante toda la vida. Pero sí tuve claro que necesitaba verme reflejada en aquellos ojos claros y francos, que necesitaba que me miraran de esa forma, ver mi imagen en ellos tan clara y tan limpia como solo entonces me miró alguien.

Buscando eso había convertido mi vida en un escaparate, en un desfile, en un lucimiento desmedido, buscando aprobación, buscando admiración, buscando las miradas de los demás para poder verme a mí misma limpia y buena, aceptada, aprobada, reconocida, ratificada como persona.

Me había enamorado del reflejo que vi de mí misma en aquellos ojos, y los había buscado equivocadamente durante años sin encontrarlos jamás, y ahora, que era consciente de aquello, supe que debía encontrarlos para poder encontrarme.

Puede que no los hallara nunca, pero al menos en esa búsqueda, volvería a ser yo y no el producto infructuoso de una persona que no existe.

En los dos días siguientes me despedí de James, que había decidido retomar su vida vete a saber dónde, le pedí el teléfono de la abogada a mi hermana y le planté a mi marido una demanda de divorcio, solicité la excedencia en el trabajo alegando depresión, hice las maletas, saqué mis cuadros de casa y me trasladé a la casa de mi madre, donde pude comenzar a leer de una vez por todas las cartas de mi verdadero padre y entender por qué las cosas son tan jodidamente complicadas a veces.

Tenía ahorros suficientes como para estar un año sin trabajar, dos incluso si

renunciaba a los lujos a los que Jaume y mi tontería me habían acostumbrado, renuncié a una pensión compensatoria, y me fui de casa tal como había llegado, con una mano delante y otra detrás, pero con una sensación de libertad que no creí posible hasta entonces. Tendría el dinero y las posesiones de mi madre cuando arregláramos el testamento, así que decidí no preocuparme hasta que no fuera absolutamente necesario, al igual que decidí no volver a trabajar en Hacienda mientras Jaume estuviera en esa misma oficina.

No quería verle nunca más. Así, de golpe y porrazo.

Me dediqué a pintar en el patio enorme de la casa, rodeada de macetas y verde, aspirando el aire de primavera a pleno pulmón, envuelta en los recuerdos de mi niñez, depurándolos, acaparando los rayos del sol, con pintura hasta en el pelo sin preocuparme de mi aspecto, notando como la catarsis brutal que comenzó la mañana que nos fuimos a la playa, y que había dado la vuelta a mi vida, iba convirtiéndose día tras día en una serena realidad que me dejaba la conciencia limpia, anulaba cualquier deseo y me producía una sensación de bienestar y purificación que jamás había sentido.

Había retornado, en unas pocas semanas, a la naturalidad, a la niñez sin remordimientos ni castigos, a poder mirarme en el espejo sin ver un producto o un resultado sino a la verdadera Fe, volviendo a la libertad y a la confianza en mí misma, sin miedo al futuro, sin exigir aceptaciones de nadie, sin reclamar absoluciones de nada, dejando que transcurrieran los días en una apacible comodidad que nunca antes había sido posible, esperando que mis hermanas pusieran orden en sus vidas y pudiéramos hacer el viaje que mi madre nos había ordenado.

Es extraño, pero no creo haber sido tan feliz como en esos meses que estuve sola en casa de mi madre, pintando y pensando, rememorando los buenos instantes, reconciliándome con la persona que una vez fui, en armonía con el deslizamiento lento de las horas, nunca antes sentí esa paz, y cuando tuvimos que hacer las maletas para viajar, creí que no la recuperaría al volver.

Pero la vida nunca deja de sorprendernos y hoy sé que fueron necesarios esos meses de purga, ese tiempo de renacimiento, de regeneración, para poder entender todo lo que vino después.

Tan solo me estaba preparando para comenzar a vivir de verdad.

Espe. Comienza el viaje.

Dicen que las desgracias no vienen solas y también dicen que por cada cosa buena que te ocurre te tiene que ocurrir una mala, o al revés, no sé, cosas del karma, del ying y el yang, del equilibrio cósmico o de vete a saber qué ostias. La cuestión es que dos días después de reincorporarme al trabajo llegaron los jefazos de Barcelona y nos pusieron el cheque de la indemnización por despido delante de las narices a Lola y a mí, o sea, a las dos comerciales de la empresa. Lolita y Andrés se quedaron unas semanas más para cerrar la delegación, empaquetar todo para poder trasladarlo a la central y llamar a clientes para decirles que sintiéndolo mucho ya no íbamos a poder seguir llevando la venta de su piso. Lo entendieron perfectamente, de hecho nos dieron las condolencias al ver que la crisis, al final, había podido con nosotros, lo que no nos consolaba, la verdad, así como tampoco consolaba el sustancioso cheque por haber trabajado con ellos durante 8 años, o el saber que, tal como dijo mi marido, podíamos darnos con un canto en los dientes por irnos con ese dinero en el banco, ya que la empresa estaba renegociando la deuda con los bancos y si no lo conseguía no tendría más remedio que ir a concurso de acreedores.

La ruina completa.

A mí me quedó una sensación extraña.

En poco tiempo mi vida había dado un vuelco, como si una larguísima etapa hubiera terminado definitivamente.

Fueron unos meses extraños, un tiempo que no recuerdo más que por su volatilidad, días y días de abogados, de notarios, de testamentos, de preparar el viaje, de esperar a que un volcán Islandés dejara de escupir cenizas sobre Europa, y que a Pity le removía el alma, de solicitar información y permisos para entrar al país con una urna funeraria que no sabíamos si podíamos llevar con nosotras, renovar pasaportes, poner al día las tarjetas de crédito, días de ver a Fe, vestida de blanco y con pintura hasta en las cejas, hablando en inglés con los abogados de Inverness y con el sobrino de Angus, hijo de un primo hermano y albacea del testamento de mi padre, que nos esperaba en su casa cuando decidiéramos ir o pudiéramos dejar todo en orden aquí para poder ir a poner orden allá, ayudando a mi hermana a acabar de instalarse en la casa de

la playa y terminar de una vez con su pasado, reaprendiendo inglés con los libros de mis hijos, viendo a Pity seguir adelante sin coca y sin Pau, así, a pelo, sin anestesia ni paños calientes, a tirón.

Fue una locura que me mantuvo entretenida durante casi dos locos y largos meses, hasta que por fin ya estuvo todo preparado para partir.

Nos reunimos en casa de mi madre para peinar los últimos flecos del viaje. Como siempre, hicimos café y nos dispusimos a tomarlo en la terraza donde Fe había comenzado a pintar de nuevo, aspirando el calorcito del sol de finales de mayo y notando como la aventura nos llamaba de nuevo.

Frente a nosotras los primeros lienzos de Fe y las cartas de Agnus, a quien ya comenzábamos a llamar padre sin sentirnos raras y sin pensar que eso fuera un insulto al hombre que nos crió. Y ante todo eso, las caras de Pity y Fe, que ya eran dos personas completamente diferentes.

- ¿Eso lo has pintado tú?

Nos giramos todas a mirar el famoso cuadro de los ojos grises que Fe nos había descrito como el de su catarsis definitiva.

- Sí.

- ¿Quién es?

- Ni idea, creo que el hombre de mis sueños.

- Pues lo llevas claro, guapetona.

Esa misma mañana Pity nos había llamado y preguntado de qué queríamos la tarta para el café y, como aquel que no quiere la cosa, había dejado caer que tenía algo importante que decirnos, que por favor no faltáramos.

Y por más que las miraba delante de mí no podía creer que aquellas dos chicas fueran mis hermanas menores, como que no me encajaban en la imagen que yo tenía de ellas, pero es que tampoco era para menos.

En apenas dos meses, desde marzo que fuimos a mi apartamento y nos reencontramos, habían cambiado.

Mi mente intentaba conjugar a las dos hermanitas pequeñas con las que había jugado de niña, y las de las adolescentes con las que compartía secretos, con la de las dos mujeres que se transformaron luego en desconocidas y que un día recuperé, con las dos personas en las que acababan de convertirse ante mis narices tras la muerte de nuestra madre y la aceptación de un padre que ya nunca conoceríamos salvo por unas cartas de amor escritas muchos años atrás.

Fe lucía sin maquillar, vestida con un conjuntito de pantalón ancho y hippie con una camiseta de tirantes, manchada de pintura hasta la nariz respingona y bonita que siempre había tenido. Verla reflejada en la reverberación de la luz

que entraba por el patio y daba de lleno en su cutis blanco y en sus ojos enormes y verdes, me trajo recuerdos de ella cuando años atrás quería ser pintora y mi madre intentaba quitárselo de la cabeza porque aquello no le parecía una profesión decente para una mujer, como si aquella vida bohemia que creía a pies juntillas por los libros y las películas fuera un pecado que no quisiera ver en su hija.

Pity estaba sería, con un manojito de papeles en la mano, nerviosa, o al menos así me lo parecía. Me dio la impresión de que estaba a punto de decirnos que no iba a venir con nosotras, de que se echaba atrás y de que hacer ella una tarta por primera vez en su vida era una especie de despedida.

En cierta forma lo era, pero no como yo lo creí.

María y yo nos manteníamos más o menos como siempre, no sé por qué. Salvo los nervios típicos del viaje y la emoción de encontrarnos con ese pasado que nos pertenecía y que nos era desconocido, estábamos tranquilas, sobre todo ella en su flamante y recién estrenado apartamento de la playa. Había vuelto a escribir tal y como lo soñaba desde hacía años sentada frente al mar, con fluidez y sin sentirse culpable de nada, inspirada y elocuente, encontrando las palabras y los sentimientos necesarios para intentar de una vez por todas hacer su sueño realidad. No había vuelto a ver a su ex pero sabía por sus propios hijos que estaba esperando un niño con la chica aquella, y que vivía en la casa del pueblo más que en la ciudad, gorroneando dinero y comida en casa de los padres, siendo por fin el sinvergüenza machista y chuloputas para lo que siempre había tenido vocación y que a ella le costó años reconocer.

El alivio de estar ya casi separada de él cuando murió mi madre, sabiendo que si hubiera tardado solo quince días más en firmar la demanda de separación él se hubiera embolsado parte de la herencia, le resultaba casi milagroso. Ese dinero, junto a la partición de los bienes comunes de su divorcio exprés, le permitía prácticamente pagarles una carrera a sus hijos sin tener que pedirle a su ex ni un puto duro, y permanecer tranquila hasta que pasara la crisis y pudiera volver a trabajar; no se podría permitir lujos pero no pasaría necesidades y quién sabe, tal vez su libro fuera un best seller y pudiera publicarlo, pese a que la gente no compra ni un solo libro en momentos de “desaceleración económica”.

Y yo en mi casa, con tiempo libre para estudiar, con dos años de paro por delante para preparar unas oposiciones, tal como había planeado hacer, y con el dinero de la herencia de mamá que nos aportaba cierta tranquilidad a todas, a las cuatro.

A veces pensaba que mamá se había muerto en el momento más oportuno, el momento justo para darnos una paz que nos había quitado durante toda su vida, como si al final hubiera querido hacer las cosas bien hechas.

Todo parecía ir resolviéndose poco a poco, volviendo a sus cauces normales, aprendiendo a vivir sin la referencia materna, pero sabiendo que de nuevo, y tal vez más que nunca, éramos una gran familia.

El peor momento de esos dos meses lo habíamos vivido tan solo unas semanas atrás cuando tuvimos que hacer un recuento de todo aquello que perteneció a mi madre y deshacernos de sus pertenencias. Mis tías, que no nos hablaban desde la misa de su “no entierro”, llegaron con los labios fruncidos, vestidas completamente de negro como dos cuervos y se agenciaron unas pocas ropas, unas cuantas fotos y un par de joyas que les dimos como recuerdo de su hermana y símbolo de un perdón que no nos concedieron. Echaron unas lagrimitas delante de la urna funeraria y se fueron por donde habían venido, tan dignas y tan estiradas como siempre.

Ellas mismas.

Nosotras dimos toda la ropa restante a la parroquia, pintamos las paredes de color arena, verde botella, rojo burdeos y chocolate, limpiamos la casa a fondo en tres días, como en una fiesta de chicas, llenamos de macetas los rincones y de flores el patio, cambiamos bombillas para que hubiera más luz, y levantamos persianas y abrimos cristales para que el sol y el viento se llevaran los malos recuerdos y dejaran solo los buenos, pusimos la radio a todo volumen y cantamos para acallar los malos augurios de soledad, bebimos vino tinto en las copas de la cristalería de su boda, guardamos las vajillas y los cuadros de últimas cenas junto a fotos de nuestra primera comunión, nos repartimos el ajuar que nunca estrenó y las sábanas con puntillas que daríamos a nuestros hijos algún día como recuerdo de su abuela, cambiamos unos muebles, tiramos otros, vaciamos habitaciones, las limpiamos y las dejamos clausuradas porque mi hermana dijo que no iba a subir hasta allí en su vida. Se dejó abierta la habitación de mis padres, puso un dosel blanco en la cabecera de la cama a petición de María, cambió la ropa de casa y hasta las cortinas, dejando que su espíritu bohemio surgiera de ella y se expresara libremente por primera vez en toda su vida, y no paramos hasta conseguir que se quedara en perfecto uso para Fe, que ya era indiscutiblemente quien se quedaría a vivir allí hasta que pudiera irse a otro lugar, ni siquiera pensamos en vender la casa de momento, sobre todo porque a ella, tras su divorcio, le hacía más falta que a nadie.

Cuando la vimos feliz y a gusto hablando por teléfono en un inglés perfecto, riendo y tonteando como una cría con aquel sobrino de Agnus, al que ya parecía conocer de toda la vida, con las manos llenas de pinturas de colores y bromeando, supimos que ya estaba todo en su lugar, que iba a estar más que bien en aquella casa y nos fuimos a la nuestra con la alegría del trabajo bien hecho.

Ahora, cuando faltaban unos días tan solo para viajar, estábamos sentadas tomando el solecito con un café en la mano y degustando la primera tarta de Pyti, que se retorció nerviosa las manos y nos miraba como pidiendo opinión a su arte culinario, que por otra parte era más bien poco, la repostera sería siempre María.

- No está mal, pero no es de la tarta de lo que querías hablar esta mañana por teléfono, ¿no?

- No, para nada. Quería hablar con vosotras dos a ver qué os parece lo que he pensado.

Y entonces nos soltó una extensa arenga sobre la vida que había llevado estos últimos años y sobre toda su vida desde que comenzó a trabajar. Nosotras la mirábamos sin saber a dónde quería ir a parar con hechos que conocíamos de sobra pero que ella necesitaba decir en voz alta por primera vez en su vida.

Nos contó que no se había ido de vacaciones en quince años, salvo dos veces a Ibiza, lo que en realidad la había agotado en lugar de dejarla descansada.

Nos explicó que había ido una tarde a casa y encontrado a Fe tan a gusto y tan sola, tan liberada, que se dio cuenta de que necesitaba también esa especie de liberación, un año sabático, que necesitaba vivir, perder el miedo a vivir e intentar ser feliz de una vez por todas, morder el freno, relajarse y descansar, que vendría con nosotras a Escocia pero que al volver pensaba estar mucho tiempo sin ir a sus negocios, que podía permitirse el lujo de tomarse unas vacaciones indefinidas y que iba a hacerlo de una vez por todas.

Le dijimos que de puta madre, que hiciera lo que quisiera, que nosotras íbamos a estar ahí con ella apoyándola en todo lo que necesitara.

- Pues de eso se trata, me quiero tomar un tiempo para vivir, para pensar qué hago con mi vida y tomar decisiones, pero eso no significa que tenga que perder de vista mis negocios, por eso he pensado en vosotras dos. Quiero que trabajéis para mí, quiero que seáis mis ojos y mi cabeza mientras yo me pierdo por donde sea.

Alucinamos en colores.

- Pero nosotras no somos peluqueras.

- No necesito ninguna peluquera, necesito una gestora que lleve todos los papeles y a una encargada que vigile el negocio, que hable con los proveedores, que controle a las chicas, que se encargue de la publicidad, vamos, de todo lo que haga falta. Mi gestoría os pondrá al día de la parte administrativa y os cederá la documentación de los contratos, nóminas y todo lo demás... cada una se encargará de una cosa distinta, yo sabré que mi empresa está en buenas manos y vosotras tendréis un trabajo cada una, vamos si es que aceptáis. – Siguió hablando para convencernos- No necesito que estéis todo el día en las pelus, de hecho, quien lleve la administración no tendrá más que ir de vez en cuando y la otra puede ponerse el horario que quiera. Os he firmado unos poderes notariales y tan solo tendréis que ingresarme los beneficios en un banco, así de simple.

Nos quedamos alucinadas.

Aquel negocio era su vida, lo había sido siempre y creímos que lo sería para siempre también, pero por lo visto nos equivocamos.

- ¿Poderes notariales? ¿Sabes lo que estás haciendo de verdad?

- Sí, lo sé. Y me siento como si me hubiera quitado un peso de encima.

- ¿Y qué piensas hacer cuando volvamos?

- Vivir. Algo que aún no he hecho.

- Bueno yo acepto el trabajo, puedo llevar la contabilidad y administración desde la playa, no me quitara más de un par de horas al día, estoy segura. Así yo también me sentiré mejor si tengo alguna ocupación y un dinerillo extra. -La miró a los ojos y le cogió de la mano soltando el café-. Gracias por pensar en mí, me va a venir muy bien y además estoy segura de que tú te sentirás más tranquila si sabes que hay alguien de confianza.

- Y tanto que sí. – Se giró a mirarme- ¿Y tú qué dices Espe? ¿Te apetece trabajar otra vez pero con tu hermana?

- Creo que sí, además eso no me quitará tanto tiempo, puedo seguir estudiando mientras estoy controlando todo ¿no?

- Imagino que sí. Además, tendrás ayuda, las chicas te echarán una mano al principio, aunque de todas formas estos días que quedan antes de irnos puedes comenzar a ejercer y a aprender todo lo que necesites. Había pensado estar esta última semana con vosotras poniéndoos al día, ¿qué os parece?, ¿comenzamos mañana?

- Por mí estupendo.

- Por mí genial.

- Pues entonces ya está, era eso lo que quería comentaros... estaba nerviosa

por si me decíais que no y tenía que dejarlo todo en manos de Charo y del gestor, no sé si hubiera podido confiar tanto en ellos como para llegar a irme tranquilamente, no me fío ni de ir quince días a Escocia...

- Todo irá bien, en cuanto vengamos tomaremos el mando, si eso es lo que quieres.

- Es lo que quiero. ¿Sabéis? Tengo una pasta gansa en el banco que pensaba utilizar en la academia de peluquería, pero la verdad es que ya no quiero seguir por ese camino. Ya hace tiempo que me planteé para qué necesitaba ampliar mi negocio, para qué necesitaba ganar más dinero y trabajar más si luego no disfrutaba de los beneficios y me quedaba hundida, sola, escapando de la realidad. Ahora voy a fundirme esa pasta, os lo juro. - Creo que gritamos todas a la vez como en un espectáculo de boys-. Quiero viajar, quiero perderme, quiero hacer cosas que nunca haya hecho antes, ver mundo, descansar o cansarme, volverme loca de una puta vez, no sé, a lo mejor ya estoy como una cabra ¿no?

- Creo que nunca has sido más cuerda Pity.

- Estoy de acuerdo.

- Mamá no pensaría lo mismo.

- Mamá nunca vivió, nunca hizo locuras ni arriesgó nada, pero era su forma de entender la vida, no la tuya ni la nuestra. Vete lejos de aquí, tía, lárgate a donde te apetezca y tómate tu tiempo para volver, nosotras controlaremos todo por ti y cuando decidas regresar estará todo mejor que nunca, no te preocupes por eso. Vive, vete a Islandia a buscar a Pau, ¿no has pensado en buscarle?

- No me atrevo. No sé si después de tantos meses él seguirá esperando como me dijo en la postal, me da miedo, la verdad.

- Mira Pity, quien no se moja el culo no pesca peces...

- No quiero pensar en Pau por ahora, quiero pensar en mí por una vez en la puta vida, solo en mí... necesito tiempo...

- Perfecto.

- Genial... joder está genial, de verdad.

Nos miramos alucinadas, un poco incrédulas ante todas las expectativas que se abrían ante nosotras, flipando que nos hubieran ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo y hubiéramos podido con todo como unas jbatas, demostrando un carácter que no sabíamos que poseíamos ninguna de las cuatro.

Éramos más fuertes de lo que nos pensábamos, estábamos unidas como cuando éramos niñas y la vida no nos había separado, y eso nos hacía sentir de puta madre.

Fe levantó la cabeza mirando el trocito de cielo que se divisaba por el patio.

- Tengo unas ganas enormes de marcharme.

- Y yo. Quince días, las cuatro solas por Escocia... joder, es como un sueño.

- Las cinco, mamá también viene ¿recuerdas?

María. Llegamos a Glasgow.

El aeropuerto era enorme y creo que nos hubiéramos perdido de no ser por Fe que estaba más que acostumbrada a viajar por el mundo, como pudimos comprobar en Madrid. Nosotras tres éramos más bien unas chicas de provincias que salían por primera vez de casa y que tenían muy poco mundo, la verdad, pero que muy poquito.

Solo bajar del avión y recoger las maletas nos dirigimos al control de la empresa donde habíamos alquilado el coche con el que íbamos a recorrer el país de punta a punta, viajando y parando libremente donde nos diera la gana.

No habíamos querido ir con reservas desde España para poder hacer lo que nos dictara la inspiración, aunque sí llevábamos unas hojas de ruta turística y otras de ruta histórica, de cientos de cosas que teníamos que ver y que mostrarle a mi madre para que supiera a que había renunciado cuando renunció a Agnus.

Sin hoteles salvo en Glasgow, que era el punto de partida, y sin saber donde dormiríamos hasta llegar a Inverness donde el sobrino de mi padre, Brian, había dispuesto las tres habitaciones sobrantes de la casa para nosotras.

Aún no habíamos cogido el coche cuando Fe recibió su llamada para ver si ya habíamos llegado y estaba todo ok.

Lo estaba.

Salimos a la circulación acojonadas por tener que conducir en una ciudad tan grande y encima por el carril contrario, pero Espe parecía tenerlo todo bajo control, y si estaba asustada la verdad es que no lo parecía.

El aire primaveral de la ciudad era como una inspiración, ver la vida que fluía por sus arterias y sus calles, divisar monumentos a lo lejos, saber que disponíamos de tres días casi completos para visitar los lugares más conocidos, los pubs más recomendados y las calles donde había vivido mi padre, era como estar en una especie de sueño que pensábamos cumplir hasta en el más mínimo detalle.

Dejamos las maletas, posicionamos a mamá cerca de la ventana y bajamos corriendo a recorrer la ciudad, con un hambre descomunal, con el corazón latiendo a ritmo de aventura, empapándonos de su historia, de la vida de sus calles, de los comercios y las personas que vivían allí, mirándolo todo como

si de verdad no nos pudiéramos creer que estábamos en el lugar que tantas veces habíamos soñado con estar. Nos sentamos en la plaza George y nos dedicamos a dejar que pasara el tiempo entre sus estatuas y sus palomas, contemplando las ventanas de las Cámaras y de los edificios que las rodeaban. En un lado de la plaza un hombre tocaba una gaita vestido con un kilt verde y sonreímos ante la visión real de nuestro primer kilt, de la sonoridad de nuestra primera gaita escocesa, notando como esta rompía el aire con un sonido completamente distinto al de las gaitas asturianas o gallegas a las que sí estábamos acostumbradas en España. Sonaba ligeramente distinta, como más rota, como mucho más solemne al mismo tiempo que rasgada... Cuando tocó Loch Lommond supimos que algo definitivamente estaba cambiando en nosotras y que era verdad, la sangre no se hace agua ni en España ni en Escocia, la sangre tiraba de nosotras hasta hacernos llegar ahí, hasta hacer que por primera vez sintiéramos esa especie de reclamo y reconociéramos que siempre nos había estado llamando, atrayéndonos en silencio, propiciando los detalles y las vivencias que nos habían hecho acudir a esa especie de cita del destino. Como si de verdad hubiera estado todo preparado por una mano misteriosa que sabía que tarde o temprano íbamos a llegar al lugar correcto y en el momento oportuno.

Yo me había preparado mentalmente para sentir algo especial, no sé explicarlo, creí que al pisar tierras escocesas saldría a flote esa especie de patriotismo que había crecido en mí al saber la verdad sobre mi filiación, y aunque me quedé enamorada de Glasgow, sobre todo cuando la fui conociendo más en los días siguientes, supe a ciencia cierta que lo mejor aún estaba por llegar. Sabía que tenía que conocer los lugares para poder ir haciéndolos míos, quería poseerlos lentamente hasta que comenzaran a formar parte de mí, tenía que pasear por las calles, sentir el latido de las gentes, tomar el pulso a la ciudad, verla de noche, por la tarde y al amanecer, dejar que mi espíritu vagara libremente hasta fundirme con esa esencia vital que recorre la existencia propia y ajena, sentir la energía de su historia, pisar los lugares donde había nacido la historia misma, conocer detalles de las hazañas, de las vivencias, empaparme del aliento de una ciudad entera para poder llevarlo conmigo cuando me fuera, cuando volviera a casa convertida en otra persona diferente a la que llegó, porque si algo tenía claro, es que esa visita me iba a dejar un poso, una huella imborrable, un sedimento más en el enorme depósito de recuerdos que tengo en el corazón.

Llevaba en mi bolso una pequeña libreta de mano que me permitiría ir

apuntando cosas, nombres de calles, sensaciones que no quería olvidar. Me había propuesto hacer de mi viaje una especie de libro, como una hoja de ruta, escribir sobre aquello que viera o sintiera, pero me había preguntado cientos de veces cómo lo iba a hacer para recordar todo. De hecho, me había comprado una especie de diario para escribir cada día al llegar la noche, imaginándome de nuevo, frente a un lago esta vez, escribiendo en la quietud de la noche tranquilamente, pero tenía miedo de ir olvidando los detalles que surgen en un segundo, esa especie de latidos, de pensamientos que quiero recordar y que siempre he tenido pánico de olvidar, frases que acuden a mi cabeza sin más, palabras y más palabras que siempre han estado dentro de mí y que me gusta unir, unas con otras, para formar las historias que quiero contar, aquello que de verdad necesito decir.

Fue aquella mañana en las oficinas del pasaporte cuando una mujer frente a mí me dio la idea. De repente, en medio de la gente y sentada en un banco haciendo cola, se había sacado del bolso una libretita pequeña y había comenzado a escribir en ella, a veces se paraba y miraba al frente como buscando las palabras justas, y luego seguía escribiendo ajena a todos lo que la rodeaban. Supe que tenía que hacer lo mismo si quería recordar con detalle nuestra visita, si quería no perder ni uno solo de los recuerdos o de los pensamientos que acudieran hasta mí, así que allí mismo abrí la libreta y comencé a describir las sensaciones de aquella plaza, de aquellos edificios, describí lo que sentía y aquello que me dio por pensar o por sentir, sin considerar ni por un instante que comenzaba a darle forma a mi primer libro, sin darme cuenta de lo importante de aquel gesto. Sin darme cuenta de que iba a ser esencial en mi vida.

Mis hermanas me miraron y no dijeron nada, embebidas por el ambiente de relajación, aunque en los días posteriores Fe se copió mi idea y no paró hasta encontrar una papelería donde comprar un block de dibujo y unos carboncillos.

Dos días después estábamos sentadas en el parque, debajo de unos árboles ante la galería de arte y museo de Kelvingrove, una escribiendo y la otra dibujando, descalzas las cuatro, respirando la enorme paz de aquel lugar que parecía como irreal ante nuestros ojos de provincia. El cómo dentro de una ciudad tan enorme podía haber un parque semejante nos dejaba impresionadas y nos costaba creer, como Fe nos contaba mientras pintaba un enorme ficus, que en la mayoría de ciudades europeas los parques kilométricos eran más bien algo habitual, como en Viena o en la zona de la Selva Negra donde ella

había estado y que en el único país donde no se había respetado la vida de los bosques, ni se había incorporado a las ciudades, era precisamente el nuestro.

La vida era diferente, la gente era distinta, entre otras cosas no hablaban a gritos como nosotras, y sabían vivir tranquilamente en una ciudad tan grande sin que esta los estresara o acabara con ellos. Salían a los parques, salían a disfrutar de las tardes soleadas de casi verano, se sentaban sobre la hierba a hacer nada, a vivir simplemente, tal como mi hermana insistía en que ocurría en la mayoría de ciudades europeas. A nosotras nos daba una especie de vergüenza. En mi ciudad, si una persona salía al parque y se quedaba sentada en la hierba del jardín descalza era mirada con una curiosidad malsana, como si fuera una especie de loca, además de ser casi imposible encontrar un parque similar a ese y ser muy posible correr el riesgo de posar sus nalgas sobre cualquier caca o pis de perro, cosa de lo más habitual.

Yo pensaba en un parque cercano a mi casa donde todo estaba milimetrado, cercos de césped rodeaban a un único árbol que a su vez daba sombra a un único banco. El resto de parque estaba completamente pavimentado con gres de colores, y no había un espacio libre entre columpios para los niños y la terraza del bar donde las mamis acudían a tomar café mientras criticaban a las vecinas y amigas sin perder de vista a sus retoños. La diferencia, no solo urbanística sino también de las costumbres y del carácter de la gente, me apabullaba y me hacía sentir poco menos que una paleta ignorante. Siempre creí que otra forma de vida era posible, pero comprobarlo con mis propios ojos me dio alas y me hundió en la realidad de que vivía en el culo del mundo.

- Tengo que viajar más.

- Y yo.

Fue la conclusión definitiva de mis pensamientos, aunque muy parca en palabras para todo lo que aquellos tres días en Glasgow me habían hecho sentir.

Era como si de repente comprobara las limitaciones a las que había estado sujeta siempre, a la moral provinciana que yo había acatado sin plantearme nada en absoluto, la cerrazón en que había estado sumida durante los mejores años de mi vida, que habían pasado sin que me diera ni cuenta de que vivir era algo más que estar en un sitio y dejarse llevar por lo mismo que hace todo el mundo que te rodea o por las normas que alguien parece haber dictado a espaldas tuyas, como si todo hubiera conspirado contra ti sin saberlo.

La nueva sensación de libertad de mi divorcio, mi mudanza a orillas de la playa, la pérdida del anclaje materno y sus normas morales junto con aquella

ciudad me dieron alas al pensamiento, al espíritu, y supe que nunca jamás volvería a ser la persona que una vez fui. Mi vida y la de mis hermanas, así como la de nuestros hijos, iban a cambiar porque una nueva perspectiva se había abierto paso en nosotras y una sensación de ser verdaderamente libres nos inundaba cada día un poco más.

A mi lado Fe dibujaba y las otras dos cerraban los ojos para absorber los rayos de sol en su cara y supe, sin lugar a dudas que recordaría ese instante tan plácido durante toda mi vida.

- ¿Cómo creéis que será?

- ¿Que será quién?

- Brian, por supuesto.

Hacía cinco minutos que había colgado el teléfono después de anunciarle que al día siguiente abandonábamos Glasgow para continuar nuestro viaje, y de charlar durante casi media hora de vete a saber qué, porque ninguna de las otras tres sabíamos tanto inglés como para entender de qué iban las conversaciones y las risitas de Fe con aquel primo recién descubierto.

- Tú tienes tema con ese tío.

- Pero si no lo conozco, además, no estoy preparada para tener tema con nadie, paso olímpicamente de los tíos, no quiero saber nada de ellos.

- Déjame que lo dude, lo tuyo no es el celibato precisamente.

- Joder, dicho así casi parezco una zorra. – Nos miró sonriendo- Bueno un poco zorra sí que soy, pero no es el momento ni el lugar.

- En eso tienes razón. - Me atreví a bromear.

- ¿En lo que no es el momento ni el lugar?

- No, en lo de que eres un poco zorra.

Habíamos recorrido casi por completo Glasgow, perdiéndonos en sus calles, visitando sus monumentos y edificios importantes, estuvimos en el SECC, Scottish Exhibition and Conference Centre, que a mí me recordó por fuera al museo del les Arts y les Ciències de Valencia, paseamos por completo Buchanan Street y las calles más céntricas haciendo compras y mirando comercios, comimos un picnic a orillas del Clyde, vagamos por los Salones de Comercio en la calle Glassford y la Librería Mitchell en la diagonal Charing, recorrimos de arriba abajo High Street, Trongate, Saltmarket y Rottenrow, así como la exuberante arquitectura victoriana de la Ciudad Mercante. Por supuesto fuimos hasta Paisley y visitamos la famosa Abadía donde estudió William Wallace y las conocidas fábricas de hilo, todo un emblema de la revolución de un pueblo. De vuelta a Glasgow en el último día visitamos el

campo de los Celtics, nos perdimos por la Universidad, rodeada de otro enorme parque en el que también nos sentamos a escribir y pintar, estuvimos en la Catedral, visitamos cada pub nocturno, nos compramos arisais a cuadros y unas botellas de whisky para llevar como recuerdo a casa en una tienda de artículos tradicionales y nos quedamos empapadas de aquel lugar hasta que llegó el momento de dejarlo para continuar nuestro viaje hacia las tierras altas, donde en teoría teníamos que encontrar las raíces de nuestra existencia ya que nuestro padre había estado casi ausente en aquella ciudad.

La verdad es que estábamos agotadas de tanto y tanto correr de un lado para otro, de querer verlo todo, de querer estar en la mayoría de sitios posibles, pero pensábamos que tendríamos tiempo de descansar cuando llegáramos a Inverness así que decidimos no preocuparnos.

No teníamos ni idea de lo distinta que iba a ser la visita a como la habíamos imaginado.

Espe. Comienza la verdadera aventura.

Lo primero que hicimos solo coger el coche esa mañana fue abrir el mapa y mirar las dos rutas posibles: Stirling o Loch Lomond, y lo jodido es que queríamos estar en los dos lugares, vamos, que no queríamos perdernos ninguna de las dos cosas.

En un principio habíamos decidido ir al lago e ir subiendo hacia el norte, a Glencoe, pero la cercanía de Stirling nos llamaba poderosamente la atención y creímos que podíamos hacer las dos cosas en un día, grave error. Ambos lugares estaban cercanos, calculamos que unos 40 kilómetros uno del otro y aproximadamente a una distancia similar de Glasgow, o sea que no era tan extraño hacer un recorrido de 80 ó 90 kilómetros, salvo que no caímos en la cuenta de que no teníamos reserva en ningún hotel y que en un lago, pues como que no hay hoteles.

Ninguna de las cuatro, emocionadas por haber estado en el lugar de una de las batallas más famosas de la historia y por culpa de haber visto demasiadas veces Braveheart, caímos en la cuenta de que nos deberíamos haber desviado hacía Alberfoyle y buscar un lugar adecuado para pernoctar, sino que nos plantamos en el lago a media tarde, recorrimos todo cuanto pudimos sus orillas y solo entonces, cuando ya atardecía y teníamos el estómago pegado a la espalda de hambre y las piernas agotadas de tanto ejercicio pensamos en descansar, salvo que a esas horas, por más prisa que nos dimos en llegar al pueblo más cercano, ya no encontramos ningún sitio libre.

Cenamos en un restaurante y luego nos dedicamos a buscar pubs abiertos en los que acortar la noche puesto que ya nos habíamos hecho a la idea de que nos iba a tocar dormir en el coche.

A las tres de la madrugada estábamos sentadas fumando y bebiendo de una de las botellas de whisky que habíamos comprado en Glasgow, medio borrachas y con ganas de fiesta, hablando de lo humano y lo divino, de nuestro viaje, de las infidelidades de algunos maridos y de otras lindezas, como por ejemplo de sexo y de los hombres en general.

Éramos absoluta y deliciosamente decadentes.

Sentadas a la orilla del lago veíamos la luna reflejada en las aguas y nos parecía estar en medio de una postal o en una escena de cualquier película.

Creo que ni nosotras mismas podíamos creer que estábamos allí, en aquel lugar, cantando canciones tristes, intentando recordar la letra de la canción que llevaba el nombre de aquel sitio y que no nos sabíamos, empujando la botella y rememorando vivencias a la vez que formábamos nuevos recuerdos.

Nos quisimos bañar desnudas, ese fue otro grave error porque la noche estaba fría, no conocíamos el lugar ni las orillas y además estábamos como cubas.

Aun así, nos lanzamos al agua en pelota picada, ignorando los desniveles del terreno, la oscuridad y el miedo a los monstruos de los lagos de Escocia, jugamos, flotamos y nadamos mientras nos iluminaba la luna sintiendo que hacíamos locuras por primera vez en nuestra vida y que, joder, nos sentaba de puta madre hacerlas.

Caímos rendidas en los asientos del coche, con el pelo mojado y envueltas en los arisaid que nos habíamos comprado para mitigar un poco el frío nocturno que la borrachera no había logrado quitarnos.

- Bueno, nuestro primer baño en un lago...

- Dios mío, estamos locas...

- No, solo un pelín borrachas.

- Mañana no vamos a poder ni movernos entre la resaca y el frío.

- No importa, mañana será otro día.

- ¿Os habíais bañado alguna vez por la noche?

- En mi vida.

- Yo sí, en Ibiza, pero era verano y la verdad es que no lo recuerdo demasiado bien, creo que iba hasta el culo de todo.

- Yo siempre he querido bañarme desnuda por la noche... no sé por qué no lo he hecho, es decir, vivimos en el Mediterráneo ¿no? que es una balsa de aceite, supertranquilo y calentito. Debería haber hecho esto antes.

- Hay tantas cosas que deberíamos haber hecho antes.

- Siempre imaginé que si me bañaba desnuda en el mar por la noche sería con un tío al lado, ya sabéis.

- Fe no seas tan guarra.

- Joder tías entenderme, es algo que siempre hemos visto en las pelis, lo del polvo en la orilla que queda tan romántico... no sé, es extraño, ¿no? Es como si en el fondo quisiéramos hacer lo que hemos visto hacer a los demás, como que queda todo tan romántico y tan erótico.

- Pero luego no es así, se te mete la arena por todas partes, a mí me pasó en Ibiza.

- De todas formas, echo de menos a un hombre.

- Eres una salida, yo llevo más meses que tú divorciada y no echo de menos a nadie.
- Bueno, yo es que estoy acostumbrada a la caña diaria.
- Yo no, y ni ganas.
- Yo echo de menos a Pau, me gustaría haber vivido esto con él.
- Bueno, pero es un viaje de chicas, quince días para nosotras solas, tampoco está mal, ¿no?
- No, para nada, salvo que haga lo que haga siempre pienso en Pau, así que es normal... joder, estoy en un lago donde me he bañado desnuda y con una luna impresionante, no puedo evitar pensar en él.
- ¿Por qué tenemos que pensar en hombres, es decir, por qué no podemos ir a nuestra bola y no pensar tanto?
- ¡Es verdad! Echo de menos el sexo, no a un tío al lado, lo que es diferente... bueno o tal vez sí, no lo sé. Antes no distinguía una cosa de la otra, pensaba que todo iba en un pack indivisible, tenías la parte buena y la parte menos buena, pero te acostumbras, aguantas a tu marido como parte del contrato, como un mal menor, sus idioteces, sus infidelidades, su modernismo machista...
- Eso es un error, no tiene por qué haber una parte menos buena.
- ¿No?
- No, a ver, no tienes por qué pensar que en los hombres hay una parte mala, no si es un tío como toca y si entre vosotros hay algo importante.
- Un hombre es mucho más que un pene o un paquete de problemas... no tiene porque ser así, vamos eso creo, aunque no tengo demasiada experiencia en hombres, solo en gilipollas...
- Además vosotros no creíais en la fidelidad así que no tienes que pensar en que te fue infiel.
- Pero lo fue. Él me hacía creer que éramos muy modernos, eso que se lleva ahora de parejas abiertas y toda esa parafernalia, pero solo era una excusa para irse con quien le dio la gana. Cuando fui yo la que se acostó con otro quería estar en medio, llevó muy mal que me acostara con James, tenía celos el muy cabrón, agh, me resultaba insoportable darme cuenta de que me había estado tomando el pelo durante todos esos años y que lo de ser moderno no era más que una excusa para irse de picos pardos cada vez que quería.
- Y ahora, ¿qué piensas hacer? Si tuvieras que tener una pareja ¿cómo sería esa relación?
- Ni idea, la verdad.

- Tendrías que pactar con él, tal como pactaste con Jaume.
 - Imposible, la verdad es que creo que preferiría algo convencional, no sé, creo que me gustaría un hombre que esté a mi lado y que no se largue con las compañeras del trabajo por muy patriarcal que pueda sonar eso.
- Me quedé flipada mirando a mi hermana.
- ¿De dónde coño has sacado esa expresión? ¿Patriarcal?
 - He leído mucho últimamente.
 - Ya veo ya...
 - Jaume me regalo un libro de Simone de Beauvoir y lo estoy terminando.
 - ¿"La invitada"?
 - No, "El segundo sexo".
 - Grave error, te tendría que haber regalado otra cosa para convencerte de que el amor libre es una elección filosófica. Mira Fe, el amor libre es muy hermoso, puede ser muy bonito eso de saltarse las leyes morales de una sociedad que siempre ha buscado oprimirnos y pensar que la heterosexualidad o la monogamia no son más que normas que se han dictado bajo un punto de vista machista, patriarcal desde luego... pero ante todo hay que tener clara una cosa: el libre albedrío.
 - Explica eso.
 - No importa si te casas por la iglesia o por lo civil, no importa si eres fiel o infiel o si incluso crees que la fidelidad no existe, que las personas no somos propiedad privada de nadie, no importa si quieres acostarte con tíos o con tías o con las dos cosas a la vez... todo eso está muy bien, pero solo si de verdad lo piensas o lo sientes así. Si eres tú quien ha llegado a esas conclusiones por experiencia o voluntad propia, pero nunca si te son impuestas. El snob de tu marido te hizo creer en lo que él creía, pero porque le convenía que fuera así y tú te dejaste llevar porque querías creerle o querías vivir con él. Solo tienes que pensar qué es lo que tú harías, qué es lo que tú quieres, qué tipo de relación quieres vivir con alguien. No importa que sea moderna o antigua. Es lo que tú sientes y lo que te va a hacer feliz lo que importa, no tienes que saltarte las convenciones sociales o acatarlas, sino hacer lo que de verdad te haga sentir bien. Que estés con un solo tío toda tu vida no es malo, al igual que estar con un tío diferente cada año, no sé, creo que eso es algo que solo tú puedes saber, lo que el corazón te dicte cuando estés delante de la persona que quieres, sin más.
 - ¿Sabes? creo que tienes razón.
 - Casi siempre tengo razón, cielo.

- Cuando quieres a alguien quieres que sea solo para ti, no quieres compartirlo, al menos yo no soportaría ver a Pau con otra.

- Pues vete haciendo a la idea... como pospongas tu decisión llegarás tarde.

- ¿Qué decisión?

- La de ir a buscar a Pau.

Pity guardó silencio y se quedó pensativa mientras le daba otro trago a la botella.

María fue la que tomó el relevo en el whisky y en la conversación.

- ¿Sabéis? Creo que todas las personas tienen la obligación de ser felices, al menos de intentarlo.

Nos quedamos calladas viendo el cielo a través de los cristales del coche, empañados por nuestras respiraciones etílicas y los suspiros de alguna que otra romántica.

Yo había llevado una vida muy distinta a la de mis hermanas, convencional a tope si se puede decir así. Había tenido un solo novio, con el que me había casado y nunca me he acostado con otro hombre, pero sé que soy feliz y que hago lo que quiero.

A veces me pone nerviosa ser tan normal, tan tópica y me he llegado a imaginar que podría hacer locuras o dejarme llevar, pero sé que no sería lo que de verdad quiero hacer.

Pese a todo lo que significa estar casada y tener un hijo, pese a lo convencional de mi vida, sé que estoy con quien quiero y donde quiero estar, sin más.

Ellas habían llevado una vida distinta, habían vivido aventuras o no habían vivido nada en absoluto, se habían enredado en líos de pantalones y se habían acostado con muchos otros hombres, pero sé que no las envidio. Cuando las veo solas, recordando a Pau o sin saber quiénes son ellas mismas, me digo que he tenido suerte al encontrar a un hombre como Jordi y poder vivir todo con él, no sé explicarlo sin que suene antiguo, pero esa es mi elección y es tan válida como cualquier otra. Jordi es un hombre que no me limita, con el que puedo hablar de cualquier cosa, con quien puedo confiar, es un hombre que aún supone un reto para mí porque no se ha encerrado en una vida vulgar, aunque sí sea una vida tranquila y sencilla, tenemos mucho en común y pensamos estar juntos siempre, por más años que pasen.

Eso también es hermoso, ¿no? Es distinto a lo que ellas han tenido que vivir y puede que sea lo más normal, pero yo sé que no, que es especial, que muy pocas parejas llegan a ese tipo de relación sintiendo que es así como quieren

vivir su vida, sin que sea algo impuesto socialmente sino algo que elegimos libremente los dos. Ciertamente que tal vez de no ser por la presión familiar no nos hubiéramos casado y menos aún por la iglesia, pero desde nuestra libertad decidimos estar juntos de la forma que fuera, por el simple hecho de querernos, que es realmente lo único que importa.

Nos quedamos dormidas apoyadas en cristal del coche, viendo cómo la luna cruzaba todo el cielo sobre el lago, y cuando amaneció estábamos doloridas, resacasas pero aún con ganas de más fiesta. Miramos al lago, que nos pareció tan grande como el mar a esas horas de la mañana, sin poder creernos que nos hubiéramos bañado ahí, intentando encontrar el lugar por el que nos habíamos lanzado al agua, pero ninguno nos pareció adecuado para haber podido saltar, y tras arrancar el coche buscamos un lugar para desayunar y retomar fuerzas.

Nuestro quinto día en Escocia solo había hecho que empezar.

Fe. Oban, Ballachulish, Fort William y la primer y única discusión.

Llegamos a Oban a primera hora de la mañana, con el sol todavía desperezándose en el cielo y alucinadas de haber hecho casi todo el camino con el lago a un lado de la carretera, el paisaje era espectacular y cuando terminamos con el lago, no tardamos en ver el mar, que también nos acompañó la mayor parte del viaje. Era como un sueño, los paisajes y una belleza desconocida iban a nuestro lado como compañeros de ruta, sin dejar de sorprendernos y de admirarnos ni un solo instante.

Hicimos de Oban nuestro centro de operaciones y tras darnos una buena y necesaria ducha en el Caledonian Hotel salimos a pasear por la zona pesquera donde revoloteaban las gaviotas y donde el pueblecito se expandía deliciosamente, con el mar siempre de referencia. Era como estar dentro de una postal.

Paseamos hacia las destilerías y adquirimos un par de botellas nuevas, una para reponer la que nos habíamos bebido la noche anterior en el lago y otra para regalarle a Brian ya que me pareció bonito llevarle algo, aunque fuera una botella de algo tan típico escocés.

Comimos en un restaurante italiano y a primera hora de la tarde tomamos rumbo hacia Ballachulish, situada a unas pocas millas al norte.

El mar volvió a hacernos compañía durante la mayor parte del trayecto, y a mitad de camino, casi al atardecer, nos encontramos junto a la carretera un castillo en una pequeña isla al que sacamos unas fotos por la belleza del paraje, se trataba del Stalker Castle.

La vuelta a Oban fue bastante más rápida que la ida, por eso de que ya no íbamos tan pendientes de ver los paisajes y porque, como siempre, teníamos hambre, y mucha prisa por pillar una cama tras la aventura de la noche anterior. Cenamos cerca del muelle y nos fuimos a tomar la última pinta al The Oban Inn Pub, un lugar encantador donde pudimos oír música y planear nuestra siguiente excursión.

Espe y María querían hacer una escapada a la isla de Skye pero a mí me dio la prisa por llegar a Inverness. Creí que era mejor seguir nuestro viaje hacia el norte, pasando por Ford William y luego plantarnos casi al lado del Lago

Ness, que era algo que Pity esperaba con la impaciencia de una colegiala que sueña con resolver el misterio de Nessie, el monstruo del lago.

Ni cortas ni perezosas extendimos el mapa en la mesa y nos pusimos a calcular las distancias, a intentar ir por una ruta que nos gustara a todas, explicando cada una las razones que tenia para ir a un sitio o al otro.

- Es mejor ir a Skye desde el ferri que sale de aquí mañana por la mañana, para apurar la estancia, ten en cuenta que para ver bien la isla lo aconsejable son dos días y nosotras lo haremos en solo uno...

- Bueno, pero podemos ir a Skye desde el norte, entrando desde Inverness, cruzamos el lago y nos plantamos con el coche en Kyle of Lochalsh y de ahí al día siguiente en ferri hasta Kyleakin.

- ¿Eso se puede hacer?

- Creo que sí, Brian me dijo que hay ferris continuamente que unen las islas, varios al día, de hecho, se ofreció a acompañarnos cuando tuviéramos que llevar a mamá.

- Pero qué estás diciendo, ¿llevar a mamá hasta Skye? ¿Por qué?

- No sé, eso me dijo, imagino que fue una idea, no lo sé. Sea como sea creo que deberíamos ir hacia el norte y estar mañana en Fort William.

- Tú lo que quieres es conocer a Brian, como si lo viera.

- ¿Y qué te importa?

- Dios mío, eres una salida de mucho cuidado tía.

- No te pongas idiota, no tengo ningún interés en un tío que ni siquiera conozco... solo un poco de curiosidad, nada más.

- Vaya tela, creí que esto era un viaje de hermanas, una fiesta de chicas...

- Joder no os pongáis melodramáticas, solo es curiosidad, ¿no veis que he tenido que hablar por teléfono con él tantas veces?

- Vale, vamos a ver. Habíamos planeado ir hacia el norte, pero también queríamos ver cosas ¿no? Y perdernos Skye es una pena, no podemos no ir.

- Pero podemos ir por otra ruta.

- Mira- dije señalando el mapa- quedamos en ir por aquí hasta Inverness y luego hacer la ruta por el lado contrario, hacía Aberdeen, justo en la otra punta, ¿lo ves? Y luego ir bajando hasta St. Andrews y llegar a Edimburgo. ¿No habíamos quedado así?

- ¿Pero que más os da llegar primero a Inverness y luego cruzar a Skye en lugar de hacerlo al revés?

- Sí que me da, por aquí es más fácil y no tendremos que hacer noche en Kyle.

- Igual tendremos que hacer noche mañana aquí si vamos a la isla, o sea que

antes o después de ir a Skye tendremos que perder una noche, o para ir o para venir.

- Pero tía no lo comprendo, ¿por qué ese empeño en llegar antes a Inverness?

- No lo sé, pero tengo esa sensación. ¿Qué pasa, a vosotras nunca os ha pasado tener pálpitos, sensaciones de esas extrañas que te dicen haz esto o haz lo otro?

- No, a mí no, yo soy bastante racional.

- Pues deberías dejar de serlo.

- ¿No te jode la criatura? deja tú de ser tan impulsiva.

- Mira, hacer lo que queráis.

Me crucé de brazos y puse morritos como solía hacer cuando era una cría, salvo que, joder, ya era una tía de 38 años y como que el gesto no me quedaba igual.

- ¡Será jodida! ¡Pues no pone pucheritos!

Quería llegar pronto a Inverness, en aquel momento no sabía por qué, tan solo sabía que había algo tirando de mí en aquella dirección.

- Está bien – rió María- Nunca te he podido negar nada cuando pones pucheros, iremos a Fort William mañana y subiremos hasta Inverness, ¿vale?

- ¿Y qué hacemos con todo lo que hay por medio? O sea, nos saltamos el lago, Urquhart Castle, Fort August, Glencoe...

- No tenemos por qué, podemos ver cosas mientras subimos y luego movernos por los alrededores de Inverness, mira, esas pelas que nos ahorraremos en hoteles.

- Ya estás empezando a pensar como una escocesa.

- No, eso es como una catalana.

- Joder, será un viaje largo, mira las distancias... ¿Cuántas millas habrán?

- Ni idea.

- Vete a llamar a Brian y dile que llegamos mañana, pero como luego me quede sin ver Skye te mato, aviso.

Las amenazas de Espe me dieron completamente igual, entre otras cosas porque sabía que nunca las cumplía y sobre todo porque me moría de ganas de llegar a Inverness.

No mentía cuando dije que había algo tirando de mí, aunque no supe que era hasta que lo tuve delante.

Pasamos la noche de perlas en el hotel y a la mañana siguiente nos dimos un buen madrugón para poder hacer todo el camino tranquilas, disfrutando del paisaje, pero sin concedernos más pausas que las necesarias.

El primer lugar que visitamos es Fort William conduciendo por una carretera que transcurre paralela al mar. Lo curioso es que llega un momento en que no sabemos si es el mar o son lagos lo que tenemos tan cerca porque los Lochs son inmensos y verdes y tremendamente bellos, pero el mar que hemos visto desde Oban no se parece en nada a nuestro Mediterráneo, o sea, como que tiene otra personalidad, otro carácter diferente, igual de bello e inmenso, pero distinto. No puedo evitar pensar que soy una mezcla de esas dos cosas, de los lagos y de los mares en los que se han bañado mis padres, tan distintos y tan iguales a la vez, con personalidades cambiantes, atrayentes, embrujadoras. No sé, es extraño, ¿no? Cómo puedes sentirte identificada con algo que no has visto en la vida, con algo que hasta hace cinco días era tan ajeno a mí como Marte y, sin embargo, tener la sensación de que lo conoces desde siempre, de que algo, lo que sea de ese lugar forma parte de ti, de tu carácter, de tus rasgos, de tu forma de ser o de estar en los sitios, parte de una personalidad que voy reuniendo poco a poco a medida que voy conociendo gentes, paisajes, lagos, montañas, leyendas, castillos, árboles, muelles y plazas de un país al que siempre quise ir y no sabía por qué.

Comimos en Glenfinnan y quisimos visitar la destilería, pero como que no nos daba tiempo porque aún nos quedaba más de la mitad del camino, así que tras comer y descansar un poco decidimos proseguir hacia el norte.

Donde no pudimos evitar ir, aunque se nos hiciera de noche por esas carreteras de Dios, fue a visitar el monumento de Bonnie Prince Charlie. Según cuenta la historia aquí es desde donde desembarcó el príncipe para reunirse con las tropas de los principales clanes escoceses e ir a luchar en la batalla de Culloden. En lo alto del mirador hay una estatua de Bonnie Prince a la que se puede acceder desde unas angostas escaleras en las que hay que ceder el paso porque no caben dos personas a la vez. El esfuerzo de subir y de esperar se ve más que recompensado por la belleza del paisaje, una de las mejores vistas de Escocia que hasta ahora hemos podido contemplar y eso que ya tenemos guardados en nuestra retina los mejores paisajes que nunca antes hayamos visto.

Tal vez sea por la estampa de aquel lugar, o por su significado nos quedamos sobrecogidas, silenciosas, mimetizadas con el paisaje intentando retener en nuestra memoria cada detalle y sobre todo cada sensación.

Pero el viaje tenía que continuar.

El sol brillaba en un cielo tan azul que parecía nuevo, la belleza de todo cuanto nos rodeaba era espectacular y de fondo podíamos oír la voz de Pity

que leía en voz alta el manual del viajero.

- Aquí en esta zona se han rodado varias películas, “Los inmortales” por ejemplo, la escena en que Sean Connery y Christopher Lambert están en una barca fue rodada aquí. - La carretera seguía avanzando a nuestro paso. - En el viaducto que tenemos que ver ya mismo fue utilizado en “Harry Potter y la cámara secreta”. Y esa montaña de ahí, es el Ben Nevis, el pico más alto de Escocia con 1344 metros. En sus colinas fueron rodadas varias escenas de Braveheart aunque la mayoría de ellas fueron rodadas en Irlanda. ¿No es alucinante?

Todo era alucinante.

La carretera A82 nos tenía que llevar directamente hasta el Lago Ness, pero eran tantas las ganas de verlo por fin que lo confundimos y tuvimos que mirar el mapa para asegurarnos de que no era el mismo lago.

Lo mirábamos todo medio alucinadas, queriendo bajar del coche a cada paso para hacer fotos, para estirar las piernas, para hacer pis por algún recodo del camino, cosa bastante imposible, por cierto, para hablar y fumarnos un cigarrillo, pero lo cierto es que una vez habíamos decidido no parar hasta llegar a Inverness hicimos un esfuerzo para conseguirlo.

La primera sorpresa fue ver por fin el Lago Ness, lo que a Pity le hizo dar una especie de grito y a nosotras la excusa perfecta para parar por fin. Había gente aparcada en las cunetas, sacando fotos, estirando las piernas como nosotras y bebiendo agua apoyada en el coche. Todo de lo más normal y turístico.

Las aguas oscuras nos cautivaron. Según dicen son debidas a la turba en suspensión y a su profundidad, un máximo de 225 metros, lo que hace de este lugar un paraje bellissimo además de misterioso, pero luego de estar un buen rato sacándonos fotos unas a otras y de haber conseguido escondernos para hacer pis, ya no paramos ni siquiera ante la vista del castillo de Urquhart, cada vez más cercano y bello en sus perfectas ruinas.

La ruta debía continuar si queríamos llegar a una hora prudencial, además, el lago ya nos acompañaría durante casi todo el resto de viaje y es curioso, ahora que lo pienso, como su presencia podía sentirse incluso cuando no se veía, cuando quedó a nuestras espaldas y enfilamos la carretera ya más corta que nos iba a llevar a Inverness.

La llegada a la ciudad fue una especie de alivio tras tantas horas de coche, menos de las que habíamos creído en un principio, pero más de las que nuestros culos estaban dispuestos a aguantar y aún nos quedaba lo mejor, encontrar la casa de Brian, o mejor dicho, la casa de nuestro padre.

La ciudad se encuentra dividida por el río Ness y a cada lado del río había un montón de diferentes establecimientos y bares, nos sorprende que los nombres de las calles estén escritos en inglés y gaélico y nos sorprende todavía más escuchar a las gentes hablar gaélico por la calle, tal como en España se puede hablar catalán o valenciano, algo que para ellos es de lo más normal.

Me decido a llamar a Brian para decirle que ya estamos aquí y preguntarle hacía donde nos tenemos que dirigir, pero él solo me pregunta en qué calle estamos y si hay algún bar cerca que nos pueda servir de referencia. Le digo que sí, que estamos frente a una taberna irlandesa llamada Johnny Foxes, y me ruega por favor que lo esperemos, que viene a buscarnos.

A mí comienzan a temblarme las piernas. No sé, o sea, me tiemblan pero no en sentido literal aunque al mismo tiempo me doy cuenta de que sí, de que estoy muy nerviosa, de que es la primera vez en dos meses que su voz no me ha tranquilizado, que no quiero fumar para no oler a tabaco, que intento hacerme el pelo en el retrovisor, pero evito ponerme lápiz de labios para no parecerme a la mujer que una vez fui, y sobre todo no mando a la mierda a mis hermanas cuando me dicen por enésima vez que me pasa algo con Brian.

- Tú tienes algo con ese tío.

- No hables así. Es tu primo.

- Y unos cojones es mi primo, no es consanguíneo, de hecho, casi que prefiero que no lo sea. -Me quedo mirando a Espe alucinada con lo que acaba de decir toda seria y con voz de camionero. De pronto veo que me sonrío.- Porque lo tuyo con él entonces sería incesto.

- Agh, no seas boba, joder Espe...

- ¿PERO TÚ TE VES JODÍA?

No podemos evitarlo, gritamos, de broma, pero gritamos, como todos los españoles que alguna vez van al extranjero, y como casi todos ellos nos da una vergüenza terrible ser tan brutos y que nuestras voces se oigan por encima de las de los demás.

Es algo de lo que me he dado cuenta cuando he salido fuera de España, que solo se nos oye a los italianos a los griegos y a nosotros. Somos unos chabacanos.

Estás en un restaurante lleno de gente hasta la bandera y solo oyes un ligero rumor, piensas ¿cómo pueden hablar tan bajito y entenderse? Es como la melodía del mar, un ronroneo. En España se oyen gritos y un barullo de tres pares de narices, todos hablando a la vez y gritando a los camareros, y eso que yo no soy de las tías más bastas, pero, aun así, cuando he salido fuera me he

dado cuenta de que, en el fondo, soy un espécimen típicamente español. De pronto se oye un “hola” detrás de mí. Me giro medio alucinada, medio asustada y solo puedo ver sus ojos, unos ojos grises, medio verdes, medio azules que me dan la impresión de conocer desde mucho tiempo atrás. Aquellos ojos me sonríen de verdad, con una profundidad y una limpieza como las de los lagos que hemos visto a lo largo del viaje. “Tú tienes que ser Faith” oigo que me dice. Pero yo solo puedo asentir con la cabeza y tocar su cara con una mano intentando saber si es de verdad o me lo estoy imaginando, si es realidad o uno de mis sueños. Pierdo el sentido del entorno, me diluyo en esa mirada y a mi alrededor todo ha dejado de existir. Noto su mano en mi cara y escucho su voz en un perfecto castellano. “Te estaba esperando, creo que te he estado esperando toda mi vida” y cuando me besa, muy suavemente, noto que el fin de mi viaje ha llegado y que la verdadera aventura no ha hecho más que empezar.

Detrás de mí oigo la voz de Espe pero no logro ni reírme.

- Joooooder, eso sí que es una bienvenida.

Pity. El conocimiento de lo oculto.

A ver, el beso no había sido para tanto, un pico como se suele decir, pero la verdad es que nos quedamos impresionadas como tres bobas, con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada, completamente flipadas y sin saber que decir, salvo Espe, claro, que ella siempre sabe que decir en cualquier ocasión. Lo más alucinante es que nuestro primo era más o menos como el primo de Zumosol, pero en guapo, o sea, metro noventa, unos ojos imposibles de describir, y el pelo oscuro, ni corto ni largo. Vestía unos vaqueros, y en mi vida he visto unos vaqueros mejor puestos que esos, botas y una simple camisa, cómo no a cuadros.

Fe y él llevaban dos meses hablando casi a diario y aunque al principio solo era por los asuntos legales del testamento y sobre nuestro padre, pronto comenzaron a hablar largo y tendido de ellos mismos, a contarse cosas e intimar. Ella no se había dado ni cuenta de todo el proceso, pero las demás lo teníamos más que claro, por eso María no pudo resistirse a hacerle caso y volar sin parar hasta llegar a Inverness un día antes de lo propuesto en los planes, y por eso yo me callaba las llamadas nocturnas que escuchaba hasta altas horas en el hotel de Glasgow, para que no trascendiera demasiado que nuestra hermana, la moderna y vanguardista, la de los amantes y los amores libres, estaba cayendo como una malva al son de un acento escocés. Intenté que no se supiera porque tal vez las cosas por teléfono puedan ser muy bonitas y distintas, pero enfrentarse a la realidad puede ser bastante cruel. Sin embargo, no lo era, sino al contrario.

Ese primo lejano hacía quedar al mequetrefe de su marido a la altura del betún, tan guapo y tan alto que Jaume se creía, tan metrosexual y tan moderno, parecía un alfeñique al lado de aquel hombre que poseía una extraña combinación entre dulzura y brutalidad, entre lo tierno y lo más salvaje, un higlander de los libros de Diana Gabaldón que te hace reír, porque vamos, eso hay que verlo para creerlo.

Por supuesto luego nos saludó a nosotras tres llamándonos por nuestros nombres en inglés como si nos conociera de toda la vida, sin equivocarse ni de una. Creo que sabía mucho más de nosotras de lo que parecía, pero me callé porque si yo era capaz de sospechar algo, mi hermana Espe ya habría

sospechado como dos horas antes que yo.

- Seguidme con el coche, la casa está fuera del pueblo... no la hubierais encontrado fácilmente.

La subida al coche fue apoteósica, cómo no. Las barbaridades que tuvo que escuchar Fe de nuestros labios habrían hecho sonrojar hasta a la misma Lucía Lapiedra.

La belleza del atardecer sobre las Highlands, sin embargo, pudo con el cachondeo general y acabamos por callarnos para seguir contemplando el paisaje, embebidas por el ambiente y por el nerviosismo de estar en la casa donde una vez vivió nuestro padre.

Yo, como cada vez que veía algo bonito, pensaba en Pau, en Islandia, en si su paisaje sería similar a este, si sería tan diferente a lo que yo estaba acostumbrada, y me contestaba que sí, que sería completamente distinto y que la vida allí también sería distinta y que hasta yo era distinta.

Sabía que no había sido la compañera perfecta de viaje, que la melancolía me vencía en los momentos más sublimes, frente a parajes que no había visto jamás y que, sin embargo, me hacían pensar en él como si hubiera estado con Pau en todos ellos.

Mis hermanas intentaban animarme, lo sé, aunque también sé que intentaban que yo no me diera cuenta por sí con mi orgullo de siempre las mandaba a la mierda, pero yo ya no tengo aquel carácter ni aquel orgullo, soy consciente de mi equivocación y de que metí la pata, así que solo me queda tragarme la tristeza y apechugar con las decisiones que tomé entonces, ya casi seis meses atrás, cuando salió por la puerta de mi casa para no volver y yo le di un portazo que resonó en toda la escalera y que aún sigue resonando en mi memoria.

Tal vez es que Islandia está muy cerca de donde yo estoy ahora, pero lo cierto es que desde que he llegado su voz me llama, es casi como si lo pudiera oír. Dudo si me habrá esperado todo este tiempo, si aún me querrá tal y como decía en su postal, pero también pienso en que si no me arriesgo jamás lo sabré.

Me volveré a España, con el rabo entre las piernas, me tomaré ese año sabático que tengo planeado, con crucero incluido por las islas griegas y luego... ¿Luego qué?

¿Volveré al negocio de peluquería? ¿Volveré a casa cada noche a estar sola frente a una televisión encendida? ¿Volveré a sentir alguna vez lo que sentí estando con él? ¿Volveré a ser feliz? ¿Volveré a enamorarme? ¿A echar un

polvo como aquellos?

La casa está en las afueras de Inverness y es enorme, con un gran prado alrededor que la convierte en una auténtica pasada. Mi padre tenía buen gusto al parecer. Es una típica construcción escocesa, muy diferente a las casas que conocemos en nuestra ciudad o a las villas mediterráneas, y tal vez por eso nos quedamos otra vez alucinadas.

Brian nos ayuda con las maletas y nos muestra las que serán nuestras habitaciones, perfectamente arregladas y esperándonos con un ramo de flores amarillas como dientes de león y varios cardos sobre jarrones en las mesillas de noche, el contraste entre el amarillo y el violeta es espectacular y cuando le agradecemos el detalle parece sonrojarse un poco.

- No es nada, intenté encontrar azahar para los ramos, pero era misión imposible, así que usé otras flores.

Joder, este chico es un encanto... buscar azahar en Escocia para hacer unos ramos, eso es ser un encanto ¿no?

Nos propone salir a cenar fuera, a una taberna cerca de donde nos hemos encontrado para poder ir luego a un pub donde ha quedado con unos amigos que nos quieren conocer, pero nos ve tan agotadas que cambia de idea y nos dice que puede cocinar él algo mientras nos damos unas duchas y nos cambiamos para salir, porque, aunque no salgamos a cenar, la pinta en el bar no nos la perdona.

Arregladas y contentas, un poco más descansadas y con ganas de recorrer la ciudad, salimos tras la cena al pub donde curiosamente nos hemos encontrado esa misma tarde, tan solo unas horas antes.

La taberna es una auténtica pasada y Brian nos presenta a un grupo de gente conocida suya, de muy distintas edades y todos ellos conocidos de mi padre.

Para ellos somos las hijas de Agnus, no cuatro extranjeras, de hecho nos llaman por nuestros nombres en inglés como si nos conocieran desde siempre, y los más mayores nos cuentan cosas de su vida mientras Brian permanece en todo momento a un lado de la conversación, dejando que vayamos tomando pulso al acento, a nuestro inglés arcaico que ha mejorado ostensiblemente durante esos días en que lo hemos tenido que hablar a la fuerza, riéndonos ante cosas que nuestro padre hizo cuando era niño o joven en aquel pueblo, antes de irse a Glasgow a estudiar, cuando aún no se había enrolado en los barcos y cuando el mundo era un lugar un poco más bueno y tranquilo para él.

Comenzamos a conocer las raíces de nuestra filiación, a entender su forma de ser, a saber por qué hizo todo lo que hizo, por qué no pudo conocernos cuando

era del domino publico que tenía una mujer y cuatro hijas en España, por qué nunca se casó, por qué nunca quiso irse a vivir un amor loco a un país extranjero donde mi propia madre no le aceptaba más que como amante, pero nunca como marido o como consorte oficial.

Cierto que las cosas entonces eran muy distintas, una mujer divorciada en la España de los 70 era como una lacra social, pero allí no le hubiera importado a nadie porque son una gente que le da importancia a lo que realmente la tiene y no a las chorradas que para mi madre fueron tan importantes como para echar por la borda el amor de su vida.

Una vez al año Agnus viajaba a España para vernos, volvía cargado de fotos y recuerdos nuestros y seguía con su vida, sin problemas ni tristezas, sin melancolía ni rencor, tuvo sus aventuras y vivió a plenitud, no se quedó llorando lo que pudo ser y no fue, aunque todos sabían que aquella española terca era la culpable de que no fuera lo completamente feliz que cualquier persona, sobre todo una persona como él, merecería haber sido.

Me guardé aquellas reflexiones para pensar por la noche, cuando el recuerdo y la ausencia de Pau me resultaban insoportables. Sabía que había en aquella historia algo que tenía una lectura apropiada para mí, una especie de moraleja, de lección que debía aprender y que aún no conocía en toda su extensión y su gravedad.

De la taberna irlandesa nos fuimos los más jóvenes a otro pub llamado Hootananny donde había música tradicional en directo. Esa noche actuaba un conjunto de violín, guitarra y gaita, y a los ancianos amigos de mi padre les hubiera gustado acompañarnos, por eso de enseñar a las cuatro hijas de Agnus a bailar como verdaderas hijas de Escocia, pero tuvieron que desistir ante sus achaques y su edad, aunque insistieron en que deberíamos vernos otra vez antes de volver a España.

Se lo prometimos, de hecho, nos había encantado conocerlos y que nos contaran tantas anécdotas tuyas, era como si por fin comenzáramos a conocer de verdad a aquel hombre misterioso que fue nuestro padre.

Brian hubiera querido mostrarnos también una de las orillas del río que era una postal nocturna realmente preciosa, pero el cansancio no nos dio para más, y tras unas cervezas le pedimos por favor que nos llevara a casa.

Caímos todas rendidas en las camas como crías agotadas tras una excursión, salvo Fe, que se quedó charlando con Brian en el salón con una copa en la mano.

Ni nos preocupamos por ella, Brian había demostrado ser bastante digno de

nuestra confianza y se nos había ganado por completo con el detalle de reunir a los amigos de Agnus para que nos hablaran de él, había sido todo un gesto por su parte.

Yo me dormí pensando en Pau, como cada día desde que había comenzado el viaje.

María, como cada noche, escribía en su diario las aventuras del día, no sé de dónde sacaba las fuerzas, de verdad. A veces creo que lo escribía no solo para recordar claramente nuestro viaje y todo lo que íbamos viendo o viviendo, o para poner nuestras fotos y darles envidia a sus compañeras de aquel foro al que era casi adicta, porque se dejaba bastantes cosas, sino para poder ir creyéndose todo lo que ocurría ante nuestros ojos alucinados, como si al escribirlo y hablarlo con otras personas pudiera darle una forma real, cerciorarse de que no era un sueño.

Yo a veces tampoco sabía si era un sueño o una realidad, si de verdad estaba en Escocia o simplemente lo imaginaba, porque confundía los paisajes en mi cabeza, y de pronto un lago que había visto la tarde anterior, o una montaña, era Islandia, o era España o era vete a saber dónde. Mi cabeza en aquellos días era una especie de caos que juntaba todo sin orden aparente.

Lo único que podía ver con claridad meridiana era a Pau.

Pau entre las brumas nocturnas de un lago, Pau entre la gente de los pubs, Pau a mi lado en camas desconocidas, Pau a todas horas y en todo momento, siempre Pau.

Me dormí arrullada por las voces del salón y por el teclado de Espe.

Al día siguiente nos esperaba una de las mayores sorpresas que podíamos haber imaginado.

Espe. Amanecer en las Highlands.

Mi hermana Faith tuvo los arrestos necesarios para despertarnos de madrugada, quería que viéramos amanecer sobre las colinas que rodeaban la casa y las montañas lejanas que, sin embargo, parecían estar casi al alcance de la mano.

Era, como todo, una preciosidad. Fe estaba acurrucada en una manta de tartán muy parecida a las que habíamos comprado en Glasgow y nos dimos cuenta de que no había pegado ojo en toda la noche, aunque Brian no parecía ser el culpable de ello.

Es decir, no brillaba en sus ojos grises el conocimiento carnal de después de una noche loca, así que decidimos no darle importancia y dejarla con sus pensamientos.

Cuando volvimos a la casa teníamos en la mesa nuestro primer desayuno escocés, algo que no habíamos podido probar en los hoteles donde habíamos pasado las noches y que solo servían desayunos continentales, de esos que son exactamente iguales vayas al país que vayas.

Los haggis me supieron a morcilla y como suelo tener buen saque aún por la mañana, me los comí sin ningún remordimiento.

Cuando volviera a España seguiría con mi dieta de siempre en la que vivía sumergida desde tiempos inmemoriales, pero para el viaje me había propuesto pasarme todo por el forro y disfrutar.

Brian nos miró un poco alucinado ante nuestra hambre y sonrió ante las ojeras que teníamos de dormir tan poco y no parar de recorrer el país de cabo a rabo, tal como nos habíamos propuesto.

- Bien, ¿qué queréis hacer hoy?

Nos encogimos de hombros. Habíamos tenido más o menos una ligera idea de qué ver, pero no habíamos contado con tener un guía local tan dispuesto a enseñarnos aquellos lugares.

- Lo mejor para ver un país es ir con una persona que lo conozca a fondo, puedo mostraros cosas que no están en las rutas turísticas, ¿qué decís?

Joder, ¿qué íbamos a decir? Perfecto, absolutamente perfecto.

Cogimos comida para pasar el día y tras subirnos en el coche nos dirigimos al norte, cogiendo la carretera de Golspie donde se encuentra el castillo de

Dunrobin. El camino hasta el castillo transcurre todo el rato paralelo a la costa, según pasamos por Cromarty Firth y Dornoch Firth se ven a lo lejos las plataformas petrolíferas que sondan los fondos marinos del mar del norte en busca de petróleo. El panorama es una auténtica maravilla a lo largo de todo el recorrido, el de subida costero, y a la vuelta más una campiña interior, por lo que en una misma ruta podemos contemplar esos dos tipos de paisaje tan característicos de Escocia.

El castillo parece sacado de un cuento de Disney y los jardines son una auténtica maravilla por donde paseamos tranquilamente, creo que cada una sumida en muy distintos pensamientos, como si una especie de nube gris se cerniera sobre nosotras. Contemplamos los acantilados cercanos, las colinas y los jardines, presas de una extraña y súbita melancolía. Tan solo nos quedaban unos pocos días más antes de irnos de allí para proseguir nuestro viaje y aún había tantas cosas por ver, tanto que hacer, nos daba la impresión de que quince días no eran suficientes porque eso significaba estar tan solo tres en Inverness, y creo que a nadie le gustó la idea de tener que irnos tan pronto de aquel lugar tan bello y tan evocador para nosotras cuatro. Podríamos ver más cosas, pero en ningún otro lugar como en esa zona se percibía el espíritu de mi padre, se podía sentir su presencia, era algo difícil de explicar.

Cuando salimos del castillo y comenzamos a seguir el coche de Brian, en el que viajaba Fe que ya era inseparable, abrí el mapa mientras Pity conducía.

- Estoy pensando...

- Huy que cosa más rara, tú pensando...

- En serio, estoy pensando que podríamos alargar un poco más la estancia en Inverness, ¿no? Es decir, si os parece bien, podríamos pasar de ir a Aberdeen e ir directamente a Edimburgo, ¿qué os parece?

María, al lado del conductor me quitó el mapa de la mano y miró toda interesada, como si quisiera medir las distancias y saber por dónde teníamos que pasar.

- Bueno, podríamos parar en Pitlorchy y ver Loch Rannoch. Las distancias son enormes, la verdad...

- Aún tenemos que ir a Skye, acordaos que os avisé que quería ir a Skye o mataría a alguien.

Brian se sale de la carretera A9 y se lanza por otro camino que no está marcado en nuestra ruta. Luego, cuando paseamos por Hill O Many Stanes que son unas piedras prehistóricas colocadas en el suelo de las que no se sabe muy bien su significado, ciclos solares, calendario lunar, etc., nos damos cuenta de

que como guía no tiene precio, aunque no nos haya consultado nada en absoluto, sabe perfectamente lo que suelen ver los turistas y conoce de sobra toda la zona, por eso cogemos un sendero que transcurre tapado a los ojos de los visitantes y que nos aleja de todos por un buen rato. Colinas lejanas, montañas al otro lado y una paz muy difícil de explicar. Al momento llegamos a una especie de piedras a ras de suelo que en su época tuvieron que ser algún tipo de asentamiento y desde allí contemplamos el paisaje bajo las indicaciones y explicaciones históricas de su sabio dedo índice.

- Este era uno de los lugares favoritos de vuestro padre, le encantaba caminar sin rumbo, hacer senderismo, creo que hasta que no cayó enfermo de verdad no dejó de venir a lugares como este.

- Brian, tú que eres sobrino suyo y lo conocías bien, ¿cómo era?

Las cuatro clavamos los ojos en él, que miró al frente como buscando inspiración o las palabras adecuadas. Simplemente buscando entre los recuerdos.

- Como os contaron ayer sus amigos, no tenía ningún secreto, ni siquiera vosotras erais un secreto para él. Os quería mucho, pero respetaba la decisión de vuestra madre y por eso nunca intentó conoceros, a mí me parece que no hizo bien, que teníais derecho a saber de él, pero era muy tozudo y nunca cambió de idea. Le hubiera encantado poder enseñaros esto... no sé, la verdad, la situación debía ser complicada, o no tengo bastante valor para hacer un juicio sobre lo que vivió, solo sé que le hubiera gustado que estuvierais en los lugares que él amaba.

- Era muy patriota, ¿verdad?

- Todos los escoceses lo somos.

- ¿Lo conociste bien?

- Mejor que nadie, hasta fui a España un verano con él, por eso os conozco, aunque vosotras a mí no. Teníamos una buena relación, era como mi padre... yo con el mío me llevaba fatal y él me recogía en vacaciones para apartarme de sus broncas, creo que también era como un hijo para él o al menos así quiero pensarlo.

- ¿Cuándo nos llevarás a ver su tumba?

- ¿Su tumba? No existe su tumba, no quiso que lo enterráramos en ningún sitio, no era muy amigo de esas cosas... pidió ser incinerado y que lanzáramos sus cenizas en Skye, en uno de sus acantilados favoritos.

- ¿Por eso le dijiste a Fe que iríamos Skye a través de Inverness en lugar de desde Oban?

- Sí, claro, ¿no os lo dijo ella?

-No, la verdad, no tuvo que entenderte bien.

-Venga, tenemos que volver, aún quiero enseñaros algo más antes de ir a casa y tenemos que comer algo.

Volvemos a tomar la A9 y al poco nos desviamos a la altura de la B9006 para ir hasta Croy, sin saber ni siquiera que nos dirigimos a un lugar que nos iba a dejar una huella imborrable en la memoria. Simplemente seguíamos a Brian sin dejar los alrededores de Inverness y nos dejamos llevar por él.

Cuando llegamos no nos resultó difícil imaginar el lugar en donde estábamos al ver los montículos de piedra y el campo de batalla: estábamos en Culloden.

En este lugar, el día 16 de abril de 1746 se libró la última batalla en suelo británico. Se produjo una lucha sin piedad entre las tropas escocesas y las del ejército británico, que en aquel entonces estaban regidos por la dinastía de los Hannover. El ejército británico dirigido por el cruel y sangriento Camberland “el carnicero”, conocidos también como “los casacas rojas”, dotados de las armas y medios más potentes para la guerra, se enfrentó en mayoría a un grupo de clanes con unos medios muy inferiores y sin ningún tipo de preparación para la batalla. Estos clanes acudieron a la batalla guiados por el exiliado rey de Escocia Bonnie Prince Charlie de la familia de los Estuardo, el cual reunió en Glenfinnan a los jefes de los clanes más poderosos de Escocia y les convenció para luchar junto a él y recuperar el trono, así como la independencia del reino de Escocia ante los Ingleses.

Se trata de una pradera de grandes dimensiones llena de banderas de colores rojas y amarillas que indican las situaciones de los dos bandos. También hay montones de piedras con inscripciones del nombre de los clanes indicando el lugar donde murieron los jefes de los diferentes clanes que participaron en la batalla.

Caminamos entre ellas en silencio, escuchando a lo lejos una gaita que tocaba Scotland the Brave, uno de los himnos escoceses, hasta que paramos frente a una montañita de piedras en donde se leía perfectamente el apellido Fraser, el de mi padre y el de Brian.

Creo sinceramente que, aunque no hubiéramos tenido ni una sola gota de sangre escocesa nos hubiera impresionado igual aquel momento, la solemnidad del lugar, la tristeza que emana de aquella tierra manchada de sangre que aún parece llamar a quienes se acercan hasta ahí. Hace 265 años murieron cientos de miles de escoceses en aquel lugar masacrados de una forma brutal y despiadada, y lo que fue peor, desde entonces se perdió el

modo de vida escocés, se terminó la política de clanes, se abolió el uso del kilt y se prohibió la gaita, por eso la mayoría de gente que va allí y no es turista viste su kilt como homenaje y muestra de nacionalidad, así como siempre hay una gaita tocando himnos en la zona del centro temático, para que los muertos puedan seguir escuchándola y saber que no han sido olvidados.

Es sobrecogedor, tanto que no nos atrevemos a hacer fotos de aquel lugar, es como una falta de respeto al pasado, algo que no nos aventuramos a hacer ahora que lo hemos encontrado.

Cuando nos marchamos sabemos que abandonamos un lugar casi sagrado.

Pero el viaje tiene que continuar y tras comer unos bocatas que habíamos preparado en casa nos acercamos hasta el castillo de Cawdor, el famoso Castillo de Macbeth.

Es un castillo distinto, la verdad, porque su torre no es tan alta y además tiene una especie de puente levadizo que da a la puerta principal. Los jardines, como todos, son una auténtica pasada pero lo mejor es perderse por ellos. Tras una puerta anexa se accede a un gran bosque de árboles inmensos, también perteneciente al castillo y surcado por un río. Joder, en este país mires por donde mires hay ríos, bosques, árboles milenarios y verde; es tan distinto y tan frondoso que a mí, nacida en una zona desértica de clima mediterráneo me parece hasta pecaminoso.

Es una auténtica pasada y nos dejamos llevar de nuevo por la belleza de aquellos jardines y de aquellos bosques, hasta que creemos que ya es hora de volver.

Fe ha estado paseando todo el rato con Brian, no sé, parece que nosotras mismas le hemos ido preparando el camino para que se quedaran solos. No hemos podido hablar con ella, ni le hemos preguntado nada para no ponerla en un compromiso, pero aquí está pasando algo gordo, lo noto, conozco a mi hermana y me doy cuenta perfectamente de que hay gato encerrado. Ni siquiera se va de su lado cuando Brian se acerca y nos explica que es imposible que ese sea el castillo que inmortalizó Shakespeare porque hay una diferencia de siglos entre la historia del verdadero Thane de Cawdor y su castillo: Macbeth nació sobre 1005 y el castillo fue construido en el siglo XIV, por lo menos tal y como lo conocemos ahora, de hecho, el quinto conde de Cawdor dijo sobre la obra: “¡Ojalá el Bardo nunca hubiera escrito su maldito juego!”

Con una nueva lección de historia en la cabeza volvimos a los coches y tomamos rumbo a casa. Podíamos haber visto más cosas, de hecho, no era tarde, pero la verdad, estábamos agotadas.

Nos dimos unas duchas en cuanto llegamos, y pudimos descansar en el salón mientras Brian desaparecía casi por completo de la casa. Creo que hasta me dormí en uno de los sillones y me desperté cuando alguien me zarandeó para que fuéramos a ver algo que quería mostrarnos.

Intrigadas le seguimos las cuatro por la casa hasta llegar a una puerta en donde Brian se paró con carita de “sorpresa” y nos explicó que era algo que quería mostrarnos desde que llegamos, pero que lo había tenido que ordenar antes porque también lo utilizaba él como estudio.

Cuando abrimos la puerta un cuadro de mi madre nos golpeó en la cara dejándonos alucinadas, casi sin reacción. A su lado había una especie de caballete tapado por una sábana blanca que Brian tomó de una punta para descubrirlo.

- Aviso, tal vez deberíais sentaros.

Nos sentamos donde pudimos y al instante retiró aquel lienzo para destapar un cuadro bastante grande en donde estábamos las cuatro con los uniformes del colegio al que habíamos asistido de niñas.

- Este era su estudio, aquí se encerraba a pintar y a escribir, de hecho, esta es su mesa. Todavía está tal y como la dejó.

En el escritorio donde se sentaba había una foto de ellos dos en Barcelona, tomada en el año 1981. Mi madre y Agnus, en una escapada romántica, juntos en Barcelona... y nosotras creyendo que se había ido a Lourdes, la muy hija de puta.

-Podéis mirar todo lo que querías, os dejaré solas.

Y se fue dejándonos sumidas en la más triste de las miserias.

Yo creo que aún no me he repuesto del golpe de verme pintada por él hasta en los más mínimos detalles de una niñez que había olvidado hacía tiempo. Había muchos más cuadros, distintas fotos que por lo visto mi madre le había ido mandando con los años, incluso había una en que estábamos pintadas de adolescentes, y era una composición de varias fotografías a la vez.

Nos dimos una hartada de llorar, para qué negarlo.

No supimos encajar todo aquello con diplomacia y por primera vez, desde que supimos la historia completa, dejamos de hacernos preguntas, de intentar entender, de indagar, de justificar o criticar y de buscar en el pasado para empezar a aceptar por primera vez que ya lo habíamos encontrado por fin, que la historia entre nuestros padres era un poco más complicada que una simple aventura, entender que aquel hombre desconocido nos quiso como a sus hijas, y reconocer que llevábamos mucho más de él de lo que nunca creímos hasta

haber llegado a aquel lugar.

Brian no apareció hasta bastante más tarde, cuando ya tuvo la cena casi en la mesa. Con buen criterio imaginó que no tendríamos ánimo de salir fuera y llamó a un restaurante chino para que nos trajeran la cena a casa, o tal vez fue él a buscarla, eso nunca lo supimos.

Faith había heredado de él su amor por la pintura y su buena mano, Mary escribía y soñaba con ser escritora al igual que él soñó y consiguió, Pity heredó su amor por la libertad y su espíritu rebelde, y yo, Hope, su rudeza y su honestidad brutal a la hora de decir lo que pensaba.

Según Brian, todas teníamos mucho de él.

Y él tenía mucho de nosotras, aunque solo entonces nos dimos cuenta.

Fe. Sí... pero no... ¿O sí?

¿Qué coño me estaba pasando? O sea, una no puede volverse loca por un tipo al que solo hace tres días que conoce, ¿o sí?

Habíamos hablado mucho por teléfono y en cuanto tuvimos un momento la primera noche y nos dejaron solos, volvimos a hablar hasta cansarnos, como si nos faltara tiempo. Curiosamente, lo del primer beso y aquella frase tan letal, habían quedado casi en el olvido y en ningún momento había intentado un acercamiento diferente al que pudiera tener con alguna de mis hermanas, o sea, me trataba como a una amiga, con más confianza, con detalles de esos que agradeces y te hacen sentir de perlas, pero sin dar ni un solo paso en ninguna dirección.

Yo imagino que en aquel momento al vernos perdió un poco la compostura y por eso se atrevió a decir y hacer lo que en los días siguientes no se había atrevido, tal vez simplemente estaba contento de vernos allí, o incluso puede que a estas alturas, tras tres días de estar con él en aquella casa y de hacer de guía turístico, se hubiera arrepentido de su primer impulso.

Lo cierto es que no sabía que pensar.

Mis propios pensamientos eran bastante extraños, y la sensación de haber llegado al final de un camino pronto fue sustituida por una incertidumbre rayana en la paranoia.

Me gustaba Brian, para que negarlo, y la verdad es que decir que me gustaba era poco. Había algo en él que no había visto nunca en nadie y eso me dejaba completamente fuera de lugar, como a una cría ante sus primeras experiencias amorosas, sintiéndome a veces hasta ridícula por lo que llegaba a pensar de él, o por lo que era capaz de imaginar en las largas noches que, pese al cansancio, no podía dormir sabiendo que lo tenía a tan solo unos metros de mí, en la habitación del lado.

Esa noche fue otra noche de insomnio.

Recuerdo que maldije todo por culpa de no poder dormir y me largué cabreada como una mona al estudio de mi padre buscando un libro o algo, no sé, tal vez buscándolo a él sin saberlo. Con lo que me había costado encontrar cierto grado de paz, con los dos meses de penitencia en casa de mi madre, con todo lo que había superado desde el momento en que hice las maletas para huir de la casa de Jaume, y ahora, de pronto, intentando encontrar otro modo de paz

y explicaciones a mi vida, me encontraba de nuevo desvelada, nerviosa, completamente ida por todos los pensamientos y los sentimientos que ese viaje estaba provocando en mí.

No le oí llegar hasta que no lo tuve cerca, de hecho, andaba descalzo por la casa con el pantalón de un pijama y sin absolutamente nada más. La visión de aquel cuerpazo me dejó sin habla... me hubiera puesto a pintarlo inmediatamente si me lo hubiera permitido.

- ¿No puedes dormir?

Negué con la cabeza. Ni de coña podía dormir, y con él de esa manera incrustado en mi cabeza, sin camiseta y con un pantalón fino de pijama, todavía menos.

- ¿Te apetece algo calentito para ver si duermes?

No supe cómo interpretar esa pregunta y creo que él tampoco porque bajó la vista y sonrió.

Debería estar prohibido que un tío así sonría de esa manera y haga ese tipo de preguntas. No puede ser bueno para la salud mental de una gilipollas como yo.

- Vale, voy a preguntártelo de otra forma, ¿quieres tomar algo, un vaso de leche o una manzanilla tal vez?

- No gracias, estoy bien.

Me señaló una de las pinturas que estaban detrás de mí.

- Pintaba muy bien, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Joder, que espesa estaba esa noche.

- ¿No te gustaría pintar aquí, en su estudio?

- Sí, la verdad es que sí, pero no sé qué pintar, no sé, es extraño, ¿no? Debería tener un montón de paisajes en la cabeza y un millón de cosas que pintar tras lo que he visto estos días, pero no se me ocurre nada...

- Estás bloqueada, necesitarías tiempo. Imagino que son muchas las cosas que las cuatro tenéis que asimilar. No debe ser fácil.

- No. No lo es.

Levanté la cabeza y me atreví a mirarlo de frente sin subterfugios de ningún tipo.

- ¿Tú cómo reaccionarías si te enteras que no eres hijo del hombre que te ha criado, de que tu madre ha tenido un amante durante más de once años?

- No lo sé, posiblemente no con la misma entereza que vosotras.

- Pues eso, yo tampoco sé por dónde coger el tema... ahora ya no sé si puedo ser feliz tal como creo que lo era seis meses atrás, mi vida ha cambiado mucho y no sé por dónde empezar a entender todo lo que está pasando.

- ¿Por qué no intentas relajarte? Tarde o temprano se irá abriendo paso el entendimiento de todas las cosas, puede que necesites tomar distancia, también acabas de salir de un divorcio...creo que eres mucho más fuerte de lo que tú misma crees y que sea como sea lo superarás.
- Eso suena a excusa fácil. Lo superarás... no superaré nada... no haré nada, volveré a casa y me quedaré criando gatos, eso es lo que haré.
- No digas tonterías, haz el favor de no compadecerte a ti misma.
- No me compadezco, solo que no me veo, no sé si voy a poder volver y quedarme tan tranquila con todo lo que estoy viviendo aquí, a mis hermanas puede que les valga, pero yo sé que a mí no.
- Entonces quédate.
- ¿Qué me quede? Estás loco.
- ¿Por qué? esta casa es tuya si quieres, ¿recuerdas? Imagínate en este estudio, imagínate pintando en el mismo lugar que lo hacía tu padre. – Se acercó a mí y se quedó detrás justo para cogerme de los hombros.- Todo esto os pertenece. Los inviernos son algo crudos, pero esta casa está muy bien acondicionada, será fácil que te acostumbres a vivir aquí, poder moverte con libertad, pintar los paisajes, conocer tu país tan bien como lo conocía él... creo que a Agnus le habría encantado.
- No, tenemos claro que no vamos a reclamar la herencia, esto es más tuyo que nuestro... eso es lo que les dijimos a los abogados de Glasgow y lo que queremos dejar firmado antes de volver a España.
- Piénsatelo, serías feliz en un lugar como este.
- ¿Y tú?
- Yo tengo mi casa en la ciudad, solo que esta me gusta más, en mí no tienes que pensar, piensa solo en ti.
- Me he pasado la vida pensando solo en mí.
- Tal vez, pero no de la forma correcta.
- Solo me quedaría si tú te quedaras conmigo, si no me dejaras sola en una casa tan grande como esta.
- No tienes ni idea de lo que estás diciendo. No puedes pensar en una cosa así.
- Déjame ser tu invitada.
- No eres mi invitada, eres la legítima dueña, ¿eso lo puedes entender?
- Entonces no me quedaré ni un día más que mis hermanas. ¿Cuándo tenemos que ir a Skye?
- Pasado mañana.
- Pues después nos iremos, te dejaremos tranquilo.

- No quiero que te vayas. – Se acercó más a mí, presionándome y atrapándome con su cuerpo.- De verdad que no quiero... no ahora que has venido... tú no tienes ni idea de cuánto tiempo te he esperado, las noches que he soñado con verte aquí.

Tenía que preguntarle, que saber toda la verdad completa.

- Tú y yo nos vimos una vez en España, ¿verdad?

- Sí.

- En un parque.

- Sí.

- Mi padre estaba sentado con mi madre en la terraza de una cafetería y tú y yo estábamos en los columpios.

- Yo ya no tenía edad de columpios, ni tú tampoco, pero sí, estábamos en los columpios.

- Entonces he visto a mi padre, lo he conocido.

- Sí, aquella vez lo viste, se dejó ver porque yo iba con él y quedaba más discreto, como una visita inocente, casi casual.

- Pero no lo era.

- Nunca hubo inocencia en sus encuentros, si te refieres a eso.

- ¿Y tú lo sabías?

- En aquel momento no lo supe, creo que todos lo sabían excepto yo que era un crío, luego ya comencé a verlo de otra manera y sí, lo supe, supe que era tu padre porque te había visto en esas pinturas, y supe que esa mujer tenía que ser la española, no había duda, ella también estaba pintada en sus cuadros.

- Creo que he soñado contigo cada noche desde entonces, con tus ojos.

- Siempre he querido volver.

- Me he preguntado cientos de veces quién eras.

-Y yo me he preguntado cómo podía hacer para que nos conociéramos sin tener que decirte nada de ellos, sin que estuvieran tus padres por medio... hasta me planteé cien veces ir a España. Me imaginaba que te tomabas todo esto a mal y que no querías saber nada de él, no sé, creí que tal vez nunca querrías conocer Escocia y por más que los abogados te dijeran algo sobre la herencia no vendrías, incluso pensé que vuestra madre no os iba a decir nada sobre los documentos y papeles que recibió.

- Es que no nos dijo nada. Fue Espe quien descubrió las cartas, y cuando ella se dio cuenta de que lo sabíamos y se vio enferma, nos dijo que la trajéramos con él, mi madre nunca tuvo el valor de decirnos la verdad.

- Pero vosotras tenéis valor para enfrentaros a ella, por más que duela.

- Joder, y lo que duele.
- ¿Por qué no muestras un poco del valor que ella no tuvo?
- ¿Cómo?
- Quédate.
- Por favor... no puedo...
- Sí que puedes, ¿qué te ata a España?

Me encogí de hombros, en realidad no me ataba absolutamente nada.

- Quédate, tal vez no para siempre pero sí para una larga temporada, este verano al menos, tomate unas largas vacaciones de todo, hasta de ti misma... y si quieres que yo esté te juro que estaré contigo.
- ¿Lo harás?
- Lo haré. Si tú quieres lo haré.

Me besó de nuevo y creo que me quedé flotando como una tonta. No sé dónde había ido a parar la tía moderna y la folladora compulsiva que en otro tiempo había sido porque tan solo me dejé llevar por su beso sin atreverme a reclamar nada más, como si quisiera, por una vez, hacer las cosas despacio y con buena letra.

Él me lo puso fácil. Sabía que mis hermanas estaban en el piso superior y no quiso dar que hablar, vamos, como que no quería ir demasiado deprisa y parecerles una simple aventura de vacaciones.

Lo malo fue parar, dejarlo en un estado penoso de excitación, verlo y notarme a puntito de perder el control de las circunstancias.

- ¿Qué tal si lo dejamos aquí?
- Mejor.
- Nos tomaremos el tiempo que haga falta ¿vale?
- Vale.
- Aunque espero que no sea mucho...

Lo miré alucinada, ¿pero qué coño estaba haciendo? ¿Cómo iba a quedarme en aquella casa con un tío desconocido a vivir una aventura sin haberme asegurado de que de verdad era lo que quería hacer?

La zorra que vive en mí, y que había salido a pasear esa noche, me decía que no, que primero que nada hay que probar y comprobar el tema.

Dios, iba a cometer una auténtica locura, pero jamás había estado tan segura de nada en toda mi vida.

Miré sus ojos grises y me quedé colgada de su color, tan extraño y tan bello.

- ¿Sabes qué te digo?
- ¿Mmmm? – dijo contra mis labios.

- Que no quiero esperar más tiempo...
- Yo tampoco...

María. Intentando conocer la realidad.

Sean Connery, Gerard Butler, Tilda Swinton, Ewan MacGregor, Kevin MacKid, James McAvoy, actores.

Travis, Simple Minds, Amy MacDonald, Aztec Camera, Jimmy Somerville, Franz Ferdinand, Marc Knopfler, Texas, músicos y cantantes.

Gordon Brown y Tony Blair, los 2 últimos ex-primeros ministros del Reino Unido.

Alexander Graham Bell, inventor del teléfono; Alexander Fleming, descubridor de la penicilina; James Clerk Maxwell, escritor del Tratado de electricidad y magnetismo; Andrew Carnegie, filántropo y el segundo hombre más rico del mundo de la historia; David Hume y el tratado de la naturaleza humana; Adam Smith, padre de la economía moderna.

Robert Louis Stevenson, Arthur Conan Doyle, Walter Scott y Robbie Burns, todos grandes escritores; John Logie Baird, creador de la televisión; James Watt y la máquina de vapor; William Wallace y Robert Bruce y su lucha contra los ingleses.

La oveja Dolly, el primer mamífero clonado.

Agnus James Fraser, pintor y escritor de escaso éxito, marino mercante diez años consecutivos para poder recorrer el mundo y vivir en el mar, su auténtica pasión, estudiante de la universidad de Glasgow, ingeniero, caminante incansable de las Highlands, padre de cuatro españolas que intentan recuperar su memoria buscándole entre las cosas que una vez le pertenecieron, leyendo cartas, viendo sus obras, haciendo que sus amigos y parientes nos hablen de él, recorriendo los caminos que él recorrió, respirando la misma sensación de libertad que él respiró.

Intentando atrapar parte de todo lo que él hubiera querido darnos y que no pudo, leyendo sus libros sin entender sus palabras, visitando los lugares que significaron algo para él y conociendo a la gente que él quiso.

Lo vamos encontrando entre las brumas de la memoria ajena, entre los paisajes de lugares que soñábamos conocer, entre los acantilados y los campos y los lagos y los castillos, intentando que parte de él reviva en nosotras y se quede para siempre en nuestro interior.

Intentando conocer la realidad de una historia que cada día es más

sorprendente.

María. Día de comienzos.

Mi madre está en la mesa que una vez le perteneció a él.

Su estado volátil no es un impedimento para que podamos sentir su presencia en la habitación, en este estudio donde él se encerraba a escribirle las cartas de amor y nostalgia que muchos años después hemos leído nosotras con la conciencia de estar cometiendo un delito a la intimidad, pero siendo conscientes de que teníamos ese derecho a hacerlo.

Por fin parecen estar juntos tras tantos años de separación.

Y mañana estarán juntos para siempre en un acantilado de Skye.

Quién se lo iba a decir a ella cuando escribió que la lleváramos con él antes de que le diera ese ataque cerebral fulminante, y que por lo visto esperaba con la impaciencia suficiente como para dejarlo cada noche en la mesilla de noche hasta que llegó el fatídico día en que lo tuvimos que leer.

Quién le iba a decir a ella, tan religiosa y tan de misa, que iba a renunciar al descanso eterno en un cementerio donde podíamos haber estado llevándole flores cada año para Todos los Santos, que preferiría incumplir un precepto religioso fundamental para la resurrección y que descansaría por toda la eternidad junto a un hombre en las costas tranquilas y azules de Loch Dunvegan.

Quién le iba a decir que en la muerte elegiría vivir tal como lo hizo en vida, de forma abrupta, fugaz, llevada por las mareas y por las corrientes marinas, por la pasión de un lugar que nunca conoció, acariciada por sus aguas como si fueran los dedos de un amante, entrelazada para siempre con la arena y las cenizas del hombre que amó.

Esta mañana, cuando hemos visto a Fe salir de la habitación de Brian completamente sonrojada como una quinceañera, supimos, sin ningún género de dudas, que ella no volvería con nosotras. Era como un palpito de esos que ella suele tener a veces, el mismo palpito que le azuzó a llegar cuanto antes hasta Inverness y que ahora nos da a nosotras con una claridad total.

Sentadas frente a los documentos que los abogados han preparado para dejar todo el tema de la herencia zanjado, hemos firmado con la impresión de que hacíamos mal, de que si Fe va a quedarse, tal vez debería ser como propietaria de esta casa y no como invitada, pero ella ha sido la primera en

querer firmar, en renunciar a esa parte del legado que nuestro padre nos dejó sin saber si un día llegaríamos a tomar posesión de él o si ni siquiera sabríamos de su existencia.

Leemos los flecos jurídicos, el abogado o el notario, no sé bien, nos da los cheques con la parte correspondiente a sus otras inversiones y sus ahorros tras pagar los impuestos y nos quedamos con la sensación de que todo está acabando, de que las horas que nos quedan en Inverness están viciadas por esa frialdad documental, por esos hilos legales que estamos cortando con nuestras firmas, por un puro trámite y que somos cuatro estúpidas que nos hemos dejado llevar por el romanticismo de la historia que ellos vivieron, por los paisajes y los lagos de Escocia, por la belleza de los lugares casi mágicos que hemos visitado y por la aventura que hemos vivido, como si aquellas “mujercitas” con las que nos comparaba mi padre de España, nos hubiéramos convertido de repente en las Thelma y Louis españolas trasplantadas a escocesas.

Me queda un regusto amargo, una sensación de irrealidad, y vuelvo a mirar la urna funeraria de mi madre, que está sobre el escritorio, preguntándome por qué nos pidió que la trajéramos hasta aquí, por qué en el último momento, cuando supo que él había muerto, quiso venir y estar con él, sabiendo como sin duda sabía, que nosotras le haríamos caso, que removeríamos cielo y tierra por ver cumplida su última voluntad.

Me quedo mirando los cuadros de mi padre, la biblioteca llena de libros, su escritorio, aquel lugar donde queda una parte de lo que él fue, y me acosa la idea de que en el fondo no lo sabemos todo, de que por más que busquemos, indagemos y nos volvamos locas buscando su recuerdo, no lo vamos a encontrar realmente.

Me pregunto si de verdad conoceremos la historia completa, tanto por parte de él como por parte de ella, porque ninguno de los dos está ya para darnos una explicación lógica a su relación, al porqué de tantas cosas que se quedan en el aire, y contestarnos a las preguntas que nunca haremos porque ya no hay nadie que las conteste.

Los abogados se van y nos quedamos solas en aquel estudio guardando un silencio incómodo. Brian está serio, grave, como pensando lo que nosotras podemos sentir en un momento así.

Eso era todo ¿no?

Veníamos hasta aquí para arreglar estos asuntos, para ejercer de herederas, y habíamos llegado previamente a un acuerdo con él para repartir todo esto de

forma ecuánime entre los que él consideraba sus cinco hijos y que figuraban en el testamento, o sea nosotras cuatro y Brian, que ha ejercido de albacea durante todos los meses que han pasado desde que él murió, casi dos años.

Veníamos para dejar a mi madre descansar en paz de una vez a su lado, estuviera dónde estuviera enterrado, aunque ahora sabemos que no hay ninguna tumba y que nadie acudirá a ponerles flores.

Veníamos para conocer nuestro otro país y encontrar nuestras raíces, para ver Escocia, algo que siempre habíamos querido hacer.

Y si todo eso ha quedado hecho, si hemos cumplido todos los sueños, hemos recorrido todos los caminos y hemos llegado hasta aquí, ¿por qué siento en este momento este vacío?, ¿por qué no me vale ni este sustancioso cheque ni me vale estar delante de un cuadro con mi rostro pintado por él?, y ¿por qué no me vale absolutamente nada?

Noto como si me asfixiara, como si de pronto quisiera estar lejos de aquí, es difícil de explicar, es como cuando al morir mi madre me dio la sensación de que el cordón umbilical que me había unido a ella se hubiera cortado definitivamente. Tal vez, con esas firmas el vínculo que yo creía tener con él se iba con la renuncia a lo que fue suyo, como si ya nada me perteneciera de todo aquello que él me había dado, como si mi excusa para estar donde estaba y notar lo que notaba hubiera expirado.

No sé qué es lo que me hace pensar que la verdadera herencia de mi padre es todo lo que he vivido, el recorrido que nos ha llevado hasta aquí, los viajes, las rutas, los días de carretera cantando con mis hermanas, el baño en el lago, los atardeceres y amaneceres, el sonido del mar, las sensaciones en el campo de batalla, las risas, el conocimiento de mi propio yo y la sensación de haber realizado una especie de viaje iniciático mucho más complejo que un simple recorrido turístico o de placer.

Creo que me pertenece todo aquello que él amó.

Pero si es así, ¿cómo de pronto me siento como una extranjera en un lugar en el que desde el primer día me había sentido como en casa? ¿Tan significativo ha sido firmar esos papeles? Tal vez sea saber que Fe o Faith, como él la llama con ese acento tan escocés, se va a apeaar de nuestro tándem, que se va a quedar aquí por tiempo indefinido, tal vez sea que sé que la voy a echar de menos justo ahora que nos hemos reencontrado.

Miro a Pity que permanece seria, ensimismada, sabiendo, tal como yo lo sé, que en el camino de vuelta vamos a ser tres y ya no cuatro.

Sé lo que está pensando, sé que como siempre, piensa en Pau. Sé que se aplica

a su vida la historia de amor imposible y extraña de nuestros padres, que se ha dado cuenta de que la vida solo se puede vivir de verdad si se arriesga el todo por el todo, si no se deja nada por vivir, si de verdad se aprecian las cosas realmente importantes y rezo para que se dé cuenta de que los últimos pasos que ha dado, las últimas decisiones, los sueños de paz en un año completo de descanso, no son más que una forma de ir despidiéndose también del mundo que ella conocía y del que quiere huir. Espero que cuando se decida a irse a Islandia para buscarle, no sea demasiado tarde, que él aún la espere, que él aún la quiera lo suficiente como para guardar esperanzas y atesorar recuerdos de ella, lo suficientemente buenos como para recibirla el día que llegue a buscarlo después de tan largo y difícil camino.

No es mi estancia en Escocia lo que ha finalizado con esas firmas, sino el orden del mundo en que vivíamos antes de que todo se pusiera del revés, antes de aquel fatídico 31 de marzo que nos encontramos a mi madre agonizando. El ciclo se cierra definitivamente y todo lo que he conocido hasta ahora va a dejar de ser, va a dejar de existir de la forma en que ha sido y existido hasta este momento.

Brian interrumpe mis pensamientos y se apoya en la mesa de mi padre para hablarnos a las cuatro.

- Quiero que sepáis que esta siempre será vuestra casa, que vais a ser bienvenidas aquí siempre, cada vez que queráis venir con vuestras familias o solas, como queráis. Esto era todo de tío Agnus, no mío, y sé que él querría que lo disfrutarais con plena confianza y libertad, de hecho, no sé qué le parecería el acuerdo al que hemos llegado porque él quería que esto fuera tan vuestro como mío.

Joder, yo no estaba para discursos la verdad, pero agradecía sus palabras.

- Quiero contaros una historia, algo que él me contó los últimos meses de su vida y que me hizo prometer que os lo contaría si llegaba este momento, creo que es algo que os puede gustar oír. – Nos miró y prosiguió al ver nuestro interés fijo en él, en las últimas indicaciones de nuestro padre.- Antiguamente, hace muchos años, cuando en Escocia las leyes no eran las mismas que en otros países porque teníamos nuestra propia legislación y nuestras costumbres, y pese a que ya era un país cristiano, existía una práctica que era de uso muy común. En aquella época era difícil traer hasta las Highlands sacerdotes que bendijeran uniones y éstas corrían a cargo del gobierno civil, no en todas partes uno podía celebrar bodas y a veces pasaban años hasta que un cura podía llegar a un pueblo y poner al día a los cristianos que vivían en él. A

veces se celebraban bodas cuando la pareja ya tenía varios hijos y vivían juntos desde años atrás, por eso había una ley no escrita que suplía ese defecto y que fue considerada legal hasta 1939. Se llamaba Handsfasting. – Dejó que la palabra nos entrara en la cabeza antes de proseguir.- Esa costumbre permitía a una pareja convivir con los mismos derechos que un matrimonio oficial, era una pequeña ceremonia íntima en la que los dos se comprometían por un año y un día, y si después de ese tiempo decidían separarse no había ningún impedimento. Los hijos nacidos de esas uniones se consideraban legítimos, con los mismos derechos que los hijos de uniones sí legalizadas. Vosotras nacisteis en esas condiciones, para Agnus erais hijas legítimas, para sus amigos y parientes lo sois puesto que él y vuestra madre renovaron año tras año esa especie de votos cada vez que se veían. No podían casarse porque ella ya estaba casada, pero recurrieron a esa antigua costumbre para comprometerse uno con el otro, hasta que dejaron de verse, ignoro ya por qué. – Nos miró y sonrió.- Él me lo contó para que yo os lo contara, para que supierais que erais importantes y que su historia fue la historia de un gran amor.

Se sentó en una de las sillas que había en aquel estudio y nos miró para ver nuestra reacción. Yo creo que me quedé sin respirar.

- Sé que eso ya no tiene validez legal, que es algo que ya no se hace pero que se hizo años atrás y si ellos lo hicieron fue de forma simbólica, un compromiso real entre ambos de permanecer juntos mientras el amor los uniera. De todas formas sois hijas de vuestro padre, en vuestro país seréis Fortuny pero aquí sois Fraser, sois Mary, Hope, Faith y Pity Fraser. No quiero que penséis que se ha terminado todo con estas firmas, no quiero que os vayáis a España con la idea de que esto es todo lo que habéis venido a hacer aquí porque no es así, solo ha sido un principio. Al firmar esos papeles no habéis roto con el pasado, sino que habéis comenzado un futuro, pensadlo de esa manera, por primera vez habéis reconocido, pública y legalmente, ser hijas de Agnus, así que... os doy la bienvenida a la familia.

Luego se levantó y abrazó a Faith que creo que lloraba tal como nosotras estábamos llorando.

Joder, eso sí que es saber dar discursos.

Espe. Los acantilados de Skye.

Los escoceses son un pueblo práctico.

Tienen fama de ser románticos, apasionados, mágicos, tal vez por la orografía del país y por su belleza, por la magia de sus atardeceres, por sus lagos y sus costumbres ancestrales que son, más que tradiciones, ritos vivos de identidad nacional, pero también son una gente que sabe que vivir es algo más que recordar y que hay que levantarse todos los días y seguir adelante porque la vida no se para.

Con esa premisa, la tarde en que firmamos los documentos nos fuimos hasta el lago Ness y lo pasamos en grande con Brian y unos amigos que nos acompañaron y que no pudimos conocer aquella noche en la taberna irlandesa. Brian nos enseñó uno de los legados más importantes de nuestro padre; una barca con la que pudimos navegar en el lago y que él enganchó a la parte trasera del coche para poder transportarla hasta allí.

El sueño de Pity se había hecho realidad, como casi todos los sueños que alguna vez imaginamos sobre Escocia.

Por la noche fuimos a cenar a The Snow Goose, un restaurante muy rústico, con interiores, bancos y mesas de madera, una enorme chimenea, de lo más acogedor y precioso. Por no hablar de la carta con carnes buenísimas y platos típicos escoceses.

Terminamos la noche en el Hootananny, el pub donde días atrás nos habíamos reunido con los amigos de mi padre, y ahí es donde planeamos la excursión a Skye de hoy, ultimando detalles que nosotras ni siquiera habíamos imaginado y que Brian nos decía que dejáramos en sus manos.

Salimos muy temprano porque el viaje era largo, o al menos nos lo parecía, y lo que más nos sorprendió es que varias de las personas que habíamos conocido esos días estaban preparadas para acompañarnos... por no hablar de que Brian, así como varios de los amigos de mi padre, vestían con Kilt, incluso uno de ellos portaba una gaita que guardó en el coche de Brian. No sé por qué en el momento en que me di cuenta de esos detalles caí en la cuenta de que para ellos lo que nosotras íbamos a hacer era tan importante como para vestir con el traje tradicional escocés, no el de gala, puesto que llevaban botas de montaña, y no americana sino jerséis, pero sí como para ponérselos en

señal de respeto, como si de verdad acudieran al funeral de la mujer de su mejor amigo o fueran a visitarlo a él en su tumba marítima.

Creo no equivocarme si digo que las cuatro nos emocionamos un poco al verlos y saber que nos iban a acompañar, aunque procuramos disimularlo al saludarles.

Tres coches más, aparte del de Brian y nuestro coche de alquiler, fuimos haciendo el largo trayecto hacia la isla.

Paramos a estirar las piernas en Cannich y luego seguimos por carreteras secundarias hasta llegar a Kyle of Lochalsh en donde comenzamos la espera hasta poder cruzar en ferri con todos los coches a Kyleakin, el primer pueblo que íbamos a ver ya en la isla.

El paisaje era una auténtica maravilla, un pueblecito costero rodeado de montañas y mar, y yo por fin cumplía con mi deseo de ir a Skye, unas islas que conocí en Google y de las que me había enamorado por completo.

El camino era largo hasta donde teníamos que llegar, es decir al norte de la isla, en Dunvegan, así que decidimos parar a comer en Portree, la capital, y continuar el camino siempre pendientes del ferri de vuelta a casa.

No obstante, pudimos perdernos un rato por el pueblo, ver sus casas pintadas de colores y su antigua belleza, pero nos perdimos poder visitar Carbost, lugar donde está de la destilería de Talisker, a orillas del lago Harport, con una preciosa línea de costa fragmentada y aguas cristalinas en contraste extremo con las verdes colinas del sur, dominadas por la prominencia almenada de Dun Caan.

Seguimos hacia el norte y tras un buen rato por fin llegamos a nuestro destino, y más tarde, entre montañas y acantilados rodeados de un paisaje espectacular, llegamos al lugar donde teníamos que dejar los coches y continuar a pie.

Dunvegan es la sede del famoso y antiguo clan Macleod situado a orillas del Loch Dunvegan, y sus vecinos son los MacDonald's en Waternish, clanes rivales legendarios de estas tierras. Entre sus maravillas está el castillo familiar y el llamado Puente de hadas que guarda una estrecha relación con el clan MacLeod donde las leyendas y los mitos abundan; intriga, pasión, feudos históricos, leyendas, batallas sangrientas, cuentos, misterio o la historia, la originalidad y magia de una isla que sencillamente no tiene igual.

Creo sinceramente que podría quedarme a vivir en aquella zona, es de una belleza agreste impresionante, llena de contrastes, de azules del Loch y verdes de sus escarpados montes y montañas. Los inviernos suelen ser bastante duros, generalmente abunda la nieve y sé que no me podría acostumbrar a ese tipo de

clima, pero joder, ahora en verano es una auténtica preciosidad, dan ganas de perderse en el paisaje, en el verde de distintos tonos que hay en las colinas, en las rocas escarpadas que podemos ver a lo lejos, en el olor de los campos y las montañas, en esa naturaleza agreste y viva que hace que no me crea que estoy en ella.

Cuando llegamos a una especie de acantilado sobre Loch Dunvegan sabemos que hemos llegado al final de nuestro viaje.

Detrás de nosotras los amigos que han venido ocupan sus posiciones y nosotras nos quedamos quietas mirando todo con ojos alucinados, apretando la urna funeraria en las manos, como si no supiéramos qué decir o qué hacer.

Es que realmente hasta yo, que soy la que siempre tiene palabras para todo, me he quedado muda.

Detrás de nosotros se guarda un respetuoso silencio, hasta que Brian se pone al lado de Faith y nos mira esperando que hagamos algo.

- ¿Queréis decir algunas palabras o tenéis algo preparado?

Joder, ni había pensado en ese detalle. No sé, es algo que nunca he hecho, nunca he lanzado las cenizas de mi madre a un mar escocés, joder, ¿se supone que tengo que llevar algo escrito, que he de saber qué hacer o decir en un momento así? Supe qué hacer en la dichosa misa, en el tanatorio, supe qué hacer en la casa vacía donde vivió, pero no tengo ni idea de qué puedo hacer frente a aquel lugar donde hace casi dos años esas mismas personas que nos acompañan ahora dijeron adiós a mi padre y donde se supone que debo lanzar las cenizas de mi madre.

Joder, esto no es una puta película, esto es la vida real y nunca pensé que fuera realmente capaz de llegar hasta aquí, sabía que habíamos venido a esto entre otras cosas, pero ahora me cuesta un enorme esfuerzo pensar que mi madre va a echar a volar para perderse en medio de estas aguas y estos valles en donde mi padre la está esperando desde tanto tiempo atrás.

Lo único que puedo hacer es llorar.

Es lo único que me sale, llorar, y eso que creo que el día de la misa fui la que menos lloró, siempre he sido la más dura de las cuatro, pero en este momento sé que estoy cayendo sin remedio en la melancolía y el llanto.

- Yo he preparado algo...

Miré a María como en un sueño, creo que las tres la miramos sorprendidas.

- Es un poema que he modificado un poco, pero está en castellano...

Brian entendió perfectamente que estaba nerviosa y que parecía estar a punto de disculparse por no haber pensado en la cuestión del idioma.

- No te preocupes, yo lo traduciré.

- Es un poema de José Ángel Buesa, lo rectifiqué pensando en ellos dos, en la historia que habían vivido y en lo que vamos a hacer ahora.

Casi a mi lado, Brian traducía las palabras de mi hermana curiosamente no al inglés, sino a gaélico.

Creo que a todos nos dio un escalofrío cuando oímos el silencio rasgado por el sonido de la gaita. María tragó saliva y sus manos temblaban ostensiblemente sobre el papel escrito a mano.

- Dice así:

*Quizás pensé un día que podía dejar de quererte
aunque siga queriéndote más allá de la muerte
y acaso no comprendas en esta despedida,*

que aunque nos unió el amor, nos separó la vida.

Quizás un día pensé que se me fue el amor

mientras cerré los ojos para amarte mejor,

porque el amor nos ciega, pero vivos o muertos

nuestros ojos cerrados ven más que abiertos.

Quizá pensé un día que dejé de quererte

aunque siga queriéndote más allá de la muerte

y acaso no comprendas que en esta despedida

nos quedamos por fin juntos para toda la vida.

Fue Faith, quien ayudada por Brian, abrió la urna y dejó volar las cenizas ante nuestra mirada alucinada y llorosa.

Luego nos arroparon entre todos, felicitaron a mi hermana por su poema y tras despedirse de su amigo Agnus, comenzamos a bajar por la colina en silencio, aún confundida por aquellos versos que mi hermana había tenido al valor de leer y que había modificado para la ocasión.

No sé si me pregunté por el significado de la muerte o por el de lo que acabábamos de hacer, no sé si en ese momento entendí lo que mi madre pretendió cuando nos dejó escrito que la lleváramos con él, lo cierto es que en aquel momento creo que se me escapó cualquier idea, cualquier filosofía, cualquier explicación racional a todo lo que habíamos hecho hasta ver su deseo convertido en realidad.

Era un gesto, solo un gesto, hermoso, grande, saber que por fin estaban juntos tal como había dicho María, pero yo no dejaba de pensar, de darle vueltas y

vueltas a para qué servía eso ahora, por qué ella no decidió estar con él cuando tenían un futuro, por qué no cogió a sus hijas, o sea a nosotras, y se vino a vivir con integridad ese amor, esa historia.

Creo que nunca entenderé la vida de mi madre, pero tampoco quiero juzgarla, creo que ya lo he hecho bastante y mal. Ella supo como quería vivir, aunque yo jamás lo entienda, aunque yo crea que los gestos póstumos son vagos y sirven de más bien poco, que lo que tengas que hacer tiene que ser cuando tienes vida, cuando puedes vivir a plenitud, cuando puedes dar algo más de ti que unas cenizas.

Le pasé el brazo por el hombro a Pity y me acerqué a ella para darle un beso en la sien mientras no podía evitar decirle en voz muy baja que se fuera, que buscara su felicidad, que no esperara a ser ceniza.

- Vete a buscar a Pau. Debes buscarle.

María. Llega el momento de la despedida.

Era lunes y la vida en la ciudad había entrado en una cotidianeidad que para nosotras era casi inédita. Habíamos visto cientos de lugares turísticos y pintorescos, le habíamos tomado el pulso a muchas ciudades y pueblos, pero siempre y en el fondo, con los ojos de unas turistas más, sin dejarnos llevar por ese día a día y por la paz de una vida tranquila que era lo que se respiraba en aquel momento y en aquel lugar.

Llevábamos varios días en Inverness, en ocasiones normales tendríamos que haber salido esa misma mañana para ir a la otra punta de Escocia, a Aberdeen, para luego ir bajando a San Andrews y terminar los dos últimos días en Edimburgo y, sin embargo, nadie decía ni una sola palabra de marcharnos, así que creí oportuno ser yo quien lo dijera esa mañana en el desayuno.

Recuerdo especialmente esa mañana porque Brian había salido ya hacia su trabajo tras los días libres que había solicitado para poder atender nuestra llegada y todo el asunto de la herencia.

Estábamos las cuatro solas en la casa de nuestro padre y lo cierto es que en ausencia de Brian me sentía como desabrigada en aquel lugar, como si no tuviera nada que hacer allí, como si de verdad la misión estuviera cumplida y solo quedara volver.

Nuestra estancia estaba llegando a su fin, y no sé si era tristeza o una sensación de querer recuperar todo lo que había dejado a medias en mi apartamento de la playa, esa vida recién estrenada que soñaba con retomar y empezar a sentir a plenitud.

Casi que no me había dado ni cuenta de aquel cambio. Todo había sucedido tan deprisa que los dos meses que pasaron desde la muerte de mi madre hasta nuestro viaje fueron como un sueño en el que me embargaba cierta sensación de provisionalidad, como si al tener que viajar, mi estancia en aquel apartamento fuera tan solo un aparte en mi vida, y tras casi quince días de viaje, con todo lo vivido y lo mucho que esas vivencias me habían hecho pensar, quería volver para poder comenzar a vivir de verdad aquella vida que había soñado siempre y que ahora tenía más matices que nunca.

Aquel viaje, aquel lugar, todas las vivencias y las lecciones que estaba aprendiendo de la vida, me daban alas para comenzar a vivir.

Sentadas las cuatro delante del café, cada una parecía tener muy distintos

pensamientos, aunque todos relacionados con los cuatro días que nos quedaban de viaje.

- No voy a volver a España, me quedo a pasar el verano aquí.

Aquello sonó como un mazazo. Yo no me lo esperaba y aunque Espe dijera lo contrario, ella tampoco.

- Pero tía, ¿estás loca?

No sé qué me impresionó más, si las preguntas y respuestas entre Espe y Fe o la cara seria de Pity.

- ¿Pero cómo que te quedas a vivir aquí?

- Solo a pasar el verano.

- Joder tía, ¿no crees que vas muy lejos y muy rápido?

- No, y tú sabes que no. Ayer le dijiste a Pity que se fuera a buscar a Pau, ¿y a mí me dices eso?

- No es lo mismo, Pity conoce perfectamente a Pau y tú no conoces apenas a Brian, es un poco distinto ¿no?

- Lo conozco lo suficiente, además él me propuso irse a su casa si yo lo prefería así, o sea, que puede que no vivamos juntos... todavía no sé qué contestarle.

La discusión se alargó un buen rato, a mi parecer demasiado. Me levanté de la mesa, comencé a fregar el tazón del desayuno y a hacer unos bocadillos sin que nadie me dijera nada en absoluto y sin dejar de escuchar la conversación de ellas sobre lo conveniente o no de vivir una aventura semejante.

Por primera vez en mi vida di una orden, y lo curioso de todo es que mis hermanas me hicieron caso.

- Vestíos, nos vamos.

A la media hora salíamos por la puerta con el mapa en ristre y pensativas, cargadas con una bolsa con víveres y varios botellines de agua.

- ¿A dónde vamos?

- A tomar por culo.

Conduje yo todo el camino.

Estaba enfadada.

No quería que ellas discutieran, sobre todo porque Fe se iba a quedar de todas formas y porque Espe no tenía derecho a someterla a interrogatorio, ya era mayorcita para saber lo que se hacía, y tampoco habría dios que la hiciera cambiar de opinión una vez que había tomado su decisión.

El paisaje, como siempre y aunque pueda sonar repetitivo, era una maravilla y nosotras lo mirábamos como si la discusión de la cocina no hubiera enturbiado

ni lo más mínimo los ánimos de exploradoras que habíamos tenido durante aquellos días.

Oía en el asiento trasero a Fe explicarle a Espe cosas de Brian, a qué se dedicaba, en qué trabajaba, cosas de su vida que seguramente se habían contado en el silencio de la noche y en la intimidad de la cama que compartían desde tan solo unos días atrás, datos que intentaban tranquilizarla, retazos de conversaciones y anécdotas de su vida que solo ella, de las cuatro, podía llegar a conocer.

Supimos que era profesor de inglés en un instituto, que estudiaba para doctorarse en no sé qué, que estaba escribiendo una tesis sobre el gaélico y su influencia filosófica y política, que había estado a punto de casarse pero que se echó atrás, que había viajado el verano anterior a Irlanda para estudiar el gaélico irlandés... en fin, un hombre completamente diferente a Jaume, que era por lo que más nos gustaba a todas para ella, porque no tenía ni un solo punto en común con su ex.

Pity seguía sumida en un profundo silencio y yo sabía que como siempre, estaba pensando en Pau, en las palabras que Espe había tenido el valor de decirle tras echar las cenizas de nuestra madre a volar, como si supiera que ese momento era el ideal para hacerle entender que tenía que luchar por vivir y por lo que quería. Pity lo había entendido y no dejaba de pensar, de darle vueltas a la cabeza; aunque por fuera solo se viera seria y callada, por dentro era un hervidero de pensamientos, recuerdos y sensaciones.

El camino era largo y muy poco a poco, casi sin darse cuenta Espe había sucumbido totalmente a Brian y a las ganas de aventura de mi hermana. Cierto que era un chico al que le cogimos cariño por lo bien que nos había tratado, por ser como un hijo para Agnus, por todo lo que había hecho por nosotras y la sensibilidad que mostró en muchos momentos, pero nos faltaba verlo como a un cuñado más, no sé, creo que yo jamás pensé que la tontería telefónica de Fe con aquel primo pudiera convertirse en algo tan serio... y mira que lo habíamos visto venir desde lejos...

- No es tan serio, no me voy a casar con él, tías por favor, además es solo un verano, unas vacaciones, creo que necesito perder todo aquello de vista.

- Tú sabrás que haces, ya eres mayorcita.

Por fin, las palabras de Espe que estábamos esperando.

Creo que hasta ella misma se alivió al decirlas porque no le pegaba nada el papel de hacer de mamá de nadie.

- Voy a pasar el verano pintando, es lo único en lo que quiero pensar ahora,

pintar en el estudio de papá, no sé, es como si fuera algo que tengo que hacer, ¿sabéis esa sensación de que hay algo que tienes que hacer para seguir adelante, como un rito o un gesto significativo? Pues así lo siento yo, llamadme loca si queréis, pero quiero hacerlo.

- Bueno, imagino que no hay nada de malo en pintar aquí en lugar de en el patio de casa...

Hacia rato que habíamos pasado el castillo de Dunrobin y las ruinas donde días atrás habíamos ido con Brian, así que pensé que quedaba mucho menos camino del que yo había imaginado al mirarlo en el mapa. Tal vez era que la conversación en el asiento trasero había estado muy interesante, o que ver a Espe dando su brazo a torcer y a Fe tan ilusionada me lo había acertado bastante.

Tras una hora aproximadamente llegamos al punto de destino sin que nadie, excepto yo, supiéramos donde estábamos.

Solo cuando aparco el coche cerca del centro de información turístico, mis hermanas caen en la cuenta de que estamos en John O'Groats, la otra parte de Escocia, en el techo de Reino Unido, justo enfrente de las islas Orcadas, y ellas ni se han enterado.

La zona tiene el atractivo de ser simplemente eso, el punto más al norte de Escocia, el lugar más alejado de todos. Nos hacemos unas fotos en la garita de un fotógrafo que hay en la zona y tras darnos una vuelta por el lugar nos metemos de nuevo en el coche con rumbo otra vez desconocido. Solo al cabo de un rato llegamos al lugar donde quería llegar de verdad, al lugar que había señalado en el mapa tras haber visto unas fotografías por internet.

Dejamos de nuevo el coche en un aparcamiento y comenzamos a caminar por un camino de tierra que, a través de los prados, nos lleva hasta unos acantilados gigantes, de una altura impresionante y de una belleza increíble.

Se trata de Duncansby Head, un lugar que creo que recordaremos siempre.

Nos sentamos sobre la hierba a comer los bocadillos y no sé por qué una especie de silencio se apoderó de las cuatro, como si de verdad tuviéramos la sensación de estar en el fin del mundo, o como si supiéramos que hay cosas que es mejor decirlas en silencio. El día está completamente despejado, brilla el sol en el cielo y el contraste del verde de los prados con el azul de mar, junto con lo agreste de las piedras y la tierra, es un espectáculo casi imposible de describir.

Mi cuaderno de campo está a mi lado como lo ha estado durante todo nuestro viaje, lleno ya de frases, de palabras, de sensaciones, sin embargo, en ese

instante no me pongo a escribir, sé que prefiero aspirar el momento, que quiero sentir esa paz junto a ellas tres, en silencio y notando como poco a poco se va cerrando una etapa en nuestra vida, sin que ello suponga ninguna ruptura o que se pierda lo que tantos años nos había costado encontrar.

Sé que aunque Fe diga que se queda solo a pasar el verano, los días pasarán y se convertirán en meses, y los meses en años, y que puede que nunca vuelva a vivir cerca de nosotras, que su casa ya no esté a la vuelta de la esquina y su trabajo ya no será nunca aquella gris delegación de hacienda donde ha dejado pasar los mejores años de su vida siendo una funcionaria chata y cuadrículada, su vida ya nunca estará cerca de la mía en una distancia salvable, a pie de calle, y me pregunto por qué nunca me acerqué a ella cuando era así, cuando la tenía al alcance de la mano y bastaba un golpe de teléfono para vernos y hablar, para quedar y tomarnos un café, o para irnos de tiendas, por qué nunca la llamé y por qué la juzgué como la pija de la familia, como la narcisista salida, como la hermana rica, mientras yo me encerraba en mi mediocridad.

Sabemos que Pity no tardará en seguir su camino, que tarde o temprano tomará un avión para Islandia siguiendo los dictados de ese corazón suyo que siempre ha mantenido herméticamente cerrado para nosotras porque nunca le demostramos que pudiéramos ser dignas de su confianza, ese corazón que está recomponiendo entre los verdes de estos valles y de estos mares, en la amistad que fuimos recuperando y que hemos ido afianzando en este recorrido iniciático en busca de algo más que nuestras raíces. Ya nunca será la empresaria emprendedora que llegó a sacrificar lo que más quería por tener algo que en realidad no quería, ya nunca volverá a secar pelos, ni a presentar declaraciones de IVA, ni a quedarse sola cada noche repasando las cuentas de números y soledades acumuladas, ya no tendrá que buscar el significado de su vida en una línea blanca que la lleve al olvido y a la euforia del no ser, del no estar de verdad en los lugares, para bien o para mal, ahora siente de verdad, ya no está anestesiada por el trabajo o por las drogas, no busca el abandono en una copa de vino o whisky frente a una chimenea apagada, y va a tener que vivir porque no hay vuelta atrás en esa inercia que nosotras mismas hemos provocado en este viaje.

A veces me pregunto qué habría pasado si nosotras hubiéramos sido de otra forma, o si no hubiéramos decidido cambiar nuestra vida a tiempo. No sé casi ni explicarlo: si yo no me hubiera decidido a divorciarme, o si Fe no hubiera decidido plantarle los cuernos a su marido, o Pity no hubiera tocado fondo antes de que nuestra madre nos diera su última orden, que la lleváramos con

él.

Si nosotras no hubiéramos comenzado a cambiar antes de que todo eso ocurriera, si hubiéramos seguido cada una a la suya, tal como hemos estado haciendo estos últimos años.

¿Cómo habríamos afrontado la realidad de nuestra filiación de haber sido las cuatro extrañas que hemos sido casi toda nuestra vida? No me imagino hacer este viaje con mis antiguas hermanas.

Habíamos comenzado a cambiar mucho antes de que todo esto ocurriera, y sin saberlo estábamos sentando las bases de nuestra futura relación, que nos han servido para poder afrontar y conocer todo lo que posteriormente ha ocurrido.

Podríamos haber terminado riñendo, sin hablarnos, peleadas por todas estas circunstancias, por la casa de mi madre, por la herencia de mi padre, por el crematorio, por sus cenizas, o vete a saber por qué más, por cientos de cosas por las que suelen reñir los hermanos, aunque a veces también pienso que no hubiera sido así, que la semilla que ha ido germinando nuestra amistad siempre ha estado en nosotras por más que la vida nos haya lanzado de un lado a otro, incluso separado, y que seguirá estando aunque nos vuelva a lanzar.

No puedo apuntar nada de esto en mis cuadernos mientras ellas están frente a mí, frente ese mar inmenso que en pocos días vamos a cambiar de nuevo por el Mediterráneo y que, sin embargo, no será jamás el de antes.

El silencio de aquel lugar, solo roto por el balido de unas ovejas a lo lejos, se ha instalado en nosotras sin darnos cuenta. Nos quedamos completamente calladas, viendo las aguas tan azules, las dos rocas lejanas que se levantan desde dentro de las playas, las paredes oscuras de los acantilados que se levantan frente a nosotras como gigantes, las aves marítimas que no cejan en su vuelo y en sus graznidos lejanos, es como si de verdad fuéramos en esos momentos las únicas personas que habitan el mundo, como si todo lo que hemos dejado atrás no fuera más que un recuerdo al que no vamos a volver y como si el futuro, completamente incierto, tuviera por fin una especie de luz, de color verde esperanza.

Creo que estuvimos más rato en aquel lugar del que yo misma esperaba, pero ninguna de las cuatro parecía querer moverse.

- Nos quedaremos unos días más aquí, contigo, podemos coger un avión hasta Edimburgo en lugar de bajar en coche, o mejor, podemos volver directamente a Glasgow y dejar Edimburgo y la costa este para otra ocasión.

- Sería estupendo que os quedarais un poco más.

- Hablaré con la casa de alquiler, que recojan el coche en el aeropuerto de

Inverness, eso no será un problema.

- Bien.

Nos levantamos despacio, como sin ganas de irnos. En aquel lugar se respiraba una paz que creo que ninguna de las cuatro había respirado nunca.

- Os voy a echar de menos.

- Hablaremos por internet y por teléfono...estaremos más unidas ahora que antes cuando vivíamos en la misma ciudad, seguro.

Era una despedida en toda regla, lo que dijéramos ahora no lo diríamos nunca más, no en un aeropuerto frío y antes de perdernos de vista para mucho tiempo.

- Joder, ¿me vais a dar un besazo y a decirme que me queréis mucho o tengo que pedíroslo?

Nos dimos un enorme abrazo y nos quedamos así, silenciosas, sabiendo que tardaríamos mucho en acostumbrarnos a las ausencias, justo ahora cuando nos habíamos reencontrado.

Nos despedimos de nosotras mismas, de Fe que se quedaba y de Pity que no tardaría en irse, y sobre todo nos despedimos de las cuatro mujeres que habíamos sido antes, aquellas que ya ni siquiera guardan parecido a nosotras, a las mujeres en que nos hemos convertido.

Espe. Volvemos a casa... algunas...

Los dos últimos días habían sido una especie de despedida continua que nos venía a la mente sin darnos cuenta.

Ya no teníamos la fiebre viajera de las primeras jornadas, y las mañanas soleadas de Glasgow, que tanto nos habían afectado al principio y que recordábamos como una ráfaga de aire fresco que olía a libertad, ya parecían un recuerdo lejano entre tantas cosas que habíamos vivido. Sabía que íbamos a volver. Tal vez por eso no apresuramos los recorridos y nos dedicamos a vivirlos como cuatro personas más en lugar de cuatro turistas. Hablan tanto y tan bien de la amabilidad y hospitalidad de las gentes de las Highlands que quisimos dejar de ser extrañas para pasar aquellos últimos días reconociendo el lugar exacto en que nuestro padre había vivido, y experimentando el sencillo placer de dejarnos llevar hasta formar parte de todo aquello, de llevarlo con nosotras cuando ya no nos quedara más tiempo, de conocer bien cada rincón, cada persona que había estado en su vida, recuperando su memoria y fabricando recuerdos que sabíamos que habríamos compartido con él si aún estuviera vivo.

En el fondo era como si a medida que forjábamos nuestros propios recuerdos, pudiéramos vivir en la memoria de aquel que nos los había transmitido en los genes, como si en lugar de descubrir, solo nos dedicáramos a confirmar hechos y lugares que vivían en nosotras mucho antes de conocerlos.

Recorrimos el lugar como si en vez de tener tan solo dos días más hubiéramos decidido quedarnos a vivir en él, dejando transcurrir las horas en los cafés, en los pubs, en las calles, visitando lugares normales y cotidianos, palpando la vida y el día a día tan distinto al de nuestro lugar de nacimiento. Pero no era como estar trasplantadas, no era como aquella vez en que parecíamos las Thelma y Louis españolas trasplantadas a escocesas, sino que dejamos que el vínculo primordial que nos había unido a todo aquello, incluso antes de conocer nuestra procedencia, volara libremente y nos permitiera pensar que algo de todo eso vivía en nosotras, algo que había hecho que no fuéramos las típicas chicas de provincia, que había forjado el carácter que en nuestra ciudad podía pasar por extraño, que fuéramos cuatro especímenes más libres, menos conformistas y menos cerradas de lo habitual en nuestra pequeña ciudad provinciana y cargada de puritanismo en la que crecimos.

Joder, como que empezaban a concordar los detalles de nuestro carácter, de nuestro inconformismo, de esas ganas de aventura o de libertad que siempre supimos que llevábamos en el interior y que solo veíamos en forma de una ansiedad constante de la que no sabíamos cómo narices salir.

Creo que comenzamos a entender quiénes éramos y porque nuestras vidas habían llegado a un punto de no retorno en el que decidimos romper con casi todo aquello que nos había conformado hasta entonces. Nuestras inquietudes, sueños, errores, nuestras trayectorias personales, incluso las acertadas, parecían encontrar por fin una especie de explicación.

Y eso que yo soy, de las cuatro, la única que no tiene una gran historia que contar, pero, aun así...

Ahora creo que sé quién soy de todas formas, aunque no me haya tenido que divorciar ni que emancipar para averiguarlo.

La mañana de nuestro penúltimo día nos encontramos a Catriona, una de las amigas de Brian, frente a las puertas de un establecimiento dedicado principalmente a vender recuerdos turísticos. Creo que lo más impresionante de aquel lugar era la cantidad de cosas que había en él y que no eran exactamente camisetas de “Estuve en Escocia y me acordé de ti”, era como una galería de arte, como un museo de pintura a pequeña escala, con libros, esculturas, cuadros, grabados, estanterías y estanterías de materiales dispares, con un sabor antiguo, con un olor a pergamino y papel nuevo... entramos en su comercio como si hubiéramos entrado en un santuario, en donde un cuadro de Agnus presidía la mesa donde ella se sentaba a repasar facturas o a clasificar todo aquello que a nosotras nos parecía inclasificable.

Una chica joven atendía a dos turistas que querían comprar alguna cosilla para llevarse a casa y ella, mientras tanto, nos enseñaba su rincón favorito de la trastienda, donde según nos contó, nuestro padre daba clases de pintura a algunos niños y donde ella forjaba las cruces celtas que luego exponía en los escaparates.

Había algo de mágico en la fabricación de cruces, era como si los turistas pretendieran llevarse parte de la magia y el misterio de la Escocia medieval que vivía en la conciencia colectiva de medio mundo. Aquellas cruces místicas que pertenecían a tiempos remotos en los que el cristianismo se mezclaba con la mitología pagana celta, eran como un tesoro para las gentes que habían leído o visto películas sobre etapas de la historia antigua: símbolos pictos, cruces y nudos celtas, collares de serpientes que se mordían su cola, anillos, aros concéntricos, espejos con relieves, mitología, hadas, duendes,

runas, árboles con los tallos entrelazados en nudos imposibles, cientos de cosas que todo turista deseaba encontrar por su carga de significado y por su casi autenticidad. Colgarse en el cuello un nudo celta comprado en Escocia como que da la impresión de ser mucho más auténtico y es sin duda un bello recuerdo.

Catriona lo hacía todo ella. Durante los largos y crudos inviernos podía hacer cientos de pequeñas piezas y dejar todo un stock preparado para cuando comenzara la época turística, aunque cada vez era más común que durante todo el año hubiera turistas en Inverness.

- Me faltan los cuadros del lago. Vuestro padre siempre me proporcionaba pinturas del lago sin repetir ni una sola... siempre el mismo y siempre distinto. El lugar era realmente impresionante, como viajar en el tiempo hasta un mundo de fantasía en donde aún vivían las leyendas y los misterios, donde se podía encontrar cualquier cosa de cualquier significado, donde lo cristiano se mezclaba con lo pagano, donde las estatuillas de San Columba y San Mungo se mezclaban con las de hadas y donde la fe se mezclaba con la magia con una naturalidad pasmosa. Estoy segura de que si mi madre hubiera visto esa tienda se hubiera comprado dos estatuillas para ponerlas en aquel altar que tenía ella, junto a las de San Nicolás, San Blas, la Candelaria y las estampitas del padre Pío.

Nosotras no compramos ninguna estatua de los santos patronos más conocidos de Escocia porque, simplemente, éramos ateas y no sabíamos a quién regalárselas, pero nos llevamos unas hadas y unas tobilleras de piedrecitas para las niñas, un nudo celta prendido de una cuerda de piel para el niño, a juego con una pulserita también de piel, compré unas similares para mis dos Lolitas y Andrés, y junto con las botellas que llevábamos desde Glenfinnan, era todo el cargamento de artículos de regalo que habíamos ido adquiriendo.

A mí me daba la impresión de que a veces hasta me olvidaba de mi familia, de la otra parte de familia quiero decir, la que me esperaba en España y que al parecer no me echaba tanto de menos porque podían pasar perfectamente sin mí.

Joder, y eso me daba una sensación de alivio difícil de explicar por más mal que suene.

No sé, saber que podían estar sin mí, que no era tan imprescindible ni tan indispensable me hacía sentir bien. Sé que a muchas madres les ocurre lo contrario, cuando se dan cuenta de la independencia de los hijos y de la autonomía del marido, que les ha costado 30 años más conseguir que a sus

madres, se sienten como inútiles, como abandonadas... joder, yo me sentía de puta madre, como si tuviera la sensación de que había hecho las cosas bien, como si pudiera decir eso de “misión cumplida” y aún me quedaba lo mejor de todo. Con apenas 40 años me veía con fuerzas para hacer cualquier cosa que me propusiera. Tenía ante mí el reto de ayudar en los negocios de mi hermana, quería estudiar y por fin había cumplido uno de mis sueños; viajar. Mi hija era ya mayorcita y mi marido más que una carga como mis dos antiguos cuñados, es un sol, así que veo como si mi vida se extendiera frente a mí tal como se extienden estos lagos en un amanecer casi de verano, cálido, nuevo, luminoso y vivo.

Seguimos recorriendo la ciudad hasta encontrar lo que Fe llevaba toda la mañana buscando: un establecimiento de bellas artes, es decir, un lugar donde adquirir pinturas y lienzos, carboncillos y pinceles, todo cuanto le hacía falta para comenzar a pintar en el estudio que fue de nuestro padre. Había estado temiendo tener que venir con nosotras en el avión para poder comprarlo en Glasgow, en aquella tienda donde compró sus primeros blocks de dibujo.

Nuestros planes habían cambiado y habíamos olvidado la primera idea de hacer un recorrido completo, dejando la otra parte de Escocia para el año siguiente, cuando volviéramos en vacaciones. Teníamos todas tan claro que íbamos a volver que ya teníamos hasta los planes hechos para entonces, salvo que yo, dijera lo que dijera, pensaba volver con Jordi. Quería que él viera lo mismo que yo, quería compartirlo todo con él, quería perderme de nuevo y volverlo a descubrir con sus ojos. Quién sabe, tal vez, dentro de unos años, cuando mi hija ya no sea una adolescente alocada y pueda viajar con su madre sin pensar que soy un rollo de tía, pueda venir con ella también y volver a descubrirlo todo por tercera vez, crear con ella el vínculo que no tuve con mi madre, revelarle esta parte de mí. Espero poder hacerlo. Sé que lo haré.

La misma mañana del viaje nos levantamos algo resacasos y nubladas, más o menos como el cielo, que prometía lluvia. Caímos en la cuenta de que ni un solo día de nuestra estancia había llovido y lo tomamos como una buena señal, una de tantas.

La noche anterior nos despedimos de todos nuestros nuevos amigos con una paella monumental en un conocido restaurante de cocina española llamado “La tortilla asesina”. Fue alucinante comer paella allí, en Escocia, yo creo que más por lo raro que nos resultaba encontrar un restaurante “tipycal Spanish” que por otra cosa. Mezclamos vino español con whisky y el resultado fue una cogorza de campeonato en la que intentamos enseñarles a bailar sevillanas, y

eso que no tenemos ni puta idea.

Me revienta lo típica que puedo llegar a ser.

Me he pasado media vida diciendo que todos los españoles, sobre todo nosotros, no somos andaluces, ni toreros, ni flamencos y en cuanto me dejas suelta con un par de copas me arranco por sevillanas. Hay que joderse. Menos mal que la buena disposición de los escoceses para la fiesta es muy similar a la nuestra... con un poco que nos animen la liamos parda.

Estábamos abotagadas en el momento de despedirnos dejando a Fe abrazada a Brian y sin una sola lágrima en los ojos. No era una despedida habitual.

Había todo un mundo nuevo que explorar para ella durante ese verano, lleno de expectativas y de sueños, así que creo que hasta nos vio partir con un poco de alivio y con ganas de empezar su propia aventura.

Cuando nos dimos cuenta estábamos en Glasgow otra vez, esperando el avión que nos iba a llevar hasta España, cansadas, resacasas y algo nerviosas porque las vueltas siempre tienen menos perspectivas que las idas, y sobre todo porque a nuestro lado Pity estaba callada como una tumba, seria, pensativa, dándole vueltas y más vueltas a su pasaporte entre los dedos, mirando los letreros donde se anunciaban los vuelos como con ganas de salir corriendo de allí.

Creo que nos lo vimos venir pero no quisimos adelantar acontecimientos, sino que nos dedicamos a esperar a que fuera ella misma quien se atreviera a dar ese paso que solo ella podía dar.

No fue hasta la hora de facturar el equipaje, cuando ya la decisión podía ser irrevocable, más por pereza y por inercia que por voluntad propia, que al fin se decidió.

- Me quedo.

María flipó en colores.

- ¿QUEEEEEÉ?

- Que me quedo. Voy a cambiar el billete... hay un avión para Reikiavik en tres horas... me voy a buscarle... tengo que ir, tengo que hacerlo.

Joder, ¿qué podíamos hacer? La abrazamos y le dimos todos los ánimos que pudimos, facturamos las maletas y en el poco tiempo del que disponíamos la acompañamos al mostrador para que pudiera sacar un billete en el próximo avión que saliera con rumbo a Islandia, que en efecto era unas cuantas horas más tarde, y eso que había tenido suerte.

Hasta allí llegaba nuestra aventura y era el momento de otra separación.

Dejamos a Pity, esta vez sí con unos lagrimones en los ojos y la esperanza

intacta, dándole vueltas a su pasaporte, esta vez con la única postal que Pau le había mandado meses antes y que llevaba la única dirección en que podía encontrarle. Supe que mi hermana era una de las tías más valientes que jamás me había tirado a la cara, que estaba saliendo a buscar su destino, que iba a intentarlo y a conseguirlo. Supe que en eso sin duda había salido a mi padre, no a mi madre que nunca se atrevió a hacer nada de lo que mis hermanas sí se habían atrevido, a buscar y luchar por ser ellas mismas y por encontrar la felicidad allí donde cojones se hubiera escondido, ya fuera en las Highlands o en un glaciar del Islandia, ya fuera en un apartamento frente al Mediterráneo o en el fin del mundo. Joder, fuera donde fuera.

- ¡Llámanos! – Le grité desde lejos ya medio embarcando y su pequeña silueta se fue perdiendo entre la gente, entre las luces y la distancia.

La imaginé en esas tres o cuatro horas allí sola, la imaginé arrepintiéndose de su decisión y también afirmándose en ella, la recordé aquella mañana cuando tiró para siempre la bolsita de farla por el inodoro de un bar porque vivir, de repente, se había convertido en algo trepidante para lo que no podía insensibilizarse. La recordé cuando nos propuso trabajar con ella para poder tener un año sabático, y caí en la cuenta de que tal vez entonces ya había comenzado a fraguar el plan de irse a buscarlo sin saber si tendría el valor necesario para ello, y que la historia de Angus con mi madre, así como la de Fe con Brian, habían terminado de decidirla.

Quiero pensar que la tarde que echamos a volar las cenizas de mi madre sobre aquel acantilado se imaginó a sí misma perdiendo la oportunidad de ser feliz, perdiendo para siempre la esperanza y las ansias de vivir, que se vio abocada a una vida gris de trabajo como había sido hasta entonces y que se dio cuenta de que los momentos realmente hermosos de su vida adulta habían sido aquellos en los que tenía a Pau al lado.

Miré entonces a María que volvía a la soledad de su casa frente al mar y le apreté la mano que descansaba sobre el reposabrazos mientras oíamos el ruido de los motores, preguntándome si para ella habría también más oportunidades. Me sonrió.

- Yo estaré bien. - Me dijo sin más, como si supiera de antemano lo que yo pensaba. Sus ojos parecían brillar con lágrimas, pero ¿quién no llora en las despedidas?

- Mejor sola que mal acompañada.- Añadió. Sonrió tristemente, sin dejar que la sonrisa llegara a su mirada.

- Joder María, tú nunca estarás sola.

- Lo sé.

Y mientras el avión tomaba rumbo a España sacó de su bolso de mano la libretita que había comprado quince días atrás en Glasgow y comenzó a escribir.

- Lo sé.

Fe. Una vida nueva.

Había algo que nunca me atreví a compartir con mis hermanas durante todo el viaje, algo que no sé si hubiera sido capaz de decir en voz alta y que a mí misma me costaba reconocer.

Era la soledad.

Dicen que en Escocia a veces se siente una extraña melancolía, como una sensación de nostalgia, de misterio o tristeza.

La maldición celta como la llama Brian.

Yo no me había librado de sentirla, pero, por más que lo pienso, aún no se decir por qué.

En mi vida he podido ser muchas cosas, pero nunca fui una mujer dada al romanticismo ni a la mística, jamás me había parado a pensar en el significado de mi ansiedad y mis tristezas, aquellos momentos en que me encerraba en mi caparazón y que solían terminar en cualquier boutique de moda exclusiva de Barcelona, como si eso fuera una cura de burro para algo que en aquel entonces no sabía cómo encajar en mí.

Creía de mí misma que era práctica, pragmática, fuerte, moderna, bella, feminista, culta y librepensadora, una mujer hecha a sí misma que poco o nada tenía que ver con muchas mujeres de mi edad o de mi estatus social. Creo que quise llenar los vacíos de mi vida con piezas materiales, con colores de moda, con cultura prestada, filosofía de andar por casa y sabiduría de aquella que se acopla a lo que más nos conviene en cada momento.

El vuelco que había dado mi vida, James, Jaume, mi madre, mi nuevo padre y mi condición de bastarda me habían sacado por fin a empujones de un lugar de mí misma falso y en el que nunca quise estar pero que acepté porque alguien lo creyó correcto para mí y me convenció de ello.

Alguien decidió, alguien quiso que yo fuera quien fui, y yo simplemente hice lo que se esperaba que hiciera. Sin más.

La inercia de la vida, las decisiones equivocadas que parecen correctas, las ambiciones que suplen carencias, el sexo que suple el amor... vete a saber que fue de todo. Aún no lo sé, pero ahora tampoco me importa.

La primera noche que dormí cinco horas un tirón en cinco años fue la noche en que me acosté con James en aquel hotel de Barna.

Una especie de grieta en el caparazón, algo que pugnaba por escapar por entre

algún resquicio de mí y que aun así no lo lograba.

Luego volvieron las noches sin dormir, el funeral, aquella casa de la que hui a los cuatro días para encerrarme a pintar en la de mi madre, aquellas noches en blanco, aquellas largas horas de cafés con leche y pastillas, de ansiedad.

Me levantaba con los ojos como platos y me asomaba al balcón de la calle para ver el pavimento oscuro, los parterres fantasmagóricos, las flores aún inexistentes y la luna escondida entre los tejados de la ciudad.

Creí que no volvería a dormir nunca.

Que aquella noche en Barcelona había sido tan solo un pequeño alivio y nada más, algo pasajero. Sin duda creí que me pasaría como a mi abuela, que se pasó cuarenta años sin dormir, desde que se quedó viuda hasta que murió.

Veía dormir a Pity en el hotel de Glasgow y me moría de envidia, mientras yo apenas conseguía dormir tres o cuatro horas al día.

Tal como hacía en casa me asomaba a las ventanas del hotel y la vista en la oscuridad era muy similar a la de mi casa, la luna entre los tejados y el pavimento oscuro, las casas sombrías en la noche y aquella sensación de soledad que me llenaba hasta ocuparme por entero.

La primera noche en Inverness hablando con Brian pasó tan rápidamente que no me dio ni tiempo de pensar. No tenía sueño, como de costumbre, pero estaba él espantando el desamparo y la melancolía que eran mis acompañantes nocturnas inseparables.

La segunda noche fue lo peor.

Se me ocurrió levantarme a mirar por la ventana, como había hecho cientos de veces durante los últimos años, pero entonces no había tejados, ni parterres, ni edificios. La luna brillaba entera en un cielo oscuro pero limpio, a lo lejos se veía el resplandor lejano del lago y la silueta de las montañas. Una especie de escalofrío me recorrió la espalda, y me sobrecogió tanto la belleza nocturna del paisaje como la certeza de que había llegado al fondo de mi soledad, de mi tristeza. Me quedé sentada en el sillón tapada por una manta a cuadros, viendo como, poco a poco, comenzaba a amanecer sobre aquel hermoso lugar y cómo mi melancolía se tornaba cada vez más profunda.

Si había habido siempre tristeza en mí durante momentos como ese, ahora, frente a aquel bello amanecer en las Highlands, se volvió insoportable, más dura y honda, más negra que nunca.

Hubiera querido no estar sola, poder compartir tanta belleza, tener a alguien en mi abandonada cama durmiendo, alguien que en un segundo hubiera venido hasta mí para abrazarme, simplemente abrazarme y quedarse contemplando a

mi lado cómo el cielo se iba tiñendo de color, cómo se iban perfilando los montes, cómo iban apareciendo los caminos, cómo amanecía en medio de una paz que mi alma ansiaba tanto que hasta llegaba a doler, una paz que no había encontrado en ningún lugar del mundo y que solo allí y en ese momento, parecía posible.

Pero estaba sola, y amanecía, y yo no podía compartir tanta belleza con nadie. Enrollada en la manta para mitigar un poco el frío de la noche, pese a ser casi verano, con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada en las rodillas, me quedé mirando un horizonte desconocido.

Un nuevo horizonte.

A lo largo de los días, en medio de cualquier paisaje, en medio de cualquier lugar nuevo, por rutas desconocidas para nosotras, la melancolía surgía como un fantasma.

Era curioso observarla en los demás.

De repente nos quedábamos quietas dejando que una mano invisible nos acariciara la espalda con un solo dedo, poniéndonos la carne de gallina, silenciosas, sumidas en un mutismo que nos aislaba voluntariamente de todo y que nos permitía fundirnos con lo que fuera que estuviéramos contemplando. Creo que mi hermana decía que estábamos haciendo nuestro todo aquello que veíamos por primera vez, que intentábamos reconocer el pulso y la vida de aquellos lugares, que podíamos aprehender el espíritu de nuestro padre entre las cosas que le pertenecieron, como aquellos atardeceres y aquellos lagos, aquellas montañas y valles, aquel verde intenso y el azul de cielo más limpio y brillante que jamás habíamos visto antes.

Brian dormía mientras yo salía sigilosa de la cama y me asomaba cada noche a la ventana de su habitación. Creo que lo llamaba mentalmente.

Quería que se levantara, que viniera hasta mí y me abrazara. Simplemente.

No me valían las magníficas noches que compartíamos juntos, pese a que me daba cuenta de que eran especiales, de que comenzaban a significar mucho para mí.

Le pedía una señal que él no parecía dispuesto a darme, que tampoco entendía, que ni él ni nadie podían entender y que yo no estaba dispuesta a explicar.

Si era él, si de verdad era él, tendría que venir, abrazarme, curarme de esta soledad perpetua, de este miedo a la vida, de esta angustia, que por un lado se iba diluyendo a medida que encontraba las verdaderas raíces de mi vida, pero que por eso mismo se convertía en algo vital.

Quedaban tan solo dos días antes de que tuviéramos que salir para Edimburgo,

según los planes previstos que luego no hicimos, y él me había pedido que me quedara a pasar el verano en Inverness como si fuera algo tan normal y tan corriente.

Hacía una semana que nos conocíamos, cierto que habíamos intimado muchísimo por teléfono, pero ¿de verdad se podía hacer una locura de ese tipo? ¿De verdad?

¿Por qué esa sensación necesitaba de alguien que la conjurara? ¿Por qué yo sola no me bastaba para dejar de sentirme así? Tendría que saber a estas alturas de la vida que hay cosas que solo pueden ser verdaderas si salen del interior de una misma, si no dependen de otra persona, que la felicidad o la tristeza, que la soledad o la compañía están dentro de cada uno y no hay otra forma de atraerla o asustarla más que plantándole cara, que mirándola de frente, que revolverse sobre una misma para intentar atraer lo positivo y repeler lo negativo, y que esa lucha es una constante dentro de cada ser.

Me decidí a quedarme. No porque él me lo hubiera propuesto desde el primer día sino porque sabía que no podía volver a España sin haberlo intentado, sin dejar de vivir todo aquello que estaba viviendo con él, que tenía que apurar las sensaciones, que tenía que arriesgarme, aclarar mis sentimientos y sentir, dejar que creciera todo aquello que estaba naciendo entre los dos fuera cual fuera el resultado.

Joder, creo que me volví loca por Brian desde antes de conocerlo, desde que oí su voz la primera vez por teléfono, su acento tan peculiar, sus erres y sus tes tan rotundas, la suavidad que adivinaba en él, esa mezcla de rudeza y ternura que descubrí la primera noche que pasamos juntos.

Tenía que arriesgar. Nunca se dijo nada de los cobardes y yo había sido la tía más cobarde del mundo hasta entonces.

Como cada noche me levanté sin poder conciliar tantas horas de sueño y me asomé a la ventana. Reconozco que había dormido un poco más de lo habitual puesto que ya comenzaba a amanecer.

Volví a perderme en la belleza del paisaje, a dejarme llevar por esa súbita melancolía y a perderme en mis pensamientos. Esa misma mañana les había dicho a mis hermanas que pensaba quedarme una temporada y aún no entendía por qué ninguna de ellas había intentado realmente detenerme, por qué, pese a discutir los pros y los contras de mi decisión y llamarme loca, al final lo habían comprendido y aceptado plenamente.

Tal vez lo habían visto llegar antes que yo, tal vez imaginaban que eso iba a ocurrir y no les pilló desprevenidas, podía ser que me conocieran mucho

mejor de lo que yo suponía, porque tras el primer susto al darles la noticia y las explicaciones que tuve que darle a Espe, ninguna intentó hacerme recapacitar para volver.

De repente allí estaba él.

Ni siquiera le había oído levantarse de la cama, ni llegar hasta mí.

Pero estaba. Abrazándome por encima de la manta, pegando su cara en mi sien y contemplando el mismo amanecer que yo.

Creo que me estremecí y él lo notó porque frotó mis brazos como si quisiera darme calor. Por un momento creí que había confundido las sensaciones. No era frío lo que tenía sino la misma sensación de siempre... no podía pretender que lo comprendiera si yo no se lo contaba.

- Es la maldición celta.

Así, sin más. Podría haberme echado a temblar ante la frase creyendo que estaba frente a un loco esotérico, pero no sé por qué creo que supe enseguida a lo que se refería.

- En Irlanda lo explican diciendo que es como si un ganso caminara sobre tu sepultura, pero yo lo llamo la maldición celta... esa tristeza, esa melancolía, ese súbito sentimiento de soledad... creo que no hay nadie que se libre de sentirlo. En medio de la más disparatada fiesta, en medio del más bello paisaje, en el momento más sublime, de repente uno se siente solo, solo en medio de la inmensidad, solo mientras te rodea el mundo, solo y pequeñito, insignificante, sin llegar a comprender por qué se es capaz de sentir así, por qué de repente en medio de lo más elevado y lo más glorioso puede una persona sentirse más sola y más triste que nunca.

- ¿Tú también lo sientes a veces?

- Sí.

- ¿Y cómo haces para no sentirlo?

- Es imposible no sentirlo nunca, incluso creo que no es algo exclusivo de la sangre celta sino afín a cualquier persona, aunque esa tristeza que ensombrece la sonrisa suele ser muy común entre irlandeses y escoceses... no sé, creo que la vida misma produce angustia y que eso no es más que una forma de expresarla, de afrontarla tal vez... miras este amanecer y te sientes pequeño, te sientes fugaz, solo, como si notaras que la vida es un soplo, y te preguntas si de verdad estás viviendo como quieres vivir, te puedes llegar a preguntar hasta por el mismo significado de la vida... pero no hay respuestas, solo ves esos ojos tuyos reflejados en el cristal por donde te estás asomando, sin darte cuenta de que tal vez es dentro de ti mismo donde deberías mirar, en tu interior

y no en el exterior... este paisaje, esas nubes, este amanecer, nunca van a volver a repetirse, mañana tú y yo ya no seremos los mismos de hoy, la vida es breve y estamos solos... aunque podemos compartir esa soledad.

- Debe haber alguna forma de soportar esa sensación, de no sentirse tan solo... porque hasta en los momentos más bellos, en los más sublimes, has dicho...

- Creo que la soledad, la tristeza, la intrascendencia y la fugacidad se sienten mucho más frente a la sensación contraria, en compañía, en la alegría, en lo inmenso y en lo inmortal... por eso aquí lo estás sintiendo más que nunca. Mira ese paisaje, es bello, grande, eterno y vivo, lleva aquí miles de años, todo estará aquí cuando nosotros nos hayamos ido y seguirá igual siglo tras siglo hasta el fin de los tiempos. Tal vez los escoceses llevamos en los genes estas montañas, el ritmo inmutable y pausado de los lagos, la hermosura de los valles, la vida que ocultan y despliegan, por eso nos enfrentamos a esta sensación, porque llevamos la fugacidad de nuestra condición humana enterrada entre la eternidad de aquello que también nos pertenece y que llevamos dentro como un signo de identidad, tan nuestro y tan congénito como el color de los ojos o el de la piel.

- La maldición celta.

- Sí. ¿Lo sientes?

- Lo he sentido antes de que me abrazaras.

- Hay una forma mejor...

- Me da la impresión de que quieres llevarme a la cama.

- Por supuesto, pero no por lo que crees... si hay una forma de continuarnos, de ser eternos, de trascendernos es estando juntos, podemos morir un poco para poder vivir, para ser algo más que nosotros mismos, para no ser tú y yo solamente... no sé explicártelo, pero siento que ha de ser algo así... Como si estar dentro de ti lo curara todo, cualquier dolor, cualquier soledad.

Me giré a mirarlo alucinada. Había leído algo sobre la continuidad y discontinuidad del ser humano, sobre el erotismo y la muerte, pero nunca, hasta ese instante, lo comprendí, aunque tampoco sabría explicarlo... yo, que me había dejado aconsejar por Jaume en lecturas que jamás entendí, me reconcilié con aquellos libros que descansaban pesadamente en la estantería de aquella casa que había abandonado meses atrás, porque por primera vez pude comprender aquello que decían y que jamás había comprendido.

No lo podría explicar en voz alta ni aunque me fuera la vida en ello pero lo podía sentir, podía darme cuenta de que la filosofía, más que entenderse o leerse, tiene que aplicarse a la vida y que solo tiene cabida cuando se siente

de verdad.

Y quise sentirlo, otra vez, en medio del amanecer, entre los brazos de aquel hombre y de aquella historia que solo había hecho que empezar para ambos.

Volví a dormir, abrazada a su cuerpo, notando el calor de su piel, sintiéndome llena de él, de su semen que intentaba escurrirse de entre mi sexo y que yo no quería dejar escapar para no perder la sensación de tenerle dentro, dormí sin sentir de nuevo esa soledad, sin miedo de ningún tipo, sin dolor ni angustia.

Los pocos días que han pasado desde esa noche han sido como un remanso de paz, con él a mi lado, sintiendo el deslizarse lento de los días más importantes e intensos de toda mi vida, en los que curiosamente no hago más que pintar y esperar a que vuelva cada mediodía para estar juntos, charlando frente a un café, yéndonos a navegar los fines de semana hasta el lago en la barca que fue de mi padre, durmiendo horas y horas en la misma cama donde él soñaba con mi madre, abrazada a un cuerpo que por primera vez me ofrece tanta calma como tempestad, sintiendo que todo cuanto he vivido hasta ahora no ha sido más que un largo aprendizaje para poder valorar todo cuanto de verdad me rodea, toda la autenticidad de una vida que yo intenté llenar de cosas inservibles que por las noches no me proporcionaban ni un gramo de calor o compañía.

Entra la luz del sol por entre las ventanas mientras estamos abrazados en una suave cama con sábanas de hilo blancas, y entre el calor de su abrazo puedo notar la serenidad de una nueva mañana, la prometedora sensación de adhesión y complicidad que hay entre nosotros, la liviana pesadez de mi alma elevarse por entre las sombras y las luces de las montañas que se ven desde el lecho en un paisaje privilegiado.

Por primera vez sé que estoy donde quiero estar, con quien de verdad quiero estar y que soy yo misma, sin aditivos ni conservantes o colorantes que dibujen o camuflen una vida a la que le sobraba de todo, pero a la que le faltaba lo primordial.

Brian duerme abrazado a mí como si fuera un gesto mil veces repetido y que, sin embargo, es completamente nuevo.

Me pregunto si esto estaba preparado de alguna forma, si todo el recorrido que he hecho en mi vida para llegar a este instante no estaba predeterminado por gestos y hechos que otros hicieron antes.

Casi cuarenta años atrás, mientras era concebida ilícitamente en un hotel de Barcelona, comenzó a engendrarse también toda esta sensación, todas estas vivencias. Si mi madre hubiera perseguido al hombre de sus sueños en lugar

de quedarse en España, si no nos hubiera pedido que la trajéramos hasta aquí, si yo no hubiera decidido romper con mi vida anterior, no estaría viviendo nada de esto, Brian no sería mi amante sino un primo o un desconocido, pudiera ser que hubiéramos crecido juntos o que jamás nos hubiéramos encontrado y que lo que hay entre nosotros se quedara en el limbo de lo no vivido, dejando que la angustia vital que nos ha perseguido hasta ahora y que nos empujó a los errores, nos ocupara por siempre.

No le habría dado una oportunidad a la esperanza ni al amor porque no hubiera sabido nunca que existieran.

Es curioso ver como las decisiones que un día tomaron los demás han afectado mi vida, como han trazado un camino tortuoso y solitario por el que me he ido deslizando, solo que ahora, ese camino se ha tornado en un paseo cargado de significado y de calma, de la mano de Brian, rodeada de los lagos y las montañas que mi padre me legó en la sangre, en la memoria, en los genes, y que han espantado para siempre la ansiedad de vivir, la angustia de saber que en algún otro sitio encontraría la paz, porque este es el lugar donde ha estado esperándome desde siempre.

Pity. Islandia, capital Reikiavik.

Mi llegada al aeropuerto no fue más que una continuidad de nervios y de inquietud que sabía que no se me iban a pasar hasta que lo encontrara.

Aquellas tres horas en Glasgow esperando el vuelo y todo el rato en el avión, en el que no pude ni conciliar un minuto de sueño pese a que llevaba tres días sin dormir, creo que es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Por un lado tenía la conciencia de que estaba haciendo lo correcto, lo que de verdad quería y necesitaba hacer, pero por otro, las dudas y el miedo me atenazaban y creo que me impedían pensar con claridad.

Estaba histérica y necesitaba descansar, darme una ducha y dormir a pierna suelta durante veinte años, como la bella durmiente.

Una bella durmiente perturbada y completamente trastornada.

No hacía más que imaginar de todo, absolutamente todo: desde verlo en la cama con otra hasta que me rechazara de la forma más cruel y despiadada. Me veía a mí misma hecha un mar de lágrimas de vuelta al aeropuerto, a mi vida anterior, más vacía y perdida que nunca. Por segundos volvía la positividad y me imaginaba corriendo hacía él, como en el final de una película romántica. Creo que llegué a imaginar hasta lo que le diría al verlo, lo que él me iba a contestar, los cientos de preguntas que nunca le hice ni le respondí.

Todo acudía a mi cabeza mientras sobrevolaba el mar a no sé cuántos pies de altura y llegaba a una ciudad completamente desconocida que se mostraba ante mí como una promesa.

Tras recoger mi equipaje tomé el primer taxi que se me puso a tiro y le lancé la postal de Pau a la cara en un intento nervioso de mostrarle la dirección.

Joder que nerviosa estaba, que pena de persona por favor... era patética, tanto que me dio por reír ante la mirada atónita del taxista que no sabía qué hacer, si reír conmigo o tirarme del taxi a patadas por loca.

No podía ser tan fácil, tan simple.

Ahí estaba yo, apeándome de un coche frente a la casa en la que se suponía que vivía Pau, un edificio antiguo de esos tan pintorescos que salen en las postales y que a mí, acostumbrada a la regia y seria arquitectura de mi ciudad, me resultaba casi exótico.

Reconozco que me temblaban las manos cuando accioné el timbre que rezaba

en la postal, y creo que cuando escuché la voz de una mujer me quedé petrificada, pero me salió un hilo de voz, el suficiente para hablar y preguntar por él, ya casi medio inundada de lágrimas que no sabía si eran por el desengaño o por la emoción de haber encontrado por fin el final del camino tras tantos meses de desesperación y búsqueda.

Creo que ni me importó la negatividad que suponía escuchar la voz de otra mujer, creo que sentí celos, pero mezclados con una especie de alivio por saber que todo había terminado, aunque fuera de forma negativa para mí, pero terminado de una forma u otra, definitivamente, sin más nervios ni ansiedad, sin más sueños imposibles ni remordimientos, sin volver a darle ni un solo pensamiento a lo que pudo ser y no fue.

Volvería a casa y me dedicaría a llorar la defunción definitiva de aquel amor que podría haber sido grande y que yo convertí en minúsculo.

Lloraría la oportunidad perdida de ser feliz y de vivir de una forma distinta toda una vida que ya no podría volver a encajar en el mismo molde, estrecho y oscuro, por más que lo intentara.

- ¿Que està Pau?

Joder. Cuando me sale la vena catalana soy la ostia, de hecho, creo que le hablé en catalán en lugar de en castellano, pero Pau es Pau y se entendió perfectamente.

- Un momentet...

Flipante. Cuando oí esa voz con esas palabras creo que por poco me dio un yuyu.

- ¿Tu ets la Pity?

- Sí.

- Per l'amor de Deu, puja...

Tenía que ser su madre, ¿quién si no hablaba en catalán y además había reconocido mi propio acento, ahí, en la otra parte del globo?

Subí cargada con la maleta en una mano y con el corazón en la otra, sin saber qué esperarme, hasta que me encontré de frente con unos ojos grises que me miraron como si ya me conocieran de mucho tiempo atrás.

Aquellos ojos me recorrieron entera y luego se fueron directos al equipaje para dibujar una sonrisa cuando entendieron que había llegado para quedarme al menos durante una larga temporada.

Entré en aquella casa inundada de su presencia como si él estuviera ahí mismo, en cualquier habitación, esperándome.

No sé explicar lo que sentí. Creo que simplemente lo sentí a él.

Su perfume, su más primigenia naturaleza, su substancia, la esencia de todo aquello que Pau era para mí, la intimidad que habíamos compartido, su forma de ser y de estar en los sitios, la manera de expresarse con gestos y silencios, los secretos que no me había contado y los que se fueron revelando poco a poco durante aquel año de locura y amor, hasta la forma en que su cuerpo se dejaba caer al lado del mío sobre la cama, su personalidad más íntima y más recóndita, o su temperamento externo, aquello que mostraba públicamente, esa cara que daba a los demás y lo convertía en un ser especial, diferente al resto de hombres que conocí alguna vez antes que a él. Todo estaba marcado en aquel lugar que formaba una parte de él que yo no había advertido todavía.

Había huellas de su paso por aquella casa, huellas de su existencia, de su niñez, de su juventud... él había existido antes de que yo naciera y seguía existiendo mientras éramos unos desconocidos que la vida aún no había unido. Y, sin embargo, allí estaba yo buscándole, a miles de kilómetros de mi casa, de mi cómoda y práctica vida, a vuelta de toda una historia increíble y de unas vivencias que, por decirlo de alguna forma, me habían espabilado.

- Pau no está, pero puedes esperarlo, no creo que tarde mucho. – La seguí hasta el salón como un pato mareado, casi pisando sus huellas.- Está preparando una expedición a los glaciares y ha salido a comprar unas cosas.

- ¿Está haciendo de guía?

- Sí, claro... es lo que suele hacer cuando está aquí, trabaja como guía para una agencia de viajes, ya sabes, viajes de aventuras, pero siéntate, no te quedes ahí parada.

Me senté, y creo que sobre mí cayó de golpe todo el peso de la realidad, de la diferencia entre nosotros, de lo que mi estancia allí podía significar para él, para sus costumbres y ocupaciones, que por lo visto no iban a variar solo porque yo hubiera llegado de ese modo, de improviso un día cualquiera.

- ¿Puedo hablarte en catalán? Si me acuerdo, porque hace años que no lo hablo...

Y Dios mío si habló, creo que la buena mujer se estaba desquitando de los años de hablar en otro idioma contándome todo aquello que tenía que ver con Pau, con su hijo. Me enseñó su habitación, donde me hizo dejar la maleta y luego continuó con el resto del piso, con las enormes ventanas que daban a un paisaje urbano espectacular, con el salón decorado con un deje de hippie, clasicismo y naturaleza, me mostró álbumes de fotos de su infancia, de sus aventuras en los glaciares, de las excursiones con su padre y con grupos de turistas, me contó de su vida universitaria, de sus amigos y sus estudios, me

habló de su regreso unos meses atrás cuando dejó España y a mí, del reencuentro con su vida habitual tras ese año pasado en Barcelona antes de conocerme y tras nuestra ruptura, me habló de tantas y tantas cosas sobre él que yo no daba abasto a recopilar toda esa información.

Me costaba conjugar la imagen que yo tenía de Pau con todo aquello que me contaba.

Yo había conocido a un Pau como en hibernación, medio dormido en el ambiente estrecho de mi ciudad, aceptando un trabajo cualquiera lejos de su dinamismo y su educación para poder estar conmigo, me di cuenta de todo aquello a lo que él había renunciado para inventar un futuro en el que yo cupiera, hasta qué punto había intentado cortar sus alas para procurar una vida en común y cómo yo lo había estropeado todo con mi conformismo y mezquindad sentimental, mis leyes no escritas, mi ambición mediocre y mi realidad penosa de ser, como él me llamaba, un pez grande en una pecera pequeña. Siempre pensé que si yo no hubiera sido tan estúpida tal vez él no se hubiera ido jamás y, sin embargo, allí sentada frente a su madre y frente a las fotos de Pau deslizándose por un glaciar, supe que esos meses de separación en los que me había vuelto loca de dolor eran lo más positivo que nos podía haber pasado a ambos, porque si no, él aún estaría en España y conmigo, sí, pero no sería él.

Sería durante años una sombra del verdadero Pau, del hombre del que me enamoré en cuanto lo conocí, hubiera perdido esa espontaneidad, esa luz en la mirada, esa sonrisa cómplice y franca, esa vivacidad en los gestos, esos silencios que me abrumaban y llenaban las mañanas o las tardes de paz. Hubiera seguido hibernando por tiempo indefinido, perdiendo su esencia y su verdadera forma de ser, hasta que él o yo, o tal vez los dos, nos hubiéramos dado cuenta de que éramos unos extraños que habían estado mintiéndose el uno al otro, fingiendo ser quienes no eran solo por salvar un amor que nacía viciado de hipocresía.

Ahora tal vez aún estábamos a tiempo de salvarlo, aún quedaba la esperanza.

Si se hubiera quedado en España hubiéramos estado juntos, pero con el paso de los años entre nosotros solo quedaría la desesperación.

Había tenido que rehacerme a mí misma, ver con mis propios ojos el vacío inmenso en el que había edificado mi vida, comprobar lo que el paso de los años hace en dos personas que viven un amor frustrado y un amor fingido, mi madre con Agnus y mi madre con Albert, tenía que haber visto las secuelas de un divorcio como el de mis hermanas, las alas que a ambas les habían crecido

y lo valientes que habían sido al tomar sus decisiones en contra de lo que la vida parecía haberles marcado. Tuve que ver a Fe enamorada de nuevo y arriesgándolo todo por vivir una historia auténtica y vital con Brian, por alguien que de verdad parecía quererla y aceptarla tal como era, sin intentar cambiarla, alguien que había estado toda su vida enamorado de los ojos verdes que veía en los cuadros que mi padre pintaba, tal como ella había buscado sus ojos grises en cada hombre con el que se había acostado, sin saber que eran los suyos hasta que lo vio de nuevo tras más de veinte años. Tenía que haber pasado todo eso para que me diera cuenta de que podía darme con un canto en los dientes si de verdad tenía otra oportunidad con Pau, porque la vida, a veces, no da segundas oportunidades. Rompe definitivamente todo aquello que no cuidamos, dejando atrás todo lo que no valoramos en su justa medida cuando lo tenemos enfrente y no sabemos o no lo queremos reconocer.

Mi madre dejó pasar las suyas, pero mis hermanas y yo no íbamos a hacerlo. Yo no iba a esperar treinta años para dormir en un lecho de agua con el amor de mi vida. Quería hacerlo desde ese mismo instante, entre hilo y algodón, dormir con él cada noche, tenerlo al alcance de la mano, apoyar la cabeza en su hombro y saber que todo está bien y en el lugar correcto, enredar sus piernas con las mías, su piel con mi piel, quería engendrar hijos en esa misma cama, parirlos en ella, vivir toda la intimidad posible entre un hombre y una mujer sin dejar ni un solo resquicio al desánimo ni a la rutina, hacer de cada noche, de cada mañana, un nuevo comienzo para los dos.

Su madre me miraba intrigada, conociendo esa mirada perdida entre las fotos y en aquel rostro que llevaba meses sin ver y que ansiaba tener delante de mí otra vez.

- Estarás muerta de hambre, acompáñame, haremos café.

Fuimos hasta la cocina y mientras ponía la cafetera sacó una tarta típica de esas que mi madre también hacía en casa, una “coca mal feta”.

- Aquí cocino mucho como en España, aún me acuerdo de hacer muchas cosas, Dios mío, tienes que probar el bacalao, aquí los pescados son increíbles, te va a encantar, ya verás...

Tomamos café con leche y un trozo de aquel pastel mientras se hacía la hora de que Pau volviera a casa y de repente me di cuenta de que su madre no había intentado ponerse en contacto con él, no sé, llamarlo al móvil o algo así. Había estado tan impactada con todo, y estaba tan cansada por el viaje y las emociones, que no había caído en el detalle de que podría haberle llamado

para que volviera a casa antes de tiempo.

- ¿No podríamos llamarle por teléfono?

Solté de pronto, más nerviosa aún, notando como mi cabeza ya comenzaba de nuevo a fraguar teorías dispares sobre su ausencia, desde que estaba con otra, esa era la más recurrente, hasta que esa no era su madre sino una psicópata catalana que iba a clavarme el tenedor de postre en cuanto me pusiera borde.

- Podría haberle llamado, la verdad, pero quería conocerte primero...

Nos ha jodido.

- Además, ahora has tenido tiempo de pensar y tranquilizarte ¿no?

- Llevo meses recapacitando, pensando.

- Y, sin embargo sigues haciéndolo, sigues pensando, imaginando, viendo errores y aciertos... la vida es muy simple Pity, somos nosotros quienes la hacemos complicada, quienes nos empeñamos en un montón de cosas que luego ni siquiera nos llenan o nos proporcionan un poco de paz. Si has podido desprenderte de todo lo superfluo y hacer las maletas para venir a buscarle, creo que no solo lo quieres, si no que estás aprendiendo esa lección.

- Esa y muchas más lecciones, llevo meses aprendiendo lecciones, una tras otra, viendo errores propios y ajenos... joder, soy otra persona, me he dado la vuelta del revés desde que él se fue y no solo porque me dejara y se marchara para huir de una tía como yo, sino porque nada en mi vida ha sido más que una tapadera que escondía la verdad, todo ha sido un escenario en donde cada uno ha representado un papel y que cuando se ha acabado la función, resultaba que no era más que eso, una pose, un rol, un personaje que cada uno había inventado para enmascarar sus miserias.

La cara de aquella mujer era de alucine, creo que yo por primera vez veía esa verdad y hablaba como si ella pudiera comprenderme sin saber todo lo que había pasado durante los seis meses desde que Pau se fue, dejándome hundida en una puta miseria que no había hecho más que comenzar a tragarme.

- Te ha tenido que pasar algo más para que hables así...

Entonces fui yo quien comenzó a contarle todas y cada una de las peripecias de aquellos últimos tiempos mientras ella me miraba completamente callada y sin inmutarse de nada, como si hubiera perdido la capacidad de escandalizarse con algo.

- No he perdido la capacidad de asombro – me dijo luego- pero ya no me escandalizo por nada, el alma humana es imprevisible, así que aprendí hace mucho tiempo a no hacer juicios de valor y a aceptar cualquier cosa como una posibilidad real. No me escandalizas hija, la verdad...Lo que me hace gracia

es que te hayas tenido que reinventar de esa manera y hayas sacado fuerzas para venir hasta aquí, lo normal sería que te hubieras quedado en casa y te hubieras convertido en una amargada más, una de esas que nunca entienden que las cosas ocurren por algo, que todo tiene su razón de ser y que se puede aprender de los errores ajenos tanto como de los propios.

- Lo fácil hubiera sido quedarse, pero las circunstancias también han empujado.

- No creas, podríais haber hecho caso omiso a la última voluntad de vuestra madre y renunciado a viajar hasta Escocia, podríais haberla enterrado junto a vuestro padre y haberle llevado flores a su tumba cada 1 de noviembre, enterrar la posibilidad que su muerte os ofreció de trascenderos a vosotras mismas y convertirnos en aquello que ella misma había sido... no sé, creo que sois unas tías bastante valientes las cuatro, de hecho, no estarías aquí si no lo fueras.

- Pues estoy muerta de miedo.

- No lo estés, todo irá bien... ya no puede tardar.

Eso me había dicho alguna hora antes, o sea, que tardaba.

- Háblame de tu hermana la pintora, la que se ha quedado a vivir en Escocia.

¿Qué le podía contar que no le hubiera contado ya? Además, me estaba quedando dormida, notaba como si la cabeza me pesara dos toneladas, no sé si era efecto del avión, de tanto viaje, de las noches en blanco pensando en ese momento que estaba viviendo, o de saber que ya había llegado al lugar donde todo terminaría de una forma u otra. Intenté comenzar a contarle, de hecho creo que llegué a contarle, lo del cuadro de los ojos, aquella intuición, o recuerdo, o presagio de amor que había tenido el mismo día que decidió divorciarse del tonto el haba de Jaume y la escuché decir un “vaya intuición” con bastante animo. Mi historia, aunque dijera que no, la había fascinado, “podrías escribir un libro con todo eso”. Y dos también, uno con el antes y otro con lo que pudiera ocurrir a partir de ahora, con ese después desconocido que en la vida real nunca termina con un “fueron felices y comieron perdices”, pero si hubiera que escribir algo no sería yo quien lo hiciera, sino María, la aspirante a escritora de la que apenas le había hablado y a la que comencé a recordar en voz alta, con sus libretas en un parque de Glasgow, sin ocultar ya para nada la vocación que el tiempo, los complejos, un marido paleta y las malas costumbres le habían obligado a mantener en secreto. Eso me despejó un poco, pero al momento estaba otra vez dando cabezadas, y ya había pasado una hora más. Creo que algo dentro de mí dijo que hasta ahí había llegado, que no podía

continuar más tiempo despierta pese a que estaba ansiosa por verle. La ansiedad había dejado paso al sosiego, por decirlo de alguna forma, o bien era una forma de bajar los brazos definitivamente, de rendirme, de dejarme llevar y que fuera lo que Dios quiera porque no podía más con mi puta calavera.

Como en un sueño vi que me tapaba las piernas con una especie de mantita y que la luz se había ido desplazando hasta oscurecer lentamente... y luego ya no recuerdo nada más.

Me quedé completamente frita en el sillón.

No sé cuánto rato estuve dormida, aunque me dio la impresión de que no fue mucho porque aún no era completamente de noche cuando alguien me tocó el hombro e intentó despertarme.

No fue hasta que no me llamó por mi nombre y reconocí su voz que pude abrir los ojos del todo, como platos, quedándome quieta sin saber ni qué decir ni qué hacer, qué cara poner ante aquella sonrisa y aquellos ojos que me miraban como si no pudieran creer que estuviera allí.

Pero estaba, me miraba y sonreía sin ningún tipo de sorpresa, como si supiera que solo era cuestión de tiempo el que yo fuera a buscarle, el que yo llegara con mi maleta para encontrarme con lo más definitivo.

No hablamos, simplemente me besó y yo me dejé llevar por aquellos labios con los que llevaba seis meses soñando, como si no hubiera pasado el tiempo, como si tan solo fuera ayer el día que se marchó dando un portazo mientras yo le gritaba y eso no fuera más que la reconciliación esperada, la calma tras la tormenta, un reinicio, una continuidad.

Pero yo no era la misma y no había nada que continuar. Aquí y en ese momento ambos empezábamos de nuevo.

María. Súper Pop y chicles de canela.

Madre mía. ¿Qué hago mañana para comer? ¿Y hoy para cenar?

Esa es la pregunta más recurrente de la historia, la más repetida, la que más veces nos hemos hecho las mujeres a lo largo de la historia: ¿Qué coño hago para comer? Mucho más que la de ¿quiénes somos y a donde vamos?

Y como siempre que me pregunto esa gilipollez tan trascendental en la historia de la humanidad, me acuerdo de Zoe Valdés cuando en su libro Caruquita Martínez se pregunta en medio de una Cuba que agoniza de hambre: “¿Qué cocinaré virgencita?” E inmediatamente se pone a recordar al Uan, el hombre de su vida, mientras mira el Malecón de la Habana.

Algo así me ocurre a mí, salvo que yo no tengo a ningún hombre en mi vida, dudo que el padre de mis hijos haya sido mi gran amor y mucho más que de pronto pueda encontrarlo, aunque la verdad es que también miro el mar, he bajado hasta la playa para escribir ahora que no hay gente y eso es toda una coincidencia.

Lo cierto es que no entiendo por qué nos pasamos la vida buscando eso que suelen llamar amor, por qué dependemos de otra persona para creer que encontramos la felicidad, cuando lo más probable es que nos complique la vida y nos la convierta en una mierda de proporciones bíblicas.

A ver, ¿qué posibilidades hay de que una persona de 42 añazos, recién divorciada y con sueños imposibles, encuentre pareja y que esta no sea más que una repetición de sus parejas anteriores, o sea, un cúmulo de inmaduros machistas que solo quieren que tengas la comida preparada a tiempo y la ropa recién planchada? A ver, ¿qué posibilidades hay de encontrar un tío como Brian o como Pau, tan modernos ellos, tan libres y emancipados de rancias costumbres, tíos que no tengan impreso en su código genético la cultura patriarcal que tanto les conviene?

Seamos sinceras, ni una ni media.

Esos tíos casi que no existen, al menos no por aquí, de hecho, mis hermanas han tenido que irse lejos para encontrarlos y a veces me da la impresión de que han tenido suerte, porque yo creía que hombres así solo existían en las novelas.

Bueno, ahora veo que no, que haberlos haylos, como las meigas, pero seguramente no son para mí. Yo no me muevo en esos círculos, no soy tan

joven como ellas, y los tipos que podrían fijarse en mí tienen como poco unos cuantos años más que yo, o sea, van por los 45, si no por más, y arrastran su pitopausia como yo mi futura menopausia, más o menos, salvo que a mí no me da por liarme con jovencitos ni comprarme coches deportivos, solo me dio por divorciarme, cosa que hubiera ocurrido de todas formas cuando mi marido hubiera dejado preñada a la tipa esa con la que está.

En fin, que no me voy a comer un roscó en mi vida, que ya puedo ir despidiéndome de las largas sesiones de sexo loco ocasional o permanente, de la intensidad, de sentimientos nuevos, como si ya fuera una vieja a la que la vida no le da más esa oportunidad.

Lo jodido de eso es que sé que soy mejor ahora que antes, es decir, me conozco mejor a mí misma y conozco mejor al sexo opuesto, con lo cual creo que es el momento en el que más podría disfrutar de una relación si la tuviera. Pero no la tengo.

Vale que puede que ya no esté para las sesiones maratonianas de sexo salvaje que me dejaban agujetas cuando tenía veinte años, puede que ya no lubrique con la misma facilidad, incluso puede ser que me haya vuelto más selectiva, porque reconozco que ningún hombre me atrae, pero al mismo tiempo creo que ahora disfrutaría mucho más.

Más sabe el diablo por viejo que por diablo dicen, y seguramente es verdad.

Todo lo que sé es por experiencia, lo he ido aprendiendo con los años, con las noches y mañanas y tardes y siestas que he tenido. No venía impreso en mis genes, sino que es un aprendizaje de años lo que me avala como amante experimentada.

Mis relaciones con los hombres siempre han sido un poco complicadas, difíciles la verdad, a veces creo que si el gilipollas de mi marido me pescó es porque me resultaba el más cómodo, el que menos me exigía y por eso terminó siendo incómodo y me llenó de exigencias.

No logro entender cómo soy con respecto a los hombres, aunque creo saber por qué, a veces me he planteado si no seré bollera porque es que con ellos no atino. Luego se me van las dudas, como que no, vamos, pero se me queda ese resquemor de lo mal que siempre me he llevado con el género opuesto, de lo poco, poquísimo que los entiendo y de lo poco poquísimo que los conozco.

Claro que en la época que crecí, con lo que viví y yendo a un colegio de monjas no sé cómo he salido tan normalita dentro de lo que cabe.

Lo primero que recuerdo de los hombres es el sueño que dan.

Sueñas con ellos al principio, luego duermes con ellos y terminas rezando

para que se acuesten pronto y se duerman de una puta vez... más o menos, con pequeñas variaciones que suelen corresponder al momento hormonal del mes, a la edad, o a la cantidad de años que lleves durmiendo en la misma cama.

Mi más antiguo recuerdo masculino no traumático, porque el primero es realmente asqueroso, no sé por qué lo recuerdo ahora, no es mío, o sea, no me pertenece a mí sino a Espe que me pidió que la acompañara a su primera cita con un chico porque le daba apuro ir sola. Era una mañana soleada de sábado, yo tenía unos doce años por lo que ella tendría sobre los diez u once, pero en eso, como en casi todo, estaba la niña muy adelantadita.

Pasamos primero por el kiosco porque yo insistí en comprarme la Súper Pop y mi hermana aprovechó para comprar la última moda en chucherías: chicles Cheiw de canela... realmente increíbles.

Hasta en eso me llevaba ventaja.

Yo era una pazguata que se sonrojaba cuando le tenía que dar la paz a un chiquito en misa de once, de hecho, hubo un chico que me gustó un año entero porque había tocado su mano en misa, uno igual de tonto que yo porque nunca me dijo nada, aunque me buscara cada domingo y se pusiera siempre en el banco de delante del mío.

No sabía qué hacer con los chicos, diría sin ambages que me daban un pelín de miedo incluso.

Cuando llegó aquel noviete de Espe, con la melenita larga a lo Miguel Bosé, pantalones vaqueros estrechos de pitillo y zapatillas Converse, con una de aquellas flamantes sonrisas que solo tienen los elegidos y los novios ajenos, me quedé muerta.

Reaccioné al revés, es decir, me comporté como una tonta, metiéndome en sus conversaciones, riéndome por cualquier cosa, comentando la revista que me acababa de comprar, sin dejarles en paz ni un minuto, interrumpiéndoles y sentándome en medio de ellos en el banco. Vamos, como una cría de ocho años en lugar de los doce que tenía.

Lo que más me ha hecho reflexionar siempre ha sido la reacción de Espe, quizá por eso no se me ha podido olvidar jamás aquella anécdota. Cualquier otra chica de su edad que quisiera tontear con el guapito de turno se hubiera querido meter bajo tierra, se hubiera avergonzado o reído de mí... ¡si lo pedía a gritos!

Sin embargo, ella no: se reía de mis tonterías como quitándoles importancia, como si de verdad fueran graciosas, tal vez lo fueran, o al revés, aceptando que lo que pudiera decir era tan válido como cualquier otra cosa, no se enfadó

conmigo ni me pidió que me callara, ni se puso incómoda, todo lo contrario. Cuando aquel aspirante a cantante le preguntó: “¿Qué le pasa a tu hermana?” ella solo le contestó: “¿Y qué te pasa a ti?” y acto seguido se levantó del banco y se despidió de él hasta otro día.

- Pero ¿qué haces? – le dije yo estirándole la manga y bajando la voz.- Si es guapísimo...

- Sí, pero es tonto.

Y esa creo que es la diferencia que ha marcado un matrimonio feliz de uno desastroso.

A mí me valían guapos, masculinos, sutiles... a mis hermanas no, por lo menos no simplemente guapos, por eso ellas están con hombres y yo fui a parar con un gilipollas.

Porque me valían guapos. Solo guapos.

Vale que tampoco haya que hacerles un test de inteligencia al conocerlos, vale que Fe se equivocó con Jaume y que la inteligencia de él era una especie de tapadera para sus movidas, y su filosofía de vida una excusa para sus infidelidades, pero al menos era inteligente y la trataba bien, de otra forma, sí, pero no a patadas como me trató mi marido a mí, no con esa desigualdad ni con esas lapidarias necesidades masculinas de sometimiento femenino. Hasta el tonto el haba de Jaume estaba libre del machismo social imperante en las relaciones de la gente que como yo ronda los cuarenta y tantos y nos hemos visto obligadas a vivir y crecer en un ambiente todavía muy arcaico y patriarcal, a medio camino entre lo que Dios manda y lo que va cambiando la vida.

También he pensado que la cultura y la educación han marcado ese comportamiento, pero el marido de Espe solo es tres años más joven que mi ex y no se parece en nada a él, con lo cual deduzco que no es solo eso, sino que hay un mar de fondo completamente diferente.

El amor, algo tan simple y tan profundo como eso.

No sé... imagino que si de verdad quieres a alguien no lo llenas de tus complejos ni de necesidades absurdas, si de verdad quieres a alguien le dejas crecer, le dejas elevarse por encima de lo terrenal, le dejas encontrar la felicidad a tu lado, pero no le llenas de imposiciones y de normas sociales no escritas.

Simplemente respetas su autonomía personal.

Creo que para llegar al matrimonio se tiene que tener vocación, no dejarse llevar por lo que dictan las normas que es normal, como si no hubiera más

camino que ese, como si el fin de la vida de cualquier persona sea el “creced y multiplicaos” que nos han enseñado siempre. Familia, matrimonio, hijos... Joder que cruz si no es lo que de verdad quieres hacer. Tendría que ser una elección, no una imposición y tendría que estar basado en los sentimientos, no en las costumbres.

Ay Dios, creo que nunca voy a entender a los hombres. A veces creo que solo están casados porque les resulta más cómodo y barato. Si tuvieran que desplazarse o pagar para tener una asistente, una enfermera, una puta, una planchadora, una limpiadora, sería muchísimo más caro y pesado. Casándose lo tienen todo resuelto.

Y nosotras, las gilipollas de nosotras, les recordamos sus compromisos, su agenda, les lavamos y planchamos las camisas, les preparamos sopitas y medicamentos, limpiamos el lavabo lleno de espuma de afeitarse y abrimos las piernas cada noche, porque eso es lo que nos han enseñado a hacer.

No caemos, al menos yo no caí en la cuenta, de que tiene que haber algo más, al igual que ellos no caen en la cuenta de que si los cuidamos es porque los queremos, no porque tengamos ninguna obligación, de hecho, confunden nuestra amabilidad con servilismo y el amor con la sumisión.

Ese era mi caso hasta que lo mandé todo a la mierda y me di cuenta de que para vivir no hace falta complicarse tanto la vida.

Ahora, aquí sola mirando al mar, como el bolero, no me imagino intentando ligar de nuevo, sumergiéndome en el mercado de compra y venta de corazones, volviendo a tener que vestirme para seducir. Joder, eso creo que no lo he hecho en mi vida. Seducir, intentar gustarle a alguien, poniéndome mona para salir de caza, como lo llama mi exjefa... no me veo, la verdad, además tampoco me gusta el rollo que se lleva.

Solo volver de Escocia, lo primero que hice fue llamarle para darle una de las pulseritas que habíamos traído de recuerdo, aquellas que compramos en el comercio de Catriona. A ella se la compré más cara de lo normal, más que a mi propia hija, no sé por qué coño hice eso, y he estado veinte veces a punto de cambiársela porque me jodía comprobar lo imbécil que soy, pero la verdad es que a ella, que es de esas divorciadas triunfadoras que pese a hacer suspensión de pagos en su negocio sigue viviendo a cuerpo de rey, no le podía llevar una pulserita de chica joven, de esas modernas de acero y piel... así que quedé para dársela y tomarnos un café en la plaza del mercado central, una zona de cafeterías y copas, rodeada de tiendas de ropa, zapatos y complementos de lo más cool.

Y esa mañana de café y recuerdos de Escocia se convirtió de repente en una cita para el sábado por la noche.

- Nena, ponte mona y unas bragas nuevas que nos vamos de caza.

Así me lo soltó.

No sé a qué se refería con lo de ponte mona, lo de bragas nuevas lo tenía claro, pero lo de ponerse mona, ¿qué coño era?

A ver, ¿vestirme para matar o algo así, con una falda chuminera de esas que dejan poco a la imaginación o lo que quería decir era que me pusiera mis mejores galas y las más elegantes?

Yo opté por lo segundo, cosa de lo que me alegro porque cuando la vi a ella y a sus dos amigas, que ya conocía de verlas por la inmobiliaria, por poco me da el yuyu.

No sé si hay algo más patético que esas cincuentonas que se creen tener veinte años.

Jooooder.

Entre semana son abuelas que van a recoger a sus nietos a la guardería, no tienen aún edad de nietos en el cole, que hacen la ruta del colesterol caminando, que ven “Saber vivir” en la tele y programas del corazón porque tienen bastante dinero como para no tener que trabajar más, si es que alguna vez lo hicieron, y los fines de semana se visten de tigresas para tirarse lo primero que pillan. No es que me moleste la liberación de la que hacen gala, pero sí la falta de elegancia.

Esa exageración en los gestos, esa sonrisa tímida que guarda una desesperación atroz, esos ademanes cándidos de cría de quince años que son incongruentes con las patas de gallo rellenas de botox, esos taconazos afilados que no disimulan la ingravidez de los tobillos, esas transparencias que dejan entrever un cuerpo que comienza a no ser joven, que va sucumbiendo lenta pero inexorablemente hacia la madurez, esas manos que muestran unas leves manchas oscuras y que sostienen cubatas de colores y cócteles molotov para sus organismos, whisky con Red Bull, como si fueran maquinetas poligoneras que necesitaran un chute extra de estimulantes, ese lápiz rouge Chanel tan discordante con las imperceptibles arrugas de sus labios, esa exagerada manifestación y ostentación económica frente a la necesidad de caricias prepago.

Mi exjefa me había prometido toda una noche de fiesta que te cagas, con esas mismas palabras, y yo, que soy gilipollas desde el día que nací, va y me lo creo.

Cena y espectáculo en un local donde se celebran despedidas de solteras y de casadas, uno de esos donde el mayor entretenimiento es que un tío untado de aceite te ponga el paquete en la cara a cinco centímetros de la boca ante la rechifla popular.

A mí no me gustó, la verdad, y no porque los tíos no fueran tremendos, que lo eran, sino porque ver a tantas tías divirtiéndose de esa forma me dio como una especie de vergüenza ajena. No sé qué hay de bueno en tratar a los hombres como durante cientos de años nos han tratado ellos a nosotras, como carnaza, como espectáculo, como fantasía erótica barata, como a un objeto. Ese oscuro objeto de deseo.

Si ellos nos han cosificado y nos han convertido en floreros o en adornos en su vida, o incluso, si nos han utilizado haciéndonos creer que somos puras o putas, según la inspiración del momento y los complejos que ellos mismos pudieran arrastrar, ahora esas mujeres que se creen liberadas hacen exactamente lo mismo.

Les tocan, les besan, les lamen, se les suben a las rodillas, se abren de piernas imitando una postura erótica, o se arrodillan frente a ellos en una clara performance de una felación, como si eso fuera lo más moderno y lo más transgresor del mundo.

Ahora que el sexo no es algo prohibido, que ya no hay tantas transgresiones que transgredir, que todo parece valer, ellas aún se creen modernas y libres por descargar sus complejos e inseguridades en esos chicos que se dejan hacer con una sonrisa en la boca y con un pene estrangulado con anillos de látex para mantener una erección, que dudo mucho que nosotras les pudiéramos provocar normalmente.

Me resulta atroz, la verdad.

Un hombre es mucho más que eso ¿no? Más que un cuerpo, más que un pene, y también más que una ristra de complejos arcaicos que han ido volcando en nosotras a través de los tiempos.

Creo que les agüé la fiesta y que probablemente me darán por perdida para su causa, pero no me importa. Su causa no es la mía.

Para terminar la noche nos fuimos a “Dance Trip”, un lugar espeluznante lleno de divorciados salidos, gente de mi misma edad y algunos cincuentones que en el peor de los casos venderían su alma al diablo por una noche loca y por una viagra.

Joder, vaya tela.

Y pensar que podría haber sido peor, no sé, ir a uno de aquellos lugares

específicos para ligones que iban mucho más acorde con la edad de mis compañeras de fiesta y en el que hay jovencitos dispuestos a convertirse en lobos y comerse a la abuelita de caperucita si hace falta.

Sé que a mi edad no tengo mucho mercado en el que elegir y tal vez aún menos en donde incluirme, pero eso era tan decadente, tan patético... era como estar trasplantada a otra época pero con treinta años más, Dios mío que horror empezar a ver caras conocidas, rostros que muchos años atrás había admirado, compañeras del colegio de las que nunca tuve noticias, chicos que de jovencitos las llevaban a todas de calle y que ahora, regordetes y calvos, se movían entre los estertores de la cocaína y del reagetón más tremendo y perro que puedan haber inventado. Refregones y sudor, cubatas y rayas, salsa y perreo... dónde había quedado la elegancia de los 80, joder, vale que fue una época a veces tonta, pero también sublime.

Dónde estaban aquellos jóvenes inconformistas que gritaban canciones de La Mode, de Aviador Dro, de Golpes Bajos, el punk de La polla Records o Kortatu, el romanticismo comercial de P. Lion, de Modern Talking o Talk Talk, coño, dónde se habían dejado a U2 o a Simple Minds ostia puta, ¿dónde?

Me volví loca como las cabras. Yo no vuelvo a ir a un sitio así. Me importa un pepino lo que piensen, no vuelvo. A ver, a mí me gusta la fiesta como a todo el mundo, pero no intento tener veinte años, porque simplemente no los tengo. Me gusta bailar, cantar, salir, pillarme una buena cogorza si hace falta, pero coño, hacer el ridículo es algo que siempre me ha dado terror.

No sé, como que es distinto. A veces me he ido de fiesta con compañeras de trabajo, con amigas de los cursillos del INEM, incluso con las compañeras de trabajo de Luis en las cenas de Navidad o fiestas del pueblo, y lo hemos pasado genial, hemos bailado, bebido, cantado hasta las 6 de la mañana y ha sido algo completamente diferente a esto.

No sé, como más natural, como si de verdad lo único que importara fuera pasarlo bien, sin más intención que esa.

Aquí la intención es otra completamente distinta.

Ellos creen pasarlo bien, salir y disfrutar, se creen modernos porque mojan algún sábado y porque esnifan coca, porque bailan los mismos bailes que sus hijos y porque no piensan en el futuro, como cuando eran jóvenes y todo estaba por llegar, salvo que ahora ya no hay todo un futuro por delante, sino un retazo de futuro. Ya no tienes toda la vida sino que ya tienes una edad, ya no hay día de mañana sino solo mañana, y sí, hay que disfrutarlo como si cada día fuera el último, pero sabiendo que no lo es, que aún hay muchos días que vivir

plenamente como para cometer los mismos errores del pasado.

Ya no hay luz en la mirada, ya hemos vivido demasiado como para que no se nos note en los ojos el desengaño y las tristezas acumuladas, ya sabemos a lo que vamos y no sentimos esa ilusión o esa esperanza, ya conocemos los secretos del amor y del desamor, ya nos ha sido revelado cualquier misterio salvo el último, ya no queremos experimentar sino constatar, ya no queremos enamorarnos sino ahuyentar la soledad, ya no pedimos amor a gritos sino sexo por compasión. Somos jóvenes aún... aún, me cago en la puta, aún. Si fuéramos jóvenes no diríamos ese aún cochino con el que siempre terminamos las frases que hacen referencia a nuestra edad.

Tenemos media vida por delante y yo por lo menos no pienso perder ni un solo minuto repitiendo los errores que ya cometí antes. No quiero beber hasta perder la razón, ni quiero despertarme en camas ajenas, como le pasaba a Fe, y sentirme vacía, no quiero convertir mi vida en una feria ambulante cada fin de semana, no soy más libre ni más liberal por hacer todo esto, no soy ni más moderna ni más joven, no quiero robarle la ropa a mi hija aunque alguna vez la compartamos, no quiero buscarme novio en medio de una pista llena de sudor y efluvios alcohólicos, no quiero que estos tíos, que no me hicieron ni caso a los catorce años porque era una pava, me lo hagan ahora que ya no tienen nada que ofrecer y a los que no tengo nada que dar, no quiero recordar viejos tiempos, no quiero verme reflejada en ese caleidoscopio psicodélico de gente que dejó la ruta del bacalao para retomarla veinticinco años más tarde, ni de gente que tras una vida monacal, o un matrimonio desafortunado, se está liando la manta a la cabeza.

No me da la gana.

Quiero ser yo, quiero vivir mi vida a mi manera, y si tengo un futuro, si la vida y el amor me tienen que dar una segunda oportunidad, llegará de todas formas, si es para bien siempre llegará, y si es para mal... me sobra tiempo.

Levanto la cabeza y miro el mar.

A estas horas de la tarde está precioso, con muy poca gente porque aún no es el golpe del verano, aún los niños van a clase y las madres trabajan. En menos de quince días esto será un hervidero de personas, de críos jugando, de madres gritando y habrá gente desde las 10 de la mañana hasta las tantas de la noche, incluso de la madrugada si es fin de semana, pero eso solo será por unos tres meses más o menos. Luego, el resto de año es mío, sobre todo durante el invierno que es cuando más me gusta el mar, en una época que aún no me ha dado tiempo vivir porque me mudé en primavera.

¿Cómo será mi primer invierno en la playa, mi primer otoño frente al mar?

La primavera y el verano ya los conozco, pero aún me faltan esas estaciones por vivir, por sentir, y seguro que son tan maravillosas o más que las que ya conozco.

- Hola.

Me giro sobresaltada, sin esperar verme de frente con aquel hombre que me sonreía entre tímido y decidido.

- ¿Puedo preguntarte algo?

- Sí, claro.

No sé por qué supe enseguida que no se trataba de ninguna dirección precisamente.

- ¿Estás escribiendo?

- Sí.

- ¡Joder, qué maravilla!... perdona... es que me sorprende, no sé, ver a la gente leer es mucho más normal que verla escribir ¿no? Soy Andreu, de Barcelona, me acabo de mudar hace poco. ¿Tú eres?

Le miré con suspicacia, preguntándome si ese tío no sería uno de los divorciados tontos de los cojones que habían llenado mi noche del sábado anterior.

- María. Vivo por aquí cerca, también hace poco que me mudé a la playa.

- ¿Divorcio?

- Pues sí. Divorcio.

- Como yo...

¿Pero qué coño estoy haciendo hablando de mi vida con un desconocido? ¿Y si se trata de un loco psicópata de estos que atacan a las divorciadas desesperadas por un poco de compañía?

- Seguramente nos veremos por aquí más veces, ¿verdad?

- Seguramente.

- Me ha encantado conocerte, te dejo, para que puedas seguir a lo tuyo... voy a correr un poco.

Me fijo que guarda un libro en la mochila antes de colgarla en su espalda y no puedo evitar leer el título, "El alquimista" de Coelho. Sonríe casi sin querer ante la lectura iniciática que tiene por delante, sin poder evitar preguntarme si captará el mensaje, si calará en él toda esa inmensa lección.

Y echa a correr a trote, como con pereza y me quedo mirándolo sin saber por qué.

Tiene los ojos bonitos pienso, y la sonrisa agradable también ¿qué habrá

pasado para que esté divorciado? Me veo a mí misma siguiéndole con la mirada y preguntándome por qué narices ese desconocido me ha impactado, por qué me ha abordado y me ha preguntado, si de verdad estoy tan salida como mi exjefa y sus amigas como para pensar en chorradas, pero de repente se gira y me dice adiós con la mano, sonriendo sin pretensiones de ningún tipo. Quién sabe, tal vez no estoy tan fuera del mercado como suponía.

Con el ego por las nubes y con la seguridad de que las cosas siempre suceden cuando son inevitables, no importa en qué lugar y momento, me vuelvo a casa y me conecto a Internet, voy a ver si hay alguien en el foro, y a ver si puedo hablar con mis hermanas, que llevan dos días desaparecidas.

Pity. Viva la vida.

Nos pasamos el día oyendo ese CD, como si fuera el único sonido que de verdad quisiéramos oír, o como si su título y sus canciones comenzaran a significar algo para nosotros. Viva la vida, de Cold Play. También me hace pensar en mi hermana Fe que es quien nos envió por internet dos canciones que ya son parte de nuestra banda sonora y que nos empujaron a comprar en disco entero. A veces me da la impresión de que cuando yo la oigo con Pau ella está escuchándola con Brian, como si no importara la cantidad de kilómetros que nos separan.

Entro en Facebook mientras escucho la música de fondo y estoy segura de que si Pau no hubiera tenido que irse no habría reunido el valor necesario para levantarme de la cama, pero su ausencia en ella es algo tan intolerable que no dudo en saltar a los pocos minutos de que él la abandone... y por fin duermo, Dios mío si duermo, mientras es de día, mientras el sol entra a raudales en lo que es un día casi perpetuo, en mañanas blancas y noches de una luminosidad increíble, tan clara y diáfana como podría ser cualquier otra mañana, salvo que casi en el resto del continente es de noche, en España es completamente de noche y mis hermanas estarán durmiendo con un calor espantoso mientras que aquí vuelve a amanecer y apenas llegamos a los 15 grados... pese a todo duermo como un bebé desde que comparto la cama con él, como si hubiera espantado todas y cada una de mis pesadillas y mis miedos, como si hubiera renacido.

En internet no hay nadie aún, pero decido dejar abierto el cuadro del diálogo por si aparece alguien mientras cuelgo las fotos que he hecho de mis cuatro días de excursión con Pau.

Decido mandarles un archivo a mis hermanas con la sesión casi completa de fotos y colgar solo las más interesantes... más que nada para no aburrir a nadie con mis correrías por los glaciares.

Sé que estoy haciendo tiempo para que vuelva Pau con la cena, que ha ido a buscar a no sé qué restaurante, sé que me impaciento ante su tardanza y que estoy deseando escuchar las llaves en la puerta, me vuelvo a la cama para esperarlo entre los recuerdos. No me acostumbro a que se vaya, no aún, no quiero acostumbrarme a sus cortas y necesarias ausencias, me he vuelto adicta a él... es la puta manía que tengo, vivir las emociones como una adicción o, si

no las tengo, inventarme adicciones que me hagan creer que estoy viva, como creo que he hecho hasta ahora durante toda mi vida.

Oigo las llaves y tras unos pocos pasos le veo entrar con una enorme sonrisa en la boca y con dos bolsas de comida japonesa.

- Te he echado de menos

Me dice de improviso, como si ese rato que estaba fuera hubiera sido tan insoportable para él como para mí.

Se acerca y me besa, me pregunta si he podido hablar con mis hermanas, si tengo hambre... sí y no son mis respuestas entrecortadas a sus preguntas nada inocentes, aunque puedan parecerlo. No me pregunta nada más, aparta las bolsas y me hunde en la cama mientras estira unas sábanas blancas sobre nosotros y jugamos a buscarnos entre ellas, como si fuera un juego de verdad y no una anticipación de todo lo que piensa hacer en cuanto me pille, el principio de todos los juegos que dice haber estado inventando para mí en esos meses en que soñaba con que tuviera los ovarios suficientes para seguirle y no obligarle a volver a España a buscarme, esos juegos que yo no sabía que él imaginaba sobre mi cuerpo mientras yo soñaba con el suyo, todas las imaginaciones febriles aumentadas por la distancia y el recuerdo de días pasados que ambos creímos que no iban a volver y que han resultado ser aún mejores.

- Te he echado tanto de menos

Me dice cuando logra ponerse encima de mí y arrancarme la poca ropa que me queda puesta y sé que no soy adicta a él como sustitución de nada, ni para creer que vivo nada ficticio, tal como hacía antes. Él es mi vida y mi única adicción posible.

- Yo también te he echado de menos.

Espe. Tarde de secretos y confesiones.

Parece mentira, pero no me acostumbraba a estar de nuevo aquí, en esta ciudad, alias pueblucho, y en la peluquería de Pity ejerciendo de encargada y de hija de puta oficial, es algo que como que no va conmigo.

Charo, la hasta ahora encargada me tiene filada y no me deja ni a sol ni a sombra, vamos, que me está haciendo la vida imposible. Y yo la verdad lo entiendo, porque hasta ahora ella había sido el ojito derecho de mi hermana, la chica de confianza, la que había mirado por el negocio como si casi fuera suyo, y de repente, cuando Pity se va y necesita a alguien que de verdad sea válida y con experiencia, que sepa todos los entresijos, los secretos de la profesión y del buen funcionamiento de todo, va y me envía a mí, una inepta neófita total.

Yo no puedo echarles una mano en las pelus cuando van hasta arriba de trabajo, vamos, que no sé hacer nada, ni poner rulos o hacer manicuras, que es ya lo más básico, sino que encima cuando he intentado tener iniciativa me ha salido el tiro por la culata, como con unos flayers que mandé imprimir y que por culpa de mi ignorancia publicitaria se entendía el mensaje al revés y resulta que regalábamos cortes de pelo gratis, cosa que no va muy acorde con la crisis económica nuestra y desde luego sí con la de las clientas, salvo que las clientas de Pity son de las que no están afectadas por la crisis y un corte de pelo gratis como que hubiera bajado el caché.

Esto es más complicado de lo que parecía en un primer momento, aunque tras quince días de meteduras de pata, vamos, desde que volvimos de viaje, por fin empiezo a coger el tranquillo. María me ha dejado sus apuntes del cursillo de marketing y finanzas con lo que espero no volver a meter la pata ni cometer más errores.

- Si esto fuera una multinacional tu error nos hubiera costado millones guapa, así que al tanto que va de canto. - Me soltó una María renovada que tomaba café con galletas integrales en la terraza de su apartamento, frente a los libros de contabilidad y las nóminas que yo había ido a recoger para entregarlas a las trabajadoras al día siguiente.

De reojo miraba la playa a cada instante, como si esperara ver algo en ella y aunque saludó desde lejos a un chico muy mono, supe que no era ese al que ella quería ver.

- ¿Estás esperando a alguien?
- No.
- ¿Ese era el tal Andreu?
- Sí, ¿a que es mono?
- Ya lo creo, está fibrado el tío...
- Pena que sea gay...pero es un encanto. El otro día me invitó a cenar a su casa y casi todas las tardes tomamos café, tiene un apartamento precioso aquí mismo, en la finca de enfrente... hace unos días me hizo una encerrona el muy cabrón.
- ¿Qué te hizo?
- Presentarme a su hermano por fin, está empeñado en que salgamos juntos alguna noche, dice que somos almas gemelas, desde que ha salido del armario y se ha divorciado hace de casamentero... y si él te parece mono su hermano ni te cuento.
- Mala puta.
- A ver, a lo que vamos, aquí están las nóminas de este mes; que te firmen una de las copias y la otra para ellas... espera un segundo y las termino de imprimir. Joder, menuda faena... el mes que viene hay que dar la paga extra, así que tengo que comenzar ya a ir haciendo los cálculos, y menos mal que el IVA fue el mes pasado y aún lo llevó el contable si no me da algo.
- ¿Puedes escribir? ¿Tienes tiempo?
- Voy haciéndolo por las mañanas y por las noches.
- Huy, desde ahí te llaman, parece que te dicen adiós... Están mirando hacia aquí, ¿verdad?
- Sí –dijo sonriendo y respondiendo al saludo-. Ese es el hermanísimo... Alejandro, está como un queso el jodido, solo un año más que yo, ya ves.
- Aún tiene que follar como Dios...
- Serás bruta.
- Será que miento, Jordi se lo monta mejor que nunca y tiene esa edad, la experiencia, querida, es un grado. ¿Has vuelto a salir con la locaza de tu jefa?
- Ni de coña... están salidísimas.
- Y tú no... claro...
- Yo simplemente, querida,- repitió el querida con retintín- lo llevo con más elegancia.

Me quedé mirando al tal Alejandro mientras se terminaban de imprimir las nóminas. La playa estaba casi a tope de gente pese a que ya no había tanto sol, en unas horas más estaría a reventar, llena de niños y abuelos, de mamás y

flotadores, pelotas de playa, castillos, cubos y rastrillos, por Dios que agobio.
- Ganas tengo de que se termine el verano y aún casi ni ha comenzado.

María me estaba leyendo el pensamiento, por lo visto, y es que la playa en pleno verano es un agobio total y más en la zona donde ella tiene el apartamento, una zona que cuando éramos pequeñas era una especie de cañar lleno de sapos y culebras, acequias apestosas y ranas.

Ahora es una de las zonas residenciales más monas de por aquí, nada pretenciosa porque comenzó a ser construida mucho antes de la época de locura inmobiliaria, pocos años después de casarse ella y de cansarse de veranear en la casita del pueblo, donde vivían sus suegros y la puteaban con los críos.

Joder mi hermana, si alguien se merece en esta vida ser feliz es ella. La recuerdo perfectamente de recién casada, cargada enseguida con su primer embarazo y luego con mi sobrino, comprando un pequeño terrenito en el pueblo para construirse una casa ladrillo por ladrillo, fin de semana a fin de semana, desde Pascua a Domingo de Ramos, en los veranos, lentamente, mientras dormían en casa de los suegros, poniendo ahí los ahorros de toda su juventud que no se gastó en la boda, y lo que iban pudiendo ahorrar poco a poco.

Para cuando la casita del pueblo ya estaba terminada ella también estaba ya acabada por completo: Un niño, una niña y un nuevo embarazo que terminó en aborto, la suegra que era una hija de puta integral, el marido un gilipollas que la llevaba a grito pelado y no le evitaba nada en absoluto, el suegro que era un bruto calzonazos, las vecinas que no hacían más que criticarla por ser de ciudad, como si por ello fuera una engreída estúpida y estirada, cosa que no ha sido jamás; las amigas de Luis, que parecían todas sospechosas de adulterio o de hijoputismo, no lo tengo muy claro, las costumbres desconocidas y rancias, las fiestas patronales, las misas de entierro y los cotilleos vecinales... joder, en aquel pueblucho no había pasado el tiempo, en lugar de vivir en los 90, aún pensaban como antes de la guerra, y a ella, jovencita, tímida, novata y sin una pizca de mala leche, se la comían por las patas.

No fue hasta que nació mi hija en el 91 cuando fuimos a pasar una semana para el puente de agosto y estar con ella durante las fiestas. Por aquel entonces aún no nos habíamos agriado tanto, ni estábamos tan distanciadas, pero yo notaba que a mi cuñado le resultaba bastante incómodo que estuviéramos allí y a mi marido ni te cuento...madre mía, ya hace dieciocho años de aquello.

María, en un intento de dejarnos solos un ratito porque aún estábamos en los

fogonazos pasionales de los primeros años y cualquier lugar y momento era bueno para echar un polvo, se llevó a los niños al río, a una especie de playita que se formaba en la orilla y donde todas las tardes de verano se juntaba allí todo el recrió y todas las marujas. Y en ello estábamos cuando su suegra irrumpió en casa con su llave, sin previo aviso, y nos pilló a cuatro patas en el sofá. Joder qué susto... y la que se montó en un momento.

Aquella mujer se escandalizó como si nosotros fuéramos quienes estaban haciendo algo indebido, que habíamos profanado la casa de su hijo, nos gritó la muy reprimida, cuando ella se permitía el lujo de entrar como Pedro por su casa en una casa que no era la suya, gritando y montando un escándalo que en pocos minutos regó el pueblo, fingiendo que se desmayaba la muy loca por ver semejante atrocidad, como si ella no hubiera follado nunca.

Joder... mi hermana por primera vez levantó la voz, le chilló a su suegra y le dijo que no tenía porque entrar en su casa, que estaba hasta los cojones, así, literalmente, de que se metiera en su vida, que estaba hasta la peineta de aquel pueblucho de mierda, de aquella vida de mierda, de aquella casa que en vez de ser un remanso de paz era una casa de locos, que estaba hasta las pelotas, así también lo dijo, de que no la respetaran y que si se quería enfadar que se enfadara porque ella no le iba a hacer ni puñetero caso.

- Cuando venga mi hijo se lo voy a contar, le voy a decir todo lo que me has dicho. – La amenazó.

- Cuéntele lo que quiera, por mí como si se lo vuelve a meter por donde le salió.

La verdad es que su hijo nunca había roto el cordón umbilical, mandaba él más que su padre y estaba manipulado totalmente por la madre, era una especie de tirano con complejo de Edipo que poco tenía que ver con el príncipe azul con el que mi hermana creyó casarse.

Por toda respuesta le quitó la llave y le dijo que podía esperar a su puñetero hijo en su casa, lo más lejos posible de ella.

Nos fuimos esa misma tarde empujados por María, que se veía venir el desastre y no quería que lo viéramos nosotros, por más que le insistimos en que debíamos quedarnos para ayudarla en algo, en lo que fuera.

Nunca supe qué había pasado después de aquello, a mí me da que lo que peor llevó fue que Luis, como siempre, se pusiera contra ella y le pegara la bronca por chillar a la loca de su madre, pero es algo que nunca nos contó. Jordi cree que incluso tuvo que pegarle, porque a raíz de aquello su actitud con nosotras comenzó a cambiar. Se mostraba nerviosa en las reuniones familiares, hablaba

poco, nos veíamos cada vez menos y hasta dejó de salir con las pocas amigas que le quedaban. Se encerró en vida para criar a sus hijos y, aunque parecía feliz, él nunca le hablaba mal delante de nosotras y nunca le vimos ni una sola marca, teníamos claro todos que Luis era un maltratador, como poco, psicológico.

Al menos se salió con la suya en tres cosas, reincorporarse al mercado laboral, no tener más hijos y comprarse ese apartamento de la playa que estaba siendo su salvación.

Por lo visto pudo manejar eso e intentar salvar un matrimonio que de haber continuado ese camino se hubiera roto mucho antes, si es que no nació ya en plena fractura. No sé si le valió de algo pasarse tantos años intentando salvarlo, si Luis merecía tanto esfuerzo y tanta dedicación, si no perdió los mejores años de su vida con él... por eso la admiro tanto desde que decidió divorciarse, porque sé el enorme esfuerzo que ha tenido que hacer para romper con todo, por volver a tener cierta independencia moral y económica, por recuperar esos años que al principio le quitaron toda seguridad y le devolvieron la decisión necesaria como para querer modificar su vida y salir del desastre cuando aún estaba a tiempo. Seguramente si Luis no hubiera tenido una querida no le habría permitido esa opción, creo que le habría hecho la vida imposible, pero tenía prisa por quitársela de encima y cedió a la primera, cosa bastante extraña en ese tipo de personas como él.

Me quedé mirándola sin saber si por primera vez debía hacerle esa pregunta, si valía la pena remover el pasado para matar una curiosidad mía.

- Te pegó alguna vez, ¿verdad?

La mirada de María no se oscureció ni un poco, no cruzó ni una pizca de rencor por sus ojos, ni de autocompasión, sino una paz infinita y una sinceridad brutal.

- Sí, me pegó. No tanto como para denunciarlo ni como para llevar moretones... eso creía yo, por eso nunca lo conté, pero ¿sabes una cosa? Una sola vez ya es más que suficiente, ya es algo que ninguna mujer debería permitir ni perdonar porque no hay solo "una vez" sino una primera.

- ¿Por qué no nos lo contaste nunca? Te habiéramos ayudado.

- No era para tanto, no era un maltratador sistemático, podía estar años sin darme una bofetada, pero alguna vez lo hizo. Además, ¿qué habría hecho? ¿Volver a casa con mamá? ¿Pasar de un tirano a otro a cuál más cabrón?... ni de coña.

Volví a mirar al mar viendo como la gente se iba comenzando a ir a sus casas,

a recoger a los críos y las toallas, dando gritos completamente audibles desde el balcón del 3^{er} piso donde vive mi hermana.

- No lo entiendo, por qué se aguanta algo así, por qué una persona puede vivir con un hombre que la trata como a un trapo...

- Porque te crees un trapo, un mocho, una fregona... una mierda.

María se puso a mi lado, la impresora dejó de escupir las nóminas y se quedó quieta, con una especie de estertor que no fue más que un aviso de lo que iba a sentir durante los minutos siguientes.

- ¿Recuerdas al tío Juano, el padre de Carmina y Berta?

- Sí, claro... ¿qué tiene que ver ese tío con lo que estamos hablando?

- ¿Recuerdas aquella temporada en que papá, o sea Albert, iba a ayudarlo a terminar las obras de la villa los fines de semana y nosotras nos quedábamos a dormir todas en la misma habitación de ladrillos rojos a medio hacer?

- Sí.

- ¿Y no te acuerdas de aquel cobertizo, de aquella especie de casita de herramientas donde estaban los cajones llenos de juguetes?

- Joder sí, justo delante de los columpios, al otro lado de la balsa en la que nos bañábamos como si fuera una piscina... claro que lo recuerdo.

María volvió sus ojos al mar y siguió hablando con una calma que poco tenía que ver con lo que me iba a contar.

- Me encantaba salir por la noche a columpiarme, era fantástico, creo que fue para Pascua, las estrellas allí en medio de la montaña, el aire fresco... podía soñar con cualquier cosa en ese momento, creo que ya entonces quería escribir porque cuando no sabía a que jugar copiaba la lista de éxitos de la Súper Pop. Tendría entonces unos nueve años más o menos, pero ya tenía la regla, siempre he estado muy adelantada en ese tema y parecía algo mayor... yo creía que parecía mayor, vamos.

- Lo parecías, tenías unas tetas de la ostia... aún recuerdo el Belcor color beige que te compró mamá, yo te estiraba de los tirantes para fastidiar.

- A tu tío también se lo parecía... lo de que mis tetas eran la ostia me refiero.

- ¿Qué me estás diciendo?

- Lo que oyes... una de aquellas noches me pilló desprevenida en el cuarto de las herramientas donde Carmina guardaba las cajas de los juguetes y se puso detrás de mí, refregándose y tocándome las tetas desde atrás. El muy hijo de puta estaba empalmado, ahora lo sé, en aquel entonces te juro que no tenía ni idea de que era aquello que se apretaba contra mi culo... me decía que no me preocupara, que eso era normal, que era bueno, que todos los hombres lo

hacen y las mujeres se tienen que dejar... que era una niña muy guapa y que tenía que hacer lo que él me dijera, que no iba a hacerme daño...

- ¿Te violó?

- No, no llegó a eso, pero me martirizó cada fin de semana desde esa noche... yo intentaba no moverme del lado de mamá, no salir a jugar cuando ya era de noche, pero a mamá ya sabes lo mucho que le molestábamos... así que salía, salí cada sábado por la noche que papá ayudo a ese cabrón a construir su villa.

- ¿Por qué nunca nos lo has contado?

- ¿Para qué? Entendí que era normal, algo que ocultar pero normal, como tantas cosas que los mayores hacen y que son de lo más normal aunque sepas que no lo cuentan, no sé, tal vez por vergüenza... joder, no lo sé, nunca se lo he contado a nadie. Una vez nos pilló Carmina, eso es lo que más me llama la atención ahora, que nos pilló y ni siquiera se sorprendió, ni puso cara extraña, como si para ella también fuera normal ver a su padre apretado contra el culo de su prima y tocándole las tetas... ¿Sabes qué me dijo? Que dejara a su padre y saliera a jugar... a veces he pensado más en esa frase que en el abuso en sí. Para Carmina yo era la que estaba con su padre, ¿no es fuerte? Como si fuera yo quien quisiera estar ahí en ese momento dejándome sobar, como si su padre solo estuviera haciendo algo normal y yo fuera la guarra, la que se dejaba, la que quería ser sobada... otras veces he pensado que ella tuvo que pasar por lo mismo para tener esa reacción, para atreverse a decirme que dejara a su padre, cuando lo normal sería haber preguntado ¿qué haces?- María miró mis ojos alucinados- ¿No sería más normal preguntar eso? No sé, ni se extrañó, ni se inmutó, como si fuera algo que no era la primera vez que veía, como si supiera exactamente qué era lo que su padre estaba haciendo conmigo. Creo que asumí que los hombres no me respetaban y que podían pasar por encima de mí, pisotearme, ya fuera moral o físicamente, creo que deje de valorarme desde ese mismo instante.

- Le tenías pavor a los chicos.

- Les tengo pavor a los hombres, al menos si me maltratan sé quién creen que soy y sé cuál es el sitio en el que pretenden que esté... no conozco otra clase de trato.

- Pero lo hay...

- Ya sé que lo hay, por eso me divorcié, porque no merezco ser tratada así, nadie merece ser tratada así. – Volvió la vista a la playa ya casi vacía- Una vez me besó, fue asqueroso, su lengua parecía un enorme molusco que sabía a

tabaco de pipa y coñac Soberano... repugnante... me aguantaba la cara con los dedos clavados en la barbilla, taladrándome las mejillas con sus manazas... mi primer beso...

- Joder... María...

- ¿Qué quieres? – Suspiró- Y Luis era un encanto al principio, era como un príncipe de cuento, tan guapo y tan alto, tan joven y tan delicado para todo. Luego no fue más que otro machista de mierda, pero cuando nos conocimos era todo lo contrario a los monstruos que yo imaginaba que eran los tíos, besaba tan bien y era tan suave, tenía unas manos increíbles, tiernas, todo lo contrario que aquel hijo puta... fue el primero y el único hasta ahora, no he estado con otro y posiblemente no lo esté nunca, pero no importa, creo que en conjunto fui feliz y no era tan malo, no sé, hay historias peores desde luego...

- Desde luego...

- Si gritaba no era más que uno de tantos privilegios masculinos que creía tener, si alguna vez me dio una bofetada, luego parecía tan arrepentido y se mostraba tan atento que le perdonaba, ¿qué iba a hacer con dos niños y sin trabajo, pasándolas putas para llegar a fin de mes? No tenía a dónde ir ni cómo salir adelante sin él... luego comprobé por mí misma que no era así, había pasado el tiempo, los niños habían crecido yo tenía trabajo y él pasaba de mí como de la mierda, recuperé un poco de mi autoestima... supongo que tanta publicidad sobre malos tratos y tus arengas feministas hicieron el resto, así que heme aquí, divorciada, joven aún, dueña de mi vida y sin un tío que me haga sombra...

- Joder María, eres alucinante, de verdad... ¿Cómo has podido vivir toda tu vida con eso?

- Hay casos peores, el mío tiene un final feliz, mírame, soy feliz por completo.

- Eres la tía más increíble que he conocido jamás.

- No es cierto...

- Deberías sentirte orgullosa de ti misma.

- No sé dónde leí que sentirse orgullosa de tu misma condición o de alcanzar metas que en realidad son derechos inherentes al propio ser, es una forma de mediocridad... y ahora si me disculpas tengo una cita... Alejandro me invitó a cenar anoche, debo arreglarme o se me hará tarde.

- La madre que te parió María.

- ¿Que pasa ahora, pesada?

- ¿Desde cuándo sales con un hombre?

- Es la primera vez...

La seguí hasta su habitación y me quedé admirando el dosel de su cama, aquella pequeña obra de arte que era un triunfo a su perseverancia decoradora, porque le costó varias broncas con Luis ponerlo... decía que era una gilipollada.

- Solo hemos coincidido tomando café con Andreu un par de veces antes... nada serio, no te me vayas a subir por las paredes que te conozco, como si lo viera, esta misma noche se lo cuentas a tus hermanas.

No podía largarse y dejarme así, con todo eso que me había contado y con la cara de tonta que se me había quedado con lo de su cita.

La vi mirando su armario, dudando qué ponerse para su primera cita en más de treinta años, pero sin un solo asomo de la típica coquetería juvenil del qué me pongo o del que mal me queda esto. Ella, sin consultarme en absoluto, sacó un vaquero, una camisa de flores monísima y unas sandalias de tacón. No repasó su ropa interior ni rebuscó en los cajones para sacar encajes seductores, se calzó todo y entonces comenzó a ponerse los complementos medio hippies que tanto le gustaban. Su imagen era de una incipiente madurez serena y juvenil, natural, sin artificios de ningún tipo. No había perdido la sencillez que la caracterizaba pero su estilo, desde el divorcio, se había refinado y modernizado.

Creo que por primera vez en su vida se sentía segura de algo.

De sí misma.

Y eso le otorgaba una belleza que no había tenido ni a los quince años.

- ¿Qué pasa?

Me sentí poco menos que una mierda, no sé, como que me dio la impresión de que le habíamos fallado siempre.

Tantas cosas que había callado y sufrido sola, sin un solo apoyo, sin decir nada a nadie, desde niña, desde joven y durante toda su vida.

- Joder María.

- ¿Qué pasa, no sabes decir otra cosa?

- Es que me he quedado a cuadros... deberías habérmelo contado todo.

- No sé ni por qué te lo he contado ahora que todo ha pasado ya... pero no te preocupes, como diría tu madre, que cada palo aguante su vela.

- Pero callar todo eso, ¿cómo lo has callado tanto tiempo?

- Espe, no pasa nada, yo ya he superado todos mis traumas y todas mis miserias hace años así que no comiences a pensar en ellas, no vale la pena. He depurado los recuerdos y los he seleccionado de modo que me puedo permitir volver a ser feliz, o empezar a serlo de una vez por todas.- Miró su reloj con

apremio-. Vamos, voy a llegar tarde.

Apenas se pintó un poco de rímel y algo de color en los labios, ya estaba morena de los paseos vespertinos en esos quince días de playa y sus ojos brillaban con cierta ilusión. Ese Alejandro le gustaba, se notaba a la legua.

Salimos del apartamento y bajamos por el ascensor mientras me daba los últimos consejos para la firma de las nóminas y me acompañaba al coche con las carpetas. Luego me plantó dos besos y se largó con una sonrisa.

Me quedé en el coche sentada, mirándola llegar hasta donde la estaban esperando y espiando el lenguaje corporal de ambos como una aficionada a la psicología barata. Quedaban bien, no estaban mal como pareja, la verdad.

El tal Alejandro le dio dos besos y se pusieron a caminar uno al lado del otro con rumbo desconocido, imagino que al restaurante más cercano, sin prisas, hablando tranquilamente como si dieran un paseo... no hacían mala pareja, la verdad, no señor.

Yo me quedé atontada pensando en las sorpresas que da la vida hasta que los perdí de vista. Luego corrí a casa conduciendo a una velocidad de vértigo y me conecté a internet para contárselo a Pity y Fe, joder, tenía que contar lo de Alejandro o reventaba.

Seré maruja...

Fe. Handsfasting

Como la hierba de los campos y los árboles de los bosques se doblan ante las fuerzas de la tormenta, también tú y yo tendremos que inclinarnos cuando sopla fuerte el viento.

Pero tan rápidamente como viene la tormenta se puede alejar y nosotros permaneceremos firmes en la fuerza del otro.

A medida que demos amor, recibiremos fuerza.

Juntos somos uno; aparte no somos nada.

Como una estrella mi amor es constante

Como una piedra mi amor es firme.

Por este lazo con el que quedan atadas nuestras manos, están ahora unidas nuestras vidas.

Que esta unión sea válida en tanto que nuestro amor dure.

Me quedo quieta mientras leo una y otra vez las frases que Brian me ha apuntado en un folio blanco que se ha quedado en la mesilla de noche, junto a un trozo de tartán antiguo con los colores que pertenecen a su apellido y que sin duda fue usado en muchas ceremonias parecidas a esta, aunque sobre él haya caído un silencio cómplice de todos los secretos y amores que unió en otras épocas.

Quiero pensar que es algo similar a lo que usaron mis padres en la Barcelona de los años 70, pero ni siquiera Brian sabe si algo así también fue utilizado por ellos para renovar sus votos en el secreto e íntimo romanticismo de una habitación en penumbra.

Y todo por culpa de un retraso. Algo tan simple como un retraso que no se por qué narices me asustó más que en toda mi vida de retrasos y de reglas a destiempo.

Ni que decir tiene que estaba más que acostumbrada a la vida en Inverness, encantada de poder pintar en aquel estudio, de retomar las clases de pintura para niños con Catrina, las que mi padre dejó al morir, de los domingos lánguidos y sencillos, de las noches de pub con los amigos y de dormir cada noche con Brian. Era como si de verdad hubiera encontrado esa paz que tanto había buscado, no sé, como si hubiera vivido aquí durante toda mi vida. Casi

ni recordaba la decoración carísima que dejé en casa de Jaume, las mañanas de café con las compañeras estúpidas de hacienda, las compras en tiendas exclusivas, ni un solo momento pensé en nadie distinto a mis hermanas, mis sobrinos o mis padres y creo que, salvo a ellos, no echaba de menos absolutamente nada o a nadie de todo aquello que había dejado atrás.

Y en medio de unos días absolutamente deliciosos, de pronto una noche me despierto sobresaltada y me doy cuenta de que llevo un retraso de dos semanas en la regla.

Creo que por poco me da un yuyu. Fue como una especie de flash, como una luz cegadora que me abrió los ojos y me llenó de un miedo alucinante.

Habíamos tomado precauciones, pero no siempre...

Me levanté de la cama sin hacer ruido y me dirigí al estudio donde él tenía un calendario sobre la mesa que fue de mi padre. Sentada en su sillón comencé a hacer cálculos, a intentar recordar fechas, a tachar días, a ponerme más y más nerviosa, a imaginarme los cientos de posibilidades de que pudiera ocurrir cualquier cosa de ese momento en adelante, pero sobre todo pensaba en cómo reaccionaría él si de verdad estuviera embarazada.

Me había pedido que me quedara con él durante el verano, no en que me convirtiera en madre de sus hijos, no sé, como que hay una diferencia abismal entre una cosa y otra.

Cierto que las noches que pasábamos juntos eran increíbles, cierto que decía quererme y cierto que yo me volví loca por él desde el primer momento, pero un hijo es una palabra tan seria como para renegar de cualquier otra palabra de amor dicha en el fragor de la batalla cuerpo a cuerpo.

Decidí no decirle nada, no me atrevía, además quería estar segura antes de echarlo todo por la borda, antes de tirar por tierra algo que había comenzado hacía demasiado poco tiempo como para tener esas consecuencias tan imprevistas.

¡Por Dios, si solo llevábamos un par de meses juntos! ¿Cómo podía siquiera imaginar el plantearme tener un hijo con una persona a la que prácticamente acabo de conocer?

Y lo malo de todo es que me di cuenta de que me hacía ilusión. Yo, la que nunca quiso tener hijos, la que hacía tan solo unos minutos estaba al borde de un ataque de pánico solo con pensarlo, la moderna y narcisista, la locamente enamorada y recién divorciada Fe pensando en tener un hijo de un hombre del que en realidad apenas sé nada y con el que apenas llevo unos meses, cometiendo otra locura, trayendo un hijo a un mundo que no logro comprender

del todo.

Pero, en realidad, ¿que había de malo en ello?

Tengo trabajo fijo en España si quiero volver, con lo que podría mantener a mi bebé al margen de su padre, tengo a mis hermanas que, seguro que me apoyarían, tengo dinero ahorrado con lo que hasta podría disfrutar de mi maternidad, tengo 38 años y puede que esta sea mi última oportunidad de ser madre, ¿por qué no?

Creo que mi reloj biológico se despertó de golpe y por primera vez en mi vida me planteé tener un hijo. Con Brian por supuesto, pero sobre todo un hijo mío, y ya puestos qué mejor padre que él ¿no?

Jamás en mi vida he sentido nada similar a lo que siento por él, sé que no tiene nada absolutamente que ver con lo que creí que era el amor, y en ese momento pensé que, aunque él no quisiera a ese posible bebé que ya daba por seguro, yo lo querría con toda mi alma porque era hijo suyo.

Joder, me había vuelto una sensiblera romántica, estaba demasiado sensible y eso me hizo pensar, sin ningún género de dudas, que en efecto estaba embarazadísima porque lo sentimental nunca fue muy normal en mí que digamos.

Volví a la cama creyendo que me iba a resultar imposible dormir y, sin embargo, me quedé frita imaginando un montón de situaciones, pensando en la cara que pondría él si de verdad había un bebé en camino, en cómo podría reaccionar, pero sobre todo pensando que a cada segundo que pasaba me hacía más ilusión.

El sábado me levanté pronto y cogí el coche para perderme por las Highlands de nuevo, yo sola tal como tiempo atrás me había perdido con mis hermanas.

Necesitaba pensar.

Y estar sola, sobre todo estar sola, alejarme de Brian para ver con cierta perspectiva todo lo que pasaba por mi mente, que no dejaba de atormentarme con ideas y pensamientos nuevos, recién estrenados. Yo nunca quise tener hijos, y pensar durante una milésima de segundo en tener uno, la sola intención de pensarlo o el más leve asomo de ilusión que había sentido durante la noche, era bastante preocupante.

Cogí el coche y me largué sin decir nada, dejándole una nota pegada en la nevera en la que le ponía escueta y tontamente la verdad: que me iba a dar una vuelta, que necesitaba pensar y estar sola y que no me esperara.

Mi primera intención fue ir hasta Duncansby Head porque aún tenía en mi mente completamente claro el recuerdo de aquella mañana que compartí con

mis hermanas en aquellos acantilados y me hacía falta sentir esa paz, pero lo encontré demasiado lejano así que fui hasta el lago que me pillaba muchísimo más cerca.

En ciertas cosas seguía siendo bastante práctica.

Como única medida de prevención para no encontrarme con nadie bajé bastante al sur, casi llegando a Fort Augustus, por donde dejé el coche aparcado en cualquier sitio y comencé a andar sin rumbo fijo, viendo el lago en todo momento, bajando y subiendo desde su orilla, o por las zonas más escarpadas, hasta que derrotada me senté en una piedra a pensar de una puta vez sin ningún tipo de distracción, sabiendo que me había alejado de todo lo suficiente como para estar un buen rato a solas sin que ni siquiera un puñetero turista me molestara con sus presencia, cosa bastante normal por otro lado, teniendo en cuenta que me hallaba en el lago más famoso y fotografiado del mundo, el lago en donde de pequeña soñaba con ir y descubrir su misterio.

Estaba frente a él, lo conocía casi palmo por palmo, lo había navegado, paseado, caminado, trasnochado... y me era más misterioso que nunca.

Sus oscuras aguas eran como un bálsamo en el que hundía la vista con la intención de poder flotar por encima de los pensamientos más normales y costumbristas hasta encontrar la razón verdadera de todo lo que aquellos pensamientos de la noche anterior habían sacado a flote.

Las preguntas eran: Si yo nunca quise tener hijos con Jaume tras diez años casados, ¿por qué de repente me hace ilusión tener un hijo con un hombre al que solo conozco desde hace dos meses y con el que vivo una especie de aventura, con plazo de caducidad en septiembre? ¿Por qué narices de repente me planteo la maternidad como una opción posible? Y si es verdad que estoy en “estado interesante” ¿qué voy a hacer?

La decisión que tome ¿tendrá que ver con la forma en que Brian pueda reaccionar, o no?

O sea, ¿de verdad quiero tener un hijo? ¿Si no creyera estar embarazada lo pensaría así de todas formas, lo desearía igual, o esto es solo una especie de defensa que mi mente a inventado para no caer en la depresión cuando Brian se desentienda totalmente de él y me diga que ese no era nuestro trato? Y si aceptaba mi embarazo, ¿qué íbamos a hacer?, ¿casarnos? Por Dios yo no quiero volver a casarme y menos por un penalti, ya ni se lleva eso...

Y la última pregunta, ¿de cuántas semanas hay que estar para que el Predictor salga con un resultado seguro? Porque tras mirar fechas y tachar días en el calendario había llegado a la conclusión de que el retraso era de casi dos

semanas, casi o sea puede que sí y puede que no, puede que esté y no salga positivo o puede salir negativo porque no estoy... o sea, no tengo ni puta idea de que cojones hacer.

Se lo hubiera preguntado a mis hermanas, pero no quería dar la señal de alarma tan pronto... la verdad es que estaba hecha un lío.

Dejé pasar las horas hasta que me entró hambre y pensé en volver a casa, pero al mismo tiempo me di cuenta de que no podía volver sin aclarar nada, así que fui hasta el pueblo y comí en un pequeño restaurante infestado de turistas, en donde pasé desapercibida porque parecía uno más de ellos y para cuando decidí volver al lago, las aguas parecían haber cambiado, como si me empujaran a irme de una vez por todas y afrontar la realidad, volver a casa, ir hasta la farmacia más cercana, comprarme el Predictor, hacerme la prueba y luego intentar no joderle demasiado la vida a Brian si eso era posible, porque una cosa tuve clara en ese mismo segundo: pasara lo que pasara tendría a mi hijo.

Fue una idea tan clara y repentina como cuando decidí quedarme, supe que eso exactamente era lo que tenía que hacer, lo que de verdad quería hacer, sin que me afectara lo más mínimo la opinión que pudieran tener los demás. No importaba si mis hermanas me llamaban loca, o si en tres días tomaba un vuelo para España, no importaba absolutamente nada más que esa sensación de plenitud y de ilusión que sentía al pensar en tener un hijo.

Brian podía ser un problema, en efecto, pero la decisión era mía, solo mía, al margen de cualquier cosa que él pudiera decidir. Vale, era el padre, y podía quererlo o no, en cuyo caso yo tendría que reaccionar de una forma u otra, e incluso aunque yo me fuera y no lo responsabilizara de nada en absoluto, puede que no le hiciera gracia tener pululando por España un mini Brian, no sé, hay tíos que no quieren perpetuarse y tíos que siembran el mundo de bastarditos, yo que sé.

Esa idea la verdad me jodió, hablando en plata. Me jodió porque en el fondo soy una persona tan convencional como otra cualquiera y también me di cuenta de ello en el preciso instante en que me imaginé a mí misma criando sola a mi hijo, en la casa que fue de mi madre, pintando una habitación para él, poniendo su cunita y sus cosas y pensando en Brian como en una ausencia que no dejaría de doler jamás. Yo quería tener ese hijo y lo iba a tener costara el precio que costara porque ante todo sería mi hijo, mío, pero también quería un padre para él si es que eso era posible. Biológicamente Brian era perfecto y habría cumplido su función de putísima madre, pero ¿podría contar con él para algo

más? Era una putada, lo reconozco. Me puse en su lugar y pensé en lo que era decirle a una tía que acabas de conocer que se quede una temporada contigo en plan aventura y de repente convertirte en padre... joder, eso tira para atrás a cualquiera... eso no estaba en sus planes, bueno, ni en los míos, salvo que yo, de repente me había convertido en la madre naturaleza y ante todo quería tener ese hijo, cosa bastante extraña que ocurra en un hombre. A ellos el reloj biológico solo les funciona cuando les sube la testosterona, esa hormonita que les hace pensar con la otra cabeza, así que no creía que su instinto paternal estuviera en pleno apogeo precisamente... de hecho, los únicos animales con instinto paternal son los caballitos de mar, todos los demás como que dudo que lo tengan, por lo menos previamente.

Volví a casa dispuesta a dejar pasar unos días más antes de hacerme cualquier prueba, de todos modos era bastante pronto como para que los resultados fueran fiables.

Aparqué el coche y entré buscándole, como si de repente me hiciera falta verle, así que cuando vi su nota de respuesta en la nevera me quedé con un palmo de narices, sin saber ni qué pensar.

Me hice un café preguntándome si no sería ya de los últimos por eso de cuidarme y luego me fui al estudio para seguir pintando, como si haber pasado la mañana y media tarde perdida por ahí yo sola como una pasmarote fuera algo de lo más normal, salvo que no lo era, y yo, que había encontrado en esa casa un lugar para curar mi soledad y para ahuyentar aquella sensación, me encontré de repente echándolo de menos más que nunca, queriendo que volviera lo antes posible, queriendo abrazarlo, besarlo, tenerlo dentro una vez más como si fuera lo más necesario del mundo, como si ni siquiera pudiera seguir viviendo si no lo veía en los próximos minutos.

Miré la mesa del estudio donde el calendario marcado con las fechas de la noche anterior había desaparecido y de repente cundió el pánico, me di cuenta de que Brian no es tonto precisamente y de que aquellas fechas marcadas junto con mi desaparición matinal le habrían hecho pensar en la dirección correcta.

El calendario estaba en la silla, dejado como al descuido y lo aparté para poder sentarme yo y seguir pensando, mirando días, contando hacía atrás y hacia adelante, intentando recordar la noche en que pudo haber sido concebido, adivinando la fecha probable del nacimiento, yendo del sillón al sofá en un ejercicio de soledad y fantasía que me dejó agotada.

Cuando le escuché entrar me preparé para lo peor y salí a su encuentro.

Su cara era como una especie de máscara, dura e insensible.

- Ya has vuelto.

Miré el reloj. Eran las seis de la tarde y llevaba tres horas esperándole.

- Y tú también.

- Necesitaba pensar... yo también pienso ¿sabes?

Joder, venia borde. Me di cuenta de que no habíamos discutido ni una sola vez, de que no lo había visto nunca enfadado y me dio miedo sentir que de repente podía estar frente a un extraño, frente a alguien que iba a mostrarme una cara que hasta entonces había permanecido oculta y para la que no sabía si estaba preparada.

- ¿Qué has decidido?

Así de simple. Una pregunta y punto.

- No lo sé.

Todavía hoy no logro saber por qué conteste de esa forma cuando en realidad lo tenía tan claro.

- Cuando lo sepas, por favor, dímelo.

Y se largó. Dio la vuelta y me dejó sumida en la más negra de las miserias, sin saber cómo reaccionar, ni qué pensar o qué demonios hacer para retenerlo y sentarme a hablar con él.

- Espera, deberíamos hablar...

- Para qué, tú decides ¿no? Es tu cuerpo, tu vida, así que es tu decisión, no me necesitas para nada en absoluto, necesitabas pensar, estar sola... bien, te dejo sola para que puedas pensar.

- Pero tú tendrás algo que decir, vamos creo yo...

- ¿Qué más te da lo que yo tenga que decir? Cuando te has ido esta mañana no has pensado en que yo tuviera nada que opinar al respecto, me has excluido, así que no veo porque de repente te puede importar lo que yo piense.

- Pero eres el padre...

- Esta mañana no lo era por lo visto.

- Joder, ¿tienes que ser tan cabezón, tan tozudo?

- Lo siento.

Me intenté acercar a él, que se había quedado en la puerta, sosteniéndola con fuerza, como si tuviera miedo de que la casa entera se le fuera a caer encima si la soltaba, pero no me dio tiempo de más.

Me miró de una forma indescriptible, como si estuviera despidiéndose de mí, y luego, dando media vuelta, salió del estudio y desapareció de mi vista.

Me quedé en blanco, dolorida por dentro ante su frialdad, pero sabiendo que en el fondo tenía parte de razón.

Podía importarle y yo había dado por hecho que no.

Cierto que, tal como él había dicho, eran mi cuerpo y mi vida, por lo tanto, era mi decisión, pero esperaba, no sé, que él hubiera saltado de alegría o que me hubiera dicho que no pensaba ser padre por el momento y facilitarme así las cosas, no sé, ponerme fácil el saber si debía irme o seguir, si valía la pena luchar por estar con él o rendirme, necesitaba saber cuál sería su respuesta ante la decisión que ya tenía tomada y que no me atrevía a decirle.

Debería haberme atrevido, debería habérselo dicho y eso hubiera despejado mucho todas mis dudas. Si lo tenía tan claro, si de verdad iba a tener ese bebé, ¿por qué narices no le había dicho nada?

Miedo. Lo tengo claro, tuve miedo. Miedo a perderle, miedo a que ese crío significara la ruptura entre él y yo, y de que tuviera que despedirme para siempre de todo aquello que había sentido estando a su lado.

Supe sin ninguna duda por qué quería tener ese hijo, porque era de él.

También supe por qué nunca quise tener hijos con Jaume: porque jamás le quise de verdad, no de esta forma y no me imaginaba criando mini Jaumes por ahí, no me gustaba la vida que llevaba ni la que les podría dar a aquellos críos, no me hubiera gustado su padre, o sea, no me gustaba el tipo de padre que Jaume hubiera sido.

Brian era lo opuesto a él y sería un padre ejemplar, al margen de que quisiera serlo o no, el día que se decidiera, fuera ahora conmigo o dentro de cinco años con otra, Brian sería el padre ideal, y eso era lo que pasaba, que tenía miedo de que él no quisiera ser el padre de mi hijo, cuando yo no podía imaginar otro padre distinto.

Las horas pasaron muy lentamente, las peores horas, como no sé quién escribió.

Vino a buscarme para cenar y le dije que no tenía hambre. Me propuso salir fuera a cenar a nuestro restaurante favorito, The Snow Goose, pero como que tampoco tenía ganas. Al poco rato vino a verme por si quería salir a tomar algo y le dije que no, y luego quiso saber si quería un vaso de leche, si me iba a ir a dormir, si me esperaba, si tenía frío... yo que sé... yo solo quería morirme en aquellos momentos en los que él parecía tan normal, mientras que por entre el gris de sus ojos se veían las mismas tormentas que podían agitar las aguas oscuras de mi lago, porque a estas alturas ya es mi lago y, sin embargo, no me decía ni una sola palabra, no dejaba que yo pudiera acceder a uno solo de sus pensamientos y no soltaba ni una sola frase, como si me estuviera dando unos pocos metros de ventaja.

Esa noche no dormí con él, sino que me acurruqué en el sofá del estudio viendo los cuadros de mi padre al lado de los míos, viendo su foto y la cara de mi madre que él había pintado. Pensé que tal vez le gustaría saber que una de sus hijas ha ido a parar con su ahijado favorito, pero ese pensamiento solo me hizo llorar porque me pareció una unión demasiado efímera como para que un padre se enterara de ella, y me dormí agazapada entre los cojines, pensando en Brian, en que no había derecho a que tuviera que elegir entre él o su hijo, porque lo quería todo, sin fisuras y sin escisiones, lo amaba a él y amaba el resultado de todas las noches que habíamos pasado juntos.

Decidí decirle eso mismo... pero mañana.

En cuanto se hizo un poco de día me colé en la habitación, me quité la ropa y me metí en la cama abrazándole, maldiciéndome por ser tan gilipollas y haber dormido en un sofá teniendo ese nido cálido en donde me recibieron sus brazos, siempre abiertos para mí.

El sol estaba asomándose al balcón de las Highlands.

- Buenos días.

- Buenos días.

Eso parecía una especie de reconciliación, por lo menos su media sonrisa parecía sincera y apaciguada.

- ¿Ya has pensado suficiente?

Joder, si algo me gusta de los escoceses es lo claritos que son y lo poco que les cuesta ir al grano. Directos y sin subterfugios.

- Lo tengo claro desde ayer, lo que no sé es cómo decírtelo.

- Dímelo con palabras, como todo...

- Pienso tener este niño... quiero tenerlo, no importa si tú quieres tenerlo o no, es mío y lo voy a tener contigo o sin ti...

- Pero...

- Déjame terminar. Preferiría que fuera contigo, pero puedo hacerlo sin ti, así que la decisión ahora es toda tuya.

Miré sus ojos grises alucinados.

- Entonces ¿no piensas abortar?

- ¿Abortar? Ni me lo he planteado.

Era verdad, creo que la única posibilidad que no barajé fue esa... y mira que pensé de todo.

- No lo entiendo, si nunca has pensado en abortar ¿para qué fuiste a pensar todo el santo día?

- Porque lo necesitaba, no sé, necesitaba pensar en mí, en ti, en todo... yo que

sé, necesitaba tomar distancia. ¿Creíste que iba a abortar?

- Pues sí, joder, ¿qué querías que pensara? me dejás una nota diciendo que necesitas estar sola y pensar, veo el calendario marcado, hasta la fecha de nueve meses después marcada, te largas todo el día y luego te encierras en el estudio, no sales ni a cenar, ... joder, saqué mis propias conclusiones...

No sé, es extraño, ¿no? Si me imaginé una reconciliación alguna vez durante esas horas, para nada hubiera creído que pudiera ser tan dulce y tan bella, tan mágica.

Otra cosa que me gusta de los escoceses es su acento, sobre todo si lo que dice Brian son palabras de amor susurradas en el oído.

- Te quiero, no te imaginas cuánto te quiero ni cuánto quiero a ese niño, si es verdad que está en camino... así que no vas a tener que hacerlo tú sola porque yo voy a estar contigo, tal como te dije la primera noche, si tú quieres yo estaré contigo.

Y lo está.

No importa que tres días después mis desarreglos se “arreglaran” dejándonos desilusionados y sintiéndonos un poco ridículos por todos los planes que ya habíamos hecho y por lo muy en serio que nos habíamos tomado el tema de ser padres, sino que por el contrario, nos pusimos manos a la obra buscando ese niño que de momento se resiste en llegar.

Ayer por la noche, nos comprometimos a estar juntos mientras nos quisiéramos, mientras el amor durara entre nosotros, sin ataduras ni papeles firmados, sin bodas y sin esas historias tan complicadas.

Sacó el trozo de tartán de su mesilla y unió nuestras manos, recitando luego en gaélico las palabras que nos unen en este compromiso de amor, durante un año y un día renovable hasta el infinito, tal como hicieron mis padres, en la penumbra de nuestra habitación, los dos solos, desnudos en la cama donde vamos a concebir a nuestro primer hijo y donde yo quiero parirlo, sabiendo que cada palabra pronunciada era cierta, sagrada, no una fórmula repetitiva y convencional.

Cada noche desde entonces es increíblemente bella porque somos conscientes de que no estamos practicando sexo, sino intentando crear una vida, expresarnos de esa forma el amor que sentimos y que es como una especie de milagro. Lo siento dentro de mí y sé que puedo llegar a la fusión completa con otro ser, llegar a ser parte de él, al igual que él forma parte de mí, sé que en ese preciso instante en que me mira a los ojos y se derrama en mi interior estamos fabricando un futuro que ninguno de los dos creyó posible.

Buscamos los mejores momentos y los lugares más bellos, se terminaron los momentos de locura en la cocina o en el sofá y las posturas imposibles de película porno. Conducimos de noche hasta el lago e intentamos engendrar a nuestro hijo en sus orillas, o en la barca que fue de mi padre mientras la dejamos a la quieta deriva, a veces simplemente nos vamos a la cama conscientes de que es como un rito sagrado y del resultado que puede tener esa acción, de lo que pretendemos obtener al realizarla, pero siempre intentamos que el lugar y el momento sea único y dotado de hermosura, no un acto más de los muchos que hemos podido realizar juntos o por separado, aunque a veces creo que nunca antes de Brian hice nada igual, pese a que la mecánica sea exactamente la misma.

Quiero saber qué se siente al tener un hijo con una persona a la que de verdad amas, saber qué se siente al notar cómo crece en mi vientre y saber que hay algo de ambos en él, algo de todo esto que sentimos y que es lo que lo está creando.

Le pedí por favor que me apuntara aquellas frases en un papel para enviárselas a mis hermanas, porque también quería compartir esto con ellas tres, aunque puedan pensar que estoy loca o que es muy pronto para un compromiso así. Seguramente lo entenderán, como todo.

Esas palabras escritas están junto a la tela que utilizamos, reposando sobre la mesilla de noche, y yo, acostada en la cama, recordándolo a él, recordando las últimas noches juntos, saboreando la evocación de la noche pasada o de la última navegación, imaginando que de verdad puedo estar embarazada en este mismo instante, pero sobre todo recordando lo que siento, estos sentimientos que se despiertan a cada momento y que son preciosos, recordando su mirada en mí mientras nos fundimos en un abrazo creador, fusionando nuestros cuerpos y nuestras almas en un solo acto, que con él, ahora lo sé, siempre ha sido de amor.

María. El nacimiento de un libro.

Estoy en este preciso instante escuchando la canción de Cold Play mientras me asomo al balcón con un café en la mano y miro el mar. Hago ese mismo gesto casi cada mañana desde que volvimos de Escocia y sobre todo desde que días atrás quedamos en escuchar esta canción después de desayunar, cada día, para unirnos en la distancia tal y como deberíamos habernos unido en la cercanía cuando vivíamos las cuatro en la misma ciudad y no estábamos desperdigadas por un mundo que nunca imaginamos tan grande.

Detrás de mí Espe sonrío y da un sorbo a su café asomándose al balcón del mar, con esa típica inclinación a mirar a la lejanía de todo aquel que no está acostumbrado a ver la playa tan solo levantarse.

- Joder, esto sí que es un lujo. – Me dice mientras contempla el paisaje abandonado y solitario a esas horas tempranas.

Han sido unos días tan intensos y extraños que no sé exactamente como describirlos.

Por toda respuesta, en cuanto termina la canción, me siento en una tumbona con el ordenata apoyado en los muslos y le vuelvo a dar al Media Player para volver a escucharla, ella se arremolina en la hamaca medio dormida aún y cierra los ojos para contagiarse de la paz de esta mañana y de esta música que nos pone las pilas, al mismo tiempo que nos inunda una sensación de vida y serenidad muy difícil de explicar, como si en ella hubiera cierta explicación a todo lo que hemos sentido y vivido últimamente, cierta coherencia con nuestra historia personal y un mensaje de esperanza más allá de lo que creímos posible alguna vez.

Lo de sentarme frente al ordenata y abrir el Word para comenzar a escribir es casi como un rito, como una forma inconsciente de ir ordenando todos mis pensamientos, de reflexionar con palabras escritas aquello que se escapa al pensamiento mismo que intento atrapar con la mente y que suele tener tendencia a vagar, despistado y juguetón, entre cientos de pensamientos y de imágenes que van llegando a mi percepción.

Alejandro y Jordi aún duermen y los “niños” se nos han largado a Ibiza todos juntos, como una manada de lobos ávidos de fiesta y vete a saber de qué más. Por eso se me ocurrió que vinieran a pasar el fin de semana con nosotros, para que conocieran a Alejandro y para evitar estar a solas con él, como si aún me

diera miedo, o al menos cierta prevención, ir demasiado lejos o demasiado deprisa. No sé si puede pensar que el presentarle a mi hermana y a mi cuñado es una encerrona, o si tal vez lo hubiera pensado así de habernos quedado los dos solos por completo. No lo sé.

Creo que en el fondo le tengo miedo, como a todos los hombres les he tenido alguna vez, es algo que no se me pasa con la edad. Miedo a confundirme, a equivocarme, a no estar a la altura, a parecer una tonta a su lado, como si ellos, por el simple hecho de ser hombres me redujeran al mínimo exponente. Podría decir que Alejandro es diferente a todos porque lo es, pero yo sigo siendo la misma y es ahí donde creo que radica el problema, en mi complejo de inferioridad frente a ellos, en mi tendencia ciega a obedecer y dejarme arrastrar por sus opiniones y sus dictados.

De nada sirve que él sea el polo opuesto de mi marido, aunque me tranquiliza bastante comprobarlo, darme cuenta de que nunca me levantará la voz ni la mano, de que puedo hablar con él sobre cualquier tema, ver que me anima a escribir y se interesa por mi vida, de que no me impone absolutamente nada y de que no me siento forzada a tener su presencia en mi casa. Ni él ni yo estamos para nuevas convivencias y para nuevos compromisos tras nuestras respectivas separaciones, pero queremos estar juntos, con lo cual ese futuro marcado e inexorable se ha borrado de nuestro horizonte y solo nos queda la voluntad, el querer compartir y vivir cosas sin añadirles ni un solo gramo de obligatoriedad.

Libertad y amor, un acuerdo entre las dos palabras más escritas, habladas, soñadas y anheladas de la humanidad.

Nunca creí que las cosas pudieran sucederme de esta forma, que yo tuviera otra oportunidad, que encontrara estos sentimientos en este recodo solitario del camino, volver a sentir, enamorarme y meterme en la cama con alguien siendo consciente de lo que iba a hacer con otro cuerpo que no es el mío y que se metía en la cama también voluntariamente, no como una obligación o una rutina. Sentir deseo, pasión, esas cosas sobre las que alguna vez quería escribir y que ahora estoy comprobando, creo que por primera vez en mi vida. ¿Cómo pretendía escribir sobre algo que era tan desconocido para mí?

Deseo y pasión. Solo ahora me he dado cuenta de lo que significan y de cómo se sienten.

Creo que ambos llevamos hambre atrasada de meses y años, de noches solitarias y acciones obligatorias, hambre de algo más que de un simple orgasmo, que una simple sesión de sexo intenso, creo que es una especie de

hambre que no voy a poder saciar en mi vida, hambre de sensaciones bellas, de abrazos sin pretensiones, de sonidos de placer y no de fastidio, egoísmo o de frustraciones huecas, hambre de palabras y gestos serenos, de intensidad, de felicidad, esa felicidad que creo haber buscado toda mi vida en el lugar y la persona equivocada, porque siempre ha estado dentro de mí mientras yo la buscaba fuera y en un extraño llamado marido.

La felicidad de las pequeñas cosas, la plenitud de los momentos simples; un juego con nuestras manos haciendo sombras sobre la pared de la habitación entre las luces de la playa, la simplicidad de un suspiro mientras me arremolino entre sus brazos siempre abiertos, la comodidad de tener un hombro que acoja mi cabeza cansada y llena de pensamientos que quiero plasmar en papel, una conversación íntima en susurros quietos, una mirada cómplice, cargada de ese conocimiento carnal que solo las personas que han dormido juntas pueden entender y compartir, gestos, sonrisas, besos al despedirse o al llegar, el simple recorrido de un dedo, el escaso centímetro de piel que veo inmediatamente antes de cerrar los ojos y dormirme acurrucada a su lado, el lento e inconsciente abrazo con el que me rodea por la espalda mientras acerca sus caderas a las mías y me deja sentada en su regazo, o me aprieta contra él para sentir mis nalgas contra su sexo que va cobrando vida en sueños y que ha borrado de mi memoria cualquier gesto similar que en algún momento de mi vida supuso un trauma que llevo arrastrando sin saberlo años y años, hasta que él ha depurado y santificado esa acción con deseo maduro y naturalidad. No sabe, ni sabrá nunca, cuánto le agradecí ese gesto, ese abrazo la primera vez que lo hizo, la forma en que borró de mí los fantasmas del pasado y el miedo a lo desconocido o a la brutalidad. Ese mismo gesto, pero hecho con delicadeza, en sueños, sintiendo que su deseo dormido no era un insulto o una humillación sino un ensalzo, una forma de encumbrar mi cuerpo por medio de un anhelo que va mucho más allá de lo puramente sexual.

Estamos, como dice Espe, en plena efervescencia, o sea, en medio la etapa más incendiaria, donde casi todo nos lleva a la cama, pero lo que luego ocurre en ella no es nada que tenga que ver con sexo brutal, sino por el contrario, creo que nunca podría haber encontrado un amante más delicado y sabio... Como ella también dijo al verlo la primera vez de lejos, folla como Dios, y es algo por lo que doy gracias todos los días...

Espe interrumpe mis pensamientos sobre Alex, algo bastante difícil porque me puedo pasar horas pensando en él, recordando la noche anterior, las sensaciones, inventando maneras de calmar mis ansias los días en que no nos

vemos, e intentando no pensar en esa sensación palpitante que se hunde en mi sexo cada vez que lo recuerdo.

- Desde luego que están locas.

Sé de sobra a quién se refiere, a nuestras hermanas.

- ¿Por qué?

-Porque yo no tendría un hijo ahora ni borracha... y menos Fe, que hace tan poco que está con Brian.

Eso es algo que no ha dejado de preocuparle desde que nos lo comentaron por internet días atrás.

Nosotras dos estamos a vueltas de la maternidad justo en el momento que ellas van a comenzar.

A mí me hace ilusión, la verdad, me encanta imaginarlas embarazadas y felices con Brian y Pau, viviendo una experiencia tan importante como bonita.

- Bueno, pero ellas no son tú, además tú ya tienes una hija, ellas no... y si hay dos personas capacitadas económicamente para ser madres son ellas dos, y de hecho, mentalmente están más preparadas ellas de lo que yo estuve nunca.

- Eso sí, aunque sus vidas sentimentales no salieran bien, podrían criar al bebe ellas solas... eso es una ventaja ¿no?

-Además tampoco les tiene porque ir mal, ya son mayorcitas y saben de qué va todo esto.

- ¿Tú crees? ¿De verdad crees que alguna vez se sabe de qué va todo esto?

Ya salió la filósofa.

Levanto la cabeza del ordenata y miro el primer cuadro que Fe ha pintado y que cuelga de una pared de mi comedor. Un precioso paisaje del Lago Ness con el castillo al fondo, en un amanecer brillante sobre las aguas oscuras.

- Va de vivir.

- ¿Simplemente vivir? ¿Negar todo lo demás? ¿Te estás volviendo nihilista?

- No sé lo que me estoy volviendo, no sé si esto tiene sentido o no, ni si es todo tan fugaz como para cogérmolo tan en serio, no lo sé, pero sí sé que solo ahora veo que la felicidad está en las cosas simples, en las cosas que de verdad una quiere hacer, sin hacer caso a las imposiciones o a las costumbres, sin pararse a pensar en lo que se supone que está bien o está mal, no sé... me he pasado la vida viviendo como los demás han querido, haciendo lo que se consideraba correcto, lo que hacía todo el mundo, y de todo ello la única felicidad que recuerdo es la infancia de mis hijos y la mía...salvo excepciones claro, creo que la vida es mucho más simple y que nosotros nos la complicamos sin darnos cuenta.

- Pero no se puede regresar a la infancia.
- No, ni ganas de regresar, pero aún puedo mirar hacia delante y tener esperanza, cierta inocencia e ilusión, no quiero que las cosas malas que he vivido en el pasado empañen mi futuro, he hecho borrón y cuenta nueva.
- Ya oí anoche el borrón ya...
- Vete a la mierda, estoy hablando en serio.
- Coño y yo...
- Fe me ha dejado bastante pensativa.
- ¿En lo de tener un hijo con Brian? Pity piensa igual...
- Sí, pero Fe, que ya tiene la experiencia de Jaume me dijo algo... me dijo que quería saber lo que se siente al tener un hijo con alguien a quien amas. Espe se quedó callada mirándome.
- Creo que eso es algo que yo no sabré nunca y que me hubiera gustado sentir.
- Me cago en la puta... tú tienes dos hijos, deberías saberlo, coño yo lo sé.
- Tú sí, yo creo que no... ya te he dicho que me he pasado la vida haciendo lo que los demás querían... los niños llegaron sin pensar, sin planear, son muy queridos, pero no buscados, hay cierta diferencia en eso.
- Sí, la hay.
- Por más que los quieras desde el primer momento, por más ilusión que te haga y por más que quieras a su padre, no es lo mismo que ir en busca de un hijo, de mutuo acuerdo, no sé si me explico...
- Creo que sí.
- Me refiero a hacerlo, al momento de fabricarlo... joder no sé explicarlo y eso que quiero ser escritora.
- A veces es más fácil escribir que hablar, por lo menos de ciertas cosas.
- Hacer el amor con esa persona sabiendo que estás creando vida.
- Sí, te entiendo.
- Sentir que ese instante es una fusión completa, notar crecer la vida en tu interior siendo consciente en todo momento de que llevas el hijo de un hombre al que de verdad quieres, la sensación de ser parte de él y de que él es también una parte de ti, esa especie de unificación... joder, soy una romántica de los cojones... es ridículo.
- No, no lo es, y si no has sentido eso es realmente una pena porque es una de las sensaciones más bonitas que hay...
- ¿Sabes cuántas cosas me he perdido Espe? Cosas irre recuperables, cosas que ya es imposible que vuelva a vivir porque el momento ya ha pasado para siempre. Creo que si le tengo rencor a Luis es por todos esos detalles, por

todas esas sensaciones que me evitó, no por todas las putadas que me hizo, ni por los gritos, ni por las bofetadas, que también, pero sobre todo le tengo rencor por toda la belleza que quitó de mi vida, por la que no me dio y por la soledad con la que tenía que sentir aquello que podría haber sido sublime si él no hubiera sido un gilipollas egoísta e insensible, y no me vengas con que los tíos son así porque eso ya no cuela, hay tíos así, con los que vale la pena vivir, que te hacen sentir y que sienten contigo...

- ¿Alejandro es así?

- No lo sé, me da la impresión de que sí, pero eso se lo tendrías que preguntar a su ex, yo no vivo con él, de momento solo follamos, no sé si te has dado cuenta.

- Sí, ya me di cuenta anoche... Pero te hace sentir, te sientes querida y eso es nuevo ¿a que sí?

- Sí, muy nuevo.

- ¿Por qué se divorció tan gran prenda?

- Su mujer se largó con su jefe... Penélope se llamaba. Pe le puso unos cuernazos de antología poética, algo que no me explico la verdad... pero por lo visto aquel tipo estaba forrado... no le gusta mucho hablar del tema, normal por otra parte...

- Normal del todo. Bueno, ahora tenéis una nueva oportunidad los dos juntos.

- Sí, la tenemos.

La tenemos. La tengo. Me siento viva, querida, ilusionada, aunque no tenga ni idea de lo que me puede deparar el destino.

Vivo y siento, algo que creo que no he hecho en toda mi vida.

Espe vuelve a cambiar de tema.

Esta chica me está sometiendo a un interrogatorio en toda regla y estoy a punto de acogerme a la 5ª enmienda.

- ¿Vas a escribir el libro?

- Sí, creo que hay mucho que contar aparte de nuestras aventuras y desventuras por Escocia, estoy dándole forma, creo que quiero contarlo en primera persona, poniéndome no solo en mi lugar sino en el vuestro, como si fuera un diario personal de cada una de nosotras.

- No te entiendo.

- Como si vosotras escribierais también, no ser una narradora y punto sino que cada capítulo lo escriba un personaje.

- ¿A cuatro voces? Eso sí que es raro.

- Lo sé, es raro, pero forma parte de la historia, ¿no?

- ¿Y ya has comenzado? ¿Me dejarás leer lo que se supone que yo escribo?
- Ni de coña marinera, ¿aún no he comenzado y ya quieres leerlo? De hecho, no sé cómo empezar ni por dónde, si por las cartas, por mamá, por mi despido y posterior divorcio, por Pity, por Fe o por ti... no lo sé, es complicado ¿no?

- Empieza por el principio.

- Nos ha jodido, ¿cuál es el principio?

- No lo sé, tú eres la escritora no yo, pero dices que las cosas más bellas son las más sencillas, ¿no? Pues comienza por ahí, por lo sencillo, por contar cómo era nuestra vida antes de que el mundo se pusiera patas arriba.

Me quedo pensativa, tiene cierta lógica comenzar por ahí, por decir cómo éramos y cómo estábamos comenzando a cambiar antes de que se desencadenaran todos aquellos acontecimientos. Como la vida nos estaba preparando poco a poco para que pudiéramos enfrentarnos a los hechos que vendrían después.

- Aquella nube tiene forma de dragón.

Esta tía es flipante.

Yo sumida en pensamientos trascendentales y ella mirando las nubes, y eso que la filósofa es ella no yo... la madre que la parió.

- ¿A qué huelen las nubes?

Me entra la risa, menuda frasecita.

- No te rías.- Pero ella se está riendo casi a carcajadas.- ¿A qué huelen las nubes?

- ¿A qué huele lo que no huele?- le contesto siguiendo el anuncio de compresas.

- Desde luego que esta gente de publicidad se cree que las mujeres somos tontas, no me jodas...

Mujeres. Lo que somos las mujeres.

Lo que creen que somos las mujeres.

Nosotras cuatro somos mujeres, mi madre lo era, mi hija lo es, y es bastante más complicado, o tal vez más simple como para resumir el concepto mujer en esa pregunta estúpida de eslogan publicitario.

Miro el cielo azul y veo como se desliza por él la única nube veraniega que hay y que tiene, según mi hermana, forma de dragón. Por detrás de mí Alejandro también se desliza, con pies descalzos y paso firme, hasta donde estoy sentado y me da un beso de buenos días haciendo que en ese simple gesto un escalofrío recorra mi espalda y una sensación de deseo se hunda en mi vientre. Pienso en si mi madre sintió algo así con mi padre y por eso hizo

todo lo que hizo, pienso si mi hija algún día lo sentirá también, pienso en los niños que mis hermanas están planeando traer al mundo, pienso en unas cenizas sobrevolando un acantilado escocés.

Le miro y sonrío devolviéndole el beso, y vuelvo a mirar el mar mientras se aparta de mí y me frota el brazo con una caricia inconsciente, dándome cuenta de que está mirando en la misma dirección que yo. Se sienta a mi lado en otra tumbona y me coge la mano. Espe se va y nos deja solos, imagino que para que hablemos, pero las palabras no son importantes en este momento y él lo sabe, así que guarda silencio mientras sigue mirando en la misma dirección donde no hay nada salvo una nube con forma de dragón, mientras sus dedos juegan con los míos y se acarician.

Pienso en los veranos de mi infancia, en las mañanas de uniforme escolar y bocadillo de atún con aceitunas, al olor de la capilla o la iglesia en los miércoles de ceniza, en los braseros encendidos durante los inviernos, el de la pólvora cuando iba de la mano, con el único padre que conocí, a ver los castillos de fuegos artificiales, en el olor a naranjas y humedad del huerto de mis abuelos, en la casa que construí, en el árbol que planté en su jardín para que diera una sombra que nunca más me cobijará, en las largas tardes en el río con mis hijos aún pequeños, en las primeras mañanas en que los despertaba para ir a clase cuando eran niños, colonia Nenuco y café recién hecho, en el olor a brisa marina y crema protectora, el de un melocotón maduro para merendar en una tarde de playa, en el aroma de la tramontana y los pinos, en la serenidad que siento cada mañana mirando el mar, mirando el lago que Fe ha pintado, en la caricia en mi piel hecha por los dedos de un hombre que estoy comenzando a querer, en la paz que por primera vez siento y en la plenitud de las cosas que están por llegar, veo la luz del Mediterráneo y absorbo el recuerdo del pacífico aroma del brezo en los valles de Escocia, en el futuro olor que hará el 25 de enero cuando vuelva para vivir la noche de Burns en familia, como a mi padre le hubiera gustado, pienso en mi vida, en las vidas que he creado y en las que nos continuarán cuando ya no estemos, pienso en que me he reconciliado con mi pasado y en que tengo un futuro, en que por primera vez en mi vida creo saber qué es la felicidad y siento la belleza de estar viva, como si estuviera en la cumbre de todo aquello que una vez creí imposible de alcanzar.

Pasan los minutos y Alex se levanta un poco más despierto que cuando llegó a la terraza, como si hubiera necesitado un tiempo para despertar del todo. Aún tiene carita de dormilón.

- ¿Quieres un café?

Es la primera vez que un hombre recién levantado me pregunta si quiero un café para desayunar. Le digo que sí y me da otro beso antes de marcharse a la cocina, donde ya huele a otra cafetera recién hecha.

Café, quietud, luz, amor y verano. Una especie de serenidad me invade y sé exactamente por dónde comenzar y qué contar en mi libro.

¿Cómo que a qué huelen las nubes? ¿A qué van a oler? A paz.

